EL EVANGELIO

EN TRIUMPHO,

Ó HISTORIA

DE UN PHILOSOPHO DESENGAÑADO.

TERCERA EDICION.

TOMO TERCERO.

EN VALENCIA
EN LA IMPRENTA DE JOSEPH DE ORGA.
AÑO MDCCXCIX.
CON REAL PRIVILEGIO.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.
Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador.
Isai. XII. 3.

CARTA XXII.

El Philósopho á Theodoro.

Querido Amigo: Yo pasé aquella noche con mucha inquietud. Mi corazon estaba verdaderamente afligido, porque á pesar de lo que me dijo el Padre no veia camino ni descubria senda por donde poder salir del laberintho de mi deplorable vida. Muchas veces me habia aplicado á hacer recuerdo de mis delitos y ponerlos en órden. Su multitud me espantaba: su peso enorme me estremecia. Pero quando queria coordinarlos, y darles una sucesion methódica para confesarlos, se confundian en mi memoria.

Toda la noche me ocupé en este obgeto. Pero á pesar de mis esfuerzos siempre acababa por no ver mas que un monton de horrores intrincados, montañas de matorrales tan enmarañados y confusos, que ni aun la vista podia penetrarlos. Yo me perdia en este trabajo, y no se me presentaba otra luz que la funesta del despecho. Desde que llegó el Padre le expliqué mis congojas, y le dixe: Si el exâmen de conciencia debe ser tan circunstanciado y por menor como me habeis explicado, es imposible que yo lo haga. Para esto seria preciso hacer una historia de toda mi vida, y yo no soy capaz de contarla. El Padre se sonrió, y despues que me hizo sentar me dijo:

Yo espero que lo hagamos y bien, sin que

sea necesario contar la historia de vuestra vida. Porque reflexîonemos un poco : ¿Á qué se reduce este exámen para la Confesion ? Á darse á conocer á su Confesor tal como el mismo penitente se conoce delante de Dios en las cosas que tienen dependencia ó conexîon con la Religion y sus preceptos. Todo lo que no importa para esto es inútil. Vé aquí pues la mayor parte de la historia suprimida. Ayer os dige, que el mejor méthodo era dividir su vida en quatro ó cinco partes, segun la edad que cada uno tiene, y no pasar de una á otra ni en el exámen ni en la Confesion sin haber apurado la primera. Esto es muy útil para fijar las ideas del penitente y del Confesor, y el medio mas seguro para evitar la confusion. Desde que esta division se entabla, es menester exâminar y confesarse de aquella parte de vida que se emprende, como si verdaderamente se estuviese en el punto que la termina. Y esta Confesion no puede tener mas que dos obgetos : los pecados que se han cometido en aquel tiempo, y las disposiciones interiores del ánimo.

En quanto á los pecados es difícil olvidarlos, sobre todo quando son considerables ; y es conveniente empezar por estos, principalmente por aquellos cuyo recuerdo es mas urgente ó mas vergonzoso. Desde que el corazon los sacude se siente aliviado, se dilata y adquiere mas libertad para confesar los otros con mas órden ó ménos turbacion : y en quanto á los que son de la misma especie no es necesario acusarse de cada uno en particular sino de todos juntos. Por egemplo, el que ha tenido la costumbre de mentir, no necesi-

ta de contar menudamente todas las ocasiones en que ha mentido.

Pero para hacer sentir la necesidad de distinguir las diferentes especies de pecados, supongamos que alguna de estas mentiras hubiera sido apoyada con un juramento, ó que hubiera denigrado al prógimo con alguna calumnia grave, entónces seria preciso explicar estas circunstancias, porque ya no son simples mentiras: la primera es un perjurio; y la segunda una calumnia. Es verdad que se debe tambien declarar el número, pero es solamente quando se puede, ó del modo que se pueda. Es claro que es muy dificil hacerlo con exâctitud, y mas quando se trata de una costumbre ó de tiempos remotos. Pero basta decir poco mas ó ménos, quánto ha durado el intervalo en que se cometian, y quántas veces tambien poco mas ó ménos caia durante aquel intervalo. En fin no se exîge del penitente sino que diga lo que le parece, y que pueda acercarse mas á la idea que su conciencia se forma, con tal que no quiera engañar al Confesor, y que despues de un exámen prudente diga lo que le parece acercarse mas á la verdad. Esto le basta.

En quanto á las disposiciones interiores es menester explicarlas, porque pueden haber sido muy delincuentes, sobre todo quando lo ha sido la conducta exterior, pero fuera de que por la confesion de los pecados el Confesor se halla en estado de conocerlas; estas disposiciones son de dos especies, ó generales é inseparables del pecado que son el olvido y desprecio de sus obligaciones, ó particulares que nacen de las mismas pasiones; co-

mo por egemplo, movimientos de animosidad, venganza, enemistad, envidia, y otros semejantes. Es preciso confesar estas últimas sobre todo si han sido violentas, y explicar del modo que se puede el tiempo que han durado, y el grado de fuerza mayor ó menor que han tenido. Pero como las otras son una necesaria consecuencia del pecado basta confesarlas en general.

Solo añadiré, que puede ser muy útil explicar las inspiraciones y remordimientos que se han sentido estando en pecado, el uso que se ha hecho de aquellos auxîlios, y de qué manera se ha correspondido á ellos. Esto me parece importante, porque puede dar muchas luces al Confesor para conducirse, y preservar al penitente de malograr en adelante las gracias de Dios.

En una palabra, nosotros fuéramos muy dichosos de confesarnos tan perfectamente como lo hizo San Agustin en el libro admirable que intituló sus *Confesiones*. No solo contiene una confesion de cerca de treinta años, sino una relacion muy circunstanciada de su vida despues de su conversion. Y no obstante si quitáramos de aquel libro las elevaciones á Dios, y las reflexîones que hace el Santo, que sintiéramos mucho perder por estar llenas de doctrina y de uncion, si lo redugéramos digo á los hechos y disposiciones personales, seria una lectura de tres ó quatro horas.

Yo sé bien que todos no pueden tener el talento y comprehension de San Agustin, y que es menester que el Confesor tenga mucha paciencia, y sobre todo al principio. Una alma llena de confusion y de dolor no sabe por dónde empezar; dirá

muchas cosas inutiles ; y si la conversion no es todavía tan perfecta como debe ser , los estímulos del amor propio podran cerrarle la boca. Harán que no se explique sino á medias, y deseará que el Confesor lo alivie , ayudándole para moderar su rubor.

Pero para eso nos ha puesto Dios allí. Su Ministro en el sagrado Tribunal de la Penitencia lo debe ser tambien de la dulzura y de la inmensa caridad de Jesu Christo. Nosotros debemos ponernos en el mismo lugar en que están los pecadores humillados. ¿Qué nos enseña la parábola del Pastor , que carga sobre sus hombros la oveja descarriada , sino que debemos evitar á los penitentes toda la aspereza del camino , allanándolo y quitándole todos los estorbos? No debemos pensar en nuestra pena , sino considerar mucho la suya. ¿Qué somos en aquella sagrada funcion , sino Ministros de Jesu Christo? Allí ni oimos ni hablamos con nuestros hermanos , sino en su nombre ; y aun no digo bastante. No los oimos ni los hablamos , sino en Persona de Jesu Christo ; y el penitente debe considerarnos como tales. Y así el Confesor no debe respirar sino bondad , caridad , paciencia , dulzura , consuelo , alivio ; y el penitente de su parte candor , ingenuidad , franqueza , docilidad , confianza y buena fe.

¡Ah señor! ¡Cómo la presencia de Jesu Christo quita todas las dificultades! ¡Y quán cierto es que el que lo sigue no anda en tinieblas! El que no le vé en todas partes , y principalmente en la Confesion , es porque no le sigue atentamente. ¿Cómo el que se representa que está á sus pies podrá dudar , que debe confesarle lo que se haya desorde-

nado en sus inclinaciones, acciones, motivos, y en el uso que ha hecho de sí mismo, del tiempo y de los bienes? Es menester tener muy poca fe para venir con desvío, y no hallar el mayor de los consuelos en la bondad que tiene de escucharlo. Porque yo espero que no olvidaréis jamas dos cosas que os dige ayer:

La primera, que en el Tribunal de la Penitencia hablais con Jesu Christo, que está allí presente para oiros, porque allí mas que en otra parte se juntan dos en su nombre. La segunda, que por un efecto de su misericordia no se hace presente, sino por su Ministro, á quien ha revestido de su poder para que le confeseis los pecados, lo que es necesario para obtener el perdon de ellos, para que podais decir con verdad: yo os hice conocer mi pecado, yo no os he ocultado mi injusticia: lo que no le podeis decir, sino por el Ministro que ha puesto en su lugar. Porque por este Ministro recibe vuestra Confesion, por este Ministro que la ignoraba, y que no podia saberla sino por vos; pues á su adorable Persona nada se puede ocultar, ni hacer saber nada de nuevo. Y así ya conoceis, señor, que desde que no perdemos de vista á Jesu Christo que está presente, no hay dificultad en nada; y que no puede haberla si nos acordamos con San Pablo, que en nuestra Religion *Jesu Christo es todo y está en todo* [a].

Así aunque sea cierto que el pecador está obligado á confesar sus pecados, esta obligacion léjos de ser una carga, es un alivio para el alma pe-

a *Ad Colos.* III. 11.

nitente y fiel. Su dolor á la vista de su iniquidad seria un peso intolerable, si la Religion no le hubiera preparado este consuelo.

¿Qué hará pues un alma verdaderamente afligida de haber ofendido á Dios? Jesu Christo no le pide para perdonarla sino que se haga conocer al Ministro de la reconciliacion, tal como á ella misma le parece ser en la presencia de Dios. Esto debe hacerlo por una Confesion clara; porque el dolor síncero no sabe hablar de otra manera. Tambien le pide Jesu Christo, que no oculte nada de lo que la aflige. La Confesion debe ser entera. ¿Y qué interes hallaria el dolor en disimular nada de lo que lo causa, quando no se puede aliviar sino con decirlo?

Es menester pues decir al Confesor todo lo que nos turba, todo lo que nos parece que en nuestra vida ha podido ofender á Dios. Ya os he dicho, señor, los medios. Ya os he explicado hasta dónde, y no mas se extiende esta necesidad. Si á pesar de esto creeis, señor, que no podréis hacer el exámen fácilmente, ó si pensais, lo que es mas natural, que yo puedo ayudaros y facilitaros con mi experiencia el medio de hacerlo, estoy dispuesto á lo que os sea mas agradable, y vé aquí el méthodo que os propongo.

Pensad esta noche, y dividid vuestra vida en quatro ó cinco épocas fijas. Desde mañana despues de la Misa nos juntarémos y emprenderémos la primera. Yo os preguntaré, vos no haréis mas que responderme, y veréis como en breve tiempo ajustamos esta cuenta. Luego que esta esté acabada empezarémos otra, y con la ayuda de Dios en breve

llegarémos al fin. Pero como no quisiera que acortáramos estas instrucciones que habíamos empezado, y en que creo poder deciros cosas útiles, reservarémos su continuacion para la tarde, y de este modo lo harémos todo á un tiempo, la Confesion por la mañana, y la instruccion por la tarde. ¿Aprobais esto?

El santo hombre me proponia esto con tal interes, tal calor, como si me pidiera una gracia. Yo conocí su caridad, y comprehendí el esfuerzo de su virtud. No pude dejar de enternecerme, y tomándole las manos quise besárselas. Pero él mas ágil y mas acostumbrado que yo á la humildad, tomó las mias y me las besó. Esta accion me llenó de rubor, y me hizo conocer por la primera vez quánto es mas alta la humildad que la soberbia. Despues de haber convenido en ello, el Padre me dijo: Ahora, señor, preguntadme lo que quisiereis; pero no olvideis que estamos en presencia de Jesu Christo.

Yo le pregunté: ¿Es preciso, Padre, en la confesion declarar su nombre, su estado ó profesion y sus bienes? El Padre me respondió: En quanto al nombre es muy raro que sea necesario decirlo. Jesu Christo jamas lo preguntó á ninguno de los enfermos que ha sanado, y no fué sin mysterio. Era el Salvador de todos, y sobre todo de los fieles. *Venid*, decia [a], *todos los que estais fatigados, y yo os aliviaré.* En efecto Jesu Christo no nos llama por nuestros nombres, sino por nuestras necesidades. Los que necesitan de su socorro tienen derecho á él. Jamas se niega á nuestros ruegos, y solo se priva de esta ventaja el que no

[a] *Matth.* XI. 28.

le pide nada. Así, señor, el nombre es inútil; porque no se trata en la penitencia de nombres, y que todos son iguales á los ojos de Dios, sino de necesidades y miserias.

Pero como Jesu Christo quiere conocerlas por el Ministro que ocupa su lugar, y que la profesion de cada uno puede ser la causa ó la ocasion de sus culpas, es necesario hacerla conocer; como se demuestra por tres razones. La primera, porque el estado mismo ó la profesion puede ser delincuente, y en este caso deberia ser parte de la Confesion. La segunda, porque aunque el estado no lo fuera por sí mismo, puede ser para el penitente una ocasion próxîma de pecado: y en este caso la obligacion de declararlo es evidente; porque no se pudiera hacer conocer bien la culpa, sin hacer conocer el estado; y porque es preciso dar al Confesor las luces suficientes á fin de que le aconsege lo que se ha de hacer, para que el estado dege de serle una ocasion próxîma, ó para que lo abandone si es posible.

La tercera, porque quando el estado no fuera vicioso, ni ocasion próxîma para el penitente, cada estado tiene sus obligaciones propias. La negligencia en no enterarse de ellas no solo es un pecado de que debe acusarse, sino que puede ser el principio de otros muchos. No repetiré lo que ya dige, que todos los Christianos deben cuidar que su estado sirva á su santificacion; pero para haceros conocer quán léjos estamos del Juicio de Dios en este punto, permitidme que os pregunte, si alguno hace escrúpulo de sus afanes para conseguir mayores dignidades, y extender sus relaciones con los hombres por

la autoridad que adquiere sobre ellos, y si con tal que no haya que reprehender en los medios de que se valen, no se mira la ambícion en el mundo como una bella y noble pasion, y como la virtud de las almas grandes, aunque en la verdad sea la ruina entera de todas las ideas que suguiere la Religion.

Os preguntaré tambien: ¿si es ordinario acusarse de los pecados de sus hijos y criados, que tal vez no hubieran cometido, si se hubiese tenido el debido cuidado de instruirlos, y de velar sobre su conducta? Y sin embargo estos pecados que los penitentes miran ligeramente, son pecados enormes, que pueden separarnos de Dios por toda la eternidad. San Pablo lo dice [a]: *Quien no cuida de los suyos, y en especial de los domésticos, ha negado la fe, y es peor que el infiel.*

¿Y quál es este pecado que no se comete sin renunciar á la fe? No consiste todo en vestirlos y pagarles sus salarios. Esta es la parte ménos considerable. La esencial es, que en todas las cosas sea glorificado Dios el Padre de Jesu Christo, y nosotros en él. ¿Y quiénes son las personas á quienes debeis este cuidado? Sin excepcion todos los que nos pertenecen de qualquier modo que nos pertenezcan. ¡Padres y Madres de familia! Son vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros criados, vuestros aprendices si los teneis. ¡Grandes del mundo! Son vuestros vasallos, y quantos vuestras dignidades y empleos hacen dependientes de vuestra casa. De todos estos debeis cuidar: vues-

a *Timoth.* v. 8.

tro cuidado debe ser que todos glorifiquen á Dios por Jesu Christo; y los que no tienen este cuidado son los que el Apóstol dice, que han negado la fe, y son peores que los infieles.

De esto inferiréis, señor, que en el Christianismo no es gran ventaja ser opulento y poseer grandes mayorazgos; y que las ideas que inspira no son compatibles con la ambicion ni con los deseos de adquirir con los empleos autoridad sobre los demas hombres. He dicho esto de paso para haceros conocer con un egemplo solo quántas son las obligaciones del estado, y quán poco conocidas son.

En quanto á los bienes ó caudales el Confesor no pedirá cuenta; pero os hará observar, sin entrar por ahora en si son bien ó mal adquiridos, y si pueden gozarse sin zozobra, que los que viven con abundancia deben ayudar á los pobres á proporcion de sus facultades. Que la obligacion de dar lo superfluo está declarada por Jesu Christo, y sirve para el perdon de los pecados. Que este superfluo tiene reglas muy diferentes de las que el lujo, el fausto y la profanidad quieren imponerle, y que la Religion impone tambien obligaciones á los ricos.

El que viniera á decir á Jesu Christo en la persona de su Ministro, y con la misma buena fe lo que Zaqueo le dijo [a]: „Señor, yo voy á „dar la mitad de mis bienes á los pobres, y si „he hecho agravio á alguno le volveré el quadru„plo:" mereceria que los Ministros de Dios no le

a *Luc.* XIX. 8.

hablemos de sus bienes. Que los abandonemos á la disposicion de un corazon tan santo, generoso, y que nos contentemos con decirle como Jesu Christo: „Ahora ha entrado la salud en esta casa." Pero es justo que el penitente haga lo que el Zaqueo, si quiere que le repitamos estas palabras de tanto consuelo.

El Confesor debe ser tan poco curioso de los negocios domésticos de los penitentes, como de adquirir la noticia de sus haciendas. Pero si el penitente ha oprimido al pobre, si lo ha perdido con su poder, si ha movido ó defendido pleytos injustos, ó si ha hecho otras iniquidades, ¿no es preciso hacerle reparar estos daños? ¿Qué otro interes deben tener los Ministros, que el de los penitentes? Si estos buscan á Jesu Christo en sus personas, no es mas que para buscar la instruccion y el consuelo de que necesitan, y en Jesu Christo no puede haber curiosidad. Sus Ministros pues nunca harán preguntas que no sirven mas que á satisfacer esta curiosidad. Así, señor, el conocimiento del nombre es inútil, pero el del estado, la profesion, los bienes y los negocios no lo son siempre.

Yo le dige: ¿Y no pudierais darme una regla segura para distinguir las circunstancias que es preciso decir de las que se pueden callar? Hay algunas que son tan vergonzosas ::: Yo no puedo, respondió el Padre, daros otra regla, que la que nos da el Concilio Tridentino. Que no es preciso confesar, sino las que mudan el pecado, ó lo agravan. Es verdad, como decis, que hay algunas que son vergonzosas; pero esta vergüenza y humilla-

cion es la que mas nos advierte la necesidad de acusarlas. ¿Pero qué dificultad no debe vencerse? ¿Podemos olvidar que estamos á los pies de Jesu Christo, y que es él á quien las confesamos en su Ministro? ¿No sabemos que este Ministro no solo no puede revelarlas á nadie, pero ni hablarnos á nosotros mismos, sino quando vuelve á tomar el lugar de Jesu Christo? No es pues á él, es á Jesu Christo á quien se ha confiado aquel secreto: Jesu Christo es quien lo guarda; y si el Ministro fuera capaz de descubrirlo fuera traidor al mismo Jesu Christo. Ni la santa Religion del juramento puede dispensarlo: y si en justicia se le interpelara en nombre de Jesu Christo á decir lo que sabe, jamas podia descubrir cosa alguna de lo que supo por Confesion.

Pero vuelvo á mi principio, y digo: ¿Quién puede sentir dificultad en decir á Jesu Christo lo que sabe mejor que nadie; y que solo quiere que se le diga por su Ministro, porque esta Confesion libre y voluntaria es el único medio de obtener el perdon? Si considera que está á los pies del mismo Jesu Christo, ¿en qué otra cosa debe pensar, sino en exponerle sus miserias, la afliccion de su corazon, el pesar de haber ofendido á un Dios tan grande y tan amable, el temor de volverle á ofender, y el deseo de recibir su absolucion?

Esto es lo que debe hacer para oir de sus divinos labios: Anda, hijo, tu confianza en mí te ha salvado; y ya no puedo dejar de derramar mis bendiciones sobre ti. Nadie te acusa aquí sino tú mismo. Ya he hecho desaparecer todos los que te acusaban. Tú has quedado solo conmigo; vé si tu con-

ciencia te condena todavía de algo ; si ya nada te condena , ni yo tampoco te condenaré. Vé aquí mi sentencia : Ese corazon que tanto tiempo se ha alejado de mí será confortado con el lleno de mi misericordia : como no tiene otro acusador que él mismo, yo no le doy mas castigo que su mismo pesar : Anda , hijo , y no peques mas : esta es toda mi venganza. Este es, señor , el modo con que nos trata Jesu Christo , y no puede haber dificultad que no se desvanezca en su presencia.

Confieso , Padre , que el que fué tan temerario que cometió delitos , debe , por mas trabajo que le cueste, confesarlos á Jesu Christo. Pero quando vé en sí mismo , que hay algunas razones que en ciertos casos pudieran excusarlo ::: ¡Ay , señor ! me interrumpió el Padre ; con Jesu Christo no gana nada, sino el que se acusa. Adam excusándose no adelantó nada ; y sus infelices hijos solo pueden perder. Pero son tan débiles , que por poco que puedan excusarse, es dificil que no abusen. Empiezan por confesar sus faltas , pero las atribuyen si pueden á otros , y á fuerza de decir que estos tienen la culpa , se olvidan de las suyas propias. Esta disposicion en que los tiene el amor propio, es la causa de que no se corrijan. Uno dice : yo soy vivo por temperamento : yo no me hice á mí mismo ; y aunque quiera no podré refundirme : no soy dueño de mí ; y sin saber cómo entro en cólera: digo palabras ofensivas , y se me escapan las blasphemias y juramentos.

Vé aquí el modo con que algunos suelen acusarse de sus vivezas y prontitudes , y de las con-

secuencias que han tenido, aunque sean muy grandes. Les parece que esto basta, y que Dios no pide mas; pero debieran pensar, que las faltas de otro no justifican las nuestras: que la paciencia no fuera virtud, si no sufriera sinrazones: que este temperamento fuera ménos impetuoso, si en vez de fortificarlo con la costumbre, se hubiera domado con la resistencia; y que jamas un defecto puede ser buena excusa de otro, porque se debe corregir. Así me parece que pocas veces un penitente se puede excusar, y no obstante no me atrevo á decirlo absolutamente, porque puede haber alguna circunstancia en que le sea permitido, y que no quisiera faltar á la regla de la simplicidad, la qual ordena, que el penitente se haga conocer del Confesor tal como él mismo piensa que es.

Digo con simplicidad, porque solo esto puede hacer tolerables sus excusas, respeto de que no basta que no quiera engañar al Confesor: es menester tambien que cuide de no engañarse á sí mismo. Por egemplo, una muger dice en la Confesion, que ella va á la comedia, porque así lo quiere su marido. ¿Pero no lo quiere tambien ella misma? ¿Le ha hecho las representaciones convenientes? ¿Ha explicado bien á su marido, que esto le daba un sincero disgusto? ¿Y lo sentia en efecto? ¿Cómo esta muger que en tantas otras cosas sabe los modos de no hacer mas que su propia voluntad, es en esta dócil á la de su marido? ¿Ha procurado merecer con su dulzura, virtud y Religion, que su marido le dege la libertad de ser Christiana; y se podrá creer fácilmente, que un marido se imagine que su muger será mas casta, mas aplicada al cuida-

do de su casa y á la educacion de sus hijos, en una palabra, mas virtuosa quando asista á los theatros? Lo mismo digo de estos adornos y galas excesivas, de este esmero exquisito de trages y peynados. Todas estas excusas por lo comun son vanas, y no es menester mucha penetracion para conocer la verdad. Uno de los mayores cuidados del Confesor ha de ser, que el penitente no se engañe á sí mismo. Señor, el verdadero dolor no piensa en excusarse: léjos de querer disminuir sus faltas, las exâgera á sus propios ojos; y esta es la mejor disposicion para la penitencia.

Hay otro error bien comun en los Christianos débiles, que los aleja mucho del verdadero fruto de este Sacramento; y es que miran la Confesion como un deber penoso, como un yugo duro de su Religion, y no quieren entender, que supuesta la flaqueza del hombre y santidad de Dios, y que no puede dejar de castigar el pecado, no ha podido su misericordia mostrarse mayor, que dándole un remedio fácil para que obtenga el perdon. Sin este Sacramento, ¿qué hiciera un Christiano pecador de muchos años, que cerca de la muerte se sintiera penetrado del dolor de los pecados, y temeroso de la justicia divina? Si se le digera que Jesu Christo habia bajado á la tierra, que podia ir á arrojarse á sus pies y pedirle perdon, ¿no miraria esta esperanza como el mas dulce de sus consuelos? ¿No miraria como la mayor felicidad hallar la ocasion de que le oyera este divino Salvador? Por otra parte quando este se viera cargado de los delitos mas atroces, ¿no estuviera seguro de que si tenia la dicha de pos-

trarse á sus pies y de implorarle, el amable Jesus lo recibiria con bondad, lo escucharia con paciencia, lo absolveria, y que le daria con su absolucion todos los frutos de su gracia? Y vé aquí lo que no conocen los hombres por su poca fe. Jesu Christo está en el Confesonario, y no es ménos bueno ni ménos poderoso allí que en el Cielo; está mas cerca para atender á nuestras necesidades.

Si Jesu Christo viniera á la tierra, ó se mantuviera en ella como estuvo, aquellos que no pudieran ir á buscarle por la distancia de los lugares ó por sus propios impedimentos, se quejarian de su suerte, y envidiarian la de aquellos que le trataban. ¿Qué ha hecho pues? se ha retirado al seno de su Padre, y se ha acercado á todos por medio de la fe: desapareció de la tierra, pero fué para que todos podamos igualmente acercarnos al throno de su misericordia, sin que nos sea necesario correr tierras ni atravesar mares. Ha distribuido en todas partes sus Ministros, á quienes ha dejado en su lugar revistiéndoles de su poder, y prometiendo que quando el penitente vaya á buscarlos, le hallará á él mismo en ellos. Concibamos pues, que el que está á la derecha de su Padre nos vé y nos oye quando le hablamos en la Confesion. Yo quisiera, señor, que estuvierais penetrado de esta verdad. ¿Y quién no crée que Jesus es su Dios, y que lo ha prometido así, puede dudarlo?

¿Quién no vé tambien, que no pueden ser mas que obra suya los efectos que se vén diariamente en este Sacramento? ¿Qué otro que el Omnipotente ha podido causar las mudanzas que se vén en tantas almas, que llegan penetradas de horror por

los pecados que pocos dias ántes eran el embeleso de su corrupcion, y que ahora con la compuncion en el pecho y la vergüenza en el rostro vienen ellas mismas á condenar sus injusticias, y descubrir todas las iniquidades que ántes encubrian?

No ha mucho que veiamos una alma altiva, que locamente embriagada del amor de sí misma y de los placeres, despreciaba el Cielo y la tierra. Vivamos y gocemos de este mundo, á sí misma se decia. ¿Quién nos ha dado noticias del otro? Dios está muy léjos para cuidar de nuestras cosas; ¿cómo es posible que se ofenda de que nos divirtamos?

Así hablaba, así vivia esta alma insensata. ¿Y quién la ha mudado tan en breve? Ahora le parece delirio, horror y locura lo que ántes juzgaba razonable. Detesta los placeres que anhelaba, y ya no los vé sino como delitos. Sus antiguas ideas ya no le parecen mas que delirios y abominaciones. Esas pasiones que adoraba con tanta complacencia, le parecen mas amargas que la hiel y los agenjos, y no la interesan sino por el dolor de haberlas escuchado, y su único consuelo es afligirse.

Para esto viene á los pies de Jesu Christo, explica á su Ministro los motivos de su pena, y crée aliviar su vergüenza á medida que la descubre. El Ministro vé un espectáculo digno de Dios. Aquella alma penitente, depuestos ya los arreos profanos, alimento de la vanidad y symbolo de la soberbia, está á sus pies; y poniendo en tierra aquellos ojos que no se levantaban al Cielo sino para insultarlo, se humilla, se postra, y empieza por decirle, que va á confesar á Dios, y descubrirle sus iniquidades en presencia de los Ángeles y de toda la corte Celestial.

Invoca particularmente á María la Santa Madre de Dios, á Juan el héroe de la penitencia, á todos los Apóstoles y Santos, y les pide sean testigos de su dolor. Como no puede comunicar con la Iglesia del Cielo sino por la de la tierra, pide á esta en la persona de su Ministro que le oyga sus pecados. Sus gritos son los de la penitencia: le dice que ha pecado mucho y de todas maneras, con pensamientos, palabras y obras, y que va á declararlo aunque le cueste mucho á su rubor.

Añade que es un monstruo, que no merece mas que cólera y castigo, y para probar que lo siente da golpes en su pecho, como que quiere maltratar á su corazon insensato. No busca excusas, declara que es delincuente, que no tiene á quien atribuir sus desacatos y ofensas á Dios, sino á su culpa y á su grandísima culpa. Se reconoce indigna de perdon, y solo lo espera por los ruegos del Cielo y de la tierra: *ideo precor*. Y luego hollando al amor propio, forzando las barreras de la vergüenza, y con un valor que solo puede inspirar la fe, descubre secretos que solo Dios y ella pueden saber. Yo lo repito, señor: ¿Quién sino el Omnipotente ha podido hacer tanta mudanza?

Los incrédulos nos piden milagros. Vé aquí uno, y quizá mas asombroso que la resurreccion de un muerto. El mundano no lo considera; pero el Christiano atento lo venera, y los Ministros de Dios, que son los instrumentos que lo vén con sus ojos y lo tocan con sus manos, reconocen continuamente la divinidad de una Religion, que sola es capaz de tales maravillas. Los penitentes en quienes Dios las hace, por un efecto aun de la

flaqueza humana nos suelen preguntar: ¿qué concepto formamos de ellos? ¿Si no nos parecen monstruos de abominacion?

¡Almas felices! ¡Almas queridas de Dios! Dejad esos importunos y frívolos pensamientos. ¿Qué concepto podemos formar, sino que sois escogidos, y que sois vasos de misericordia, en que el Omnipotente hace cosas grandes, y en que muestra á nuestros ojos la santidad y gloria de su nombre? ¿Podemos pensar mas en lo que erais? Ya sabiamos que sois hombres hechos de barro deleznable; lo que nos ocupa es ver lo que ahora sois por la gracia de Dios. Si hemos oido vuestro desarreglo, es solo para admirar la paciencia de nuestro Salvador. Ese valor que os da de acusaros de todo sin disimular nada: ese candor y buena fe con que declarais, que vuestra mayor inquietud es no confesaros con la exâctitud que deseais: esa docilidad con que recibis las instrucciones, consejos y penitencias que os damos: ese corazon, caverna ántes de las mas venenosas sierpes, de las mas crueles fieras, que ya está abierto á la inocencia y á la gracia, y que no aspira sino á crecer en virtudes, vé aquí lo que nos ocupa, pues nos hace ver vuestra felicidad y la extension de las misericordias divinas.

Yo le interrumpí para decirle: Vos alentais, Padre, mi corazon abatido, que en realidad lo necesita. Vos veréis lo que nunca habeis visto, un monstruo qual nunca lo ha habido. El Padre me dijo algunas palabras para tranquilizarme, y continuó diciendo: Despues de haberos dicho lo que es menester para la Confesion, paso á hablar de las diferentes disposiciones interiores que preparan

el hombre á la conversion del corazon. Porque es menester concebir firmemente, que sin esta conversion no se puede conseguir el perdon de los pecados, ni recibir con utilidad la absolucion. El temor de los juicios de Dios y la fe que lo inspira, pueden contribuir mucho; porque aunque sin el amor no hay justicia, aquel temor y aquella fe nos encaminan á él; por consiguiente son medios santos, útiles y necesarios. Debemos pues con gran cuidado fomentarlos y fortificarlos en nuestro corazon, y debemos mirar el temor de Dios, que la fe nos inspira, como la primer basa de la virtud Christiana.

David decia al Señor [a]: *Penetra de tu temor mis carnes: Tus juicios me hacen estremecer.* Este Propheta, cuyos cánticos respiran el amor mas vivo de su Dios, pide que sus carnes sean penetradas de temor, sobre todo del temor de sus juicios y de los castigos que reserva á los transgresores de su Ley. Jesu Christo que es el Autor y consumador de nuestra fe nos dice: Temed al que puede entregar el alma y el cuerpo al tormento del fuego, que no se extingue. Este Soberano Maestro no omite el proponernos el temor como motivo de la resolucion con que debemos arrancarnos el ojo ó cortarnos el brazo, que nos escandaliza; porque mejor es, nos dice, entrar en la vida con un ojo ó un brazo ménos, que ser arrojado á las llamas eternas con los dos. Es verdad que su Religion es de amor y caridad, pero sin dejar de encendernos en tan divino fuego, es menester no

a *Psal.* CXVIII. 120.

olvidar los motivos justos que él mismo nos propone.

El Concilio de Trento nos dice [a]: "Los hombres se preparan á la justicia, quando habiendo "sido excitados y ayudados por la gracia, y persuadidos por la fe, se dirigen á Dios con libre "movimiento de su voluntad, creyendo las verdades que Dios ha revelado, sobre todo que el "pecador se justifica por la gracia y redencion de "Jesu Christo; y quando haciendo ellos reflexîon de "que son pecadores movidos por el temor de la "justicia divina se vuelven á considerar su misericordia, y animados de esta esperanza confian "en ella, y esperan que Dios querrá perdonarles "sus pecados por los méritos de Jesu Christo, y "reconciliarlos con él." Observad, señor, que el Concilio no separa el temor de la esperanza, y que no hace de los dos mas que un movimiento cuyo principio es el temor, y la esperanza el fin. Y observad tambien la graduacion con que se eleva el alma hasta la conversion del corazon.

La gracia empieza; porque segun nuestra fe todo buen movimiento viene de Dios y de su gracia. Esta gracia es interior ó exterior. La interior es el estímulo del corazon que desea instruirse de lo que debe hacer para convertirse á Dios. La instruccion misma es la gracia exterior, y el anhelo y cuidado de aprovecharse de ella es su efecto. El primer fruto de esta gracia es, que la fe nazca en el que no la tenia, ó que resucite ó despierte en el que la tenia muerta ó dormida.

a Sess. v. cap. vi.

En efecto el Concilio añade, que esta fe es el principio de la salvacion, la raiz y fundamento de toda justicia, ¿y por qué? porque nos descubre á un tiempo nuestras obligaciones y nuestras faltas; lo que debiéramos ser, y lo que somos; las dichas que perdemos, y los castigos que nos amenazan; y sobre todo que podemos salir de tan mal estado por la gracia y redencion de Jesu Christo.

El temor pues es un don sobrenatural de la fe, pero la fe no lo propone nunca sin la esperanza; porque desde que el alma siente la inquietud que la agita, busca el remedio que la tranquilice. El infeliz que en medio de las olas teme por instantes la muerte, no se acogerá con mas ardor al leño que puede salvarse del naufragio, que el pecador se acogerá al de la cruz, que es el que la fe le presenta; y quanto mas vivo y penetrante sea su temor, tanto mas se entregará á los motivos de confianza que debe tener en Dios por Jesu Christo.

Yo quiero suponer que ama todavía el pecado. Figuraos, señor, el hombre mas disoluto; que Dios lo penetre en un instante con la luz de la fe: que esta le muestre el horror de su conciencia, y el castigo que le espera: que vea el infierno bajo de sus pies, y oyga tan vivamente como San Gerónymo la trompeta espantosa que pregona: *Levantaos, muertos, y venid á juicio.* Quiero suponer que no se haya mudado ni convertido: pero si no es mas detestable que un demonio, si no dice como Cain: mi pecado es demasiado grande para merecer perdon, es imposible pensar, que quando es-

tos terribles pensamientos ocupan su espíritu, la pasion mantenga su antigua fuerza.

¿Por dónde empieza el pecado, y por dónde acaba? Apartáron los ojos para no ver el Cielo, ni acordarse de los juicios de Dios, dice la Escritura, hablando de los infames Viejos que calumniáron á la casta Susana; y se puede decir lo mismo de todos los pecadores. ¡Quántos combates cuesta el primer delito! ¡Quántos baldones nos hace el corazon despues de haberlo cometido! ¡Ojalá los hubiéramos escuchado, y que su impresion hubiera sido mas fuerte, que la pasion que nos arrastró hácia él! Pero el pecado haciéndonos olvidar sus repetidos ataques los ha desterrado; y entónces nos quisiera persuadir, que quizá la Religion y sus terrores son una quimera. Lo peor es, que quisiéramos hallar razones para creerlo: ¿y por qué? porque es difícil que el pecado se halle junto con aquel temor; y de aquí nace, que si por haberlo perdido hemos caido en la culpa, es menester recobrarlo para levantarnos.

Es cierto que el temor solo, aunque sea loable, no convierte el corazon; porque no muda la voluntad, y solo suspende sus actos: pero porque el temor solo no haga toda la obra, ¿se sigue que no tenga parte en ella? Supongamos una alma que el temor abate: que en su primer terror no vé en la enormidad de sus delitos mas que la proxîmidad de sus castigos. Ya he dicho que es imposible que no vuelva los ojos á la misericordia; pero puede ser que esta esperanza sea débil, que no se le presente sino como desde léjos, y los castigos tan de cerca, que ya van á caer

sobre ella. Pregunta aterrada, ¿si puede confiar en la misericordia, que tanto ha despreciado? No duda que es infinita; pero no se atreve á esperar, por lo mismo que teme con extremo.

¿Qué es lo que le dice la fe en esta desolacion? Espera. El mayor de tus delitos fuera desesperar de la misericordia sin término; y quando vé, que el mismo Dios que le atemoriza, no solo le permite, sino le manda esperar en su bondad; quando considera, que estos mismos terrores que la acobardan vienen de su mano, porque Dios no la espantara si no quisiera llamarla; que todos estos golpes son dones suyos, y el mayor fundamento de la confianza: quando en fin la fe le presenta todos estos obgetos de consuelo, como entónces nacen de sus temores sus esperanzas, empieza á estimar y bendencir á estos mismos temores.

Así pues el temor y la esperanza luchan por hacerse dueños de aquel corazon, que la fe les ha puesto en las manos, y le hacen sentir un combate, que quanto es mas penoso le parece mas dulce; porque quanto mas lo penetran, mas se entrega al dolor. Las lágrimas corren, los sollozos se atropellan, las postraciones acompañan á la oracion y á los gemidos; y el alma no encuentra otro consuelo, que abrir todas las puertas á las expresiones de su dolor. La felicidad, la dulce paz de los Justos se le representa vestida de toda la calma y serenidad de que ella misma aun no goza, la compara con las angustias voraces que la deboran, siente la diferencia, envidia la suerte, y se promete imitar sus egemplos.

Desde aquel instante ya no vé mas que delirios y tribulaciones en los caminos de la corrupcion. Se asombra de haber podido estar tan ciega. Si no ha roto ya sus cadenas, á lo ménos siente su peso, reconoce su fealdad; y levanta los ojos al Omnipotente para que las rompa con su mano fuerte, y la ponga en estado de cantar en su gloria el cántico de su libertad.

¿Quién podrá decir, que un temor de esta especie no obre sobre el corazon, y no lo disponga á la justicia? Lo que yo sé es, que la fe Christiana no puede inspirar otro. Y si sus movimientos no son siempre tan vivos, siempre son de la misma naturaleza. Confieso que es menester algo mas que este temor de los juicios de Dios para producir la conversion entera del corazon del pecador, y que nazca en él la justicia, porque esta solo puede producirla el amor. ¿Pero no es menester romper la tierra, y que el arado la prepare ántes que reciba la simiente? Pues yo digo, que nada puede romperla tan bien como este santo temor que produce la fe.

Pero, Padre, para eso seria necesaria una fe muy viva; y si apénas la tienen los justos, á quienes el amor inflama, ¿cómo pueden tenerla los pecadores que solo están animados del temor? Sin duda, me respondió, que la fe debe ser viva; esto es, fuerte y activa. ¿De qué puede servir una fe muerta y sin accion? ¿Pero de quién depende, que la fe no sea viva? No seguramente de la santa Religion que seguimos, no del nombre de Christianos que tenemos, ni del juramento que hicimos de conservarla tal como la recibimos. La Iglesia no nos la

dió muerta, ni nos la dió para hacerla morir en nuestras manos.

Sin duda la fe debe ser viva: ¿y por qué no lo es? Porque no nos cansamos de darle golpes mortales, ya con desórdenes de toda especie que nos ciegan hasta el punto de que creamos que nuestro interes es perderla: ya con conversaciones impias y licenciosas en que solo buscamos el modo de confirmar las dudas que han hecho nacer las pasiones: ya en fin con lecturas tan disolutas como irreligiosas, tan capaces de corromper el espíritu como el corazon: ¿y despues de esto podemos extrañar que nuestra fe no sea viva? ¿Y cómo puede serlo, quando hacemos quanto podemos para sofocarla; quando se hace casi gala de no tenerla, ó á lo ménos se aparenta así por vanidad? ¡Es cosa triste, señor, que este vicio insensato quiera ser hoy una gala de moda!

Hombres sin freno ni instruccion quieren ser maestros, y enseñar su incredulidad á los infelices pecadores, á quienes aflige su conciencia, y desearan desembarazarse de la Religion tan ignorantes como sus discípulos, pues en toda su vida no han dado un quarto de hora de atencion á lo que debiera ser el único estudio del hombre. Hablan de los obgetos mas sagrados, y deciden con autoridad. Una chanza, una ironía, un chiste son todas sus demostraciones: ¿y cómo pudieran tener otras? Pero la ignorancia de los unos y de los otros se satisface con esto. Se rien de aquellas bufonadas, y aplauden aquellos dichos insensatos, quando bastaria una razon modesta con poca ciencia para oirlos con extremo desprecio. Y despues de esto

vienen á decirnos, que su fe no es viva. ¿Cómo puede serlo? Lo que debe sorprehender es, que no haya desaparecido del todo.

Si alguno viniera á decirme, que su fe no es viva, yo le preguntara: ¿y qué es lo que haces para que lo sea? Yo quiero suponerte moy léjos de los excesos que acabo de censurar, y que tienes fe y Religion; pero pasas toda tu vida en el juego, en los theatros y en las diversiones. Y si la fe apénas vive en el justo que no omite nada para sostenerla, y hacerla vivir con el retiro, santas lecturas, meditacion, oraciones, vigilancia y mortificacion de sus sentidos, ¿cómo es posible que viva en ti, que por un lado té entregas desmedidamente á todo lo que puede matarla, y por otro nada haces de lo que pudiera darle vida?

Que se nos pregunte despues de esto, ¿qué mal hay en esta vida ociosa, tegida casi toda de placeres, de afanes inútiles, de adornos, galas, conversaciones frívolas, y disipaciones de toda especie? ¿Qué mal, señor? el mayor, el mas terrible de todos, que es dar muerte á lo que debe ser el principio de la vida, á la fe de que vive el justo, y sin la qual todo está muerto á los ojos de Dios.

¡Tu fe no es viva! ¿Y porque no lo es, te atreves á añadir muerte á muerte? ¿Porque no lo es, como si temieras que vuelva á revivir, trabajas en cortarle las raices mas pequeñas, y no dejarle una reliquia de resurreccion? Si estando tan muerta todavía te da esos latidos con que te estremeces; y si con sus gritos hace que la escuches y la temas; si aunque muy débil para convertirte, es bastante para inspirarte algunas veces el deseo, y te obli-

ga á dar como de por fuerza algunos pasos hácia el bien; ¿qué no hiciera si le dejaras la libertad de obrar sin sugecion: si te contentaras con no resistirle y dejarla obrar?

Pero tú no lo quieres, porque conoces que tomaria mucho ascendiente sobre ti. ¿Y te sienta bien venirme á decir, que tu fe no es viva? ¿Es culpa suya ó tuya? Deja de resistirle, no combatas contra ella, no la mates; y verás, que como es el principio de la vida y de la inmortalidad se vuelve á animar de nuevo para conducirte derechamente por el camino de la vida eterna.

La verdad es, señor, la que el Concilio nos dice: Los hombres se disponen á la justicia por la fe, que les inspira temor de los juicios de Dios; y este temor obligándolos á volver los ojos á la misericordia, los eleva hasta la esperanza. Este es el órden que Dios ha establecido para la conversion del pecador, y es menester seguirlo con fidelidad. Cultivemos con aplicacion las impresiones preciosas de la fe, huyamos con cuidado de todo lo que hasta ahora las ha debilitado ó las ha hecho inútiles. Sostengámoslas con el retiro, la oracion, las lecturas santas; y la semilla de la fe, como el grano de mostaza, aunque al principio sea la menor de las semillas, crecerá hasta hacerse un árbol grande. Lo esencial es no oponerse á lo que ella puede hacer; si los que se quejan de su poca fe consultaran su propia conciencia, ella les responderia del mismo modo.

Pero, Padre, ¿cómo es posible conciliar ese temor con la confianza? Por otra parte me parece que si el pecador viendo los excesos de su vida no

puede desprenderse del temor; el justo, el que siempre ha vivido en la inocencia, no debe tener mas que confianza. ¡Ah! si yo volviera á vivir de nuevo, yo creo que seria de modo, que no tuviera las inquietudes y terrores que ahora me devoran. ¡Qué, señor! me respondió el Padre, vos no podeis conciliar el temor con la confianza; y yo no veo cómo pueden separarse, si se entiende bien el obgeto de entrambos.

El que exâmine sólidamente nuestra Religion divina, hallará que jamas podemos ni tenemos nada que temer de la parte de Dios, y que debemos temerlo todo de la parte de nosotros mismos. Dios es soberanamente bueno: es la bondad misma: si es terrible en su justicia, es porque lo forzamos á serlo. Nunca lo es sino de nuestra parte. Dios ama las almas que ha criado á su imágen, segun la expresion de la Escritura, y porque las ama quiere que todas se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pero si de la parte de Dios nada tenemos que temer, de la nuestra lo debemos temer todo. Es imposible en la Religion separar estos dos obgetos.

Así el justo teme, porque puede tropezar y caer á causa de que por sí mismo no es mas que corrupcion y flaqueza. El pecador teme, porque no puede levantarse él mismo de sus pecados ó caidas, ni puede por sí evitar los justos castigos que merece. Uno y otro deben desconfiar de sí mismos. El justo debe dar gracias, orar, velar, andar con atencion, mortificar sus sentidos, y guardar su corazon con no interrumpida solicitud. El pecador debe afligirse, implorar, gemir, recordar los desórdenes de su vida en la amargura de su corazon;

avivar su fe, y llenarse de temor con la vista de los fuegos inextinguibles. Como el uno está por tierra, y el otro puede resbalar, la fe dice á los dos: *Satagite*, *contendite*: Haced quanto podais ó para sosteneros ó para levantaros.

Pero vos, señor, que hallais tan difícil conciliar el temor con la confianza, decidme: Si Dios os asegurara hoy por el ministerio de uno de sus Ángeles, que habia perdonado todos vuestros pecados, y que os daria la felicidad eterna, ¿estariais seguro entónces de vuestra dicha? Yo respondí: Sin duda, Padre; y si pudiera estar cierto de que no era ilusion, seria un delito no estarlo. Pues yo os digo, replicó el Padre: Que vos no estariais mas seguro entónces de lo que hoy estais de su misericordia, y que no es posible que lo esteis mas. Porque ¿quál seria entónces el fundamento de vuestra seguridad? Sin duda la palabra de Dios y la verdad de sus promesas. Pues su bondad y su misericordia no son ménos ciertas, ó para decirlo mejor, la verdad de sus promesas y su misericordia no son dos cosas diferentes. Y porque hoy no os propone mas que su bondad por motivo: porque quiere que el sacrificio sea entero: porque exîge que su bondad sola os excite esta confianza; ¿vos no le ofreceréis este sacrificio en justicia?

Padre, le dige yo, ¿qué confianza puede tener aquel que ha pasado una entera y larga vida en un diluvio continuado de iniquidades, y aquel cuyos pecados se han multiplicado mas que los cabellos de su cabeza? Si Dios me vé como yo me veo, no puedo ser á sus ojos mas que un obgeto de cólera y de furor. ¿Si Dios os vé? respondió el

Padre; sin duda que Dios os vé mil veces mejor de lo que vos podeis veros; ¿y qué fuera de vos si permitiera que vos os vierais como él os vé ó tal qual sois?

¿Pero os figurais, señor, que Dios busca en el hombre lo que es ó lo que ha sido para egercer su misericordia? El corazon humano es todo corrupcion, y la vida ménos delincuente no pudiera inspirar el menor fundamento de confianza. Y vé aquí otro carácter de nuestra flaqueza. El hombre no quiere contar con su Dios absoluta y exclusivamente; no puede resolverse á no contar tampoco consigo mismo: ¿y qué resulta de esto? Que como quanto mas se exâmina tanto mas descubre en sí miseria y corrupcion, tanto mas tambien se turba y desalienta. Degemos pues estos vanos terrores, estas injustas desconfiazas, que no inspira la fe, y que ella misma debe someter y arreglar. Léjos de que el conocimiento de nuestras miserias deba acobardarnos, él debe animar nuestra confianza para esperar en la bondad divina. Porque ¿quién sino Dios nos ha dado este conocimiento?

Yo encuentro sobre este asunto en la Escritura una reflexîon, que me parece llena de razon y buen sentido. El Ángel del Señor se muestra á Manué padre de Sanson, y le anuncia que tendria un hijo. Manué que no le conoció le pide que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en accion de gracias. Y quando el fuego estuvo bien encendido, el Ángel se metió entre las llamas y desapareció. Manué y su muger asombrados caen por tierra el rostro contra el suelo, y él dice: Preparémonos á la muerte, porque hemos vis-

to á Dios. Este discurso no era digno de un buen Israelita; pero su muger con mas razon le responde: ¿ Si Dios hubiera querido matarnos, nos hubiera hecho ver todas estas cosas? Lo mismo debe decirse á aquellas almas, que por un movimiento natural se turban y se abaten.

Porque, señor, ¿ quién es el que os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto? ¿ Lo tenia vuestra alma en aquel tiempo en que bebia los pecados como el agua? ¿ Quando os parecia que solo vos teniais razon? ¿ Quando disputabais con tanto orgullo contra las máxîmas del Evangelio? ¿ Quando en fin cerrabais los ojos con tanta obstinacion á las mismas luces que hoy os decubren los errores y delitos de vuestra vida? ¿ Quién pues os ha abierto los ojos? ¿ Quién os ha dado estas luces? ¿ Erais mejor? ¿ Veiais mas quando no las teniais? ¡ Y qué! Porque ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado; porque os ha hecho sentir vuestra flaqueza y miseria; porque no os deja ignorar la necesidad que teneis de su socorro: en fin, porque estais desengañado, y no podeis disimularos, que no podeis nada sin su gracia; ¿ os dais por perdido, y no veis el modo de tranqüilizaros? ¿ Vos decis, que vais á morir porque habeis visto al Señor? ¿ Pero Dios se deja ver de aquellos que quiere perder? ¿ Y este mismo conocimiento que os da del abysmo de vuestras miserias, no es señal de que las quiere perdonar?

¡ Señor! las inquietudes y terrores quando los mira el pecador con este espíritu; quando léjos de querer escondérselos procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo mas íntimo de su con-

ciencia , en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas , el sentimiento de su propia flaqueza hace que se arroge con mas fuerza en los brazos de Dios , y dice como la muger de Manué : ¿ Si hubiera querido perderme , me hubiera mostrado todo esto ? ¿ Por qué me perdí , sino porque me obstiné á no verlo ? Así , señor , el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza , de la esperanza al amor , y el amor consuma la justicia. La fe empieza la obra , y la misma fe con la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son mas que los medios para llegar al fin. Hay otro que es mas inmediato , mas eficaz , y tan necesario , que sin él , como ya os he dicho , no se puede conseguir la conversion perfecta del corazon : este es el amor. Vé aquí , señor, lo que seguramente justifica al pecador , vé aquí lo que lo muda de esclavo del demonio en hijo de Dios , lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el Bautismo , y en fin lo que le hace heredero de Jesu Christo , y compañero de los Espíritus celestiales.

Pero como el amor tiene diferentes grados, mañana tratarémos de este asunto. Espero que no olvidaréis el nuevo órden , que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré para ayudaros en el exámen , y por la tarde hablarémos del amor. Yo repetí mi reconocimiento al Padre , y con esto se retiró. Te aseguro , Theodoro , q̃ue este Padre es un Ángel de Dios : yo no puedo dudar que ha venido del Cielo para ayudarme. No puedo explicarte qué consuelo da á mi corazon. Discurre

qué fuera de mí sin sus consejos y reflexîones. Quando considero la diferencia que hay de él á mí, á ti y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del Cielo á la tierra. ¡Ay, Theodoro! ¡Qué diera yo por verte con él! Á Dios.

CARTA XXIII.

El Philósopho á Theodoro.

Querido Theodoro : ¡Qué necios somos los infelices quando enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprehender el regocijo y la satisfaccion que experimenté la mañana de este dia, quando despues que estuve con el Padre, vi que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desenmarañada y puesta en órden la primera época de mi tenebrosa vida, comprehendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazon, que la carne y sangre no pueden experimentar jamas.

¡Ah! que los hombres que gobierna el espíritu de Dios son muy superiores; ó para decirlo mejor, de un órden mas elevado, que los que viven segun el espíritu del mundo. Anda á ver esos Philósophos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles, que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia, y fascinan la razon de los fatuos con su tropel engañoso; mas quando llega un momento crítico se conoce su inutilidad y su falacia. Ponlos cercanos á la muerte entre el dolor ó la afliccion, y no son nada, sus socorros son fútiles, y sus consuelos vanos.

Al contrario estos hombres de Dios, sencillos,

modestos, con trage humilde y expresion moderada, de nada se jactan, nada prometen, se conceptúan como incapaces de todo. Pero quando llega la ocasion que se necesita de ellos, y se implora su auxîlio, entónces se transforman, se encienden en la hoguera de la caridad, son todo fuego, ardor; y los mismos que ántes parecian inútiles, son los que dan los verdaderos y sólidos consuelos: se hacen los amigos ardientes del necesitado, y se apresuran á socorrer á los infelices con zelo, miéntras que los profanos fanfarrones del mundo los abandonan en las ocasiones que mas se necesitan. Por otra parte parece que el Cielo los ayuda, y les da los medios de consuelo que los otros no tienen.

¿Cómo te explicaré el zelo, la caridad y la ternura de mi dulce bienhechor? Si lo hubiera encontrado, ó hubiera venido á verme un mes ántes, lo hubiera mirado con el mayor desprecio, me hubiera burlado de él, y apénas me hubiera dignado de fijar en él los ojos, y ahora lo venero como un hombre superior á todos los que yo estimaba, y no me hallo digno de besar la tierra que él pisa..

¡Con qué amor, con qué interes, y tambien con qué sagacidad, con qué arte y talento me escudriñaba hasta los mas íntimos escondrijos de mi corazon! Yo me puse en sus manos: él me preguntaba, yo le respondia con sencillez y buena fe, y él hacia no sé cómo con la oportunidad de sus preguntas, que me acordase de muchas cosas que me parece hubiera olvidado sin ellas. Al fin con mucha paciencia y méthodo supo desenredar el ovillo enmarañado de mi primera edad,

y me pareció que ya le habia dicho todo lo que le podia decir, y tambien creí que quedó satisfecho.

Por este medio lo que me habia parecido imposible ya lo veia como hecho. Esta cuesta tan difícil de repechar se me hacia fácil, porque me guiaba por senderos en que yo le seguia, y me hizo conocer que estaba muy acostumbrado á estos egercicios. La experiencia de esta mañana me alentó mucho, porque vi que con el mismo méthodo podia en poco tiempo llegar al fin; pero me repetia muy frecuente: señor, no os fatigueis. Desde que teneis intencion de no ocultar nada al Confesor, y que haceis los posibles y prudentes esfuerzos para acordaros, que olvideis una ú otra cosa no importa nada; lo que solo importa es, que tengais dolor de haber ofendido á Dios en todas ellas, que propongais muy firmemente no volver á hacer ni esas ni ninguna de las que pueden ofenderle, que espereis en la misericordia de Dios, que os las perdonará, y sobre todo que vuestro corazon se convierta; que se resuelva á mudar de vida, y guardar toda la ley de Dios. Ved aquí los requisitos esenciales. Uno ó muchos olvidos, quando no vienen de una negligencia culpable, no alteran el valor del Sacramento; pero no hay buena confesion, ni la absolucion aprovecha si no hay una entera y verdadera conversion.

Al fin el Padre se fué dejándome muy consolado; y convenimos en que yo procuraria en el discurso del dia ver, si me ocurria alguna especie nueva respectiva á la primera época que dejamos apurada: que la mañana siguiente emprenderiamos la

segunda, y así seguiríamos hasta concluir sin dejar de venir por las tardes á continuar su instruccion. En efecto volvió aquel mismo dia, y empezó así:

Ayer os ofrecí, señor, hablaros de lo necesario que es el amor de Dios en el Sacramento de la Penitencia. Ya os he dicho, que el temor empieza, que la esperanza le sigue, y que esta engendra al amor, que es el que perdona y justifica. El mismo Christo es el que ha enseñado á sus Ministros la necesidad de este amor, pues en la primera absolucion que dió en el mundo, que fué la que él mismo dió á la muger pecadora, dijo [a]: *Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho*; y con esto nos hizo conocer, que el amor era la condicion mas esencial para recibir con fruto las absoluciones que se darian en la carrera de los siglos.

Este Divino Maestro no dijo: Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha temido mi justicia, porque ha renunciado públicamente á sus pecados y su mala vida, porque ha venido á arrojarse á mis pies y regarlos con sus lágrimas. Sin duda que su bondad daba el precio que merecian estas señales exteriores de su dolor; pero el perdon fué precisamente por su amor: pues era el principio que daba precio á todo lo demas, y el requisito mas esencial para la absolucion.

Así aunque el Concilio de Trento haya definido, que el temor prepara y dispone al pecador para su justificacion, no quiere esto decir, que el temor solo y sin la compañía del santo y casto

a *Luc.* VII. 47.

amor nos pueda hacer conseguir el perdon de los pecados. El Apóstol dice, que la Ley, esto es, el temor puede empezar la obra, que es como un Pedagogo que medio de gana, medio de fuerza nos toma y nos lleva de la mano [a]: *Lex, paedagogus*; pero que no conduce al término de la perfeccion [b]: *Nihil ad perfectum adduxit Lex.* Por eso el Espíritu Santo solo hace entrar al temor en las disposiciones que preparan á la justificacion, en quanto excita al pecador á elevarse hasta la esperanza, y que empezando á amar á Dios como autor y fuente de toda justicia, se siente por consecuencia animado de tal odio del pecado, que llega á detestarlo.

No añado una palabra á lo que dice el Concilio, y os ruego, señor, que observeis los quatro grados que indica con tanta precision, todos anteriores al Sacramento. Observad tambien el órden con que los propone conduciéndonos de los unos á los otros. El primero es el temor que inspira la fe, y que espanta, abate, trastorna; pero como no hace mas que aterrar, de este grado pasa el penitente al segundo que es la esperanza: esta consuela, anima al corazon que teme, y le hace confiar tanto en Dios, que le persuade que se dignará perdonarle por los méritos de Jesu Christo; ¿pero cómo es posible que espere de Dios este perdon, si no empieza á mirarlo como Dios de su corazon, como Dios bueno y misericordioso, el Dios de su esperanza por toda una eternidad? Es pues consiguiente, que el tercer grado sea un principio de amor que lo conduzca á Dios como al autor de

a *Ad Galat.* III. 24. b *Ad Hebr.* VII. 19.

toda justificacion, y como al que debe hacer la suya, librarle de sus iras y darle toda su felicidad. De este tercero se va progresivamente al quarto; porque si ama al Dios de su corazon, que es autor de toda justicia, es preciso que deteste la iniquidad que Dios aborrece; y vé aquí lo que el Concilio dice [a]: *Que el penitente porque ama á Dios aborrece y detesta el pecado.*

Así pues la contricion es la parte principal de la Penitencia, y tan principal, que nada puede suplirla; y puede ser tan intensa, que en el caso de que no fuera posible recibir el Sacramento, pudiera ella suplirlo, con tal que el pecador tuviera un deseo y una resolucion síncera de recibirlo luego que le fuera posible.

¿Pudierais, Padre, dige yo, definirme exâctamente la contricion? No puedo, respondió el Padre, dar mejor definicion que la misma que da el Concilio. La contricion, dice, es el dolor del alma, la detestacion de los pecados cometidos, y la resolucion de no volverlos á cometer: y añade, que este movimiento de contricion ha sido siempre necesario para obtener el perdon de los pecados; de lo que debeis inferir, que no habla ahora de aquella contricion eminente y perfecta de que habla despues, y que sola basta para justificar ántes de que se haya recibido el Sacramento, sino de la contricion que es absolutamente necesaria para conseguir la remision de las culpas, y esta contricion debe ser un dolor íntimo del alma.

No basta pues el temor, y que en fuerza de este se haga una especie de resolucion de no vol-

a Concil. Trid. sess. XIV. cap. IV.

ver á pecar ; es menester que el alma se aflija y que se penetre de dolor el corazon, porque sin esto no se puede mudar ni convertir. ¿Y qué debe producir este dolor ? Un odio del pecado, odio que debe llevar hasta la detestacion ; lo que es mas fuerte que un odio comun y ordinario. Tanto como se amaba el pecado, tanto como se complacia en cometerlo, el que está verdaderamente contrito debe aborrecerlo y detestarlo ; y aunque es natural que el corazon no vuelva á repetir lo que ya aborrece, el Concilio para no dejarnos nada que inferir añade expresamente, que á este dolor que produce el odio debe juntarse la resolucion de no volver á pecar.

Así pues un movimiento pasagero que no excluyera la voluntad de pecar sino quando él subsiste, que no produgera una mudanza entera, y dejara el corazon como estaba ántes, no es suficiente para formar la contricion. Es menester que esta voluntad de no pecar mas se establezca tanto en el corazon, y que esté tan determinado y resuelto á no volver mas á pecar, como lo está á no hacer ninguna de aquellas cosas que aborrece y sabe que le hicieran mucho mal. Seria engañarse creer que puede bastar una voluntad del momento, quando no se quita del corazon el amor dominante del pecado.

No es posible amar lo que se detesta, y no basta mudar la disposicion presente por las circunstancias actuales ; es necesario mudarla en sí misma y para siempre. El Mercader que arroja sus fardos en el mar por temor del naufragio, los arroja voluntariamente, y él mismo ayuda con sus manos ; ¿pero los aborrece ? ¿los detesta ? No. Vé

aquí una idea de la contricion quando no es verdadera: toda disposicion del ánimo que no se extiende hasta el odio y la destruccion del amor dominante del pecado, no es la contricion que el Concilio dice ser necesaria para conseguir la remision.

Ya he dicho que esta contricion es un dolor del alma, debo añadir que es un dolor, ó que debe ser un dolor de haber ofendido á Dios, inspirado por su gracia, y superior á todo otro dolor; y todo esto es de tal necesidad, que de ello depende toda la eficacia y el fruto del Sacramento. El que dice dolor, dice un acto de la voluntad, un afecto del corazon que se aflige y se determina á mudar de conducta. No es un simple conocimiento, una idea de la fealdad ó deformidad del pecado. No es tampoco una simple displicencia de la razon, que si es recta no puede dejar de percibir el desórden del pecado y condenarlo. Se puede tener todo esto sin estar contrito; porque todos estos actos se pueden quedar en el entendimiento sin pasar á la voluntad. Se puede con todo esto amar siempre, y complacerse en su pecado, conservándole el mismo apego; y por desgracia esto sucede muchas veces. Es menester pues que la voluntad obre, y que el corazon se convierta con un arrepentimiento activo y verdadero. Es menester que el dolor nos lo franquée, y por esto se llama contricion. Desde que la voluntad no se muda, todo lo demas no basta para agradar á Dios como conviene comparecer á sus ojos purísimos.

Y no basta que sea un simple dolor natural, es necesario que sea sobrenatural; esto es, que sea en vista de su Dios ofendido; sin esto será un do-

lor infructuoso y sin efecto. Ademas, y esto es lo mas esencial, este dolor que siente la voluntad, que ha sido inspirado por el Espíritu Santo, y que nace de la pena de haberle ofendido, debe ser supremo, esto es, mas fuerte que todo otro dolor; quiero decir, que no hay reves, infortunio ni desgracia en la vida de qualquier naturaleza que sea, en que pueda concebir un dolor, no digo superior, pero ni igual al que debo tener de haber ofendido á Dios y perder su gracia.

Es menester que esto me aflija mas que pudiera afligirme la pérdida de toda mi fortuna, quando fuera la mayor y la mas opulenta. Es menester que esto me dé mas pena que la afrenta mayor, y que mas me cubriera de oprobrio, mas que un abandono universal que me redugera á la miseria mas estrecha; mas que el mal mas violento y agudo, que me atormentara sin descanso: mas que la muerte de los padres, los hijos, los amigos y quanto se ame mas en el mundo, y en fin mas que el inminente peligro de perder mi vida. Si mi pena no es mayor que todas estas penas, no es suficiente; y no solo no tengo la verdadera contricion; pero ni siquiera tengo aquella atricion, que es necesaria al Sacramento de la Penitencia, y se llama Contricion imperfecta.

Theodoro, yo me estremecí oyendo este discurso, y sin poder contenerme le dige: Padre, ¿y quién se confesará bien, si es menester todo esto? ¿Dios puede exîgir tanto de un hombre miserable? Eso es capaz de turbar el universo, y solo sirve para desesperar. Sosegaos, señor, me respondió el Padre: yo no he acabado de expli-

carme, y al fin veréis que tengo razon, y que con todo no perderéis la esperanza. ¿Vos decis, que esto puede desesperar? ¿Pero á quién? Á las almas mundanas que nunca han conocido bien á Dios, ni se aplican á conocerlo; á las almas sumergidas en los placeres solo sensibles para aquello que lisongea al amor propio; á las almas disipadas que solo vén las cosas de la Religion superficialmente, y que están sin cesar distraidas en los obgetos exteriores, que arrebatan su atencion. Ved aquí los únicos que deben espantarse de lo que digo, y estremecerse al oir estas verdades.

Pero yo les diré con San Agustin: Dadme una alma que ame á Dios, una alma llena del espíritu del Christianismo; en fin, tal como debian ser todas; y si por efecto de la fragilidad humana, ó por la sorpresa de una pasion tuviera la desgracia de cegarse hasta caer en el pecado: quando volviendo en sí, y ayudada de la gracia se convierta á Dios, decidme: si no sentirá la pena y el disgusto que he explicado, y que digo ser absolutamente necesario. Quando vemos á David acostado sobre la ceniza, humillándose delante de Dios: quando vemos á San Pedro cubierto de rubor, y llorando con amargura: quando vemos á la Magdalena postrada á los pies de Jesu Christo, que los riega con su tierno llanto, ¿podemos concebir que hubiera nada en el mundo de que pudieran estar no digo mas, sino tan afligidos como lo estaban de sus pecados? ¿Podrémos imaginar ningun interes capaz de entrar en comparacion con el de aplacar á su Divino Salvador, y volver á

entrar en su gracia? Y nosotros mas pecadores sin comparacion que esos famosos penitentes, ¿no tenemos motivos mas urgentes para afligirnos? ¿Qué nos falta pues? Mas sinceridad y mas zelo de nuestra conversion.

Pero no os inquieteis, señor: confieso que vos y muchos pudieran desalentarse con razon si este dolor necesario para la penitencia consistiera en una pena sensible; porque la sensibilidad no depende de nosotros, y muchas veces es mas viva para estos males de la vida, ó para ciertos acontecimientos que tememos y nos afligen, que no para los pecados que detestamos, y nos causan un pesar verdadero. No es pues de este modo sensible, ni con esta pena, que nuestra contricion debe ser un dolor superior á todo otro dolor, sino por la detestacion de la voluntad, por la preparacion del ánimo, que es la parte superior del alma, y por la disposicion interior en que está el penitente de sufrir todo género de males, y aceptar toda especie de adversidades y desgracias ántes de consentir en un solo pecado mortal.

Con esto es claro que aborrece al pecado mas que todos esos males, y que quisiera á costa de ellos borrar los que ha cometido. No es necesario para esto sentir las mismas agitaciones y gemidos, ni caer en las mismas desolaciones que sentimos, quando se nos anuncia un grande infortunio ó desastre. Para la contricion basta el odio y el dolor, que los Theólogos llaman *apreciativo*, porque él sostiene los derechos de Dios, y prueba que nuestro corazon le da una preferencia entera y absoluta. Ved aquí lo que debe, señor, sosegaros, y

á todos, pues no hay nadie que con la asistencia de Dios no pueda tener este dolor.

Es verdad que para tenerlo es menester aplicarse, y se necesita de cuidados y esfuerzos. San Agustin decia: *Si todavía no te sientes llamado de Dios, trabaja, ruega, insta.* Los hombres experimentan muchas veces tal ceguedad en el corazon, que se puede temer que les falta la contricion que es necesaria para el perdon de los pecados en el Sacramento de la Penitencia, pero es por falta suya. ¿Y cómo es posible que la tengan, si se observa el modo con que se preparan algunos para venir al sagrado Tribunal?

Muchas veces vienen con tal precipitacion, que no se han tomado tiempo aun para pensar en lo que van á hacer: se acercan con tanta indolencia y frialdad, que se conoce que no tienen presente, que este es uno de los egercicios mas importantes y serios de la Religion; y como no están acostumbrados al recogimiento ni á los actos que el corazon movido de la gracia produce en nosotros, se contentan con ciertas fórmulas que se hallan en los libros, y que leen ó dicen de memoria sin afecto interior, y casi sin inteligencia. Esto suele ser comun aun en las gentes de distincion. Nosotros les preguntamos si están contritos y arrepentidos, si tienen un síncero dolor de sus pecados. Ellos sin vacilar nos dicen que lo creen así; pero hablando de buena fe, ¿cómo se lo pueden persuadir?

¿Qué es un dolor síncero? Es una mudanza tan entera del corazon, que le hace que se separe de los objetos que ántes le agradaban mas. Es

menester que por la fuerza y superioridad de este dolor aborrezca lo que ántes amaba, y ame lo que ántes aborrecia. En fin que sea un corazon nuevo. ¡Qué esfuerzo del alma supone una mudanza tan completa! ¡Qué sacrificio de sus gustos! ¡Qué victoria de sus pasiones! ¿Y una victoria de esta especie puede ser fruto de reflexiones frias y débiles, y de palabras dichas con ligereza? Bien sé que las operaciones de la gracia no dependen del tiempo; pero tambien sé que segun las reglas ordinarias la gracia no obra sino con peso y medida.

La gracia tiene sus caminos por donde se insinúan sus grados en que se adelanta; previene, sostiene, ayuda á consumar la obra; pero exîge que el penitente contribuya por su parte, que entre en sí mismo, que levante su corazon, que deteste sus faltas, que se represente todas las consideraciones que le pueden servir para separarse de sus pecados, y que se los haga mirar con horror. Que insista sobre las que pueden inspirarle amor, respeto y obediencia hácia Dios su Criador y Redentor; y en fin que recurra á este mismo Dios abriéndole su corazon, para que le ablande y lo convierta. ¿Y este puede ser el negocio de un instante? ¿Sobre todo para pecadores que en el discurso de un año se acercan pocas veces al Tribunal sagrado?

Pero, Padre, dige yo, esto me hace temblar; segun eso hay muchas malas confesiones. Yo lo temo, me respondió; y casi no me atrevo á decir lo que pienso; pero como el Confesor no puede ver el interior está obligado á creer lo que

se le asegura. Encoge los hombros. Absuelve al penitente, y no responde de nada, porque solo Dios puede juzgar del valor de esta absolucion, y sabe que por estas malas disposiciones, sin derogar ni á las promesas de Jesu Christo, ni á la potestad de sus Ministros, no todo lo que se desata en la tierra, se desata en el Cielo.

Siendo eso así, volví á decirle, será menester un tiempo dilatado para prepararse á la Confesion. Sin duda, me respondió, que es menester todo el que sea necesario para que sea buena, y sobre todo para asegurarse de su contricion tanto como es moralmente posible. Digo moralmente posible, porque desaprobando la negligencia, no apruebo tampoco otro exceso, qual seria una inquietud escrupulosa. La prudencia Christiana conserva el medio entre los dos extremos, y no debe pasar los límites de la razon. Quando en vista de las circunstancias y de los medios que ha practicado puede el penitente pensar que ha hecho todo lo que puede, entónces debe fiarse en Dios, y calmar sus inquietudes sin atormentarse inútilmente con excesivas desconfianzas de sí mismo.

¿Pero cómo no hemos de llorar nuestra miseria? ¿No es extraño, que teniendo el hombre tantas razones y tan fuertes, que una sola debia bastar para penetrar su corazon de dolor por haber ofendido á su Dios, le sea tan difícil moverse á los justos sentimientos de compuncion? ¿No es extraño, que necesitemos de tantas exhortaciones, instrucciones y meditaciones para despertarnos ideas que jamas debieran alejarse de nuestro espíritu, y

que nos sea preciso hacer esfuerzos para que sintamos su impresion? ¿Cómo es posible que olvidemos tanto y tan presto á un Dios Criador, Conservador y Redentor, á un Amo tan grande, á un Padre tan tierno, á su liberalidad, su santidad, su justicia y todas sus innumerables perfecciones?

¿Cómo el simple pensamiento de tantos derechos como tiene sobre nuestro corazon, no nos presenta de un golpe la iniquidad y el horror de todo lo que le ofende y nos separa de él? ¿Cómo no nos deshacemos en llanto, y no prorumpimos en gemidos y sollozos? ¿Qué es lo que falta á Dios para que lo amemos? ¿No es bastante bueno? ¿No ha hecho bastante por nosotros? ¿No nos hace grandes bienes todos los dias, y no está dispuesto á hacernos mas en toda la eternidad? En verdad que nuestra insensibilidad casi es tan inapeable como su misericordia.

Si el dolor es tal como he dicho y como debe ser, producirá infaliblemente la resolucion que se llama regularmente Propósito. Este es una firme y constante determinacion de no volver á ofender á Dios de ninguna manera, y de procurar mantenerse en su gracia, corrigiéndose de sus vicios, y renunciando á sus malas costumbres. Esta disposicion es tan esencial, que sin ella nuestra contricion no seria mas que una contradiccion manifiesta; porque ¿cómo seria posible conciliar una voluntad que deteste los pecados cometidos, y que esta misma voluntad esté dispuesta á volver á cometerlos? ¿Que aborrezca el pecado soberanamente, porque lo considera el mayor de los males, y que al mismo tiem-

po lo ame de tal modo, que á la primera ocasion consienta en admitirlo? Esto seria querer y no querer, verificándose la palabra del Propheta [a]: *De que la iniquidad se ha mentido á sí misma.* Esto seria hacer a la Magestad Divina el mismo insulto que haria un vasallo rebelde, que viniera á implorar la clemencia de su Soberano, y al mismo tiempo le digera, que á pesar de aquellas sumisiones no estaba ménos dispuesto á tomar de nuevo contra él las armas en la primera ocasion.

Así pues para que el dolor sea bueno, y que Dios lo pueda recibir, es indispensable que el propósito lo acompañe. La primera disposicion supone la otra, sin que sea posible separarlas, y por esto hemos visto que el Concilio define la contricion: Dolor de los pecados unido á la resolucion de no volver á cometerlos. Si esta resolucion debe ser expresa y formal, ó si basta que sea comprehendida virtualmente en el acto de detestacion y dolor, es indiferente en sí mismo, pues siempre es necesaria; pero quando se trata de un asunto tan importante como recobrar la gracia de Dios, lo mejor es lo mas seguro, y decir á Dios con David: *Yo he jurado, Señor, y hago de nuevo el juramento de observar en adelante tus divinos preceptos, y no volverme á separar en nada de la obediencia que debo á vuestra Ley*; y añadir: Porque he tenido la desgracia de faltar á ella, y en tal y tal materia me propongo de poner mas cuidado, y de apartarme de los peligros con la mayor atencion. Sí, mi Dios. Yo lo quiero, lo deseo y estoy resuelto á hacerlo;

a *Palm.* XXVI. 12.

vos que veis el fondo de los corazones, veréis tambien la extension y firmeza del mio.

En esta protestacion hay dos propósitos, uno general y otro particular. El general se extiende sin excepcion á todos los pecados que nos privan de la gracia de Dios; porque si hubiera un solo pecado mortal, que el pensamiento no se propusiera evitar, su resolucion no valdria nada: pues no tuviera el verdadero motivo que solo puede ser principio de su mérito; que es, que el pecado ofende y desagrada á Dios. Como este motivo conviene igualmente á todos los pecados, es claro, que si nos determina á abstenernos de unos, debe determinarnos á abstenernos de todos. El que quisiera hacer distincion ó reserva, mostraria que no es aquel motivo el que lo determina, y que su resolucion seria ilusoria.

El propósito particular es aquel que insiste especialmente sobre los pecados que estamos mas acostumbrados á cometer, y de que nos acusamos; pues como por ellos conocemos el mal á que nos arrastra mas nuestra flaqueza, es natural que pongamos en esto mas vigilancia y precaucion; pero unos y otros debe detestar el pecador, y decir á Dios con valor y resolucion: Señor, no te volveré á ofender.

¿Y qué hombre en el mundo, exclamé yo, se atreverá á hablar á Dios de este modo? ¿Cómo el barro deleznable osará decirle: yo seré de piedra, de acero? Quando yo suponga que tenga la intencion mas séria y eficaz: quando en el momento me sintiera con el ánimo de sufrir la muerte mas cruel ántes de repetir la iniquidad, ¿quién puede responder del por venir? ¿Quién puede preveer las

circunstancias en que se encontrará? ¿Quién podrá asegurarse á sí mismo? Sobre todo, ¿un miserable como yo, que ha pasado su vida en los horrores, que tiene el corazon corrompido hasta lo sumo, que se ha acostumbrado á no refrenar ninguna de sus inclinaciones viciosas, que ha dado rienda abierta á todos sus apetitos, que jamas ha sabido lo que es moderarse ni corregirse?

¿Cómo un miserable de mi especie se atreverá á decir á Dios: Yo te prometo que no te ofenderé mas? Desde este instante yo estoy seguro de hallarme con bastante constancia para vencer y resistir al torrente de vicios de que he sido inundado. ¿Pero el hombre que fué ceniza será mármol? Yo creo, Padre, que el hombre que hablara así seria un temerario, un presuntuoso; y si es menester sentir esto en su corazon, yo soy muy infeliz; pues léjos de sentirlo, no siento mas que temor y desconfianza de mi mucha flaqueza y de mi antigua corrupcion; jamas me atreveré á hablar así al Dios que vé los corazones, pues me pareciera mentirle. Yo dige esto con tanto ardor, que sin saberlo me puse en pie, y tan rápidamente, que el Padre no pudo detenerme; pero habiéndome oido me pidió que me sosegase, que él se habia explicado mal, y habiéndome hecho sentar, me dijo:

No permita Dios que yo desapruebe sentimientos tan justos, y que son verdaderamente Christianos. Ese temor, esa desconfianza que mostrais, es á mis ojos el mas seguro garante de que no volveréis á ofender á Dios. Sin duda fuera temerario no solo el pecador, sino el mayor Santo, si se a-

treviera á prometer á Dios no ofenderle nunca, esperando cumplir esta promesa contando únicamente con su propio esfuerzo ; pero uno y otro pueden hacerlo fiados en Dios , quien ayuda siempre con su gracia á los que por su parte trabajan sériamente en cumplir tan alto designio.

Para explicarme mas claramente permitidme que os diga , que en el hombre hay actos diferentes, que no se deben confundir ; hay actos que son del entendimiento , y actos que pertenecen á la voluntad. Por egemplo : desconfiarse de sí mismo , temer en medio de las promesas que hacemos á Dios y á su Ministro , que podemos no perseverar ; que despues de habernos sostenido algun tiempo , nos podemos cansar ; que la pasion se despertará ; que habrá ocasiones en que no podrémos resistir y nos dejarémos arrastrar , y otras ideas semejantes ; son pensamientos , temores , congeturas , todos actos del entendimiento , en que la voluntad no tiene parte, y son independientes de ella.

Pero á pesar de todos estos temores y desconfianzas , á pesar de la experiencia que tiene de su inconstancia natural , ella puede esperando en la gracia de Dios hacer una resolucion actual y verdadera , de alejarse para siempre del pecado , y renunciar toda ocasion delincuente. El entendimiento le representará su flaqueza , sus ligerezas , la violencia de sus inclinaciones , los combates , los peligros y lo poco que se puede fiar en su disposicion actual : no importa : entre todas estas inquietudes la voluntad está ó puede estar sínceramente determinada y resuelta.

El penitente pues no debe espantarse de que le

parezca difícil y casi imposible su perseverancia; porque esta aparente imposibilidad reside únicamente en su imaginacion, y el demonio se la procura encender para desanimarlo y detenerlo. Este es uno de los mas comunes artificios del tentador para entibiar los pecadores, representándoles que no podrán sostener esta nueva vida. ¡Qué! les dice: ¿Podrás soportar la austeridad christiana el largo tiempo que quizá puedes vivir? Si ahora porque estás animado con este nuevo fervor nada te es penoso, nada te asusta; quando este se disipe, como por desgracia suele suceder, ¿qué será de ti? ¿Podrás sufrir los disgustos y fastidios que tendrás? ¿Podrás pasar tus dias en un retiro á que no estás acostumbrado? ¿Abandonar esta pasion, y no volver á ver la persona que amas tanto? ¿Podrás resistir á sus quejas y á sus lágrimas? ¿Podrás privarte para siempre de estos juegos, espectáculos y placeres que te hacian tan feliz? Y fuera de esto, ¡quántos respetos humanos te detendrán! ¡Quántas burlas tendrás que pasar, y otras mil cosas de esta especie! Todas estas ideas son hijas de un espíritu tímido, á quien turba la pasion que lo domina, la naturaleza corrompida que se rebela, y el espíritu maligno que trabaja por desconcertar el proyecto de nuestra conversion.

Pero por mas que todos estos enemigos exâgeren y aumenten los obgetos, no es ménos cierto, que el penitente movido por Dios y ayudado con su gracia, puede hacer que su voluntad no titubée: siempre es dueño de decir: lo quiero; y dueño de conseguirlo con el auxîlio del Cielo. No es necesario que sepa lo que sucederá, ni que tenga cer-

tidumbre de que no flaqueará ; le basta estar actualmente en esta resolucion, ó que conceptúe, exâminándolo con prudencia , estar en ella. Vos habeis dicho bien, seria presuncion creerse seguro de no volver á caer ; ya porque la penitencia no nos hace impecables ; y ya porque nuestra voluntad como humana es siempre inconstante. Nadie pues sin una expresa revelacion puede saber, lo que hará ó dexará de hacer en tales circunstancias.

Pero al penitente le basta estar seguro tanto como es moralmente posible, que quiere corregirse, por el mismo motivo que ha producido su arrepentimiento y dolor, y que lo quiere para siempre por toda su vida , aunque tema que esta voluntad puede aflojar ó desmentirse. Quando está en esta actual preparacion debe fiarse en Dios para lo venidero. Debe decir con el Apóstol [a]: *Si el Señor está conmigo y por mí , ¿quién será contra mí?* Dios no me abandonará, y me ayudará á consumar la obra que su gracia me ha estimulado á emprender. Debe sostenerse y afirmarse con la esperanza del auxîlio divino, y decirse : puede ser que corra muchos peligros , no puedo saber lo que sucederá ; pero sé bien lo que ahora estoy resuelto á hacer , que es no apartarme jamas de mi Dios y de sus divinos mandamientos. Tambien sé que miéntras me mantenga en esta resolucion en que espero con la bondad de Dios mantenerme siempre , nada me hará violar la palabra que he dado á mi Dios , y que le doy de nuevo; en fin sé que para manifestarle la sinceridad de

a Rom. VIII. 31.

mi intencion voy desde ahora mismo á usar de todos los preservativos necesarios, y tomar todos los medios que la Religion me enseña para apartarme de toda ocasion peligrosa, y poner quanta vigilancia pueda.

Y ved aquí la piedra de toque, que puede hacernos conocer, si nuestro propósito es tan bueno como debe ser; porque en vano harémos mil promesas á Dios y sus Ministros; en vano nos dirémos á nosotros mismos, que ya queremos vivir con mas regla, y hacer divorcio eterno con el pecado, si no tomamos las medidas convenientes, si rehusamos las que se nos prescriben, si pretendemos vivir siempre en las mismas compañías que nos han perdido, navegar los mismos mares en que hemos naufragado, en una palabra, arrojarnos en los peligros. Si á pesar de los prudentes consejos de un Confesor, no queremos sacrificar nuestras pasiones, ni emprender nada para asegurar nuestra perseverancia, entónces no es temeridad decir, que no estamos mas que medio convertidos, ó que no lo estamos con verdad. La prueba es evidente, porque el que desea un fin eficazmente, no solo quiere quitar todos los obstáculos, sino que abraza todos los medios que á él conducen; y quando no lo hace, no es voluntad decidida, es solamente ilusion y quimera.

Esta es la causa por que se vé tan poca enmienda en muchos que con frecuencia vienen al Tribunal sagrado. Quisieran conciliar dos cosas incompatibles, no pecar, y quedarse en una disposicion próxima de pecar. Si el Ministro de la penitencia les pregunta como Jesu Christo al pa-

ralytico del Evangelio, si quieren sanar, responden sin vacilar que sí; pero si este Ministro no fiándose de respuesta tan vaga les pregunta, si quieren abstenerse de tales visitas, privarse de tales familiaridades, renunciar á tales compañías, retirarse de tales concurrencias y espectáculos; si quieren interrumpir tales negocios, reparar tales daños que han causado, abandonar tales ganancias injustas y mal adquiridas; si para vencer la animosidad de su corazon consienten en dar tales pasos; si para rescatar el tiempo que han perdido, y edificar al público que han escandalizado, consienten en frecuentar los egercicios Christianos, acercarse á los Sacramentos en tales fiestas, dedicarse á una buena y piadosa lectura todos los dias; en fin practicar lo que se les aconsege, y que les pueda ser saludable; entónces empiezan á titubear, á armarse y defenderse como si se les tratara con mucho rigor. Pero por mas que digan, por mas que acusen al Ministro de una excesiva austeridad, desde que este vé esta resistencia, tiene mucho fundamento para desconfiar de sus palabras, y obra prudentemente si se detiene ántes de absolverlos.

Busquemos al Señor, pero busquémosle con toda la rectitud de nuestra alma. Nosotros podemos engañarnos y engañar al Sacerdote que nos escucha, pero no podemos engañar á Dios. Nos espantamos de nuestras continuas recaidas, y no es difícil descubrir la causa; no es porque no nos presentamos al Tribunal de la Penitencia, sino porque quizá nunca hemos llevado á él una voluntad bien firme de mudar de vida, y de trabajar sé-

riamente en la reforma de nuestras costumbres. Hemos creido que era voluntad una cierta veleidad, algunos deseos imperfectos, ó los gritos de la conciencia que nos acusaba interiormente, y que nos decia lo que debíamos hacer. Lo veíamos, pero no lo hemos hecho, porque no lo hemos querido. Quando queremos bien lo que está en nuestro poder, no dejamos de hacerlo. San Agustin decia, hablando de sí mismo: que queria convertirse, pero lo queria como un hombre sumergido en un sueño letárgico que quiere despertarse, y vuelve á recaer en su sueño. Acudamos pues á Dios, que segun el Apóstol nos hace querer y egecutar.

Pero volviendo á nuestro asunto, conviene saber que el dolor, que unido con la esperanza produce la detestacion del pecado, ha de ir acompañado á lo ménos con un principio de amor. Es natural amar á aquel de quien se espera mucho bien, y mucho mas quando se sabe que se puede lograr por el amor. Es verdad que se ha disputado mucho sobre esto en los últimos tiempos, pero esta era una disputa mas para las Escuelas, que para ordenar nuestras disposiciones al Tribunal sagrado. Todos convenian en que la contricion incluye amor, y la qüestion se reducia únicamente á si este amor era de esperanza ó de caridad; pero que sea de uno ó de otro siempre es amor: amar no es otra cosa que amar, y el amor de que tratamos aquí es esencialmente uno y otro, sin que sea posible separarlos; y sino decidme, ¿quál es el bien que esperais en el Sacramento de la Penitencia? Vos me diréis, que el perdon de los pecados; y yo digo que teneis razon, y que si lo entendemos bien,

es todo lo que podemos desear, porque con este bien nos vienen todos los demas.

En efecto es imposible que obtengamos la remision de los pecados sin quedar justificados con una justicia que nos es propia. ¿Y cómo se establece esta justicia en nuestro corazon? ¿Cómo de injustos y pecadores que éramos nos transformamos en justos y santos á los ojos de Dios? Por su amor, por la caridad que derrama en nuestras almas el Espíritu Santo con su presencia. Estas son verdades de fe definidas por el Concilio; ved aquí su Cánon [a]: »Si alguno digera, que el hombre »queda justificado solo con el perdon de los peca»dos sin la gracia y caridad que el Espíritu Santo »derrama en nuestros corazones, y que se nos hace »propia: sea Anathema." Esto, señor, merece las mas serias reflexîones, porque vé aquí las consecuencias que resultan.

Si el pecador quando recibe la absolucion, no recibe al mismo tiempo al Espíritu de Dios; si no lo lleva ya en su corazon quando se levanta de los pies del Sacerdote; si con la presencia del Espíritu Divino, que habita en su alma, y la ha hecho Templo vivo de Dios, no habita tambien la caridad, que consiste en un amor bastante poderoso para preferir á Dios y apreciarlo mas que todo: para hacerle amar todo lo que ama: aborrecer todo lo que aborrece: y para establecerlo en esta feliz disposicion de una manera firme y constante, no porque no pueda caer de este estado, pues puede y muchas veces cae, sino porque este estado por su natura-

a Conc. Trid. Sess. VI. Can. XI.

leza es para subsistir toda la eternidad, y si el pecador lo pierde es por su culpa: en una palabra, si no tiene la caridad que es la única que puede hacerlo digno de Dios, ponerlo en el número de sus amigos y asociarlo á sus Santos, porque ya él mismo es justo y santo, seria un grande error decir que ha podido obtener el perdon de sus pecados. Que se dispute pues tanto como se quiera sobre las disposiciones necesarias para el Sacramento de la Penitencia, no se puede dudar lo que el pecador va á recibir y lo que debe traer; y no solo no recibirá nada, sino que será culpado de haber hecho inútil la Sangre de Jesu Christo, si no recibe en virtud del Sacramento el Espíritu Santo y el hábito de la caridad.

Parece, señor, que es imposible recibir esta justicia y esta caridad sin desearla tanto como merece, esto es, mas que todo lo que se puede desear en el mundo, y con preferencia á todo sin excepcion. En la Religion de Jesu Christo no hay mas que una respuesta que el Fundador nos ha enseñado, y es: que sea como lo deseais: *Fiat tibi sicut vis.* Para obtener pues es menester desear, y esto mismo define el Concilio quando dice, que el Espíritu Santo distribuye esta caridad, segun la disposicion y cooperacion de cada uno. ¿Quién puede ignorar que la mejor disposicion es desearla mas que todo y con preferencia á todo? Pues el que prefiriese qualquiera otra cosa, no mereceria recibirla, y se haria absolutamente indigno de ella.

Ahora pregunto yo: ¿Es posible desearla sobre todo sin amarla mas que todo? La justa medida con que se desea una cosa es la del amor que se

le tiene. Dad á este amor el nombre que quisiereis, no me importa; es evidente que el pecador busca y va á recibir la justicia y la caridad, que no puede recibirla sin desearla, y amarla mas que todo, como el mayor de los bienes, como el único digno de ser deseado, como el solo que puede hacerle feliz en este mundo y en el otro. Siendo esto así, ¿qué importa el nombre que se le dé? Es indisputable que este es el amor de la caridad, pues se la propone directamente por obgeto; ¿y quién puede dudar que es tambien de esperanza?

Es pues claro que uno y otro amor son el mismo. ¿Qué acto de amor puede ser mas vivo que aquel movimiento del alma, con que el Propheta decia [a]: "¿Qué hay en el Cielo, ni qué puedo desear sobre la tierra sino á ti, Dios mio, Dios de mi corazon y mi parte en la eternidad? No conozco otra felicidad, que la de unirme contigo y poner en ti toda mi esperanza." Observad como une el amor de caridad con el de esperanza, y que los dos no son mas que una cosa. ¡Ay señor! que su misericordia nos inspire su amor, y no nos embaracemos en el nombre que pueda tener.

No hablemos pues de estas distinciones para arreglar nuestra conducta; que el dolor, la vergüenza, la confusion, la alabanza, la admiracion, el reconocimiento, la confianza, todos los mas vivos afectos del amor, todos los mas penetrantes sentimientos del amor mas inflamado se descarguen y caygan todos juntos sobre nuestros corazones, tan repetidos, tan acumulados, que no nos permitan distinguirlos ni

a *Psalm.* LXXII. 25. 26.

nos degen libertad, sino para abandonarnos sin reserva á la inmensa caridad de nuestro Dios. El anathema, la maldicion, dice el Apóstol, es para el que no ama á Jesu Christo: ¿y en qué tiempo la mereceria mas el pecador, sino quando cubierto de las úlceras que le han hecho sus pecados, y quando implorando la aplicacion de su Sangre para sanar de heridas tan mortales se pudiera creer dispensado de amarlo?

Lo que el Concilio dice de que la atricion concebida por temor de las penas dispone á recibir la gracia del Sacramento, no se opone á la necesidad del amor; sin duda que la atricion dispone; sin duda que es el primer grado de la justificacion, porque prepara la conversion del corazon; pero por lo mismo que dispone á los otros grados es claro que por sí sola no basta, y que los otros tres que el mismo Concilio indica son necesarios. Así quando esta disputa se reduce á sus verdaderos términos, se vé que no hay dificultad real, que está mas en las palabras que en el fondo, y que si es menester siempre amar á Dios, se le debe amar mas si es posible quando se va á implorar por la penitencia su piedad.

Me parece oportuno preveniros contra una obgecion que han hecho algunos, y que naturalmente se presenta. Ellos dicen: si los hombres deben amar á Dios ántes del Sacramento, desde que lo aman ya son justos, y desde que lo son ya no necesitan de la confesion, pues sus pecados han sido perdonados; así si despues se confiesan, no será mas que por devocion, ó para obedecer á la Iglesia que lo manda; pero el Sacramento

entónces no es mas que una ceremonia privada ya de su efecto principal, que es la remision de los pecados.

Se les ha respondido, que lo mismo pudieran decir del Bautismo, pues este Sacramento sirve tambien á la remision de los pecados como lo ha definido el Concilio, y como todos los dias lo confesamos en el *Credo*. Sin embargo el mismo Concilio ha declarado, que una de las disposiciones que deben tener los adultos para recibirlo con fruto, es amar á Dios como autor de toda justicia. Y que á pesar de esto no dirán que el Bautismo no es necesario en los adultos que aman á Dios, y que solo es una ceremonia exterior que se reduce no á perdonarles los pecados, sino á declarar que les están perdonados.

Saulo abatido, derribado, y ya convertido, es uno de aquellos milagros que manifiestan la fuerza de la gracia. Nadie duda que su conversion fué perfecta desde su principio, y no obstante Ananías, enviado por el mismo Jesu Christo para bautizarlo, no se crée por eso dispensado de decirle tres dias despues de su conversion, ¿qué aguardas, hermano Saulo? Levántate y lava tus pecados. ¿Qué pecados tenia que lavar, si tres dias ántes estaba ya justificado? Que se dispute si se quiere contra este egemplo, pero fácilmente se verá que se disputa contra lo que nos dice la palabra de Dios. Veamos otro.

El Centurion Cornelio ruega á San Pedro, que lo venga á instruir en el Evangelio, y San Pedro lo instruye. El Espíritu de Dios desciende visiblemente sobre Cornelio y toda su familia. Es

pues cierto, que ántes de recibir el Bautismo ya estaban justificados. ¿Y qué concluyó de esto el Príncipe de los Apóstoles? ¿Quién podrá, dijo, rehusar el Bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo? Observad bien estas palabras. Porque han recibido el Espíritu Divino infiere el Apóstol que está obligado á darles el Bautismo.

Pero hablemos particularmente de la penitencia. El Concilio declara, que hay una contricion tan perfecta, que justifica al pecador ántes del Sacramento. Esto es de fe; pero si se quisiera concluir de aquí, que el Sacramento no es necesario al que lo recibe con tan feliz disposicion, ó que no es mas que una ceremonia exterior, un poder desnudo que solo sirve á declarar, que los pecados le están perdonados, se caeria en los anathemas del Concilio; y así lo que se debe concluir es, que el Sacramento será mas útil y fructuoso al que trae disposicion tan excelente.

Y si no ved la consecuencia que resultaria. Los Christianos están obligados en conciencia á no privar á los Sacramentos de su efecto, ni reducirlos á simples ceremonias exteriores, que les hicieran dejar de ser lo que son por la institucion de Jesu Christo. Supuesto esto estaríamos tambien obligados á enseñar y aconsejar á los fieles, que vayan con cuidado, y pongan atencion para no amar mucho á Dios, quando vienen al sagrado Tribunal, y en lugar de decirles con el Concilio, que el Espíritu Santo distribuye la justificacion y caridad segun la disposicion de cada uno, y que los Sacramentos dan mas gracia al que viene mejor dispuesto; seria menester decirles, que pa-

ra tenerla mayor debian amar á Dios ménos. ¿Adónde va la razon humana quando quiere juzgar de las cosas de Dios con sus débiles luces? ¿Adónde puede ir sino á contradecirse, embrollarse y correrse de sus propias consecuencias?

Una alma verdaderamente convertida no disputa, no argumenta, no sutiliza, no tiene mas que un deseo que la ocupe; y solo dice una palabra con San Pablo [a]: *¿Señor, qué quieres que haga?* Esta palabra es corta, pero todo lo dice quando se profiere con una voluntad llena y entera, que no tiene mas obgeto que el de agradar al dueño que le manda. No pregunta á Dios ni quiere saber los motivos del precepto. La obediencia fuera ménos perfecta, y el corazon quedara ménos contento. Solo sabe decir: Habla, Señor, que tu siervo escucha. Mi entendimiento no debe hacer otra cosa que creerte, y mi corazon que amarte. El primero os creerá no obstante la escasez de sus luces, y el segundo os obedecerá á pesar de sus repugnancias: ni uno ni otro quieren saber sino lo que ordenas; sin querer pensar los motivos solo quieren hacer lo que mandas, y quisieran hacerlo todo á un tiempo si les fuera posible, y si su condicion lo permitiera; pero todo está en la preparacion de mi corazon, vos la veis, y que espera con vuestra gracia hacer quanto le sea posible.

Ved aquí, señor, los sentimientos de un verdadero convertido; y quanto la conversion es mas perfecta tanto mas le domina esta disposicion. Su-

a *Actor.* IX. 6.

pongamos pues un amor bastante poderoso y activo para justificar al pecador, ántes del Sacramento. ¿Qué se sigue de esto? Que el deseo de recibirlo, como que es el medio que Dios ha establecido para el perdon de los pecados, debe ser mas vivo en él, pues que no puede ser justificado sino en razon de este deseo; y que la necesidad de este deseo no se funda sino en que el Sacramento ha sido instituido por Dios para ese efecto. Así pues quando fuera cierto que todos los hombres fuesen justificados ántes de recibir el Sacramento de la Penitencia y el del Bautismo, no por eso les dejarian de ser necesarios, ó quedarian privados de su efecto, pues que los penitentes no pueden ser justificados sino por el deseo de recibir aquellos Sacramentos.

Pero para poner este asunto en toda su luz, basta observar, que el amor de Dios en nuestros corazones es susceptible de muchos y diferentes grados. Algunas veces es tan débil y lánguido, que parece que apénas empieza á despuntar; se vé la virtud, se quisiera practicarla, se conoce ya que los que sirven á Dios son dichosós, se confiesa que sin esto no hay verdadera felicidad; se hace algun esfuerzo para imitarlos, para elevarse; pero á pesar de todo cierta especie de liga nos tiene pegados á nuestros hábitos, y detiene todas las fuerzas de nuestra alma.

San Agustin pinta bien esta situacion quando dice: »En este estado, Dios mio, yo me era in»soportable á mí mismo, porque empezaba á co»nocerte; pero detenido por mi voluntad de hier»ro volvia á caer con el peso de mis cadenas.

»Sentia gusto en conferir con tu siervo Ambrosio, »me consolaba con la lectura de las santas Escri»turas, que hasta entónces no me habian inspira»do mas que fastidio. El nombre de Jesu Christo »que se repite en ellas tantas veces causaba un »secreto consuelo á mi enfermo corazon; el egem»plo de los que os sirven me movia tambien, y »me decia algunas veces: Agustin, ¿por qué no »podrás tú lo que aquellos y aquellas? Alipio y »yo nos decíamos estas cosas; él me alentaba unas »veces, yo le animaba otras: pero á mí me de»tenian mis pasiones, y á él los espectáculos: así »no adelantábamos nada, y todo acababa en de»jarlo para despues.

Estos son los primeros movimientos de la gracia que empezaba á trabajar en aquel corazon: ¡y qué dichoso es el que empieza á sentirlos, si sabe aprovecharlos! Es un hombre que lucha con la muerte, pero que no tiene todavía mas que el primer soplo con que vuelve á animarse la vida. ¡Qué diferente es el estado de otro hombre, que no solo está lleno de vida, sino de salud, de fuerza y de vigor; que dice con verdad, que Jesu Christo es su vida, que la muerte es una ganancia para él, y á quien la muerte y la vida son indiferentes con tal de que sirva y agrade al que únicamente ama y adora: que desafía al Cielo y la tierra, á la espada y las persecuciones, á la vida y la muerte, á las cosas presentes y futuras, seguro de que nada lo podrá separar de la caridad de Jesu Christo! Tal era San Pablo: tales fuéron los Apóstoles, y tantos sagrados Mártyres, y tantos ilustres Confesores inflamados de amor,

cuyos escritos están en nuestras manos, y que expresan en ellos estos sentimientos con tanta sinceridad y eficacia, que se vé bien que no tenian otros.

Hombres de este carácter no reciben otras impresiones que las que les produce su amor. Este amor dominaba con tan poderosa fuerza en su conducta, que pudiera decirse no conocian otra ley; y en este sentido dice San Juan: »Que la perfecta »caridad excluye al temor." Sin duda que uno y otro afecto habitaba en sus almas, sin que jamas los perdieran de vista; pero no obraban ni por la impresion de la ley, ni por la del temor, sino por la del amor que lo absorvia todo.

Ved aquí los dos extremos. ¿Y qué seria de nosotros si del primer grado hasta este no hubiera otros muchos y diversos grados en medio? El Dios de las misericordias ha dispuesto muchas mansiones en su casa, y aunque no se llega á ella sino por el amor; este amor es susceptible de mas y ménos hasta lo infinito. San Pedro sin duda amaba á Dios sobre todas las cosas, y lo amaba no solo con el amor que prepara á la justicia, sino con el que la da, pues que ya era justo quando Jesu Christo le dijo: *No me puedes seguir ahora.* Así pues el amor puede no solo ser verdadero, sino tambien justificante, sin ser por eso capaz de sostener toda especie de pruebas. Jesu Christo le dijo claramente: No puedes: *Non potes.*

El peligro y la prueba se presentan; y la caida de Pedro justifica lo que Jesu Christo habia dicho: Ahora no me puedes seguir: no es Dios el que le ha faltado: es Pedro el que se falta á sí

mismo y á Dios. Si aprovechado del aviso que le dió Jesu Christo, se hubiera humillado sin moverse, pues su Maestro no le mandaba seguirlo, su amor, aunque débil entónces, y poco capaz de grandes esfuerzos, pero suficiente para hacer lo justo, se hubiera sostenido; pero contra el expreso aviso de su Maestro se empeña en seguirlo, porque se crée mas fuerte de lo que es. ¿Y qué le sucede? Tropieza y cae. Concibamos pues que el amor de Dios puede no solo verdaderamente habitar en nuestras almas, sino tambien justificarlas, sin que por eso sean capaces de todo.

¡Ay, señor! Tal es la condicion humana; excepto un pequeño número privilegiado, la mayor parte de los justos necesita de todos los socorros y de todos los motivos de la Religion para sostenerse. Hay ocasiones en que un justo titubea, y cayera sin el socorro del temor; hay momentos en que necesita de este auxîlio el mismo que no lo ha necesitado en muchos otros. Esto se diversifica á lo infinito. ¿Y qué se debe inferir de estas tristes verdades? ¿Qué la accion en que el amor no se sostuvo sino por el socorro del temor fué una falta? Esto fuera una heregía tan contraria á la fe, como al buen sentido. La fe nos enseña, que aquella accion, aunque inspirada por el temor, es buena, santa y saludable. Lo que se pudiera decir únicamente es, que hubiera sido mas perfecta si el amor solo la hubiera producido. Estos son principios de que no es posible dudar.

Así pues como el amor Divino tiene en el corazon de los justos tan diferentes grados que varian sin fin, y como unos son mucho mas fuertes y vi-

gorosos que otros, así tambien hay mucha diferencia en los que son débiles y están todavía en los principios del amor, que lo son tambien de la vida. Algunos hay que no tienen mas que el primer soplo. Hay otros que aunque parecen lánguidos y enfermos, no dejan de hacer esperar, que con los socorros de la Religion podrán recobrar la salud. Tal está todavía léjos del Reyno de Dios, aunque se encamina á él, y tal otro está ya cerca, y el Divino Maestro arroja ya sobre él los ojos con benevolencia. Si todavía no está en su amistad, ya está muy cercano á ella.

Se abusaria de estas verdades, si porque es menester amar á Dios sobre todas las cosas, se creyera que para recibir la absolucion con fruto es menester tener un amor á toda prueba; ser insensible á las impresiones del temor; no obrar sino por las del amor Divino; no tener combates; no hallar dificultades; ni sentir trabajo en el egercicio de la virtud, y que el que no se siente en este estado, no puede recibir la absolucion. Este seria otro extremo, que nos pudiera perjudiciar.

Es cierto que debemos hacer de nuestra parte quanto nos sea posible para traer al Sacramento la mayor contricion que podamos. Pero el Concilio mismo ha distinguido con mucha exâctitud dos estados de contricion, ó dos contriciones, la una que justifica ántes del Sacramento, porque es perfecta en caridad. La otra es imperfecta, y no justifica sino con el Sacramento. Estas dos contriciones son muy diferentes. Seria una ilusion grosera y palpable confundirlas, y juzgar de la una por la otra. Esto es, juzgar un estado comun, ordinario, imperfecto é

insuficiente sin el Sacramento ; por un estado raro, extraordinario que justifica por sí , y tan perfecto, que no es el estado comun de los justos. Evitemos con cuidado estos excesos, que no pudieran servir sino á autorizar de algun modo los errores.

Todo el punto se reduce pues á saber quáles son los medios que nos pueden hacer conocer si estamos en el estado necesario para recibir la absolucion. Porque despues de lo que hemos dicho, es claro que para recibirla es menester estar convertidos de corazon. Que para estarlo es necesario tener un dolor verdadero. Que este dolor consiste en un aborrecimiento y detestacion sincera del pecado. En que el amor del pecado se destruya en nuestro corazon , y que esta destruccion total del pecado , esta detestacion no puede hacerse , sino por un principio de amor de Dios como Autor de toda justicia , segun lo dice el Concilio. Lo que nos falta ahora es exâminar cómo es posible conocer , si hay en el corazon esta conversion verdadera , este dolor , este aborrecimiento y detestacion del pecado , y por consiguiente este amor de Dios y de su justicia. Pero como ya es tarde reservarémos este asunto para mañana. Pedid , señor , á Dios que inflame mi corazon y mis labios , para que no digan nada que no sirva á su gloria y nuestra edificacion.

El Padre se retiró , Theodoro , y yo me recogí para recorrer y traer á mi memoria los delitos de otra época , para confesarlos al siguiente dia. ¡Con qué amargura se presentaban á mi espíritu recuerdos que fuéron ántes los obgetos de mi complacencia , y eran ahora puñales que me atravesaban

el alma! ¡Quién me hubiera dicho quando los cometia con alegría tan loca ó insensata, que llegaria el dia en que no podria recordarlos sin horror! ¡Pero qué fuera de mí, si el Dios de las misericordias haciéndome abrir los ojos, no me hubiera hecho ver su deformidad! Yo le pedí que me ayudase para no olvidar ninguno, para confesarlos todos, para detestarlos, para expiarlos, y consagrarle con amor y gratitud los pocos dias que podian quedar á mi envegecida iniquidad. Á Dios, Theodoro.

CARTA XXIV.

El Philósopho á Theodoro.

Amigo mio : Vino el Padre á la hora acostumbrada ; yo habia aprovechado el tiempo que me habia quedado libre la noche precedente , para recapacitar la parte que comprehendia la segunda época de mi horrible vida : yo le dige lo que pude , pero viendo que me confundia , volvió á tomar el timon en la mano , y con la misma sagacidad y arte que el dia anterior volvió á preguntarme y dirigirme. Al fin ocupamos la mañana con mucho trabajo de su parte , pues no solo evitaba el mio , sino que por el méthodo con que me preguntaba , hallaba yo fácil lo que me habia parecido ántes imposible. Me parecia tambien que habia ya confesado á mi satisfaccion : y concluida esta época se fué , prometiéndome volver por la tarde.

Volvió en efecto ; y despues de habernos sentado , yo le dige : Padre , me habeis prometido exâminar hoy , si es posible conocer que haya en nosotros la contricion necesaria ; si se puede asegurar la verdadera conversion del corazon , sin la qual ni la confesion es buena , ni aprovecha la absolucion. Os aseguro que deseo oiros con impaciencia , porque ignoro lo que puedo pensar de mí mismo. Quando exâmino mi propio corazon , por un lado me parece que estoy verdaderamente ar-

repentido ; que diera quanto tengo en el mundo, y pasara por los mayores sacrificios si pudiera con ellos conseguir no haber vivido tan delincuentemente ; que estoy determinado á reformarme , y mudar todo el órden de mi vida. Pero por otro lado veo , que á veces mis deseos aflojan , mis resoluciones se entibian , y me sorprehendo con ideas diferentes. El vicio vuelve á halagarme de nuevo ; la imaginacion me arrastra con imperio á obgetos seductores , cuyo abandono me parece insoportable , y me hallo de repente tan léjos del órden nuevo de correccion que me habia propuesto, que me es necesario un grande esfuerzo para rebatir estas especies halagüeñas que me encantan y seducen.

Reconozco , Padre , que el corazon humano es un abysmo , un océano insondable , un piélago fluctuante donde todo es inconstante y vago , y donde la razon no puede fijar el pie. ¿Quién pues podrá vivir seguro? No es dado al hombre sondear los espíritus ni los corazones , ni encontrar reglas para asegurarse de sus disposiciones interiores. Y si á cada uno le es tan obscuro su propio corazon , ¿cómo podrá ver el de los otros? Yo fuera muy feliz , si pudiera contar con la sólida conversion del mio , y os pido me deis las luces que espero.

Todo lo que decis , señor , es muy justo , respondió el Padre ; y jamas el hombre sin las luces del Cielo pudiera penetrar las obscuridades de ese caos. Pero Dios alumbra á la sana intencion y al buen deseo , y nos ha dado en las santas Escrituras el farol que nos debe alumbrar en la noche de nuestra vida. Vos acabais de propo-

nerme una dificultad, que el hombre abandonado á su propia luz no pudiera satisfacer jamas: pero yo voy á responderos en dos palabras, dictadas por el espíritu de Dios, y admirad de paso la asombrosa profundidad de los Libros divinos. Los hombres dicen poco en muchas palabras. El Espíritu Santo en pocas palabras lo dice todo, y lo dice con tanta precision y claridad, que en ellas se halla todo lo que importa saber.

Vos deseais entender cómo se puede conocer quándo estamos verdaderamente arrepentidos. Yo os respondo con San Pablo [a]: *Si vivimos segun el espíritu, andemos conforme al espíritu.* Estas cortas palabras están llenas de luz, y puede ser que ya os descubren todo lo que quiero deciros. Esta conversion no es nada ménos que una mudanza entera, un tránsito total de una vida á otra diferente, ó para decirlo mejor, de la muerte á la vida. La vida de la carne y de los sentidos, segun el mismo Apóstol, no es mas que muerte: *mors est*: y la verdadera vida no se halla sino en el espíritu que vive de la justicia. Estas son las dos especies de vidas con que todos los hombres viven sin excepcion: el que viviere segun la carne, morirá, y ya está muerto á los ojos de Dios. Pero el que viviere segun el espíritu mortificando las obras de la carne, vivirá. Estas dos vidas son incompatibles. No hay medio entre la vida y la muerte. El que vive segun el espíritu no sigue los deseos de la carne; el que los sigue no vive con la vida del espíritu.

b Ad Galat. v. 25.

Así pues si vos no solo no seguis los apetitos y deseos de la carne, sino que los huis, los combatis y los mortificais, ya podeis aseguraros que vivis con el Espíritu de Dios; y ved aquí como esta qüestion que parece tan dificil, se resuelve por el medio mas sencillo y natural. Buscabais la luz en esa obscuridad, y la luz brilla ya por todas partes. Ya tenemos un farol que nos puede guiar, y con que podemos arreglar nuestros pasos y conducta; pero entendamos para esto lo que es la vida de la carne, que no solo son los pecados groseros ó de los sentidos, sino tambien los que nacen de las pasiones, que suelen llamarse espirituales; como por egemplo, el orgullo, las enemistades, las envidias; pues aunque pertenezcan al espíritu, sacan su orígen ó tienen su principio en la carne y la sangre. San Juan nos dice [a]: »No ames el »mundo ni nada de lo que está en él, porque to»da concupiscencia viene de él." Es claro, que nosotros no tenemos relacion con el mundo sino por este cuerpo grosero, por esta desdichada carne; solo por ella llegan á nuestra alma las fatales impresiones que el mundo produce.

Es pues la vida de la carne el principio de todas nuestras funestas pasiones así espirituales como corporales. Es ella la que nos da este gusto dominante por las cosas de los sentidos: este encanto que nos impide conocer los bienes verdaderos, y que nos apega tan tenazmente á los transitorios; esta dificultad que tenemos en deshacernos de lo que se nos quitará pronto: este peso que nos abru-

a *1. Ioann. II.* 51. 16.

ma y nos sugeta á la impresion de los bienes presentes. Por ella no estimamos, no amamos, no respetamos ni buscamos sino lo que vemos y tocamos; y por ella no producen fruto en nuestro espíritu ni Dios ni sus juicios, sus castigos y sus recompensas. Apénas vemos todo esto; y si la fe nos lo muestra, es á tanta distancia, que no sentimos la impresion. El oro, las dignidades, la grandeza, la magnificencia, la estimacion, el respeto de los hombres, sus juicios y sus opiniones; ved aquí lo que nos interesa y nos conmueve, porque los sentidos nos acercan todo esto, y nos lo presentan á la vista, y solo pensamos en adquirirlo.

Esta es la razon por qué no tenemos otra solicitud que la de estos bienes, y que solo pensamos en adquirirlos y conservarlos. Por esto la impresion que nos producen es tan fuerte, que no hay medio, no hay delito que no se egecute para conseguirlos. Por ellos los hombres se apasionan con delirio, los disfrutan con tenacidad, se aborrecen con furor, y se matan unos á otros con perfidia é inhumanidad. De esta fuente emponzoñada nacen todos los desórdenes, y ella es la que nos inspira esta oposicion que sentimos á lo que nos aconseja la razon, y mucho mas á los afanes penosos de nuestro estado y á las ocupaciones serias de la Religion. Ella es la que nos da este gusto tan vivo por los placeres frívolos y las diversiones agradables, y por ella ocupados siempre en solicitudes inquietas, agitados de cuidados inútiles, de movimientos descompasados, de animosidades, envidias y furores, nuestros dias se malgastan en convulsiones tan dañosas y pérdidas tan irreparables.

Esta es la vida de la carne, que consiste en el imperio que los sentidos han tomado en nuestro corazon; y por ella muere el espíritu. Porque la vida de este consiste en combatir la vida de la carne, en mortificarla y destruirla. La conversion del corazon no es otra cosa, que el paso de una vida á otra. Por consiguiente no puede haber conversion, sino se abandona la primera vida para adoptar la segunda; pues es imposible conciliarlas ambas, y por eso San Agustin reduce toda la conversion á apartar el corazon del amor de las cosas temporales, presentes y sensibles, y ponerlo en las cosas eternas.

Aquí dige yo: Eso bien lo entiendo, Padre, comprehendo que el convertido debe dejar la vida de la carne para seguir la del espíritu. ¿Pero quién me dirá á mí si ahora, y para estar en estado de recibir la absolucion, mi corazon está tan convertido como es necesario? ¿Y quién puede creerse convertido, si para serlo es menester no tener ya ningun gusto por las cosas sensibles? ¿Es necesario que este gusto se destruya? ¿No basta resistirle?

El Padre me respondió: Léjos de nosotros las máxîmas exâgeradas, que son siempre erroneas, y mas en asuntos de moral. Hay mucha diferencia, señor, en la vida de la carne, y la vida segun la carne. El Apóstol no dijo, que morirémos si vivimos en la carne, sino si vivimos segun la carne. Para que no vivamos en la carne seria menester estar ya muertos, y la conversion del corazon no consiste en hacer que la carne no viva, sino en no vivir segun la carne. Miéntras estemos

en este infeliz suelo, la ley de la carne, ley de muerte, es y será la raiz de nuestros gemidos y combates.

En este punto, señor, los mas justos y los mas santos no hacen ventaja á los pecadores, y la funesta semilla de iniquidad que todos los hombres tienen en su corazon, es capaz de producir en todos los mismos frutos de muerte. Quando digo que los justos no tienen ninguna ventaja, no quiero decir, que en los combates no salgan victoriosos; y que en ellos no se disminuya cada dia la actividad de esta semilla perniciosa. Sin dūda que quanto mas se adelantan en los caminos de la justicia, tanto mas debilitan la concupiscencia, y la privan de su fuerza. El enemigo que ha sido vencido ya muchas veces, queda aterrado, y es ménos peligroso.

Pero con todo la raiz de esta simiente siempre se conserva. Ningun esfuerzo la acaba, y es indispensable que hasta los justos la refrenen. Esta semilla de iniquidad consiste en la impresion y depravacion de los sentidos, y en el efecto involuntario que causa en nuestra alma esta impresion. Esto es lo que el Apóstol llama ley de muerte. Esta ley reyna en nuestro cuerpo y vive hasta la muerte. No podemos destruirla; ¿pero porque la carne y sentidos viven; porque el alma no puede dejar de sentir su accion; se sigue que los ame y se sugete á ellos voluntariamente? No. Lo que se sigue es, que debe conocer la indignidad de esta sugecion, oponerse á ella, pedir socorro, y combatirla.

Así pues la sugecion inevitable del alma á la accion de los sentidos, es la raiz del pecado, que no consiste ni puede consistir, sino en condes-

cender ó someterse voluntariamente á su imperio. Por eso no he dicho que para la conversion sea necesario dejar de vivir con la carne y los sentidos, sino que es menester no seguirla, no someterse; lo que supone dos cosas, que el Apóstol ha determinado; la primera quando dice: Camina segun el espíritu, y no seguirás los deseos de la carne y los sentidos; la segunda: Los que son de Jesu Christo han crucificado su carne con sus deseos y concupiscencias. Porque no hacer las obras que son claramente de la carne, y de las que dice el mismo Apóstol: que el que las hace no entrará en el Reyno de los Cielos, es algo; pero para ser de Jesu Christo no basta no hacerlas, es menester combatirlas y debilitarlas. Esto resuelve todos vuestros temores.

El sentido por mas vivo que sea para las cosas prohibidas, puede ser un mal, pero no es un pecado; es mal, porque obliga al combate; pero despues de la victoria es un bien, porque es mérito. ¿Pero amais ese mal? ¿No estais determinado á no permitirle nada? ¿Si estuviera en vuestra mano impedirlo no lo hicierais? Sin duda; pues nada le concedeis, y os importuna: no debeis pues tener ninguna inquietud. Esos movimientos, esas impresiones son efectos naturales de la ley de la carne; y la ley del espíritu debe sugetarlos. ¿Si no exîstieran seria necesario resistirles y vencerlos? Quando el Apóstol dice, que el pecado no reyne en ti, añade inmediatamente; de modo que obedezcas á sus deseos. Abandonad pues toda inquietud: procurad solamente manteneros fiel; y si á vuestro pesar las memorias de

los tiempos pasados se despiertan con viveza en vuestro corazon, no concediéndoles nada, léjos de faltar á Dios, le servis con mas merecimiento.

La verdadera conversion, como hemos dicho, es la cesacion absoluta no de las tentaciones, sino de los consentimientos á todo pecado mortal; pero sin excepcion alguna, porque el que los dejara todos, si conservara uno solo, seria reo de todos. Esto se debe observar muy particularmente; porque parece que muchos Christianos imaginan, que en la Religion de Jesu Christo no hay mas que una especie de pecados, y que están contentos quando se abstienen de los que San Pablo dice: que no solo no se deben cometer, pero ni aun nombrar. Como si el hombre fuera tan despreciable, que toda su perfeccion consistiera en no envilecerse indignamente. Pero Santiago dice: Que el que no reprime su lengua, y piensa tener religion, se engaña; que no tiene mas que las apariencias, y que su religion es vana. El mismo San Pablo añade: Que tampoco entrarán en el Reyno de los Cielos los que cayeren en enemistades y pleytos, cóleras, desavenencias, envidias, maledicencias, embriaguez y placeres de la mesa.

Vos diréis: ¿quién pues se podrá llamar convertido? ¿Quién se salvará? Yo os responderé: El que se abstenga de todas esas cosas; porque el que las haga en todo ó en parte, no entrará en el Reyno de los Cielos. Es menester pues sobre todo esto exâminarse bien y corregirse. Yo voy á proponeros algunos egemplos. Ved aquel hombre: una secreta envidia devoraba su corazon;

no podia soportar el bien que otro hacia, y no hacia él mismo. Las felicidades ó las alabanzas de otros le afligian, las veia ó las oia con enfado, y procuraba atenuarlas. Ocultaba el bien de otros, y divulgaba el mal, lo creia fácilmente porque lo deseaba, y con mas facilidad lo publicaba para que fuese creido. Las menores apariencias eran para su ánimo mal dispuesto pruebas de conviccion. Todo esto debia corregirse, y desde que se convirtió ya es diferente su conducta, ya en su corazon hay un amor síncero de todo bien, ya lo aplaude en qualquier parte que lo vea, ya se aflige del mal, ya lo encubre, y en fin ya lo excusa si puede, ó á lo ménos calla. Es claro que se ha convertido, pues ha corregido ya sus defectos. Aquel se jactaba otra vez, y quizá con demasiada verdad de ser un enemigo implacable. No podia reconocer como virtud el olvido de las injurias, y quando estaba ofendido, su deseo de venganza no escuchaba ni consejo, ni razon, ni religion. Todo se ha mudado: ya es un amigo fiel y síncero, ya no tiene enemigos, todo lo perdona, y no estima mas que la paz y la reconciliacion. ¿Quién puede dudar que se ha convertido?

Ese otro era colérico; á cada instante se transportaba con movimientos fogosos, con prontitudes violentas, muchas veces sin razon, y siempre con exceso. Era imposible servirle, multiplicaba las injurias á los criados. Sus iguales por no sufrir tantas violencias preferian cederle en todo, ántes que disputar con él eternamente. Ahora es manso, paciente, y se vé que es Christiano. Tan-

ta mudanza es señal segura de conversion.

Ved esa jóven, y esto puede extenderse á las que ya no lo son, ántes no pensaba ni se ocupaba sino en sus adornos y atavíos. Yo le preguntaria, ¿para qué? Si era para conformarse á la ley del espíritu, ó á la de la carne y muerte, porque no hay mas que las dos. Pero la ley del espíritu no ha podido inventar esas modas profanas, esos modos licenciosos, ese ayre de theatro indecente aun en personas viles, que se presentan al público en espectáculo, y mucho mas en mugeres honradas, que deben ser dignas madres de familia. Pero ella conoció al punto que la movió la gracia, el respeto que debe á su cuerpo; y que al primer paso que dió en la Religion, fué invocado sobre ella el nombre de Jesu Christo; que por la participacion de la divina Eucaristía es vivo Templo de Dios; que debe adornarlo, pero con adornos dignos del Dios que habita en él, no con el que conviene á las impuras divinidades del mundo, y que los únicos que pueden agradar al Dios que adora son el pudor, la castidad y la modestia.

Os he propuesto estos pocos egemplos para daros una idea de los efectos que debe producir la conversion; para manifestaros que esta ha de ser una renovacion de vida, ó una mudanza entera de costumbres, que debe empezar quando el pecador se convierte, y debe crecer de dia en dia por la detestacion que concibe de su vida pasada, de esta vida que no hacia mas que la voluntad de su carne y sus sentidos. No es posible servir á dos amos, el que sirve á uno, dice Jesu Christo, des-

precia al otro ; sobre todo quando son tan opuestos como la carne y el espíritu.

Es claro , señor , que el que aborrece su vida pasada , el que la detesta , porque el odio debe llegar hasta este extremo , aborrece tambien todo lo que es capaz de volverle á ella. Así sin la fuga de todas las ocasiones de pecar no hay conversion verdadera. Ved aquí pues la regla. El que no solo deja el pecado , sino tambien huye las ocasiones , y toma quantas precauciones puede para no volver á caer en él , puede creer sin temeridad que está convertido.

Lo puede creer tambien , y con mas fundamento , quando á todas estas circunstancias añade la satisfaccion sacramental ; porque es menester entender , que á mas del dolor ó de la contricion , del propósito ó la resolucion , y de la confesion entera, hay la satisfaccion , y que estas quatro calidades son todas ellas partes necesarias del Sacramento. Es cierto , que aunque la absolucion nos perdona los pecados en quanto á la culpa y á la pena eterna , no por eso nos perdona toda la pena temporal , pues de esta quedamos deudores á la Divina Justicia. En su virtud nos libramos de la pena eterna , porque la gracia nos justifica y nos restablece en nuestros derechos á la herencia Celestial. Pero como es indispensable que la Justicia Divina quede de algun modo satisfecha , debemos sufrir alguna pena temporal. Así lo ha definido el Concilio de Trento explicando la diferencia que hay entre la Penitencia y el Bautismo. En este el perdon es completo , así de la culpa como de la pena ; pero en aquel no siempre con la culpa perdona Dios toda la pena;

porque la razon dicta, que los pecadores que despues del Bautismo perdiéron aquella gracia profanando el Templo del Espíritu Santo, deben ser tratados con mas severidad, que los que no habiéndolo recibido han pecado con ménos conocimiento y socorros, y no han abusado de tan alto don.

Por eso en este Sacramento el Confesor impone al penitente la obligacion de hacer ciertas obras penales con que pueda satisfacer. Esto es el complemento del Sacramento, y es de absoluta necesidad, así para el Confesor como para el penitente. La Iglesia ordena al primero, que imponga una penitencia que sirva de satisfaccion á los pecados cometidos, por consiguiente debe ser proporcionada á ellos. Es justo que sea castigado, y con mas severidad el que ha cometido mas pecados ó pecados de mayor malicia. Y con este espíritu en los primeros siglos estableció tantas y tan diferentes penitencias, segun la gravedad de las culpas. Y por eso los Christianos se sometian á ellas con la esperanza de evitar con los castigos de esta vida los de la otra.

Si la disciplina ha mudado, la verdad no muda, y el zelo de los Ministros no debe ser ahora ménos vivo que lo fué en aquellos tiempos. El Concilio les dice: Los Sacerdotes del Señor dirigidos por el Espíritu Divino deben, segun las reglas de la prudencia, imponer satisfacciones saludables y convenientes, teniendo atencion á la naturaleza de los pecados y á la flaqueza dé los penitentes, no sea que si imponen á culpas graves penas ligeras, se hagan culpables ellos mismos, y participen de los

pecados de aquellos á quienes tratan con tanta indulgencia.

¡Ay pues de aquellos Ministros fáciles y ligeros, que en vez de tener derecha la balanza del Santuario que les ha confiado el Señor, la dejan inclinar por una condescendencia natural y humana! ¡Ay de los que son tímidos y cobardes, y se dejan dominar por la autoridad y la grandeza, y no tienen la fuerza de guardar en sus juicios la superioridad que les da su ministerio! Mas no permitirá el Señor en sus Ministros abuso alguno de esta clase.

No es ménos necesaria y útil esta satisfaccion al penitente. La obligacion es mutua. La misma ley que obliga al Confesor á imponer una pena, obliga al penitente á aceptarla; y es mas estrecha para este, pues es el culpado, y debe satisfacer á Dios las injurias que le ha hecho; y porque le es mas útil pagar con ligeras penas en esta vida las graves que pudiera sufrir en la otra. Por donde se vé, que le es provechoso cumplir la penitencia.

Algunos pretendiéron que el Sacerdote no puede ni debe absolver al penitente, sino despues que este haya cumplido las penitencias que se le impongan. Pero la Iglesia ha condenado este error, y el uso contrario está establecido. El Confesor oye al penitente: se asegura quanto puede de sus disposiciones, en especial de su contricion y su propósito: le da los consejos que tiene por conveniente: le impone la penitencia que le parece: y si no hay nada que lo detenga, lo absuelve. Esta es la práctica ordinaria. Es verdad que puede haber ocasiones y circunstancias en que sea prudente di-

ferir la absolucion, hasta que ciertas obligaciones se hayan cumplido; por egemplo, ciertas restituciones de dinero ó de fama, ciertas reconciliaciones ú otros egercicios que pueden disponer mejor al penitente, y asegurar mas al Confesor de sus promesas; pero estos son casos particulares que la Iglesia deja á su direccion.

No hay duda en que el penitente siempre que pueda debe cumplir la penitencia que el Confesor le impone; pero es posible que este no conociendo el estado de una persona, sus empeños, sus facultades, su complexîon natural ó la flaqueza de temperamento, le mande cosas moralmente imposibles. Pero como Dios no ordena lo imposible, ni la Iglesia exîge jamas lo que excede á las fuerzas humanas, en este caso el penitente tiene derecho para representar y excusarse, no con la idea de exîmirse de toda penitencia, sino para que aquella que no le es posible cumplir, le sea conmutada en otra igual si puede ser, pero que sea practicable. Esto es justo, y no hay nada en ello que se oponga á la prudencia Evangélica ni á la prudencia Christiana.

Pero hay en esto una grande ilusion, que es casi universal entre las gentes del mundo; ilusion que crece todos los dias, á proporcion que la devocion se enfría, y que el imperio de los sentidos se extiende; ilusion que los Ministros de Jesu Christo no podrán destruir, si no se arman con toda la firmeza del zelo Apostólico; ilusion que consiste en imposibilidades imaginarias, de que se quiere aprovechar para negarse á todo lo que puede cautivar el espíritu y mortificar la carne; en una palabra, á todas las obras que pueden satis-

facer mejor y ser mas meritorias: voy á explicarme.

El Ministro de la Penitencia egercita dos funciones á un tiempo, la de Juez, y la de Médico de las almas. Como Juez castiga, como Médico cura. Así las penitencias que impone han de ser expiatorias y medicinales: las primeras son por lo pasado, y para pagar á Dios las deudas que ha contraido el pecador: las segundas son para lo venidero, y para desarraygar los malos hábitos, y preservar de las recaidas. Estos son los fines que se propone siempre el Confesor, y que jamas puede perder de vista en las penitencias que impone. Como los males se curan con sus contrarios; como no se puede mejor expiar lo hecho ni precaverse mejor para lo futuro, que con obras directamente opuestas; á fin de que sus penitencias sean mas saludables, impone por egemplo á pecados de avaricia, limosnas; á resentimientos y venganzas, demostracion de amistad y servicios; á escándalos y disoluciones, exercicios públicos de Religion; á intemperancias ó relajaciones impúdicas, maceraciones, abstinencias y ayunos; al amor del mundo y de sus diversiones profanas, retiro, silencio y oracion. Así de todos los demas.

Y ved aquí lo que la mayor parte de los penitentes llama rigor. ¿Y por qué? porque todo eso aflige y sugeta; porque quisieran huir de la pena y de la sugecion; porque todo es contrario á las pasiones, y que no quieren contrariarlas en nada ni hacerles la menor violencia; porque todo eso mortifica los sentidos; y porque no tienen valor para privarse de ninguna de sus comodidades. Man-

dar á un hombre ó á una muger del mundo que dege el juego, que se retire de los espectáculos ó de ciertas amistades; decir á un interesado que haga limosnas; á un vengativo que perdone; á un soberbio que se humille; á un sensual que reprima sus apetitos; á un perezoso que trabage; á un disoluto que cumpla con las obligaciones de Christiano, que vaya á oir la palabra de Dios, que lea buenos libros, que asista á los oficios Divinos; y darle sobre esto reglas ó imponerle leyes: es hablarles una lengua extrangera, es en la opinion de ellos pedirles mas de lo que pueden, no conocerlos y no saber dirigirlos. Si el Confesor firme no quiere revocar la penitencia que haya intimado, se le acusa de un extremo rigor, se le trata de hombre rústico; que no tiene ningun uso del mundo ni sabe distinguir las personas. ¡Error miserable únicamente fundado en el desarreglado amor propio, y en la presuncion que nos ciega!

Lo que nos ordena el Confesor es con razon y cordura; pero no importa: el pecador lo tiene por una carga muy pesada, no se hace cargo de que es penitencia, y que es preciso sufra trabajo y austeridad. Replica que no está acostumbrado á esos egercicios; pero es bueno que se acostumbre, y precisamente se le imponen para este fin. Añade que de mejor gana aceptaria qualquiera otra penitencia; pero toda otra le convendria ménos. Es justo sea castigado por donde ha delinquido; y este puede ser el remedio específico contra la inclinacion que le seduce. ¿Será pues menester, concluye, que yo mude el órden de mi vida? Sin duda. ¿Á qué se viene al sagrado Tribunal, sino á reformarse y

mudar de conducta? Pero yo soy de muy débil temperamento. Haced la prueba, quizá veréis que no sois tan débil como os imaginais, y quando fuera cierta vuestra debilidad, podria obligaros á usar de moderacion, pero no á dispensaros por entero de toda mortificacion y penitencia. Dice por fin: Jamas podré sugetarme á lo que se me propone. No podréis, porque no querréis; pero debeis quererlo, porque Dios lo quiere, Dios que no os juzgará por los frívolos pretextos que alegais, sino por su Ley y su santa voluntad.

Es increible, señor, que siendo indispensable satisfacer á la justicia de Dios, y teniendo tanto interes en librarnos de sus castigos, y pudiendo conseguirlo á poca costa con las ligeras mortificaciones de esta vida, tengamos tanta dificultad en aceptar los medios que su misericordia nos presenta. No hay pecado que no merezca lágrimas eternas: ni satisfaccion que fuera suficiente, si Dios usara con rigor de todos sus derechos; ¿y nos atrevemos á quejar del exceso de las penitencias? ¿Puede haber en la tierra ninguna que pueda equivaler á las que Dios nos puede imponer segun justicia? Todo esto nace de que no consideran la gravedad del pecado ni las penas que merece.

No obrará así el que considere la grandeza infinita de Dios, la multitud de sus beneficios, la severidad de sus juicios, su propia bageza, su ingratitud á tan soberana Magestad, lo que puede esperar de su amor, y lo que debe temer á su justicia. Entónces verá las gracias de que es deudor al Señor por haberle dado en la Confesion un recurso para levantarse de sus caidas, y una tabla pa-

ra salvarse del naufragio. ¡Quánto le importa no dejar arraygar el pecado en su corazon, y lavarlo prontamente con las aguas de la penitencia! ¡Qué ventajas nos produce su frecuencia, pues sirve á purificarnos mas y mas, á mantenernos en gracia y aumentarla! ¡Con qué sumision debemos oir al Confesor, que nos habla en nombre de Dios, sea que nos reprehenda, que nos exhorte, que nos instruya, ó que nos aconsege! ¡Con qué constancia y fidelidad debemos hacer quanto nos mande por mas que nos mortifique, creyendo con San Bernardo, que quanto ménos nos perdona en esta vida, tanto mas hace para que se nos perdone en la otra, y que su severidad no es un motivo para dejarlo, y lo seria el que nos tratase con mas indulgencia, ó que quisiera llevarnos por camino mas cómodo!

Señor, no olvideis jamas, tened siempre presente, que la malicia del pecado debe expiarse en esta vida ó en la otra. Dios perdona al pecador arrepentido la culpa, y lo dispensa de las penas eternas, pero no siempre de las temporales; y es indispensable, que aunque muera en gracia satisfaga á la justicia divina en el Purgatorio, hasta que quede perfectamente purificado; pero su misericordia le da el medio de librarse de estas penas, que son muy graves, con las buenas obras y penitencias que puede hacer en esta vida. Esta es la doctrina de la Iglesia Cathólica.

Los Protestantes nos acusan de faltar con ella á la confianza que se debe á los méritos de Jesu Christo, que siendo infinitos parece nos dispensan de sufrir por la expiacion de nuestros pecados. Nadie conoce mejor los infinitos méritos del Salvador, que

su Esposa santa. Nadie los reclama con tanta confianza y humildad. Pero sabe tambien, que los que piensan que no estamos obligados á expiar nuestros pecados con nuestras propias penitencias, porque Jesu Christo ha satisfecho á la justicia divina derramando toda su sangre, como si hubiera querido descargarnos con ella por entero; estos tales ni conocen el mérito de esta preciosa Sangre, ni la naturaleza de nuestros males; y son como los que le blasphemaban quando estaba crucificado.

Que baxe ahora de la Cruz, decian, y que se salve á sí mismo: entónces creerémos que puede salvar á los demas. Si es Hijo de Dios, que haga este prodigio, y creerémos en él. Así hablaban los que estaban cerca, Sacerdotes, Senadores, Pueblos, Soldados, y hasta uno de los malhechores que padecia el mismo suplicio. Todos repetian insultos tan insensatos; ¿y por qué? Porque los pecadores no conocen otro mal que la pena, y no saben que el único mal es el pecado. ¡Qué diferentes eran los pensamientos del Justo, que sufria, y sufria hasta la muerte de Cruz! Á sus ojos el pecado era el único mal; y supuesto el pecado, la penalidad, el sufrimiento y la obediencia que lo expiaban, léjos de ser un mal, eran un grande bien.

Reformen pues los Protestantes sus ideas, y tengan otras mas dignas de Jesu Christo y de los que lo adoran. El precio de su adorable sangre no dexa de ser infinito, porque vertió hasta la última gota, y porque se hizo obediente no solo hasta la muerte, sino hasta la muerte de Cruz. No dexáron de ser infinitos los méritos de sus lágrimas, oraciones y deseos, porque no contento con

esto, no obstante que una lágrima suya hubiera bastado para redimir mil mundos, quiso por su inmensa caridad, que su sacrificio fuese entero, y llegase hasta los mas excesivos tormentos, hasta la muerte mas cruel, y hasta la total efusion de su sangre adorable. ¿Cómo pues perderán su valor, porque haya querido que cada uno de nosotros junte con los dolores del Señor los suyos propios?

Sacrílegas ideas que deben desterrarse de los corazones que adoran á un Dios Redentor, y que como he dicho no tienen mas principio que la ilusion del amor propio. Nuestra ceguedad no vé, que para el culpado el pecado es el único mal, y que el dolor que lo expia es el solo bien verdadero. Jesu Christo no ha sufrido para descargarnos de toda pena, sino para descargarnos del pecado y de la pena eterna que merece. Con sus dolores y su muerte nos ha dado los medios de ofrecer á Dios las penas temporales que sufrimos por nuestros pecados. Les da valor santificándolas quando las soportamos con paciencia, segun su espíritu, y quando las unimos con sus sufrimientos. Estos son los que por su mérito infinito hacen que los nuestros sean un sacrificio de expiacion digno de Dios.

Nosotros todos sin excepcion somos pecadores; como tales estamos condenados al suplicio que es la muerte, todos la sufrimos por él. No hemos recibido la vida sino con esta condicion. La vida misma es el camino que nos lleva á este término, miéntras nosotros llegamos al suplicio, cada uno carga con la cruz en que debe espirar. Este cuerpo que se va desmoronando; estas enfermedades

que nos debilitan ; estas aflicciones , estos reveses de fortuna ; este mundo que nos engaña de tantos modos , y que tantas veces nos hace pasar de las locas alegrías , que nos transportan sin razon , á los disgustos y pesares que nos abaten sin medida , son la cruz que llevamos sobre nuestros hombros. Podemos á nuestro arbitrio unirla ó separarla de la Cruz de Jesu Christo ; pero este Redentor no nos bajará de ella , pues no baja él mismo de la suya propia.

La Escritura dice [a] : Que un yugo pesado se ha puesto á los hijos de Adam desde el dia de su nacimiento hasta el de su muerte , y que la sentencia que el eterno pronunció contra los pecadores quando les dijo , *moriréis* , se egecutará en todos irrevocablemente y sin distincion. El Justo , el inocente , el santo morirán como los pecadores. El buen Ladron morirá sobre su Cruz, como el malo sobre la suya. ¿Quál es la única diferencia ? Vedla aquí.

El pecador impenitente que no conoce otro mal que la pena , tampoco conoce otro bien que el librarse de ella. Sálvate , dice á Jesu Christo , y sálvanos tambien. Esta es la imágen de todos los que ignoran qué mal es el pecado , y que tienen por mal aquello que lo puede expiar. Si Jesu Christo fuera Pontífice de los bienes presentes , y quisiera librarnos de la muerte asegurándonos la tranquila y pacífica posesion de los honores y placeres de esta vida , todos corrieran á él , y se apresuraran á reconocerlo por su Dios Salva dor

a *Eccli.* XL. I.

¿Pero si hiciera esto lo seria ? ¿No aumentaria nuestros males ? Pues estos no consisten sino en el apego del corazon á bienes pasageros, cuyo amor desvía del que se debe á Dios. Nosotros moriríamos del mismo modo, cada qual espiraria sobre su cruz, pero sin penitencia ni provecho para la vida eterna; porque en aquella disposicion es imposible unir la propia cruz con la de Jesu Christo. ¿Quién es el que la une ? Aquel que no conoce otro mal que el pecado: aquel que no estima otro bien sino lo que puede expiarlo, y que desea por su parte contribuir á la satisfaccion que debe á Dios por sus delitos.

Porque, señor, ¿qué es un Christiano ? Es un hombre que desde el primer paso que dió en la Religion fué marcado con la sangre de la víctima santa, y consintió desde entónces á ser él mismo una víctima que ofrece á su Dios su propia vida, para obtener por esta oferta la expiacion de sus pecados. Toda su vida debe anunciar y preparar este sacrificio. Participando de los Santos mysterios se alimenta de la carne adorable del Cordero, para presentar con él á Dios su propio cuerpo, y lleva sobre sí la mortificacion de Jesu Christo, para mostrar que su confianza la pone en la muerte del Señor. Y de aquí ¿qué debemos concluir, sino que Jesu Christo no ha sufrido para exîmirnos de todas las penas del pecado, sino para hacer que nos sean útiles ?

De estos principios resulta, que la satisfaccion ó la penitencia Christiana exîge de nosotros tres disposiciones. La primera el pensamiento de la muerte y la resolucion de prepararnos á ella, ofre-

ciendo á Dios nuestra vida como la pena principal del pecado, y como el sacrificio que debe consumar nuestra penitencia. En los dias de nuestro olvido y prevaricacion, y quando éramos esclavos del pecado, procurábamos desterrar su memoria que nos era insoportable, y no pudiendo disimular que éramos mortales, tratábamos á lo ménos de alejar esta idea de nuestro espíritu, para que con su amargura no turbase nuestros placeres. El arrepentimiento debe destruir esta ilusion, y debe hallar en esta memoria el motivo de su penitencia. Debe tener á la vista la muerte, para juzgar por ella de sí mismo y de todo lo que le rodea. Este pensamiento debe decidir de sus ocupaciones, placeres, proyectos y negocios; y debe ser la única regla de nuestra conducta. Y así los Padres han dicho, que la muerte era el alma de la penitencia Christiana.

La segunda es la resignacion y paciencia con que debemos prepararnos á sostener con humildad y sufrimiento todas las pruebas á que nos exponga la Providencia; porque si á egemplo de nuestro Maestro debemos ser obedientes hasta la muerte, y si solo por esta obediencia unida con la suya podemos expiar nuestros pecados, ¿quánto mas debemos sufrir con sumision las afficciones ó desgracias que Dios quiera enviarnos, y que debemos mirar como preludios ó preparativos de nuestro sacrificio? Por esto el Concilio de Trento ha declarado, que estas diferentes penas son parte de la satisfaccion que debemos á Dios, quando las sufrimos con el mismo espíritu que Jesu Christo.

En fin la tercera disposicion consiste en mirar y tratar nuestros cuerpos como víctimas destinadas

á la muerte, acostumbrándolos á privarse de todo lo que no les es absolutamente necesario, quitándoles lo que no puede servir mas que á lisongear su sensualidad, principalmente aquello de que abusáron. Ved aquí la satisfaccion que debemos á Dios; y este debe ser en nosotros el efecto de la sangre preciosa del Cordero, que no la derramó para librarnos de la penitencia, sino para que esta nos sea fructuosa; y si los penitentes no tienen estas disposiciones á lo ménos en algun grado, no pueden esperar satisfacer á la Divina Justicia.

Pero, Padre, le dige yo: ¿Una satisfaccion tan rigurosa es de todos los estados, y podrá practicarse en todos? ¿Conoceis, señor, respondió el Padre, conoceis algun estado en que no se muera, ó en que se esté seguro de salvarse? Si no lo hay, señor, no puede haber ninguno en que se dispense este precepto del Apóstol: »Os ruego, hermanos, »que ofrezcais á Dios vuestro cuerpo como una hos»tia santa, viva y agradable á sus ojos." ¿Hay estado, condicion ó fortuna en que no debamos tener nuestro cuerpo crucificado con Jesu Christo, y en que no estemos obligados á ofrecer á Dios el sacrificio de nuestra vida? Porque ¿quál es el estado en que esta miserable carne no envegezca, en que no esté sugeta á mil enfermedades de toda especie? ¿Qué estado hay sin cruces, reveses, penas y aflicciones? ¿Y en qué estado puede pertenecer uno á Jesu Christo sin crucificar su carne con sus deseos y concupiscencias? Si lo hubiera, se podrian dar otras reglas de satisfaccion; pero pues no lo hay ni lo puede haber, es indispensable sugetarse todos á la Ley Evangélica.

No hay estado en que no se muera; por consiguiente no hay estado en que no se deba pensar en morir, y en que no sea la mayor locura olvidar un momento tan cierto como capital y decisivo. La mayor hermosura de la Religion Christiana es, que se vé toda entera quando se medita en presencia de lo que hay mas cierto, que es la muerte. Un Philósopho pagano dictó una máxîma de que no era digno: *Toda la vida se ha de aprender á morir.* Y aun no basta toda la vida para aprender esta arte importante.

Sin duda que no basta. Pero aun es mas clara esta verdad para un Christiano, que sabe que su muerte es un sacrificio que ofrece á Dios por expiacion de sus pecados, pero que no es digno de Dios, si no es semejante al de Jesu Christo; que este sacrificio no se puede ofrecer mas que una vez, y que si no lo ofrece de manera que su muerte se una con la de Jesu Christo, quedará cargado de sus pecados por toda la eternidad. ¡Qué pensamiento, señor! ¿Puede haber otro mas digno de ocuparnos? Y quando á esta idea que deben tener todos los Christianos se junta la necesidad que tiene el pecador de expiar con el sacrificio de su vida delitos innumerables de toda especie, ¿puede haber penitencia ni verdadera satisfaccion sin estar animado con el pensamiento de la muerte, y en la resolucion de prepararse á ella; y sin mirarse como crucificado con Jesu Christo para destruir el cuerpo del pecado?

Pero como no solo se muere, sino que no hay estado que no tenga en la vida cruces, amarguras, penas y reveses; todo esto debe servir pa-

ra expiar nuestros pecados, y la sumision y paciencia con que lo debemos sufrir todo puede ser parte del mismo sacrificio. El mal Ladron que sufrió al lado de Jesu Christo hubiera podido hacer que sus dolores expiasen sus delitos. No sufrió ménos por haberle desconocido y blasphemado; sufrió mas porque sufrió sin consuelo ni esperanza; y esta es la imágen de los que aman al mundo. Sufren, y sufren mas que los verdaderos penitentes, que parecidos al buen Ladron reconocen con él, que no sufren nada que no hayan merecido; y esta humilde confesion endulza sus penas, se alivian con la confianza que tienen en Jesu Christo, y no padecen sino lo que es necesario para el sacrificio, con la esperanza de que presto irán con él á su Reyno.

En fin como no hay estado ó condicion en que por un efecto del pecado la ley de la carne y de los sentidos no egerza su tyránico imperio; y como la egerce con mas furor en medio de la abundancia de las riquezas, distinciones y placeres, no hay estado tampoco en que la penitencia y mortificacion sean mas necesarias. Y los estados que quisieran ser mas dispensados son los que pueden serlo ménos.

Seria singular que solo debieran sugetarse á esta ley tan necesaria como austera aquellos, cuyo estado por sí mismo es un estado de penitencia y de trabajo; aquellos que para satisfacer á Dios no necesitan de ordinario mas que soportar con paciencia las penas, angustias y necesidades de que se vén cargados: y que los grandes, los ricos del siglo, esclavos brillantes de las pasiones mas

vergonzosas, y mas cargados de delitos que de bienes, no hubieran menester hacer penitencia, sino gozar en paz de las dulzuras de la vida, no negar nada á los deseos de su corazon, entregarse sin escrúpulo á las delicias de una dulce abundancia, donde egercen sin término el orgullo, la impiedad y el desprecio de toda ley. Estas ideas no son compatibles con la Religion de un Dios crucificado. Si ha sido necesario que él mismo sufriese para entrar en la gloria, ¿no será insultar á su Religion y al mismo Jesu Christo querer entrar en ella por camino diferente del que él mismo enseñó y siguió?

En vano se opondrán á estas verdades las leyes del mundo, y su falta de ciencia. Pues no serémos juzgados por ellas, sino por el Evangelio. Y el Evangelio es igualmente para los grandes, pobres y ricos; si estos no se sugetan á sus leyes, tampoco les alcanzarán sus recompensas. El mundo pasa, y pasan con él, dice el Apóstol, sus leyes y concupiscencias. Pero la ley de Dios no pasa y es eterna. Quando el mundo ya haya pasado, y que el grande se vea á solas con su Dios, no tendrá allí mas que sus pecados y su penitencia. Si con esta no ha satisfecho á Dios, Jesu Christo pronunciará su sentencia. ¿Y qué leemos en el Evangelio sino amenazas terribles contra esos estados, que quisieran ser dispensados de la penitencia? El mismo Jesu Christo dice: ¡Ay de vosotros, ricos de la tierra! que teneis vuestro consuelo en el mundo y reis; porque vosotros lloraréis. ¡Ay de vosotros! dice un Propheta, que os preguntais unos á otros: ¿Qué harémos ma-

ñana? Porque vuestra inutilidad no os ha permitido saber lo que debiais hacer hoy. Esto merece, señor, toda la atencion de los ricos y de los grandes.

Pero veamos quáles son estas leyes y decencias del estado, que pueden ser contrarias á la Penitencia. ¡Qué! ¿Ese lujo que arruina: esas delicias que no conocen límites, y multiplican sin fin las necesidades de la imaginacion: esas profusiones de la mesa: esas delicadezas del gusto: esas sensualidades exquisitas: esa atencion pueril á preservarse de las incomodidades mas ligeras: esas diversiones incesantes: esos afanes fútiles; y para decirlo en breve, esa vida de capricho y fantasía, en que la única regla es no tenerla, y abandonarse á todas las licencias del antojo; es ella por ventura la ley y la decencia del estado?

Eso es confundir la grandeza con lo que la deshonra: es ponerla donde no está. La grandeza no consiste en gestos locos, en fausto, en orgullo ni soberbia, sino en tener virtudes, en aplicarse á ser útil á los demas hombres. Los que son mas distinguidos por sus empleos ó por su nacimiento deben ser mas virtuosos; y quando lo son, el mundo les deja la licencia de ser penitentes y Christianos. Aunque él es muy injusto, no lo es tanto, que no respete la virtud; y jamas condena la devocion y la síncera penitencia: lo que condena es los defectos de los que tienen ideas falsas tanto de la virtud, como de la grandeza verdadera.

El que fuere mas grande ó se viere mas elevado en el mundo puede echar los ojos sobre una nube de testigos, que desmienten los vanos pretex-

tos que se oponen á la penitencia. Dios que no excluye á nadie de su Ley, ha querido que la sociedad de sus Santos se componga de todos los estados que hay en el mundo, para oponer á esos pretextos frívolos una ley nueva, que los condene sin excepcion y sin réplica. Que corra con la vista las edades y los siglos, y hallará en ellos Santos de todo estado y de toda condicion; pero no hallará ninguna que se haya santificado en la vida regalada, en la futilidad, en las diversiones y placeres. Ninguno ha creido que su estado lo dispensase de expiar sus pecados, y de satisfacer á Dios con la mortificacion y penitencia. Así todos estos pretextos del estado son frívolos. Si no hay ninguno en que el hombre no sea pecador, no puede haberlo en que no está obligado á ser penitente, y debe serlo mas quanto ha sido mas pecador; porque debe expiar mas, y evitar con la mortificacion el peligro de nuevas recaidas. El Concilio de Trento dice: que la penitencia no solo sirve para satisfacer por los pecados pasados, sino para impedir los futuros: y San Pablo explica, que por ella el viejo hombre se crucifica en nosotros con Jesu Christo, no solo para que destruyamos el pecado, sino tambien para que no volvamos á su servidumbre.

Padre, le pregunté, ¿la recaida es señal segura de que la conversion no ha sido verdadera, y que la Confesion no ha sido buena? Señor, me respondió, el hombre es tan miserable, su naturaleza es tan caduca, y tan instable su corazon, que por mas justo que sea, en un instante puede caer en pecado. Mas la desgracia de caer no es señal

segura de que no fuese justo ántes de la caida; pero tambien es menester confesar, que la vida Christiana no es compatible con esta vicisitud continua de pecados graves y de arrepentimientos, de recaidas y de absoluciones. Esta ilusion aunque comun no deja de ser la mas grosera de todas, y la mas propia para perder á los Christianos y conducirlos á la impenitencia final. La recaida pues no es prueba absolutamente cierta de que la conversion ha sido falsa; pero quando es pronta, fácil y frecuente es una señal muy peligrosa.

Porque en efecto, ¿qué es la conversion? Acordaos de lo que hemos dicho de la contricion, sin la qual no hay conversion verdadera. Acordaos de que el Concilio de Trento la ha definido: Un dolor del alma, dolor que debe ser sobre todo dolor. Un odio del pecado; ¿y qué odio? tan grande, tan perfecto, que debe llegar á la detestacion: que debe inspirar mas oposicion y repugnancia que lo que pudiera hacer el mayor mal: odio que debe estar en el corazon no como efecto de una impresion de la naturaleza, sino como un movimiento sobrenatural del Espíritu de Dios, pues habiendo derramado en él la justificacion y la gracia, debe ya ser una disposicion habitual, estable y permanente. Todo esto es de fe; y ahora digo yo: Si el odio que ha concebido por el pecado el que recibió el Sacramento de la Penitencia no ha sido de esta especie, es cierto que no recibió el perdon de sus pecados: que su conversion fué falsa: que sus protestas fuéron fingidas; y que no hizo otra cosa que abusar del Sacramento.

Sobre estos principios es fácil que cada uno se

juzgue á sí mismo. ¿Quién puede creer que uno vuelva fácilmente á lo que aborrece y detesta tanto? Si nos cuesta tanto trabajo determinarnos á hacer aquello á que hemos concebido odio y aversion natural, ¿qué dificultad no debemos sentir para volver al pecado quando nuestra conversion es sincera? Porque si es tal, no solo debemos detestarlo mas que todo, sino que este sentimiento está sostenido por la impresion sobrenatural del Espíritu Divino en nuestros corazones. Aquel pues que despues de haber recibido la absolucion vuelve á ofender á Dios con facilidad, con prontitud y con frecuencia, puede sacar la consecuencia que resulta. Ella es triste. Tampoco me atrevo á darla como infalible: pero me parece que funda una terrible presuncion, y que á lo ménos el que fuere tan débil tiene motivos para rezelar, que en vez de haber recibido la gracia del Sacramento, lo ha profanado con una conversion que no era mas que aparente.

Por otra parte no hay mal á que no expongan las recaidas. El primero, que es tambien causa de todos los demas, es la cobardía y temor de ánimo. Este es un efecto inevitable, porque por mas que el pecador se diga á sí mismo, ó se le diga, que el hombre es débil, que la Religion le presenta un remedio nuevo; por mas que busque razones con que sosegarse; un instinto á la verdad poco claro, pero muy suficiente, le dice, que el tener semejante conducta es despreciar la Religion y lo que hay en ella mas sagrado; y como no siente en sí la fuerza ni el valor de tener otra mas ajustada, como no ha hecho bastantes es-

fuerzos para sostenerse, ni ha tomado las precauciones convenientes para establecerse sólidamente en la virtud, se imagina que esto es imposible: que jamas podrá mantenerse con la firmeza necesaria para vivir sugeto á la ley; y con esta falsa idea se crée incapaz de guardar las obligaciones de Christiano; y así no es extraño que en esta disposicion no haga ningun esfuerzo, y que con esta especie de despecho se abandone á su inclinacion natural.

El segundo mal es la dureza del corazon: los pecados se multiplican, las luces se apagan, los remordimientos de la conciencia se embotan, sus estímulos no son tan vivos, las verdades, cuya impresion nos habia hecho tanta fuerza, se empañan, se debilitan, y á fuerza de hacerlas inútiles nos dejan insensibles. El Espíritu Santo contristado se retira, se aleja de nosotros, no vuelve mas; y si no hemos llegado todavía al fondo de este abysmo, en que los impios se rien de sus peligros porque no los vén, estamos ya muy cerca.

El tercer mal de las recaidas es la cólera de Dios que se irrita, y es posible que sea sin recurso. ¿Quién no temblará quando se acuerda de esta medida que se llena, de esta paciencia que se cansa, y de este justo Dios que ha declarado, que despues de haber aguardado al pecador vendrá el momento, en que no le aguardará mas, y se reirá de él. No permita este Dios, que tambien lo es de misericordia, que nadie pueda hacer tan terrible juicio de sí mismo. Este seria el mayor de todos los delitos; y el temor de este estado es una prueba de que no se está en él.

¿Pero quién no temerá todo lo que encamina á fin tan desgraciado? Y nada puede encaminar tanto como las recaidas despues de haber recibido el Sacramento de la Penitencia. ¿Qué hay en efecto mas capaz de irritar á Dios, que este sacrílego perjurio? Ántes de dar la absolucion el Ministro que la dió al pecador en nombre de Jesu Christo, recibió de él la promesa solemne de que no volveria á pecar. No se la hubiera dado sin esto, ó si hubiera podido preveer que seria infiel á su palabra. El pecador pues ha engañado al Ministro; pero tambien ha engañado á Jesu Christo, pues allí ocupaba su lugar, y le hablaba en su nombre. ¡Con qué fidelidad y religion debia observar una promesa de que Jesu Christo fué depositario, y que le hizo al pie de su Cruz!

Si quando este Divino Redentor se sacrificó por nosotros hubiéramos podido ser testigos de tan terrible espectáculo; si penetrados de dolor por ser la causa de su sacrificio nos hubiéramos echado á sus pies para pedirle la absolucion de aquellos mismos pecados, porque su inmensa caridad padecia; ¿fuera posible que olvidásemos la gracia que nos dispensaba? ¿Qué otra cosa hacemos quando nos echamos á los pies del Sacerdote; y de qué nos servirá esta humillacion, si no la hacemos con el mismo espíritu?

¡Ay, señor! Vos que os preparais para este momento tan dichoso, llenaos de este pensamiento, y quando llegue el feliz instante tened presente, que Jesu Christo sufrió con su carne, y murió por vos. Postrado á los pies del Dios Salvador, que ofreció un Sacrificio tan doloroso por

salvaros, y que no derramó su sangre sino para curar las heridas de vuestra alma, pensad que en la persona de su Ministro es él á quien hablais, es él á quien pedis la absolucion de vuestras culpas, es él de quien la vais á recibir: lleno de esta idea suplicad que os libre para siempre de vuestros enemigos, que han sido tanto tiempo vuestros tyranos.

La Cruz de este Dios está llena de fuerza contra ellos; es una arma muy poderosa para combatirlos y vencerlos. ¿Qué no podréis con ella? Si Jesu Christo por ella triumphó del mundo y del pecado, quiere ser por consiguiente la salud de vuestra alma. Así para conseguir esta gracia exponedle la horrible tyranía que ha exercitado contra ella el demonio. No le disimuleis nada. El exceso de vuestros males ensalzará mas su misericordia. Pero no olvideis, señor, que tan grandes gracias concedidas al pie de la Cruz, y que son el fruto de la Sangre de Jesu Christo, y la prueba de su inmensa caridad, exîgen de vuestra parte una gratitud ilimitada y sin término, y que para cumplir con tan estrecha deuda debeis consagrarle inviolablemente todos los dias que os restan de vida: que debeis clavaros en su Cruz, uniros con él, ofrecer vuestro cuerpo como una hostia penitente que se inmola con la suya, para que vuestro espíritu viva con el suyo en la eternidad.

Que la vista de vuestros muchos y enormes pecados no os amedrente: que vuestra indignidad no os acobarde: si no podeis dudar que sois el hijo pródigo, acordaos de la clemencia de tan buen padre: tened presente que este padre amoroso,

amaba á su hijo, aunque rebelde, con tanta ternura, que no esperó á que él se echara á sus pies, sino que luego que lo divisó corrió para salirle al encuentro; y que ántes de darle tiempo para pedirle perdon, se arroja á sus brazos para besarle y abrazarle; y en lugar de reprehenderle y censurar su conducta, solo se ocupó en dar órden á sus criados para que hiciesen todo lo que convenia para manifestar el regocijo por su vuelta. Acordaos del anillo, de la ropa, del festin, de la música y synfonía con que caracterizó y dió muestras de la alegría de su corazon, hasta el extremo de despertar la emulacion de su hijo mayor, que aunque siempre sometido, no habia visto jamas tantas muestras de satisfaccion en premio de su buena conducta.

Ved tambien como este hijo penitente se arroja á los pies de su padre, y cómo se admira, cómo se sorprehende de una bondad que no se cansa; cómo alaba, promete y adora; en una palabra cómo se entrega á los mas vivos sentimientos de una gratitud, que es tanto mayor quanto se reconoce mas indigno. El concepto que tiene de su ingratitud es tan fuerte, que le dice: Padre, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, trátame como á uno de tus criados. Pero no penseis por esto que renuncia á la calidad de hijo; no, ántes por el contrario, esto es lo que mas desea.

Observad como quando le confiesa sus culpas empieza dándole el dulce nombre de padre. Es la humildad la que le hace hablar así, es el conocimiento y el profundo dolor de su mala conducta. Se reconoce indigno de ser su hijo; pero no deja

de llamarlo padre. No dice que en adelante no sea mas que su criado, sino solo que lo trate como tal; esto es, que si el Padre quiere para castigarlo, ó para probar la sinceridad de su conversion tratarlo como uno de sus criados, está pronto á pasar por todo; pero conserva en su corazon la esperanza de que su enmienda, su atencion, su fidelidad y su amor le obtendrán su perdon por entero, y que el Padre distinguiéndole de los demas criados le restituirá el nombre y la calidad de hijo suyo.

Por mas que el pecador reconozca su indignidad no debe olvidar que es hijo, y que fué criado á la imágen de Dios, y que fué redimido con la Sangre de Jesu Christo, y que fué coheredero de la eterna gloria. Es verdad que por el pecado ha perdido el derecho de ser llamado hijo de Dios; pero así como el dolor de haber perdido este derecho debe ser el mayor de sus dolores, así el deseo de su recobro debe ser el mayor de sus deseos. Su mas alta y mas fundada esperanza en el Sacramento de la reconciliacion es, que le vuelva este espíritu de adopcion divina que da derecho á la celeste herencia. Esta sublime calidad de hijo de Dios á que aspira, es el precio del sacrificio eterno de Jesu Christo, y nos ha sido adquirido con su sangre. El pecador es indigno de ella; pero Jesu Christo es digno de que por sus méritos y mediacion se le restituya, pues no la ha ganado sino para él.

Este pues debe, señor, ser desde hoy el único obgeto de vuestros anhelos. Ya hemos hablado de todo lo que es necesario para obtenerlo por

medio de una buena confesion. Ya hemos dicho, que para que esta lo sea es menester que la acompañen quatro calidades : contricion, confesion, propósito ó resolucion, y satisfaccion. No nos queda otra cosa sino que acabeis el exámen y la declaracion de vuestra conciencia ; pero sobre todo, porque esto es lo mas esencial, que procureis elevar vuestro corazon al Señor, implorando su misericordia, y pidiéndole os dé vivos sentimientos de compuncion.

El Padre se fué, Theodoro, y á fin de no hacerte esta relacion mas dilatada te diré en pocas palabras, que nuestras conferencias duráron otros ocho dias mas : que por las mañanas continuamos el exámen de mi conciencia, hasta que en fin pude acabar de revelar á los pies del generoso amigo, que me habia destinado la divina providencia, todos los desacatos y delitos de mi inmunda y abominable vida : que por las tardes continuó instruyéndome unas veces de cosas necesarias, exhortándome otras á despertar en mi corazon los sentimientos que debian acompañarle en tan santa y relevada accion ; y que en fin llegó el dia que el Dios de misericordias habia destinado para la resurreccion de un miserable ; pero este será asunto de mi primera carta. Á Dios, Theodoro.

CARTA XXV.

El Philósopho á Theodoro.

Theodoro querido : Al fin mis ojos viéron amanecer aquel dia dichoso , aquel grande dia que debia ser el de mi libertad y adopcion en la inmortal y augusta sociedad de los Santos. Tres dias ántes habia acabado de manifestar á mi tierno bienhechor los abysmos de iniquidad que encubria despues de tanto tiempo mi corrompido corazon. Pero él me habia dicho : Vuestra reconciliacion con la Santa Madre Iglesia está ya concluida : vuestra confesion está hecha ; y os habeis acusado ya á Dios en la persona de su indigno Ministro de todas las iniquidades que despues de un prudente exámen habeis podido tener presentes. Esto que os parecia lo mas difícil era lo mas fácil , y ahora no debeis pensar sino en recibir la absolucion con fruto.

Me parece , señor , que pues Dios nos concede tiempo , y por su gracia ya nos hemos desembarazado de esa atencion , que ocupa mucho y seca el corazon por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se le han borrado : me parece , digo , que ahora debeis destinar tres dias para ocuparos en excitar vuestra compuncion , para pedir con el Propheta , que os sustente en ellos con el pan de vuestro dolor y con el agua de vuestras lágrimas , y para que os conceda la gracia de llevar al pie de su sagrado tri-

bunal un corazon tan pesaroso de haberle ofendido, como resuelto á no ofenderle mas, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfaccion que exîja de vos. Yo me sometí á lo que el Padre disponia, y él señaló el Domingo siguiente para recibir en él la absolucion.

¿Cómo te pintaré, Theodoro, el zelo y el ardor de este infatigable Apóstol de la caridad? Aquellos tres dias casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa, que emplearme en egercicios devotos y análogos al grande obgeto que nos ocupaba. Ya me hacia leer en libros mysticos egemplos de fervorosos penitentes, ya rezaba conmigo los Psalmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexîones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas. Ya invocaba al divino Mediador, que sentado á la diestra de su Padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedia que le acompañase con su omnipotente mediacion. Ya lanzaba de su corazon suspiros fervorosos, ó ruegos encendidos, y me parecia que afectos tan vivos no podian dejar de penetrar el Cielo, y llegar hasta el solio de Dios, y que mi floja y débil oracion podria unida con la suya elevarse tambien hasta el throno de la misericordia. Otras veces me transportaba con él á la Judea, y me hacia seguir la vida de nuestro Redentor desde el pesebre de Belem hasta el sacrificio del Calvario; y en todas partes y en todo hallaba motivos para hacerme detestar mis delitos, y renovarme el propósito y resolucion de reformar mi vida.

Á veces invocaba á María la Madre de Jesus, á Joseph su Santo Esposo, á nuestros celestes Tute-

lares, en general á todos los Ángeles y Bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuviesen presentes el Domingo, á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovacion, y nos ayudasen á dar gracias al Dios de tantas misericordias. En fin me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazon, introduciendo la confianza y la dulzura hasta en el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba, si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres dias, que alcanzarán á este Ángel incomparable una muy preciosa corona de gloria.

Al fin brilló la Aurora del dia que debia alumbrar la resurreccion de un muerto, y en que se asombrasen todos los espíritus Celestes con la misericordia infinita de un Dios, que se dignaba mirar con ojos compasivos á la peor de sus criaturas. Vino el Padre mas temprano de lo que acostumbraba. Aunque como te he dicho, su aspecto es siempre venerable, y que en su ayre y modo de presentarse se manifiestan de continuo la modestia, dulzura y circunspeccion que producen en los que lo miran una impresion viva de su virtud, me pareció que aquel dia se habian reforzado estas excelentes calidades; y que su semblante estaba mas compungido, sus ojos mas humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, mas llenas de uncion y de santidad.

Me dijo que lo siguiese á la Capilla, y que me considerase como un reo infeliz, justamente condenado á un eterno suplicio, que iba á implorar la

gracia de un Dios soberano. Yo le seguí despavorido y alterado. Él entró á la Sacristía, se revistió de los vestidos Sacerdotales, y salió á decir la Misa. Aquel dia se detuvo mas tiempo en el Altar que otros. Yo le oí exhalar gemidos con que sin duda imploraba para mí la clemencia del Cielo, y no dudo que llegarian hasta el throno de Dios.

Sus incesantes suspiros me hicieron levantar los ojos, y vi los suyos empapados de lágrimas, que elevados al Cielo con un rostro inflamado dirigian á Dios una oracion fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmocion que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignoraba que todo era por mí. Me sentí inundado en llanto, y el corazon se me queria salir del pecho para seguirle en el rapto con que volaba el suyo. En fin acabó su Misa, mandó al Ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos. Se quitó la casulla, y conservando las demas sagradas vestiduras vino á sentarse en una silla que estaba preparada, y me mandó acercar.

Desde que doblé las rodillas y me puse á sus pies me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa. Aquí debemos dejar nuestros calzados, y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy mas que un miserable pecador, y quizá á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su Ministro y lo represento. Vos me habeis hecho confidente de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios, que ahora os quiere perdonar, y pareceis dispuesto á recibir la penitencia, que os imponga en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para poneros con la fe á los pies de la Cruz de Jesu Christo. Vedla sobre ese altar, abrazaos en espíritu con ella, y unios á ella con todo vuestro corazon y alma, para que recibais la aspersion de la sangre adorable, que la inmensa caridad del Dios Hombre derramó por vos. Esa sangre divina mana en la Cruz por todas partes, y voy á extraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador para rociaros con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estremecí al oir estas palabras; pero él me dijo: No temais, señor. Vuestro Dios no se puso en tan lamentable estado para perderos. Él es vuestra vida, y no podeis hallarla sino en él. Unios pues con esa Cruz, en que la caridad de Jesus se ha crucificado, y llorad abrazado con ella los largos desórdenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones. Dios por su bondad os esconde su horroroso aspecto, para que no desfallezcais; pero si quereis formar una exâcta idea de los efectos que produce el pecado, ved cómo han puesto al Hijo unigénito del Eterno Padre, y considerad quáles deben ser los horrores de un mal, que no quiso expiar sino por sus tormentos, por su Cruz y su espantosa muerte.

Esos crueles dolores, esos clavos, esas llagas las sufrió por vos: desde la cabeza á los pies padeció en su cuerpo adorable, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios se puso en aquel lugar para libraros de ellos. Allí es donde vos y

yo debiéramos estar, y nada consiguiéramos con eso, si su amor no le hubiera movido á crucificarse él primero, y si el nuestro no nos mueve á nosotros á crucificarnos con él.

Olvidad en este instante lo que ha hecho por los otros, para no acordaros sino de lo que hizo por vos. Es verdad que es Salvador de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo, y no es á otros sino á vos en particular á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasion. No lo dudeis, señor, él vuelve á ser hoy de nuevo vuestro Salvador. Si vuestra fe me ayuda, si asegurada de la veracidad de su palabra recibe con confianza en su misericordia la absolucion que voy á daros en su nombre, él va á resucitaros, y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

Los derechos que habiais adquirido por el santo Bautismo, y que habeis perdido tan desgraciadamente se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecian incurables se sanarán: la cólera del Cielo se aplacará: los fuegos inextinguibles que os estaban preparados van á apagarse: vuestro piadoso Dios va ya á miraros como Padre, á reconoceros por su hijo y volveros á su amistad. Sus divinos ojos no se apartarán ya de vos con horror, como en largo tiempo se apartáron: se detendrán amorosamente sobre vos, como se detienen sobre los justos. Vos seréis obgeto de sus complacencias, como él será de las vuestras; porque ya seréis santo para el Señor vuestro Dios, que es la misma santidad.

Todo esto debeis á su inmensa caridad, que lo puso en el estado que os presenta esa Cruz, y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Ved el amor que le debeis; y habiendo tenido la desgracia de haberle sido tanto tiempo ingrato, ¿haréis mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida? Empezad pues desde hoy una vida de amor, de adoracion y de reconocimiento.

Sin duda se le debe temer, pues es justo; ¡pero quánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan benéfico y amable! ¡Que! ¿No se ha dejado crucificar y poner en estado tan miserable sino para hacerse temer? Que le teman los que no le saben amar; pero nosotros que estamos á los pies de su Cruz; nosotros que vemos el amor con que se ha sacrificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarlo. Este sentimiento debe ser el que reyne en nuestro corazon con preferencia, y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vemos mas que su imágen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volemos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesus. ¿Qué es lo que vemos en él á los ojos de la Religion? Al Verbo Divino; á la Sabiduría increada; al Hijo unigénito del Eterno padre; al Señor del universo; al Criador del Cielo y de la tierra, clavado en una Cruz reputada por infame, cubierto de llagas, sufriendo los mas crudos dolores, lleno de oprobrios, que espira en los tormentos, despreciado de los hombres, y como desamparado del Padre.

¿Y por qué nuestro Dios, nuestro Criador omnipotente, aquel que hace temblar las columnas del Cielo, y en cuya presencia los Ángeles se humillan, sufre con tanta paciencia males tan inauditos y tan agenos de su inocencia? Por aplacar la justa indignacion de Dios irritado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por librarlos de la eterna muerte, y conducirlos á la eterna vida. ¿Quién imaginara que un Dios se encargase de obtener el perdon de sus ingratas y viles criaturas tan á costa suya? Pero ¡ay! Este remedio tan duro era necesario. ¿Qué seria del hombre, si Jesus no hubiera pagado su deuda? ¿Cómo hubiera podido satisfacerla por sí mismo? ¿Quién sino un Dios podia pagar cumplidamente por las ofensas hechas á Dios?

¿Qué mas vén allí los ojos de la fe? Una tierna y afligida Madre, que triste testigo de los oprobrios y tormentos, que una ingeniosa crueldad multiplica sobre el mejor y mas amado de los hijos, los sufre todos en su puro y celeste corazon. Miradla tan cerca de la Cruz, que la sangre que corre de las venas de su hijo, y que inundan la tierra, llega hasta ella y salpica su cuerpo virginal. Esta es la misma sangre de que el Espíritu Divino formó en su seno la santa humanidad. La misma que consagrada por la union de la naturaleza divina adquirió la virtud de lavar los pecados. La Santa Madre está rociada con ella; habiendo sido concebida en gracia, y siempre fiel, siempre llena de las mas altas virtudes, no tiene que lavar: pero es Madre de misericordia, y ruega incesantemente, que aquel bálsamo tan precioso se aplique y

distribuya á los pecadores que imploran su piedad.

Observad lo que pasa en esa tragedia lamentable, que asombra á los Espíritus Celestes, y veréis que todo debe alentar vuestra confianza. Escuchad al mismo Salvador, que ménos ocupado en sus males que en nuestro remedio, despues de haber encargado á su Discípulo querido el cuidado de su digna Madre, encarga á esta el cuidado de Juan, y en su persona el de todos los hombres. *He aquí á tu hijo*, le dijo; y con esto la nombra Madre de quantos vivimos desterrados en este valle de lágrimas. Por esto la Iglesia con tanto fundamento la llama Madre nuestra y Esperanza nuestra. Jesu Christo en su testamento y última voluntad sellada con la muerte, nos dejó su proteccion por legado. No contento el Salvador divino con darnos por la efusion de su Sangre los medios de recobrar la gracia, nos dió tambien el auxîlio de una Madre piadosa, que nos alcance sus frutos con su poderosísima intercesion.

Mirad tambien como aquella dichosa Pecadora, que otra vez lavó con su llanto los pies de su Señor, ahora tierna y fiel compañera de María, le asiste tambien en estos últimos y dolorosos momentos, derramando nuevas y mas amargas lágrimas de amor. Mirad como ahora es mas feliz, porque participa de los tormentos de la Cruz, y goza ya de los frutos de su penitencia. Y si os parece que no os puede su penitencia animar, porque ahora empieza la vuestra, aquí teneis muy cerca un Ladron, que pendiente de una Cruz por sus delitos, y sin haber hecho ninguna, no dice mas que una palabra; y esta palabra sola basta para que se le perdone todo,

y que pase en aquel dia del cadalso al Paraiso.

Pero para qué me detengo, si en aquel venturoso momento, el Salvador divino pronunció una absolucion general, ó lo que es lo mismo dirigió á su Padre un ruego universal, que comprehendia á sus mismos verdugos: *Padre*, le dijo, *perdonadlos, que no saben lo que hacen.* No solo intercede por ellos, sino los excusa: ¿y si esto hace por los que tanto le ultrajan, qué hará por los que imploren su clemencia?

Si esto es así, señor; si ahora están abiertas las puertas de la misericordia; si teneis á vuestro Salvador, que pide por vos mismo, que erais su enemigo y lo habeis ofendido; si ahora lo encontrais rodeado de amigos que ruegan por vos, y de una amorosa Madre encargada de protegeros; si estais viendo que perdona á los que se lo piden de veras; ¿cómo vos á quien yo como Ministro suyo he conducido á sus pies no os aprovecharéis de este feliz momento? ¿Cómo no clamaréis tambien á vuestro Dios, vos que os sentis abrumado con el peso de tantos pecados; vos que habeis dado tantas veces la muerte á vuestra alma; vos en fin que ya no esperais mas que una palabra suya, dicha por mis labios para resucitar y volver á la vida?

¿Y quién soy yo para separarme de vos quando se trata del perdon de los pecados? Quizas, y quizas mil veces mas reprehensible, no tengo en este momento otra ventaja, que la de haberos conducido á la fuente de la misericordia. ¿Y qué debo hacer, sino postrarme como vos á sus divinos pies, interpelar á María para que me alcance una gota de tanta sangre como se derrama, y unirme con

vos, y con el dichoso Ladron que está á su lado, para que todos y cada uno le digamos: Señor, acuérdate de mí? *Momento mei.* Tu bondad es nuestra única esperanza. Desde el throno de vuestra Cruz decid á nuestras almas abatidas, que aunque os hemos olvidado tanto y tan largo tiempo, vuestro amor paternal se digna de acordarse de nosotros, y que en vez de la horrorosa habitacion del fuego inextinguible que hemos merecido, quereis hoy abrirnos las puertas de vuestro Paraiso. La absolucion que esperamos de vos es la señal de esta promesa; pues ella nos hará dignos de habitar con vos en la celestial Jerusalem.

Si, señor, esta absolucion que voy á daros en su nombre es la señal eficaz de vuestro perdon, y os pone en el camino de la eterna felicidad. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma, va á purificarla, á santificarla y reconciliaros con Dios, á justificaros, á daros el título y los derechos de su hijo, á daros parte en la herencia que os dejó Jesu Christo, á rociaros con su divina sangre, y haceros agradable á los divinos ojos. Él va á marcaros con el sello de la promesa, y lo egecutará al pie del Altar, en que Jesus, Pontífice supremo de la Religion, ofreció á su Padre aquel sangriento sacrificio y precioso Holocausto, que este Espíritu divino encendió con su amor. Procurad pues asiros de esta Cruz, y estrecharos á ella con la fe quando me escucheis las palabras sagradas.

No perdais de vista esas otras dos cruces, y esos dos tan diferentes delincuentes. Estos dos hombres son el symbolo que representa los diferentes destinos de los pecadores. Los dos están clavados

en sus cruces. Ambos están igualmente cerca de Jesu Christo. Uno y otro están presentes al sacrificio que ofrece, y que hubiera podido salvarlos igualmente. No hay mas diferencia que la de sus corazones. El uno se une al sacrificio del cordero, recibe su fruto y se salva. El otro se separa, lo desprecia y se pierde. Tomad egemplo del primero, y consumad vuestra penitencia con sus mismas disposiciones. Yo os recomiendo principalmente tres. La primera: Que unais vuestro corazon con los sufrimientos de Jesu Christo, para santificar con ellos tanto las penitencias que voy á imponeros, como aquellas que hagais voluntariamente; y sobre todo las que os envíe la divina providencia para la expiacion de vuestros pecados.

La segunda: Que reconozcais en vuestro interior con sinceridad, que no hay pena ó sufrimiento que no merezcais, y con esta persuasion íntima aceptaréis con humildad, y os sugetaréis con discrecion á todas las que el Cielo os diere para satisfacer á Dios, y destruir el cuerpo del pecado. Y la tercera: Que pongais una continua atencion; una incesante y nunca interrumpida oracion y vigilancia, para no perder de nuevo la gracia que vais á recibir, y preservaros de recaidas.

Yo espero que Dios os ha dado estas disposiciones, y no solo lo espero, sino me parece que ya las veo en vuestro corazon. Estad cierto que con ellas nuestra oracion sube al Cielo, y que penetra hasta el throno de la misericordia: que Dios nos oye y nos perdona: que los Bienaventurados alegres cantan al Altísimo un hymno de reconocimiento y alabanza: que interceden por nosotros: que el

Señor los escucha benigno, y que de nuestro irritado enemigo vuelve á ser desde hoy nuestro Protector y nuestro Padre.

Tened por seguro, que Jesu Christo está ya con nosotros. Ya sabeis que ha prometido, que quando dos ó tres se juntaren en su nombre, él estará entre ellos. Aquí estamos los dos, y en su nombre nos hemos juntado. ¿Á qué habeis venido sino á exponer vuestras miserias, implorar su piedad, y pedirle perdon por medio del Ministro, que os ha señalado? ¿Y á qué he venido yo sino á oiros, á confesaros y absolveros? ¿Cómo pudiera hacer esto yo, miserable pecador, sino por su autoridad y en su nombre?

Acordaos que quando vino al mundo, él mismo dijo, que no venia por los justos, sino por los pecadores: y que ha instituido el Sacramento de la Penitencia para ellos. Acordaos tambien que ha dicho: Venid á mí todos los que estais cargados y fatigados que yo os aliviaré: y que por esto quanto mas cargado esteis de pecados, tanto mas derecho os da para acudir á su piedad: que estas promesas son suyas: que es el Dios verdadero y fiel: que para cumplirlas ha puesto las palabras de reconciliacion en sus Ministros, á los que ha hecho depositarios en su nombre de su potestad.

Vos estais en presencia del que os ha destinado. Buscad pues en él á Jesu Christo. Á qualquier parte que volvais los ojos lo hallaréis, porque siempre está cerca de los que lo invocan. Si levantais los ojos al Cielo, la fe os le mostrará sentado á la diestra de su Eterno Padre, donde como Pontífice supremo le está presentando vues-

tras oraciones y gemidos. Como divino Mediador intercede para que os perdone; y como Sacrificador le ofrece vuestra penitencia acompañada de su Cruz para darle valor.

Si los volveis á la tierra, vos acabais de verlo en el Altar, donde ha venido á renovar su sacrificio, y presentarlo otra vez á su divino Padre, para obteneros el perdon que esperais. Y ahora mismo está entre nosotros, pues que lo ha prometido, y viene á escuchar los sollozos de vuestro corazon, á curar vuestras heridas, á infundiros su espíritu, y á presentarme á mí la amorosa llaga de su costado, para que saque de ella la sangre con que debo rociaros y sanaros. No penseis pues sino en postraros á sus pies, en abrazaros con ellos por la fe, y regarlos con las lágrimas de amor y de dolor con que los regó la amante Pecadora.

No considereis otra cosa que vuestras miserias y su misericordia: el exceso de vuestros males, y lo infinito de su bondad: el horror que debeis tener de vos mismo, y la inmensa caridad con que él viene á vos. Ocupaos en estos obgetos, y no los separeis, porque unidos serán á un tiempo los motivos de vuestra afliccion y de vuestra confianza. Yo espero que á medida que le habeis descubierto vuestros males, quando me los habeis declarado, los ha ido curando. No falta pues otra cosa que el que le digais una palabra: Señor, si quereis, podeis sanarme. Esta palabra que no se ha dicho ni se dirá jamas en vano, le hará responderos como al Leproso: *Sanad: Yo lo quiero.*

Avivad pues en este momento vuestra contri-

cion. Repetid los gritos doloridos de David : *Miserere.* ¡Señor , misericordia ! Pedid al Espíritu Santo que forme en vuestro corazon esta palabra poderosa : que la forme en el mio para que yo le dirija tambien mis súplicas humildes. ¡Dios omnipotente ! ¡Luz inaccesible ! Resplandor inmortal al que los Querubines se acercan trémulos y con la faz cubierta ! ¿Cómo yo miserable pecador me atreviera á ponerme en tu presencia , si el Dios que engendrado ántes de la Aurora salió de tu esplendor divino no lo hubiera mitigado cubriéndolo con el velo de mi carne ? Él es por quien espero hallar entrada en el throno de tu misericordia. Es el Dios hijo de David al que dirijo mi ferviente ruego , al Dios que me ha dado el derecho de llamarle mi hermano , porque su piedad es toda para mí.

¡Ó tú , Jesus Hombre y Dios ! Tú á quien hablamos sin temor , aunque seas el Dios Salvador; el Dios de Israel : tú á quien otra vez se acercaban los pecadores con seguridad y confianza : tú que con bondad los excitabas á acercarse , permitid que el que está ahora á vuestros pies obtenga el perdon que vos solo podeis concederle. Yo imploro para tu siervo la misma misericordia que mostraste quando te manifestaste en la tierra.

Pero , Señor , este penitente no te pide un perdon que lo dege como estaba en sus pasiones ; pide , que lo perdones y lo enmiendes , que olvides sus iniquidades y las destruyas. Sabe que ya habias destruido la iniquidad en que nació , que la habias lavado con tu sangre , anegando en ella la maldicion de su orígen. Ahora viene á pedirte otro Bautismo

nuevo, y sus lágrimas santificadas con las tuyas le darán el agua necesaria. Haced, Señor, que donde fué tanta la iniquidad, sea mayor la gracia: que donde abundáron las injusticias y delitos, sobreabunde la misericordia y las virtudes.

Sus males serian irremediables, si tu justicia lo quisiera perder, si por tu gloria no quisieras salvarlo. Tú lo hiciste renacer de la Iglesia, Madre tan santa, que la escogiste por tu Esposa. Ella le dió la vida y derechos á la inmortalidad. Le hizo conocer la verdad que amas, instruyéndolo en los mysterios ocultos de tu sabiduría. Él lo ha perdido todo, todo lo ha profanado; pero espera en tu bondad infinita. Haz, que las palabras de paz y de consuelo penetren hasta lo íntimo de su corazon, y que su alma abatida se consuele con tan dulce esperanza. Habla pues, piadoso Dios, á este pecador miserable. Con una palabra tuya va á recobrar la vida. Dile que ya no podrás ver sus pecados, porque vas á destruirlos, y él te pide, que no deges de sus iniquidades mas que la gloria de haberlas perdonado, y su dolor por haberlas cometido.

Entónces el Padre se puso en pie. Yo alzo los ojos para ver lo que hace, y veo que está con los brazos levantados, y que con la vista clavada en Jesu Christo me dice: Preparaos, señor. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma: yo voy á rociarlo con la sangre de nuestro Redentor, y Dios va á perdonaros y reconoceros por su hijo. Yo me postro en tierra, junto con el polvo mi culpada frente, y anegado en mi llanto, oygo que el Padre sentado pronuncia las palabras

sagradas de la Absolucion::: ¡Ó Dios! ¡quién pudiera explicar lo que pasaba entónces en mi corazon! ¡Quién pudiera expresar el inefable consuelo que experimenté entónces! Sobre todo quando despues de haberlas acabado me dijo: Yo espero en Dios que estais en su gracia: id en paz, y no pequeis mas.

Theodoro, ¡qué revolucion tan repentina experimenté en todas mis facultades interiores! ¡Cómo me sentí súbitamente libre de las inquietudes y temores que emponzoñaban hasta los momentos de mi arrepentimiento y esperanzas! Yo me sentia como un hombre, que despues de estar largo tiempo bajo las ruinas de un edificio desplomado, se le saca de repente del medio de las pesadas masas que tenian sus órganos oprimidos; que queda atónito y como fuera de sí; que le parece ver por la primera vez todo lo que se presenta á su vista; su cabeza está mal segura; su respiracion entrecortada; rezela que algun órgano se le haya comprimido; respira con pena y con temor, hasta que dando un profundo suspiro reconoce con alegría que su interior está sano, que sus entrañas han recobrado el movimiento, y que el ayre, este elemento saludable, vuelve á circular en ellas con desembarazo. Lo mismo le pareció á mi alma quando volvió á entrar en el adorable y dichoso seno de su Dios, creia respirar su ayre nativo, entrar en el regazo paterno, volver al mismo de que salió, y donde el que vive no muere jamas.

En este estado de embriaguez divina yo permanecia postrado en tierra, y como sumergido en el gozo de mi felicidad. No sé quanto tiempo este profundo sentimiento, que absorvía todas mis po-

tencias, me hubiera tenido inmóvil en esta situacion extática de adoracion, si la mano del siervo de Dios no me hubiera prestado la fuerza que me faltaba para levantarme. Me hizo sentar á su lado, y me pareció que este Ángel del Cielo entraba entónces en una especie de éxtasis divino. Yo vi brillar en su agradable semblante los rayos de una luz Celeste, y plácida alegría. Una especie de sonrisa dulce y amorosa animaba su rostro venerable, y sus ojos fijos sobre los mios me mostraban un halago tan blando y religioso, que llenaban mi corazon de ternura.

¡Ó señor! me dijo: Yo saludo, admiro y venero en vos las altas misericordias del Excelso, y lo que es mas augusto y respetable en la tierra, un justo, un predestinado, un escogido. ¡Dichosos los corazones que saben conservar los bienes que acabais de recibir en un instante! El vuestro confío es ya santuario de la gloria y de la luz de Dios. Ya su vida divina circula en vuestra alma. Ya vuestro espíritu resplandece con las brillantes luces de sus esplendores. No hay en el universo nada que pueda compararse á la excelencia del nuevo ser que acabais de recibir, ni á la grandeza del inmortal destino que os aguarda.

¡Qué inagotable manantial de consuelos se os ha preparado en este dia aun para el curso de esta vida deleznable! ¡Cómo vuestro corazon palpitará de gozo, quando se acuerde que despues de haber sido tanto tiempo extrangero en la casa de Dios; despues de haber perdido tantos años todas las esperanzas de nuestra adopcion en Jesu Christo, ya sois por su bondad conciudadano de los San-

tos; hermano y compañero de todos los predestinados; miembro de la Iglesia de la eternidad; descendiente de los Patriarcas y Prophetas; piedra inmortal y viva del edificio fabricado sobre el cimiento de los Apóstoles y Mártyres; y uno de los trofeos que serán eternamente erigidos en medio de la Ciudad de Dios en gloria del Cordero que nos rescató con su sangre, y que allí se vén juntos de toda tribu, de toda lengua y de toda Nacion!

Estas y otras palabras de esta especie pronunciadas con todo el calor de un entusiasmo celestial penetraban hasta lo íntimo de mi corazon, lo inflamaban con un ardor divino, y me lo llenaban de fuerza, elevacion y energía. Todo me parecia sublime y sólido, todo lleno de substancia y verdad. Nos volvimos á poner de rodillas para dar á Dios gracias de tan inmenso beneficio. Despues me condujo á mi aposento, pero no se fué.

Sentados otra vez renovó los mismos y otros nuevos discursos para hacerme sentir las inapreciables ventajas de mi nuevo estado, y arraygarme en el amor y práctica de la virtud. Sobre todo insistia en darme una idea clara de la grandeza del alma, que vuelve á entrar en la gracia de Dios, y me decia: Señor, la mayor parte de los hombres no considera el beneficio del perdon que se nos concede en el tribunal de la penitencia, no concibe otro que una gracia que nos libra de nuestros pecados, lavándonos de las manchas con que nos afeáron nuestras pasiones y delitos. Con ideas tan imperfectas de este gran mysterio de misericordia, el penitente apénas podrá dar las debidas gracias á su Dios.

Pero debemos saber, que la purificacion de las conciencias no es el único y último efecto de este gran Sacramento que bendice nuestras lágrimas y arrepentimiento. Sin duda que es grande beneficio librarnos del castigo eterno preparado á los que mueren en la impenitencia. ¿Pero quánto mas se elevará su corazon si se detiene á considerar la dignidad y la excelencia de una alma capaz de llevar sobre sí el peso inmenso de la gloria de Dios, y de ser participante de sus dichas inmortales? Nada de lo que es criado puede de repente elevarse hasta la altura de lo infinito. Y si el Sacramento no hiciera mas que borrar las manchas de nuestros delitos, con eso solo no agrandaria la esphera de nuestro ser, ni pudiera revestirnos de la fuerza necesaria para remontarnos sobre los límites de nuestra naturaleza.

Para vencer pues la desproporcion que sugeta todas las criaturas á sus confines limitados, y que las tiene tan distantes de este Dios infinito, cuyo throno está situado en las alturas de una luz inaccesible, es menester que un carácter sobrenatural venga á mudar en cierta manera el de su mortal constitucion: que aumente el precio de su exîstencia y de sus obras, y que dé á su adoracion, á sus sacrificios, á su amor de Dios, y á sus demas buenas acciones un valor que no pueden tener en sí mismas; pues en las facultades que les son propias todo es pobre, débil y caduco. Es menester pues que un rasgo del infinito las prepare, para que puedan alcanzar su vista y posesion: que un rayo de la divinidad resida en ellas de antemano, para que puedan adquirir la eternidad y la gloria de Dios.

El que quiera entender bien la economía de la Religion y de la gracia, debe verla en su verdadero punto de vista, y comprehender que el alto designio de la sabiduría soberana ha sido poner en el hombre todo lo que su flaqueza puede comportar de la grandeza y perfecciones infinitas de su Criador, haciéndolo en cierta manera parecido ó semejante á Dios. Esta es la única y verdadera llave, que nos puede dar la inteligencia de todas las obscuridades incomprehensibles que contristan á la razon humana. La sola luz que nos puede hacer entender el principio de todas las cosas, y el último fin de todas las criaturas.

Este designio tan grande y tan sublime en sí mismo es tambien el mas ventajoso para el hombre. ¿Y cómo lo egecutó la mente soberana? El mas sublime de los Evangelistas nos lo ha revelado, explicándonos con pocas palabras el mysterio mas alto y mas oculto de los consejos divinos. El Verbo, que exîstia al principio, y por quien todo ha sido hecho, se hizo carne tomando la naturaleza humana en la unidad de su Persona y de su grandeza infinita. El mundo pues vió en un hombre la gloria del Hijo único del Padre. Admiró un Hombre en quien residia la virtud y la excelencia de Dios. Un hombre lleno de su fuerza y de su virtud eterna: *Y nosotros todos recibimos de su plenitud.* Ved aquí, señor, lo que podemos llamar el centro y corazon del designio y órden de Dios en la fundacion del universo, en el establecimiento de la Religion, y en la conducta de todos los sucesos de la tierra.

Por estos principios debeis conocer, que

el carácter de la Gracia habitual que recibimos por Jesu Christo, es comunicarnos en quanto somos capaces su consubstancialidad y su igualdad con el ser infinito, y establecer entre el Hombre Dios y los Christianos, que su gracia ha purificado, una union, ó para decirlo mejor, una unidad tan estrecha, que los méritos de Jesu Christo se hagan suyos. El precio de su sangre y de su sacrificio es la propiedad de cada uno de los hijos de su santa adopcion, y nosotros nos transformamos á los ojos de su Padre como en otros tantos Christo del Dios vivo. El Padre reconoce en nosotros las imágenes de su gloria, y nos vé en cierto modo como repeticiones de su Verbo hecho carne.

Desde entónces nuestros suspiros y gemidos adquieren á su vista un valor infinito y divino. Quando no quedara en el mundo mas que un hombre solo; si este hombre estuviera en la sociedad de la alianza Evangélica, su exîstencia en el universo fuera bastante para glorificar á Dios con cierta dignidad, y para que hallara en la obra de la creacion un obgeto proporcionado á la infinita gloria que se da á sí mismo eternamente en el abysmo de su propia inmensidad.

¿Qué mortal se hubiera atrevido jamas á dar esta interpretacion á los designios del Omnipotente? ¿Quién hubiera podido imaginar que la idea de Dios, concediendo á Jesu Christo todos los dones que ha traido á la tierra, era hacer participar á los hombres su divina y soberana excelencia; si el mismo Hombre Dios no nos hubiera revelado este gran secreto de su Padre Celestial con tanta claridad, que no puede dejar

de conocerlo el corazon mas endurecido?

Jesu Christo nos ha dicho en los términos mas claros y positivos, que por él, y en virtud del parentesco que contrajo en su Encarnacion con el género humano, nos hemos incorporado en la sociedad inmortal y gloriosa de que él gozaba en el seno de Dios ántes de la creacion del muudo: que estamos enlazados con él, y con lazos de fraternidad tan fuertes y tan indisolubles, que nos reconoce en presencia de su Padre como carne de su carne, y huesos de sus huesos.

Nos ha dicho tambien, que si no nos separamos de él, todo lo suyo nos pertenece: que gozarémos con él la propiedad y posesion de todos los thesoros que contienen el divino esplendor con que nació ántes de la Aurora: que él es la incorruptible vid, en que estamos ingeridos por un modo inefable: que comunicamos con él íntimamente y sin interrupcion como las ramas comunican con el tronco vivo á que están unidas, y de que sacan todo su jugo, su calor y su fecundidad. ¿Es posible concebir una pintura mas hermosa y mas enérgica?

Despues de esto es fácil concebir la grande estimacion que hace el Hombre Dios de los que reciben su palabra; y no se debe extrañar nos manifieste una ternura tan viva, tan ardiente y tan inalterable y de que no hay egemplo en la tierra. ¡Qué sentido tan profundo! ¡Qué amor tan expresivo se manifiesta en el lenguage que le inspiraba su tierno corazon, quando queria consolar á sus Discípulos de las tribulaciones que les harian sufrir sus enemigos!

¡Con qué amoroso estilo les decia: Amada Grey, que el Padre ha querido confiar á mi vigilan-

cia, no temas la contradiccion de las criaturas, ni la malignidad de los iniquos; porque este gran Dios que os conoce y os ama tiene su mas dulce complacencia en prepararos thronos en que juzgaréis conmigo á los prudentes del siglo y á los dueños del mundo! No os degeis intimidar por los que solo pueden atormentar los cuerpos: el que crée en mí, es indestructible; no puede morir, y vos viviréis como yo vivo. En el gran dia de la manifestacion de mi gloria, conoceréis este grande mysterio de unidad, entónces veréis como *yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros* [a].

Confesemos, señor, en gloria del que derrama sobre nosotros tan asombrosas bendiciones, que el corazon humano no tiene bastante fuerza para sostener la impresion que produce en él un discurso de un Dios que se digna de hablar así á los hombres. El mas justo tiene necesidad de distraerse, pues si pensara siempre en tanta dignacion muriera de ternura y alegría. Desgraciadas las almas duras que no se enternecen con afectos tan dulces: es imposible conducirlas á la verdad por la via del sentimiento: los tales tienen unos corazones empedernidos, y no son dignos de una Religion que no puede fructificar sino en las almas sensibles y capaces de impresiones tiernas; pues nuestra Religion es por su esencia toda amor y caridad.

Nada exâgeraba yo quando os decia, que el carácter de la justificacion Evangélica era transformar nuestra flaqueza en la fuerza de Dios, y como figurarnos sobre su inmortal substancia. Los primeros

a *1. Joann. XIV. 16. XVII. 21.*

Apóstoles de la doctrina de Jesu Christo se han explicado en los mismos términos que su Divino Maestro, quando habláron del alto punto de grandeza á que la gracia nos eleva. San Pedro llama á esta preciosa gracia un gran don que nos asocia á la gloria de Dios, que nos da parte en su suerte inmutable, y nos comunica su naturaleza.

San Pablo encierra de tal modo nuestro destino en el del Hombre Dios, que nos apropia todos sus triumphos, y ya nos vé resucitados, glorificados y sentados con él en la mansion Celeste. Esto es: que por derecho y en virtud de los mysterios que ya se han cumplido en el que es nuestra cabeza, todos los que le pertenecen son el fruto precioso de su sangre, y están en posesion de sus mismas prerogativas: que el estado de Jesu Christo es con cierta proporcion el de todo hombre justificado por su gracia: que la obra de nuestra exâltacion ya está concluida; y que si nos mantenemos firmes en su alianza, nuestra asuncion y residencia eterna á la diestra de su Padre solo las suspende la tardanza de la muerte.

Ved aquí, señor, una idea, aunque muy imperfecta del estado sobrenatural y divino á que nos eleva la justificacion christiana. Ella nos pone en una clase superior á toda grandeza. Nada puede compararse al alma que está en ella: así esta gracia del Salvador que habita en nosotros debe ser un rasgo, una vislumbre, una participacion de esta gran claridad de Dios de que habla Jesu Christo, y que dice haber poseido en la esencia divina ántes de que el mundo saliese de la nada.

Esta comunicacion del ser de Dios y su divina

luz con el alma, que ha recibido la aplicacion de los méritos del Redentor, es tal y tan estrecha, que el Espíritu Santo es el órgano sagrado que la une. Él solo es el lazo estrecho de este comercio incomprehensible por una residencia íntima y verdadera en el fondo de nuestra alma. *La caridad de Dios*, decia el Apóstol á los fieles de su Iglesia, quando la fundaba, *ha sido derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dado.*

El mismo Jesu Christo nos ha presentado con colores no ménos expresivos este glorioso é inestimable carácter de nuestra adopcion eterna. Él habia anunciado ya el descenso del Espíritu Santo, como el sello y corona de sus promesas, como el advenimiento de su inseparable y natural cooperador en la alta empresa de la reconciliacion del mundo, y nos habia dicho: que este gran Consolador de los hombres, el mismo que está en la altura de la inmensidad de gloria en que procede del Padre y del Hijo, este mismo vendria y seria el amigo y compañero de nuestros corazones, que habitaria en ellos con una accion y presencia verdadera, lo que debe entenderse en el sentido natural de esta palabra.

Pesad, señor, reflexîonad con atencion la fuerza y energía de este discurso del Salvador quando dice: Que se quedará para siempre con vosotros. Este es el Espíritu de verdad que el mundo, esto es, el que vive segun los sentidos, no puede recibir, porque no lo conoce. Pero vosotros lo conoceréis; pues él mismo habitará y reposará en vosotros.

Empezais ya á divisar, señor, la supereminente dignidad de que acabais de veros revestido, y el mo-

tivo por que despues de haber pronunciado sobre vos las santas palabras de la absolucion, que sacan al pecador de sus cadenas y lo hacen pasar á la clase de los escogidos, os contemplaba con admiracion como si os viera en una forma nueva y extraordinaria. Sí, señor, yo veia en vos un vaso de misericordia, veia que en vos se obraba un estupendo milagro, y que Dios derramaba todos sus thesoros en vuestro corazon. No hay respeto que no se deba á los herederos de la santa Esperanza. Y si quando vemos á otro hombre pudiéramos saber que está en gracia de Dios, y pertenece al rebaño de Jesu Christo, debiera con su vista apoderarse de nuestro corazon un terror religioso, y postrados en su presencia adorar allí la infinita magestad del Señor como en el mas augusto de sus santuarios.

Así, señor, vuestra vida, que no ha sido hasta ahora mas que un sueño fugaz, empieza á ser desde hoy una duracion verdadera, preciosa y llena de aquella vida que dura en la eternidad. Hoy habeis comenzado vuestra celestial existencia: cada uno de los instantes que se escapan de vuestro aliento va á llevar al throno de Dios un tributo de valor sobrehumano: vuestras menores acciones, vuestras ocupaciones mas comunes, todos vuestros movimientos, y hasta vuestros desahogos y reposo van á ser contados y escritos en el indestructible Libro de la vida, como acontecimientos destinados á hermosear la historia eterna de los escogidos; á ser obgeto de la alegría de los Bienaventurados, y asunto de los cánticos de la celestial Jerusalem.

Porque nuestro Señor Jesu Christo es la vida verdadera, y vos sois ya el sarmiento bendito en

que corre y circula la vida de esta vid incorruptible y mysteriosa. Si vos no hubierais hecho otra cosa que asombrar al universo con la gloria de las hazañas mas extraordinarias, vos no seriais ménos muerto y vil á los ojos del Dios vivo. Pero ahora porque estais en su gracia y os aprovechais de los méritos de Jesu Christo, todo en vos le es agradable. Sus ojos se complacen hasta en vuestro reposo y silencio. Nada de lo que hay en vos le es indiferente, porque lo que nos parece nada en un justo es mas para su vista, que los thronos y los imperios. Todo lo que haréis en adelante por pequeño é imperceptible que sea, tendrá el mérito de proceder de vos, de vos que acabais de ser lavado en la sangre del Cordero, y que le representais la mas querida y excelente imágen que puede hallar sobre la tierra.

Haced, señor, una reflexion, y es que Jesu Christo, este Hijo tan querido del Padre, no solo era un espectáculo grande para el Cielo, quando en el curso de su mision empleaba toda la fuerza de su ministerio; lo era tambien en los dias de su obscuridad, y quando vivia oculto en la humilde habitacion de María y Joseph: quando les obedecia con sumision como pudiera el mas pequeño de los niños de Nazareth: quando con sus manos inocentes y tiernas trabajaba en el taller de un artesano: quando partia con la mas santa de las Madres todos los penosos afanes de la vida doméstica: quando nadie podia sospechar que la salud eterna reposaba bajo aquel techo humilde, y que aquella pobre estancia tan poco conocida del mundo encerraba la esperanza de Israel, la gloria del género humano, y el mas ri-

S 2

co thesoro de todo el universo. Cada suspiro del adorable Niño que vivia en ella sin que lo supiese el comun de sus criaturas, salvaba al mundo entero, y preparaba la asombrosa transformacion que debia efectuarse y perfeccionarse poco tiempo despues.

Es muy dulce para mí, señor, poder repetiros verdad tan agradable; ya sois una rama de este tronco precioso, un renuevo de esta raiz de inmortalidad, y todo lo que hagais en esta unidad valdrá para vuestra salud eterna. Insisto sobre este pensamiento, porque es el fondo y la substancia de nuestra Religion, y no se medita bastante. El divino Maestro nos lo presentó con mil formas diferentes en el curso de su predicacion. Parece que queria entónces hacernos entrever esta verdad, reservando su entera manifestacion para los últimos momentos en que debia conversar con los suyos.

Como si fuera su intencion que el mas alto consuelo, que jamas se ha descubierto á los hombres, les llegase en la mas amarga circunstancia de su vida, y quando necesitaban del mayor valor para someterse á la necesidad de ver sufrir y morir á tan amable Bienhechor; despues de haberles revelado tan claramente este mysterio de unidad y de inseparabilidad eterna les añade: »Os »he dicho esto para que mi alegría esté en voso»tros, y que vuestro regocijo reciba el último gra»do de plenitud y perfeccion [a].

Yo escuchaba estas divinas verdades con un profundo recogimiento, y hubiera querido que este tan ilustrado intérprete de los oráculos sagra-

[a] *Ioann.* XV. 11.

dos no se separase nunca de mí, y alimentase mi alma con estas grandes ideas de la fe, que la tenian en un continuo éxtasis de admiracion. ¡Ó Evangelio divino! me decia yo en mi interior. ¡Ó inapreciable thesoro de ciencia y de luz! ¿Quién puede conocerte sin amarte? ¿Cómo es posible que ofreciendo tan inmensas riquezas á los hombres, haya tantos que sean tan infelices, que te desconozcan y desestimen? Despues de otras muchas reflexîones de esta especie, y otros discursos llenos de uncion y fuerza, con que el siervo de Dios me sostenia, se despidió de mí y se retiró.

Quedé solo, Theodoro; ¡pero qué diferente de mí mismo! Este momento fué el primero de mi vida en que me vi conmigo á solas sin temor ni sobresalto. Jamas hasta entónces habia podido dar una ojeada á mi corazon sin una secreta displicencia, sin un confuso sentimiento de horror que me forzaba á volver los ojos á otra parte. Pero esta vez ya empecé á mirarme sin pena; y en medio de los horrores y delitos que no podia disimularme, veia una dulce y halagüeña esperanza de que estarian perdonados. Mi alma reposaba ya con esta idea. Yo me encontraba como un hombre que por largo tiempo ha cargado un peso superior á sus fuerzas, y que descargándose de un golpe se siente aliviado y dueño de sus movimientos. Mi corazon habia adquirido una nueva serenidad. Mi pecho respiraba sin zozobra, entreveia un por venir mas tranquilo, y un término á mi vida mas dichoso.

Sobre todo no podia concebir cómo habia estado tan ciego para mirar con tanto horror la con-

fesion, que experimentaba ahora era el único remedio de mis males. Me acordaba de las burlas, dicterios y desprecios con que habia hablado de este saludable sacramento, que no comprehendia mi torpe necedad. Lo que me parecia mas ridículo era, que entónces no podia sufrir la idea de descubrir á un hombre prudente, mi amigo y mi guia en el secreto de una confianza religiosa, los desórdenes y delitos que veian todos; pues yo no pensaba en esconderme de mis compañeros. Ántes al contrario, solo me ocupaba la vergüenza de mostrarme mas tímido ó ménos determinado á atropellar las obligaciones mas sagradas, y no respetar nada ni en el Cielo ni en la tierra. Todos pues los que eran como yo debian conocerme, y los hombres virtuosos no podian engañarse, pues aun quando hubiera querido en su presencia afectar el estilo y la compostura de la razon, solo la virtud se parece á sí misma. Su forma y su lenguage tienen un carácter tan ingenuo, que todos los artificios de la hypocresía nunca aciertan á darle un verdadero colorido, ni pueden engañar los ojos de los que saben conocer á los hombres; y mas si los dota el Cielo del don de discrecion de espíritus.

Á pesar de todo esto yo tenia por cosa ridícula descubrir á un Ministro de Dios mis delitos y flaquezas: yo murmuraba con los insensatos de la Ley que obliga á los pecadores á revelar á un hombre la vergüenza de su conciencia, y decia como ellos, que este era el escollo terrible, el impracticable artículo de la Religion. ¡Qué ciego estaba yo y quánto ellos lo están! pues no vén que se descubren todos los dias á todo el mundo, y que

su conducta habitual es una confesion pública del desórden que reyna en su corazon.

¿Quién será tan irracional y tan injusto, que se quege quando lo libran de la mayor desgracia que puede sufrir el hombre, solo con servirse de este medio tan humano y tan dulce? ¿No es Dios nuestro único y soberano bien? ¿No es la felicidad eterna, el mas alto y el solo digno obgeto de nuestras esperanzas? Aunque para obtener este bien infinito, para rocobrar una pérdida tan irreparable como la del amor divino, fuera preciso arrancarnos del seno de la naturaleza de nuestra Patria, de nuestros hijos, y de quanto mas queremos en el mundo; y fuera menester meterse en horrorosos desiertos, y que repitiesen los ecos de las montañas y cavernas el son de nuestros dolientes alaridos, y manchar los peñascos con la sangre de nuestra maceracion y penitencia, ¿quién podria titubear un momento?

¿Cómo es posible soportar la idea de que una alma inmortal, una alma que nació por el Bautismo destinada á recibir la inefable gloria del que la dió el ser, se vea por su propia culpa víctima indestructible de su cólera? Pero este Padre de misericordias, que conoce el barro de que somos formados, no expone nuestra flaqueza á pruebas que la harian temblar, y se contenta para volver á recibirnos en su seno con una humilde confesion, un amoroso llanto, y una efusion del corazon arrepentido.

¿Y qué? ¿La naturaleza misma no indica estos medios como un consuelo de las afiicciones? ¿No es este el alivio de los grandes dolores? ¿No son estos afectos el mayor y mas dulce refugio de nues-

tra sensibilidad quando la afligen las desgracias? Debemos pues conocer, que esta sabia y tierna disposicion de la bondad divina en el órden de la gracia y de la vida eterna, es una imitacion visible de la que hace sentir la naturaleza á nuestro corazon, quando quiere consolarse ó salir de un extremo infortunio.

¡Ay, Theodoro! ¡Cómo conozco ahora que los que con tan frívolos pretextos del amor propio quieren justificar la repugnancia de confiar á un Ministro de la Religion el triste secreto de sus conciencias, están tan léjos de Dios como de la razon! Solo una alma inflexîble, que no ha experimentado todavía las primeras conmociones del arrepentimiento, podrá escuchar esas rebeliones del orgullo, y resistir á la necesidad de humillarse en presencia de los que son órganos sagrados de la piedad divina. El hombre que está verdaderamente arrepentido ó afligido, no necesita de que se le aliente para abrir su corazon á los pies de su hermano y su amigo. Quando la Religion no se lo mandara, él mismo por instinto de su dolor para desahogar su pecho, y buscar ó consejo ó alivio, volaria á echarse en los brazos del justo, y la viveza de su pena le forzaria á descubrirle todo lo que le aflige.

Sin duda que el Confesor es un hombre; pero un hombre revestido de Christo, un hombre que ha recibido su poder, que obra en su nombre y lo representa. Es un hombre, pero marcado con un carácter divino, que para aquella funcion lo eleva de su propia clase á una especie mas alta. Es un hombre, pero en su sublime mi-

nisterio la virtud del Altísimo reside en él, y en aquel acto es superior á los Ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporacion en el Sacerdocio eterno de Jesu Christo, y su union con él en la conducta de la grande obra de Dios, que es la fundacion de su incorruptible y sublime Imperio.

¡Ay, Theodoro! Yo solia en mis necias burlas decir al buen Mariano: que Dios debe de ser un Amo bien exâcto y riguroso, pues no perdona nada sin penitencia. Amigo, yo era un insensato; y ahora veo que es un Amo muy indulgente y misericordioso, pues lo perdona todo á tan poca costa. ¡Dichoso este dia en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal! Yo vivo en otra region. Me veo en otro mundo, y mi corazon habita en una mansion, cuya dulzura y tranquilidad me eran desconocidas. Mañana te continuaré esta nueva historia de mi felicidad. Á Dios, amigo.

CARTA XXVI.

El Philósopho á Theodoro.

Ya te he contado, Theodoro mio, lo que me aconteció en aquel dia memorable, en que mi iniquidad, como lo confío, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador Divino. Ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso dia. Apénas me acosté en mi lecho, quando mi imaginacion bullia llena de muchas especies diferentes. Repasaba por menor todos los tristes hechos de mi larga y estragada vida; pero si esta memoria me afligia, ni era con aquella áspera y punzante amargura, con que ántes se desconsolaba mi corazon; ni sentia ya aquellos violentos torcedores, que destrozaban mi pecho.

En efecto me parecia que sus agudas puntas estaban embotadas, pues no podia recordar mis delitos, sin ver la bondad que dispuso los llorase, y que confiaba me los habia ya perdonado. No podia afligirme de mi miseria, sin adorar la misericordia, que se habia dignado de curarme. Admiraba los extraños y raros motivos, que me habian conducido á esta Casa de Dios, y veia la mano de la providencia que habia gobernado mis pasos. Sobre todo refrescaba, procurando grabarlos en mi pecho, los discursos de mi nuevo y caritativo Padre; en especial lo que me habia explicado con tanta ternura y energía sobre el carácter del inefable don, que

habia recibido con la aplicacion de la Sangre de nuestro Redentor.

Con tantas y tan interesantes especies, no es extraño, que el sueño huyese de mis ojos. Yo me alegraba porque no se apartasen de mi memoria los dulces y consolantes obgetos en que se complacia. Era el plácido y apacible insomnio de un dichoso, que se saborea con las frescas impresiones de una felicidad reciente, y que no quiere alejar un instante de su espíritu la imágen de esta grande fortuna, que ha mejorado tanto su destino. Esta vigilia era para mi alma y mis sentidos un reposo agradable, mil veces mas verdadero y delicioso, que el que buscaba ántes con tanta pena, creyendo gustarlo en un sueño, que no era mas que el cansancio, ó el adormecimiento penoso de un corazon fatigado de vicios y de remordimientos.

Así en el espacio de aquella noche yo me hallé transportado de placer, de amor y de reconocimiento por mi Dios. Todos los obgetos se presentaban á mis ojos con colores tan nuevos como agradables. Me parecia que toda la naturaleza se alegraba de mi reconciliacion y de mi paz; porque los mismos elementos, aunque privados de la razon, son enemigos de los que abandonan al Señor, y dan combates formidables á los insensatos.

Mi imaginacion se paseaba con alegría inexplicable por toda esa vasta bóveda del firmamento; y miéntras meditaba sobre esos inmensos espacios, sobre esas vastas y opulentas regiones, sobre esos brillantes y antiguos monumentos de la gloria de Dios, una voz secreta me decia en lo íntimo de mi alma: Baja los ojos, mírate á tí mismo, y considera que tú eres

en este momento mas rico y mas opulento, que todo quanto admirabas en esa inmensidad de los altos y profundos espacios que te cercan: tu alma, en quien ya residen los divinos resplandores, publica con mas eloquencia su gloria, que todo ese luminoso aparato de los astros; pues esos globos que pueblan las regiones inaccesibles, en que tu imaginacion se abysma, perecerán, se acabarán, tendrán un fin; pero tú ::: tú permanecerás eternamente. De este modo á qualquiera parte que volvia los ojos no veia mas que obgetos de consuelo, que me transportaban de alegría, y aumentaban mi felicidad.

Yo me dormí en estas agradables reflexîones; pero mi sueño no entorpeció mis sentidos, ni me quitó el dulce embeleso del feliz estado de mi alma. Era ménos una interrupcion de actividad y movimientos, que una seguida ó extension del recogimiento y reposo religioso en que mi corazon habia sentido la abundancia, con que Dios se comunica á los que lo aman. Me parecia que hasta en aquel embeleso de mis sentidos no dejaba de experimentar la dulce impresion que siente el alma, quando su gracia la purifica.

Este estado se mejoró quando desperté, pues entónces me pareció tenia un gozo mas articulado y mas completo de todos los thesoros de Dios. Yo me hallaba como un General, que durmiendo con dulce reposo, despues de haber conseguido una importante y difícil victoria, no ha soñado mas que en sus triumphos, y se alegra quando despierta, porque vé que no ha sido ilusion su sueño. Al instante que los primeros rayos de la Aurora doráron los muros sencillos de mi inocente

habitacion, me puse en pie, para cantar un hymno de gracias al Autor de tanto bien. Sentí que mi alma estaba llena de su vida, y adoré en el fondo de mi corazon la realidad y la totalidad de sus luces, perfecciones y virtudes.

Poco tiempo despues vino el Ministro del Señor; dile cuenta de todo lo que habia pasado por mí, levantó los ojos al Cielo como para darle gracias, y volviéndose á mí, me dijo: Eso es, señor, haber llegado á gustar los consuelos que da nuestra Religion; porque su espíritu es libertarnos de las inquietudes de la imaginacion, del tumulto y del flujo eterno de nuestros proyectos, anhelos y temores, y reducir á la unidad de un pensamiento y de un deseo todo el caos de nuestros afectos y pasiones: su intencion es desembarazar el alma de todos los obgetos inútiles que la fatigan y la turban, fijándola en su verdadera y natural funcion, que es conforme á la de Dios: esto es, en la posesion de lo que no se pierde nunca, en la contemplacion y el amor de la Magestad adorable y suprema, que es el principio de la vida, y el orígen de toda inteligencia.

Por este motivo Jesu Christo, que descendió á la tierra para pacificarlo todo y reparar el desórden de la naturaleza, no se ocupa en otra cosa, quando nos explica su doctrina, sino en volvernos á esta antigua y perdida sencillez de movimientos, á esta unidad de ideas y deseos, exhortándonos á concentrar únicamente en Dios toda nuestra fuerza de entender, y toda nuestra necesidad de amar. Todo su Evangelio nos predica, que es vanidad y locura buscar otros caminos de

felicidad : que no hay ni puede haber mas que uno , y que este es la solicitud del Reyno de Dios y su justicia : que este Reyno está dentro de nosotros mismos , y que solo hallarémos en él este reposo , que tan inútilmente buscamos en medio de las pasiones que nos consumen.

Sí , señor ; nuestra residencia en nosotros mismos lo incluye todo. Ella es el fin y la resulta de todos los designios de Dios. Es el obgeto que tuvo quando nos dió á Jesu Chrisso y su Evangelio. La eternidad entera no nos presentará ninguna especie de felicidad , que se funde sobre otros gozos , y solo podrá darnos la perfeccion y el último grado de nuestro recogimiento en Dios. No podrá hacer mas que fijarnos en la contemplacion y posesion de esta luz indefectible , que se unirá con nosotros , que nos penetrará y correrá en nuestra alma como un torrente de delicias , sin dejar subsistir en ella , sino un solo pensamiento, un solo amor.

Haced otra reflexîon , señor : Que acaso por el mismo motivo entró en los designios de Dios instituir el inefable Mysterio de la Eucaristía. ¿Cómo podria el hombre concebir jamas , que su Dios, no contento con haberse hecho hombre , con haber bajado al seno de María , con habitar entre los hombres y morir por ellos , haya querido tambien , despues de resucitado y glorioso , continuar este mismo comercio siempre que el hombre lo llama : y que inventase para esto un medio , que jamas las inteligencias criadas hubieran podido imaginar ? Medio tan digno de su sabiduría , como de su amor.

Pero no es difícil concebir , que esta fué una

parte del plan de intimidad y comunicacion que Dios ha tenido siempre ; y que este Mysterio no es mas que una extension de las relaciones y enlaces con que Dios se ha dignado siempre de quererse unir con el alma que crió á su semejanza. Como miéntras está ella en la tierra para merecer, no puede gozar de aquella íntima comunicacion que le ha destinado en la celestial Jerusalem, Dios la ha querido suplir, dándole un Pan de vida, de quien dice, que el que lo come habita en Dios, y Dios en él. Y como no solo es la carne y sangre de Jesu Christo, sino tambien la plenitud de su divinidad, lo transforma en sí, se une íntimamente con él, y produce en el alma :::

Yo no pude oir hablar al Padre de este sacramento, sin sentirme inflamado. Ya habia hecho reflexîon de que el Padre hasta entónces no me habia hablado de comulgar, y aunque me habia yo propuesto dejarme conducir en todo por su zelo, sin poner de mi parte mas que una humilde obediencia, no pude contenerme, y le interrumpí, diciéndole: ¿Y qué, Padre? ¿Aunque yo sea pecador tan indigno, no podré alentado por mi dolor y la bondad divina, pedir este Pan? El Padre me respondió : Si, señor ; podeis y debeis pedirlo. Yo me alegro que lo pidais. Este Pan no se debe obtener, sino quando se pide mucho, y aprovecha al alma á proporcion del hambre con que se pide.

Debo añadiros, que segun la práctica comun, yo pudiera dároslo. Vos estais, segun lo espero de la bondad de Dios, purificado por la Penitencia de toda culpa mortal : vos estais en la firme resolucion de no volver á cometerla, y espero mas, que

ya estais en gracia de Dios. Esto basta sin duda para acercarse á la sagrada Mesa, y obtener de la Iglesia este divino Pan: basta para no comulgar indignamente; pero, señor, son necesarias otras muchas cosas para comulgar con mayor fruto.

Esta accion es tan grande, es tan santa, que toda la vida del hombre apénas bastaria para prepararse á ella, y me parece que quando se sale de una larga vida llena de impureza, es conveniente purificarse algun tiempo ántes de acercarse al Altar. El Apóstol manda probarse ántes el hombre á sí mismo. ¿Qué prueba puede haber hecho el que no ha tenido tiempo de probarse? Por otra parte yo sé, que este Pan sirve tambien para sostener á los débiles, y que la sinceridad de la Penitencia suele suplir el tiempo. Permitidme solamente que os haga algunas reflexîones, y vos mismo juzgaréis lo mucho que os debeis disponer para recibir á vuestro Dios. Yo le respondí, que lo escucharia con respeto; y él continuó:

La Comunion es la mas alta, la mas sagrada accion del Christianismo. Su obgeto es hacer nacer á Jesu Christo en nuestros corazones; y si no lo hace nacer mueren ellos por nuestra indisposicion; si no es para nuestra alma un fruto de vida, es una señal de muerte: terrible alternativa; y no por esto digo, que debamos alejarnos de la santa Mesa. El Pan que se distribuye en ella, es el verdadero alimento del espíritu, la fuerza de los fuertes, el arrimo de los débiles, el consuelo de los tristes, y la mas segura prenda de la inmortalidad. Fuera muy peligroso privarse de ella; pero digo, que lo seria mas recibirla sin estar bien preparado, sin

haber vestido la ropa nupcial, y traer todas las disposiciones que merece acto tan divino, y que solas pueden darnos el comerlo con fruto.

Nadie ha explicado mejor, quáles deben ser estas disposiciones que el Apóstol; y resumida su doctrina se nos enseña: que debemos traer á este convite divino una fe acompañada de quatro calidades, y son: que sea tan respetuosa, que discierna el cuerpo de Jesu Christo; tan prudente, que pruebe y se asegure de su propio corazon; tan ardiente, que lo obligue á amar; y tan generosa, que esté pronta á todo sacrificio. Expliquemos las circunstancias y naturaleza de esta fe sucesivamente.

Quando el Apóstol dice, que esta fe debe ser tan respetuosa, que discierna lo que hace, no habla de aquella fe que nos distingue de los incrédulos; habla de la fe viva, que sabe penetrar las nubes que rodean el throno del Cordero: de aquella fe, que casi lo vé tal como es: de aquella fe, que á pesar del velo con que este verdadero Moyses se cubre en esta montaña santa, no deja de divisar su gloria, y no puede sostener su resplandor: de aquella fe, que sin atreverse á fijar temerariamente su inmensidad, se siente penetrada de su presencia.

Habla de aquella fe, que vé como los Ángeles descienden del Cielo, y le cubren con sus alas; y que vé como las colunas del firmamento tiemblan delante de su terrible Magestad: de aquella fe, á quien los sentidos no pudieran añadir nada, y que es dichosa, no solo porque crée sin ver, sino porque casi vé lo que crée: de aquella fe tan reverente, que se apodera de ella un terror religio-

so, desde que se pone á vista del Santuario; que se acerca al Altar, como Moyses á la sagrada Zarza, y como los Israelitas al monte de las tempestades: de aquella fe, que sintiendo todo el peso de la divina presencia, exclama como San Pedro: Señor, retírate de mí, que soy un pecador. En fin de aquella fe, cuyo respeto se acerca al terror; que necesita de que se le anime; que desde que descubre á Jesu Christo en el Altar, siente la fuerza de su impresion, se turba y teme, porque su ropa nupcial no es tan blanca como debe desear.

¡Ay señor! Quando Jesu Christo se mostrara en el ayre sobre una nube resplandeciente, los hombres se caerian de temor; los malos se esconderian en las cavernas mas profundas, y pedirian á las montañas que se desplomasen sobre ellos. Entónces no necesitarian de fe para saberlo. Ahora la fe nos dice, que el mismo Jesu Christo está en el Santuario, como sobre una nube de gloria: que desde que el Sacerdote pronuncia las palabras mysteriosas, la substancia del pan se convierte en la del cuerpo de nuestro adorable Redentor: los Espíritus celestes descienden del Cielo para adorarle, como sus Ministros, y alternan con los hombres los cánticos de alabanzas.

La fe nos dice, que aunque Jesu Christo está en el throno de su misericordia, y dispuesto á conceder las gracias que los mortales le pidan, no por eso dejará de juzgar en verdad todos los corazones: que en esta multitud de adoradores, que llenan sus Templos, distinguirá las intenciones y pensamientos de cada uno: que allí separará los bue-

nos de los malos: que traerá rayos en una mano, y coronas en la otra: que pronunciará á unos sentencia de vida, y á otros de muerte; y que con una mano invisible grabará sobre cada frente el carácter de la eleccion ó de la reprobacion eterna.

¡Ay señor! ¡Quántos habrá, que al mismo tiempo que el Señor los arroja de sí, se presentarán con falsa seguridad! ¡Quántos, que miéntras Dios les señala un lugar en los eternos abysmos, van á tomarlo con temeridad en su santa Mesa! ¡Quántos, que la justicia divina pone entre los hijos de la cólera, y se atreven á ingerirse entre los hijos del amor! La Carne que da la vida, se convierte para ellos en carne que les ocasionará la muerte. El Cordero sin mancha que puede lavar todas sus culpas, si se recibe indignamente, servirá para aumentarlas, y el que debiera ser su Salvador, es entónces su enemigo.

En otro tiempo no se podia ver á Dios, sin morir al instante. Un pueblo entero de Bethsamitas, por haber visto el Arca con curiosidad, fué exterminado. El Ángel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro, porque se atrevió á entrar en el Santuario de Jerusalem. Los Israelitas en el desierto no podian acercarse al monte, en que el Señor daba su Ley: los rayos y relámpagos amenazaban á los atrevidos: el terror y la muerte iban por delante del Dios de Abraham. Y ahora, porque no salen del Santuario torbellinos de fuego, ¿nos podrémos acercar sin terror y respeto?

¡Qué débiles somos los hombres! ¡Qué ciegos! Nada nos hace impresion, sino lo que nos persuaden los sentidos. Solo somos religiosos, quan-

do el Dios que adoramos se muestra terrible. Pero si supiéramos discernir el cuerpo del Señor; si la fe de su presencia nos hiciera la impresion, que nos haria sin duda su presencia visible, ¿vendríamos á su mesa tan tibios, con devocion tan floja, y con un corazon casi insensible? ¿Nos dispondríamos tan frios y tan ligeramente? Esta idea nos ocupara, nos agitara mucho tiempo ántes, y necesitáramos de mucho esfuerzo para no dejarnos intimidar por nuestro propio respeto y por su alta Magestad.

Los dias que precederian al sagrado convite, fueran dias de retiro, silencio y oracion. Cada dia que pasara, aumentaria nuestra atencion, temores y alegrías. Este pensamiento no pudiera abandonarnos en nuestros negocios, conversaciones y las demas acciones de la vida, ni aun en el mismo sueño; porque nuestro espíritu lleno de fe no pudiera jamas olvidarse de tan grande esperanza, y no pudiera ver en todo sino á Jesu Christo. La figura del mundo, léjos de encantarnos, no supiera detener nuestra vista: tuviéramos ojos que no vieran, y solo la imágen de tan alto obgeto nos obligaria á fijar nuestra atencion. Esto seria discernir el cuerpo del Señor.

Pero no puede discernirlo una fe vulgar, que nada tiene de vivo, de grande ni de sublime, y que no puede ser digna del Dios que nos mira. Es necesaria una fe que tenga mas gusto y mas hambre de este pan celestial, que de todas las viandas de Egypto: una fe que halle en este pan el único consuelo de su destierro, el alivio mas dulce de sus penas, el sagrado remedio de sus ma-

les, y el anhelo continuo de sus ansias.

Una fe que encuentre en él la luz de sus obscuridades, la paz de sus agitaciones, la calma en sus desgracias, un asilo en los rigores de la suerte, un escudo contra los ataques del demonio, un refrigerio contra los estímulos de la carne rebelde, y un nuevo ardor en las tibiezas de la devocion. En fin discernir el Cuerpo del Señor, es poner mas cuidado, mas atencion, mas respeto en recibirlo, que en ninguna otra de las acciones de la vida. Es menester pues exâminarse sobre esto, y oir lo que nos dice la conciencia.

Tambien es menester exâminar si tenemos fe prudente, esto es, que nos probemos y nos conozcamos. Bien sé, señor, que nada se nos esconde tanto como nuestro propio corazon: que el espíritu del hombre no puede conocer siempre lo mismo que pasa en él: que las pasiones nos seducen: que los egemplos nos tranquilizan: que los errores nos engañan: que las inclinaciones nos arrastran: que el corazon crée siempre tener razon; y que muchas veces probarse á sí mismo no es otra cosa que confirmarse en sus propios errores.

Bien sé, digo, que el hombre es así, quando está abandonado á su propio juicio; pero la fe tiene una luz superior, que alumbra los ojos de su alma, y que enseña á conocerse y á descubrir los artificios de las pasiones, y forma un hombre que juzgue de todo por el espíritu. Debe pues probarse por las reglas de la fe. Y si hay obgeto en que sea importante no engañarse, es sin duda este en que un sacrilegio seria la consecuencia del engaño.

¿Y sobre qué nos debemos probar? Sobre la

santidad del Sacramento, y sobre nuestra propia corrupcion. Cada qual debe decirse: Yo voy á recibir la Carne de Jesu Christo: él es el Cordero sin mancha, que no quiere que rodeen su Altar sino aquellos que no han manchado sus vestidos, ó que los han lavado en la sangre de la Penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria, que te acercas con tanta seguridad? ¿Llevas contigo tu candor y tu inocencia? ¿Has conservado siempre intacto el vaso de tu cuerpo entre el honor y la santidad? Si por desgracia estás todo cubierto de llagas vergonzosas, si en tu cuerpo no se vé una parte, que no tenga marca de delito, ¿dónde pondrás la Carne del Cordero?

¡Qué pues! ¿Esta Carne tan pura podrá reposar sobre tu lengua, sepulcro horrible que ha exhalado tanto veneno? ¿Esa Carne, que se dejó sacrificar con tanta dulzura, podrá residir en el instrumento de tus venganzas? ¿Esa Carne crucificada podrá unirse con tu corrupcion y sensualidades? Ella debiera ir á tu corazon; ¿pero cómo encontrará en él digno reposo? ¿No has hecho este santo templo caverna de ladrones? ¿La pondrás entre tantos deseos impuros, tantos amores profanos, tantos proyectos de ambicion, de envidia, de odio y de orgullo? Tú le preparas su habitacion en medio de tan exêcrables monstruos. ¡Ay! Tú lo entregas á sus enemigos, y lo pones en las manos de sus verdugos.

Es verdad que te has confesado, y que la Sangre del Cordero ha podido lavar tus iniquidades. ¿Pero lo quieres recibir con la misma boca con que acabas de vomitarlas? Tu corazon está humeando todavía con el fuego de muchas pasiones mal apagadas, que pueden mañana volver á inflamarse, ¿y

te atreves á presentarte á los pies del Altar para participar de los santos Mysterios? Tu imaginacion sin duda tiene frescas todavía las ideas de los excesos que acabas de contar al Sacerdote, ¿y te vas con ellas á gustar el Pan de las almas puras?

Tiempos hubo en que un gran penitente no se acercaba á la Mesa del Señor, sino despues de años enteros de humillaciones, ayunos, oraciones y austeridades. Sé purificaba primero con el dolor, con las lágrimas y los egercicios públicos de una penosa disciplina. Se hacia un hombre nuevo, sin que le quedase de la vida antigua mas que la memoria para avivar su arrepentimiento. Sus delitos pasados no dejaban otras huellas, que las que cubrian las maceraciones de la penitencia para borrarlas. En fin la Eucaristía era entónces el Pan del Cielo, que el pecador no osaba comer sino con el sudor de su frente. Si la Iglesia ha templado hoy el rigor de esta disciplina, pero conserva siempre un mismo espíritu, un mismo deseo.

Este Pan es ázymo, y para comerlo es menester estar esento de toda levadura. Por otra parte esta es la vianda de los fuertes. ¿Y cómo una alma, que ha sido tan débil, que ha naufragado en todos los escollos, que ha resistido tantos años á la gracia, y que tiene tan larga experiencia de su fragilidad, puede tan repentinamente considerarse fuerte? ¿No convendrá primero exâminarse, probarse, crecer, fortificarse, egercerse en la caridad y en actos contrarios á los de sus primeras pasiones? ¿No será mas acertado acostumbrarse poco á poco, preparándose con el retiro, la oracion, la fuga de las ocasiones, y con victorias

continuas de sí mismo ? Pero en todo caso el Confesor dispondrá lo que mas convenga, y expondrá otras consideraciones segun las circunstancias de su penitente.

El Dios que se recibe es tan puro, que los astros no lo son en su presencia ; tan santo, que al primer pecado del Ángel lo precipitó del Cielo, y abrió los abysmos, para que un caos inmenso lo separase de él eternamente ; tan zeloso, que un solo mal deseo le ofende. Es menester pues darle gloria, sondear el propio corazon en su presencia, y decirse, yo voy á alimentarme de la Carne de Jesu Christo, y convertirla en mi sustento espiritual, ¿no hallará en mi alma nada indigno de su santidad ? Nada se le puede esconder. Él vé las intenciones y las inclinaciones secretas: verá la causa y el principio de mis excesos : exâminará si el manantial está ya seco, ó si solo está suspendido su curso.

¡Ah ! si me digera como á Zaqueo : Hoy ha entrado la salud en esta Casa. Pero esto depende de mí. ¿Estoy resuelto de buena fe á dejar esta pasion, que ha sido tan fatal á mi inocencia ? ¿Esta idolatría de riquezas, que me ha conducido á tantas injusticias ? ¿Este furor de juego, que tanto ha dañado á mis negocios, salud y salvacion? ¿Este carácter altivo, este genio soberbio, que no puede sufrir la menor contradiccion ? ¿Esta vanidad, que pretende salir de la esfera en que mis mayores me dejáron ? ¿Esta envidia, que me aflige por la reputacion ó prosperidad de mis iguales ? ¿Este orgullo maligno y censor, que quiere juzgarlo todo, y jamas á sí mismo ? Y en fin,

¿este afan de delicias, y este horror á la Cruz, que hace como el fondo y la substancia de mi propio ser?

Es verdad que vengo de confesar estos delitos al Ministro de Jesu Christo: ¿pero estoy bastante preparado? ¿Soy ya una nueva criatura? ¿Estoy resucitado? ¿Lo estoy á vuestros ojos, ó mi Dios? ¿No me doy el nombre de vivo, estando quizas muerto? Alumbradme, Señor, y no permitais, que vuestro Christo, que vuestro Santo descienda en la corrupcion. Vé aquí, señor, como es necesario probarse, y si no os sentis en este estado de pureza de conciencia, alejaos del Altar. La Carne del Verbo no quitará vuestra malicia; ántes añadiréis otra nueva. Vuestra religion será vana, vuestro culto idólatra, y vuestro sacrificio sacrilegio.

Pero no basta quedarse en el discernimiento y en la prueba; es necesario añadir nuevas disposiciones. Habeis tomado medidas para no recibirlo indignamente; pero aun os falta lo que es propio para recibirlo con fruto; porque ademas de lavarse de los delitos, es menester revestirse de un deseo de mayor justicia y santidad. Es poco no ser traydor como Júdas; es menester desear amarle como los otros Discípulos. En una palabra, no basta dejar de ser mundano, profano, orgulloso, vengativo, altivo, perezoso, en fin, aborrecer el vicio; se ha de amar tambien la virtud, y ser dulce, humilde, caritativo, casto, fiel, buen Christiano, y recibir su sagrado Cuerpo en memoria y por el amor de Jesu Christo. Esta es la fe, que os he dicho que debe ser ardiente, y que nos mueva á amar.

Porque ¿qué es comulgar en memoria de Jesu

Christo, sino hacer memoria de todo lo que sintió su corazon en la institucion de este Sacramento? *He deseado con ansia*, decia [a] á sus Discípulos, *comer esta Pasqua con vosotros.* Anhelába pues con ardor, que llegase este feliz momento. No lo perdia de vista, y se consolaba con esta memoria en las amarguras de su Pasion. ¿Y qué queria decir con esto, sino que se ha de traer á la divina Mesa un corazon poseido de amor, un corazon ansioso con hambre y sed de Jesu Christo? Porque este Pan pide un corazon hambriento.

El Christiano fiel, le dice con San Agustin: Venid, Señor, á tomar posesion de mi alma, para ocuparla toda y reynar solo en ella, para habitar conmigo hasta la consumacion de los siglos. Quizá mi alma es indigna todavía, pero vos la podeis hacer digna; adornadla con vuestra gracia, purificadla con vuestro contacto, renovad su juventud como la del Águila. Si aun le quedan señales de sus antiguas culpas, vuestra Sangre acabará de borrarlas. Venid, Señor, y con vos me vendrá todo; hacedme gustar quán dulce sois.

¿Cómo puede tener estos sentimientos el que va con corazon frio y gusto amortiguado; el que acaba de gustar las diversiones y alegrías del siglo; y aquel á quien ocupan todavía los negocios del mundo, y el tumulto de las pasiones? ¿Cómo podrá sentir la inefable dulzura de este Pan celestial? ¿No es natural, que al pie del throno de la gracia halle las imaginaciones de placeres tan recientes, de intereses tan vivos, de proyectos tan arduos,

a *Luc.* XXII. 15.

y de ideas que haciendo sobre el corazon impresiones mas fuertes que la presencia del Salvador, lo arranquen del Altar de Sion para transportarlo á Babylonia?

Comulgar en memoria de Jesu Christo, es recordar con la presencia de este Dios de amor todo lo que puede encender el fuego del corazon que lo ama. La ausencia entibia los afectos. Jesu Christo previó, que sus Discípulos olvidarian sus beneficios é instrucciones. Moyses no estuvo mas que quarenta dias en el monte, y ya los Israelitas habian olvidado los milagros que hizo para sacarlos del Egypto. ¿Dónde está este Moyses? decian entre sí: Busquemos Dioses que nos defiendan.

Para vencer esta inconstancia del corazon humano, Jesu Christo nos dejó una prenda en que renueva su presencia, y quiere que con ella nos consolemos de su ausencia sensible: que con ella refresquemos la memoria de su doctrina, de sus milagros, de sus beneficios y de toda su divina Persona, y que al traves de esta mysteriosa señal, le veamos naciendo en Bethlem, criándose en Nazareth, conversando con los hombres, corriendo los Lugares y Villas de la Judea, haciendo en todas prodigios que ninguno habia hecho, escogiendo Discípulos groseros para constituirlos Maestros del Universo entero: confundiendo la hypocresía de los Phariseos; anunciando á los hombres la vida eterna; dejando en todas partes señales de su poder y su bondad; entrando en Jerusalem con gloria; conducido con ignominia al Calvario; espirando sobre una Cruz; vencedor de la muerte y del infierno; llevando consigo al Cielo los que estaban cautivos como tropheos

de su victoria: y en fin formando su Iglesia con la efusion de su Espíritu, y la abundancia de sus dones: en una palabra, que en ella hallemos á todo Jesu Christo con todos sus mysterios.

San Juan Chrysóstomo decia á su Pueblo: Vosotros envidiais la fortuna de una muger que tocó sus vestidos: de una Pecadora que le regó los pies con sus lágrimas: de las mugeres de Galilea que tuvieron la dicha de servirlo: de sus Discípulos que le hablaban familiarmente: de los Pueblos de aquel tiempo que oyéron las palabras de salud y gracia que salian de su boca: vosotros llamais felices á los que lo viéron: Prophetas y Reyes lo deseáron en vano; y vosotros si quereis, solo con venir al Altar podeis verle, besarle, darle un ósculo santo, y regarlo con vuestro llanto amoroso.

Si quereis podeis tambien poner en vuestro seno al mismo que se puso en el de la gloriosa María. Nuestros Padres iban á la Tierra santa para adorar las huellas de sus pies. Pero no es necesario correr tierras, ni atravesar mares. La salud está cerca de nosotros, y su reyno dentro de nosotros mismos. Mirad este Altar; abrid los ojos de la fe; y veréis no Lugares consagrados por su presencia, sino al mismo Jesu Christo. Acercaos en memoria suya, y que vuestro corazon se derrita en las llamas del amor, considerando que allí está presente.

Es entónces quando la memoria de todas sus virtudes debe ser mas viva; que debe estar mas presente al corazon y al espíritu para corregir nuestras flaquezas; y esto será comulgar en su memoria. Pero venir al Altar, quando no ha mudado el corazon todos sus sentimientos, y le quedan al-

gunos de los que tenia; acercarse á esta hoguera encendida, llevando consigo restos de envidias, delicadezas y amor propio; no haberse desprendido de la sensualidad, de los deseos de agradar al mundo, de la estimacion injusta de riquezas, vanidades y honores; sentirse picado del mas ligero discurso; no poder sufrir la menor señal de desprecio; comulgar en fin sin traer la semejanza de Jesu Christo con la humildad, la paciencia y todas sus demas virtudes, no seria comulgar en su memoria.

Bien sé, que muchas de estas cosas, no siendo mas que imperfecciones y flaquezas, no deben siempre embarazar la comunion: que solo el pecado mortal, que quita la vida de la gracia, debe ciertamente impedir, que se acerque al Altar. Así, no digo que no puedan llegarse los hombres con la esperanza de que este divino Pan los fortalezca, y acabe de curarlos de estos males que lloran. Pero volveré á repetiros, que si no se comulga indignamente, por lo ménos no se saca todo el fruto que se puede. Y ademas ¿quién puede juzgar de las disposiciones secretas de cada corazon, sino el supremo Juez que los vé por adentro? Lo que los hombres podemos saber es, que quando se comulga con tantas imperfecciones y flaquezas, no se comulga como desea Jesu Christo, como el pecador necesita, y como es menester para que sea en memoria de su Salvador.

Lo que podemos saber es, que es peligroso comulgar en este estado, quando las comuniones que se hacen no sirven á mejorarlo: que los Apóstoles no fuéron admitidos á la comunion, sino despues que el

Señor les lavó los pies, aunque les habia dicho, que estaban puros. ¿Y nosotros llenos de miserias, y casi sin deseos de mudar de vida, nos atreverémos á tocar y á comer el Pan, de que los Ángeles no son dignos?

¿Qué pecador no deberia exclamar: ó Dios, qué es lo que soy yo á tus divinos ojos? ¿Cómo me miras ya escudriñador verídico de los corazones? Nadie puede agradarte y desagradarte á medias; no hay medio entre la inocencia y el delito. Si no soy un Justo, soy un delincuente; si no soy vaso de honor, es preciso lo sea de ignominia; si no soy un Ángel de luz, lo soy de tinieblas; y si no soy un templo vivo de vuestro espíritu, no puedo ser mas que un profanador. ¡Qué motivos, señor, para excitar nuestra vigilancia y atencion sobre nosotros mismos; para exâminarnos, para probarnos y sugetarnos con humildad á la direccion de un Ministro prudente!

Si la obediencia nos lleva á la divina Mesa, ¿con quánto terror, circunspeccion y humildad debemos acercarnos al Altar? ¿Con quántas lágrimas y compuncion debemos sentir nuestra indignidad? ¿Con qué ardor debemos pedir, que supla estos defectos la bondad Divina, y que este mismo Pan de que nos reconocemos indignos nos ponga en estado de recibirle otra vez mejor? Con esto comulgarémos en memoria de Jesu Christo; pero tengamos presente, que para hacerlo mejor imitando los egemplos de su vida, debemos tambien recordar la memoria de su muerte y anunciarla. Esta es la que he llamado fe generosa.

El Apóstol nos dice, que siempre que coma-

mos y bebamos el cuerpo y la sangre de Jesu Christo, anunciamos su muerte. ¿Y cómo la podrémos anunciar? Nada es mas claro, y todos los que comulgan la anuncian, tanto el que la profana, como el que la recibe en gracia; porque este es un mysterio, y no un mérito; es la propia naturaleza del Sacramento, y no privilegio del que lo recibe; es un efecto necesario de su institucion, y no depende de la disposicion del que comulga. El Apóstol nos advierte esto para que evitemos el abuso, y lo comamos dignamente. Nos explica los mysterios que incluye para hacernos ver las disposiciones que pide.

Con la comunion pues anunciamos la muerte del Señor de muchos modos. La anunciamos, porque la Eucaristía fué el preludio de su pasion. En los siglos primitivos este mysterio era el precursor del martyrio. Desde que la persecucion empezaba, todos los fieles se fortalecian con este Pan de vida, llevaban á sus casas este precioso thesoro; y con esta prenda de inmortalidad no huian de la muerte, muchos la deseaban con ardor. En las prisiones se alimentaban con él, esperando el martyrio. Las castas doncellas, los jóvenes fervientes, y los Ministros santos participaban en los calabozos de este sagrado Pan; y en aquellos lugares que no presentaban mas que imágenes de tormentos y suplicios, resonaban los alegres cánticos de gracias, y los dulces gemidos de la esperanza. De allí salian para presentarse en los cadahalsos con una santa firmeza, y derramaban en ellos ojeadas de constancia y magnanimidad, que llenaban de estupor á sus tyranos. Anunciaban pues

la muerte del Señor preparándose al martyrio con la comunion.

Si la paz de la Iglesia no permite, que la muerte sea hoy la recompensa de la fe; si nos faltan aquellos tyranos extrangeros, ¿no tenemos otros mas crueles, porque son interiores; y en vez de aquel martyrio de sangre, no puede haber otro de amor? ¿No puede una alma enamorada anunciar la muerte de su dueño, suspirando por la disolucion de su cuerpo con el deseo de ir á gozarle cara á cara? ¿No puede mirando con horror esta mansion de lágrimas y penas, este abysmo terrestre de errores y pasiones, levantar el corazon y volar con las alas de la Paloma á la santa montaña á que voló su Esposo? Sí puede; y estos debieran ser los deseos del que viene al Altar. Cada uno que comulga fervoroso debiera con sus suspiros apresurar el fin de su destierro, y el momento de ir á gozar de Jesu Christo.

Tambien este mysterio anuncia la muerte del Señor, porque Júdas formó en él la última resolucion de venderle. ¿Qué debe producir en el que comulga este recuerdo, sino el ardor de reparar con su amor y respeto tantas comuniones sacrílegas, que crucifican de nuevo á Jesu Christo, llorar los ultrages que se le hacen, y confundirse en su presencia, de que el mas alto de sus beneficios sea ocasion de los delitos mas horribles; temblar por sí mismo; adorar su bondad, que en favor de los escogidos sufre tantos y tan indignos sacrilegios; y rogarle, aparte de nosotros las calamides que este delito acarrea á la tierra? Porque si el Apóstol ya se quejaba en su tiempo, de que

las enfermedades populares, las muertes repentinas, y tantos otros males eran efecto de la profanacion de este Sacramento, ¿cómo no debemos pensar, que tantas guerras, desolaciones, esterilidades y demas males que nos rodean, no tengan tambien el mismo orígen?

Se anuncia tambien la muerte del Señor, porque siendo la Hostia el Cuerpo de Jesus crucificado, el que la recibe debe estar al pie del Altar, como si estuviera al de la Cruz. Debe estar como las mugeres y Discípulos, que recogiéron sus ultimos suspiros, y fuéron testigos de la consumacion de su sacrificio. ¿Qué debian pensar estos corazones fieles de un mundo que crucificaba á su Señor? ¿Con qué ojos podrian ver á sus crueles verdugos? ¿Temerian declararse Discípulos de aquel que á costa de su sangre se declaraba tan de veras su Salvador?

El que comulga pues, y no se declara sino á medias, y casi se avergüenza de la Cruz de Jesu Christo: el que mezcla cierto ayre ó gusto del mundo con la virtud; el que no confiesa á Jesu Christo con la frente descubierta; que no se atreve á privarse de un espectáculo en que se le olvida, de una concurrencia en que se le ofende, de un empeño en que se aventura la inocencia, de cierto género de vida, que el mundo llama necesario, y no es conforme á las máxîmas del Evangelio; este no anuncia la muerte, este no es de los Discípulos de Jesu Christo: por el contrario conserva inteligencia con sus enemigos, y quizas lo es él mismo. Porque Jesu Christo ya venció al mundo, ya condenó sus máxîmas y errores. Anunciar su muerte, es recordar su

victoria ; y el corazon que vive todavía con la vida del mundo, destruye el fruto de su muerte, disputa á Jesu Christo el honor de su triumpho ; y en vez de anunciarla, tal vez la renueva con sus enemigos.

Por otra parte, este Mysterio es la consumacion del sacrificio de la Cruz, porque nos aplica su fruto. Y nada puede darnos en la Comunion derecho al fruto de la Cruz, sino los egercicios de la misma Cruz, los sufrimientos, las mortificaciones, y una vida penitente y austera. ¿Cómo pues el que vive en las delicias puede atreverse á anunciar la muerte del Señor ? ¿Cómo el que lisongea y acaricia un cuerpo relajado con los halagos y placeres puede tambien alimentarlo con una Carne crucificada ? ¿Quién se atreverá á incorporar un cuerpo moribundo y coronado de espinas, con miembros delicados y sensuales ?

Esta mezcla fuera monstruosa. El Cuerpo de Jesus está crucificado, sus miembros todos padecen. Si el que comulga no ha mortificado su cuerpo; si no ha hecho violencia á sus sentidos y deseos; si ha pasado su vida en una voluptuosa indolencia ; si las afliciones le impacientan, si lo que contradice á su humor lo exâspera, si no se ha impuesto obras de mortificacion, ó si no recibe bien las que Dios le envia ; jamas podrá unir su carne con la de Jesu Christo : y vé aquí, por qué una vida afeminada y divertida es un mal anuncio para la Comunion.

En fin se anuncia la muerte del Señor en este Mysterio, porque el Señor está en él, como en una especie de muerte ; tiene boca y no habla, ojos y

no se sirve de ellos, y pies y no anda. Este es el modelo y el modo con que se anuncia su muerte, quando se recibe su Cuerpo. Es menester llevar unos ojos acostumbrados á no ver la tierra, una lengua instruida á callar ó no hablar mas que de Dios, unos pies y manos inmóviles para las obras de pecado, los sentidos apagados, miembros mortificados; en una palabra, una como muerte universal de todo el cuerpo.

El estado que tiene Jesu Christo en la Eucaristía, es el que debe tener el Christiano en la tierra: estado de retiro, de silencio, de paciencia y humillacion. ¿Cómo está Jesu Christo en la Eucaristía? Está en el mundo, como si no estuviera; está en medio de los hombres, pero invisible. Vé sus vanos discursos, sus esperanzas frívolas, sin tomar parte alguna. Vé sus solicitudes y agitaciones, y los deja obrar. Se le tributan honores divinos, y se le ultraja; y siempre es el mismo; parece tan insensible á los insultos, como á los respetos. Vé que se renuevan los siglos, las familias y los Imperios: que las costumbres se mudan; que el gusto de los hombres y de los tiempos varía; que los usos pasan y se renuevan; que el mundo instable está en revoluciones continuas; que las heregías prevalecen; que su heredad se divide; que las guerras, sediciones y otros muchos movimientos con sacudidas violentas trastornan el Universo entero; y él permanece tranquilo entre tantas ruinas. Nada puede sacarlo de la íntima inefable atencion, con que se une á su Padre. Nada turba el divino reposo, con que siempre vivo en su Santuario está intercediendo por los hombres.

Vé aquí el dechado de los que van á recibirlo. Han de llevar á la sagrada Mesa ojos en quanto sea dable cerrados á todo lo que puede lastimar el alma, lengua contenida con una guarda de circunspeccion y de pudor, oidos castos que no escuchen los silvos de las serpientes ni los dulces sonidos del deleyte, que corrompen el corazon: una alma tan insensible al desprecio como al elogio, independente de los sucesos de la tierra, igual en la buena y mala fortuna, que vea con indiferencia todo lo que pasa; que solo esté atenta á su obgeto, que es la eternidad; que no pierda de vista á su Dios; y que tenga su conversacion en el Cielo.

No digo que se deba excluir del Altar al que no haya llegado á este estado de muerte, pues este debe ser el afan de toda la vida, y la misma Carne de Jesu Christo nos debe ayudar en esta empresa. Pero digo, que para acercarse dignamente, es menester aspirar á ella, luchar con sus sentidos, batallar contra sus flaquezas ganando alguna cosa cada dia: es menester expiar con el retiro, el silencio, la oracion, el llanto y las maceraciones, las continuas victorias que ganan sobre nosotros las impresiones del mundo, y levantarse con ventaja de sus caidas.

Quiero daros á entender, que este Sacramento mas ha de ser el fruto que la señal de la Penitencia: que para poder sustentarse con la Carne de Jesu Christo, es preciso vivir ya con su espíritu: que la plenitud del Espíritu Santo ha de venir á morar en su alma, para que el Divino Verbo pueda vivir como de asiento en ella: que la lectura de los li-

bros santos, y los rigores saludables de la penitencia deben preparar en el corazon la habitacion de Jesu Christo, á fin de que sea el Arca santa en que este Maná se deposite en medio de las tablas de la Ley y de la vara de Aaron.

Quiero haceros comprehender, que nada debe hacer temblar tanto al que ha vivido en los peligros del siglo, y que debe volver á ellos, como comulgar sin haberse probado y preparado con el arrepentimiento, las lágrimas, el retiro y la confesion: que Jesu Christo puede ser ultrajado en su Santuario como en las asambleas de los pecadores. En una palabra, que para presentarse con decencia en la Mesa del Esposo, es menester que la Esposa vaya vestida de la ropa nupcial; de una fe respetuosa que la discierna; de una fe prudente con que se pruebe; de una fe viva que ame, y de una fe generosa con que se sacrifique. El que no va con estos arreos, deshonra en cierto modo la dignidad del Esposo en el sagrado convite de su amor.

El Centurion tenia una fe tan ilustrada como viva, era tan rico en buenas obras, que hacia erigir edificios públicos en honor de Dios; y con todo no se crée digno de recibirlo en su casa. María la mas perfecta de las criaturas se asombra, quando un Ángel la anuncia, que el Verbo iba á bajar á su seno; se confunde, se turba y se humilla. ¿Y qué somos nosotros para sentarnos á su Mesa con tan poca precaucion? ¿Cómo se atreve á presentar el que no puede ofrecer mas que las obras de un corazon, que el mundo ha pervertido largo tiempo; que no sabe si ha podido arrancárselo por

entero, ó si aun le queda algun afecto secreto y delincuente á las criaturas? ¿El que aunque arrepentido tiene á la vista obras consumadas de pecado, que acaba de cometer; y que quizas no puede presentar mas que débiles esfuerzos de salud; deseos que pueden malograrse; intenciones que pueden pervertirse? :::

Al oir estas palabras, mi corazon, que despues de largo tiempo estaba comprimido, no pudo mas, y sin que yo pudiera detenerlo prorumpió en un torrente de lágrimas. Los sollozos y los alaridos saliéron atropellándose involuntariamente de mi pecho. Yo queria hablar y no podia. El llanto me anegaba, y los suspiros me interceptaban las palabras. Yo sentia mi indignidad, corrido, avergonzado, y reconociéndome en el retrato, hubiera querido esconderme á los ojos de la tierra y á las luces del Cielo. No podia articular, y echándome á sus pies, apénas pude decirle con labio balbuciente: *Sí, yo soy indigno.* El Padre me recogió en sus brazos; se enterneció de verme en aquel estado, sus ojos se llenáron tambien de lágrimas; y haciéndome sentar otra vez, se esforzó á darme consuelo con discursos de dulzura y de paz; y quando me vió un poco sosegado me dijo:

No os aflijais, señor; nada de lo que he dicho debe contristaros. Es claro que el hombre no puede prepararse demasiado para este tan alto Sacramento: que la intencion de la Iglesia es, que las pruebas y la penitencia le precedan, y por eso ha dispuesto, que la Comunion Pasqual no se diera sino despues de los quarenta dias de Qua-

resma, mostrándonos, que los grandes pecadores necesitan de algun tiempo de prueba y mortificacion para llorar sus pecados, para purificarse con la oracion y los ayunos, y prepararse con esto á la participacion de los santos Mysterios. Nos quiere hacer ver, que conviene ponerse algun intervalo de penitencia entre los desórdenes y la Mesa del Señor; pues pasar del delito al Altar, seria, dice San Bernardo, consumar la iniquidad, en vez de venir á lavarse con las aguas de la gracia.

Pero, señor, estas máximas que son generales, tienen sus excepciones, y la prudencia debe moderarlas. Quando la compuncion es viva, quando las lágrimas de la contricion son abundantes, quando se vén señales de una conversion síncera, eficaz y completa, la Iglesia misma aconseja que se abrevie el tiempo de las pruebas, y que se consuele el dolor del penitente con el uso de este Pan celestial. La gracia suele obrar estos afectos, y hay penitentes tan arrepentidos y penetrados de dolor, que apénas dicen al Padre de familias: Pequé contra el Cielo y contra vos; quando se les puede sentar á su Mesa y restablecerlos en todos los derechos que habian perdido.

Por otra parte una alma, aunque sínceramente convertida, aunque muy resuelta á servir á Dios abandonando sus pasiones, no puede estar segura de resistir á los peligros, si se considera la inconstancia humana, y es menester sostenerla, y fijar su voluntad con la gracia de los santos Mysterios. Si quedara mucho tiempo sin este socorro, léjos de purificarse con la Penitencia, podria debilitarse por su ligereza. Las leyes de la Iglesia

están llenas de condescendencia, de caridad y de cordura: no tienen otro obgeto que la salvacion de los pecadores, y todo lo que conduce á este fin, es lo que se conforma mas con sus intenciones. Así conviene muchas veces dispensar de sus reglas para entrar mejor en sus ideas, y ser débil con los débiles para salvarlos á todos.

Vuestras lágrimas, señor, me persuaden de la grandeza de vuestra compuncion; y si como creo, un deseo ardiente y síncero de recibir á Jesu Christo es lo que os impele á venir á su Altar, la vivacidad del amor será acreedora á la mayor prontitud. Vamos pues, preparaos, y yo soy el que os conducirá. ¡Theodoro! Quando el Padre me habló así, quando le oí que yo podia recibir al Señor, no sé qué terror religioso se apoderó de mí. Yo me sentí erizar los cabellos, un frio general me corrió por todos los miembros, y el corazon me batia con violentos latidos.

Pero habiendo reconocido por sus discursos quán indigno era de tan excelso don, y que su prudencia no me lo concedia, sino por atemperarse á mi flaqueza, le respondí, que penetrado de mi indignidad, yo me sometia á todas las pruebas y á todo el tiempo que quisiera imponerme: que yo deseaba ser ménos indigno, y que él podia dictarme todas las leyes que quisiera. El Padre me respondió, que no era menester detenernos mas, que Dios por su misericordia daria á la alma las mejores disposiciones. Pero yo que volvia los ojos sobre mi vida pasada, el poco tiempo que habia pasado despues de mi conversion, lo reciente de mis delitos y la falta de mi

penitencia, me llenaba de terror con la idea de llegar en este estado á recibir á mi Dios. Así, volví á repetir, que yo esperaria todo el tiempo que quisiera; y aunque el Padre me volvió á replicar que no, yo no me atrevia á consentir. Este debate duró algun tiempo, y hasta que el Padre me dijo:

Vuestra resistencia es buena, pues procede de vuestra humildad; pero vuestra obstinacion no fuera christiana. Vos no debeis juzgaros á vos mismo; vos me habeis escogido por vuestro Juez; y soy yo quien os debe juzgar. Tambien sabeis, que estoy para con vos en lugar de Jesu Christo, que os hablo en su nombre, y que me debeis obedecer. Tomemos pues un temperamento, que dege algun ensanche á vuestra humildad, al deseo que teneis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podeis sacar del don divino. Hoy es Lúnes; destinemos el Domingo dia de la Resurreccion del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis dias. Ocupémoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamas será como debemos, pero fiémonos en la bondad divina. Ya es tarde, y es tiempo de que me retire. Mañana continuarémos esta materia.

Yo respondí, que estaba pronto á obedecerle en todo, y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos; porque yo me sentia tan indigno de este excelso favor, como incapaz de disponerme solo. Él me lo prometió y se fué. Yo, Theodoro, quedé desasosegado, pareciéndome que el Padre me habia señalado un término muy corto, y acusándome de que el terror se apoderase de mí mas que

la confianza. Mi noche no fué ni tan dulcé ni tan serena , como la anterior ; pero en mi primera Carta verás lo que me pasó en el siguiente dia. Á Dios , amigo.

CARTA XXVII.

El Philósopho á Theodoro.

Theodoro mio : Esta noche la pasé muy desasosegada. Á pesar de quanto me dijo el Padre para tranquilizarme , la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazon no me dejaba reposar. Sentia en mi interior , que nada podia destruir la conviccion íntima de mi indignidad. ¡Qué ! me decia á mí mismo : ¿un miserable que ha pasado su larga vida en lo mas profundo de la corrupcion , irá tan presto y sin ninguna penitencia á sentarse en la Mesa preparada para los amigos de Dios ? Estas ideas me afligiéron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos , sobre todo la de algunos mas exêcrables , y que punzaban mas mi corazon , me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza , y me perseguia con tenacidad, fué la imágen de un hombre que acababa de morir á mis manos. Este espectáculo que no se apartaba de mi memoria no me dejaba sosegar un momento. Procuraba consolarme , pensando que aquel lance mas parecia una desgracia que un delito: que el Extrangero fué víctima de su furor , y no de mi venganza : que habia sido tan injusto como violento : que me habia provocado : que mi primera intencion no fué matarle , sino defenderme : que me habia forzado á darle la muerte , por no perder

la vida á manos de su brutal fiereza : pero por mas que me representaba lo que podia servirme de disculpa , no se me ocultaba que yo habia sido la primera causa del estrago.

En todas partes veia á este infeliz postrado en tierra por mi feroz brazo : veia delante de mí el suelo que yo manché con su sangre : pensaba en su alma inmortal, que yo habria quizas precipitado en una suerte eternamente infeliz ; pues no podia disimularme su mala vida , sus costumbres corrompidas ; y que quando no me horrorizara este conocimiento , el modo solo de su muerte era un delito. Me indignaba contra mí mismo considerando que era mi bárbara mano la que le habia cortado el tiempo de convertirse , todos los medios de penitencia , y toda esperanza de perdon. Creia verlo en medio de tormentos sin fin , de tormentos que yo merecia , y en que estaria tambien el infeliz Manuel.

La imágen de este se juntaba para afligirme mas y completar mi horror ; pero por lo ménos me consolaba con el pensamiento de que aunque cómplice y compañero de sus excesos, no fuí el autor de su postrer desgracia. La del Extrangero me llenaba de mas terror. Era un cruel torcedor que me oprimia el pecho : una sierpe feroz que me roia las entrañas : un puñal agudo que me destrozaba el corazon. ¡Qué ! gritaba sin poder contenerme : ¡Yo he muerto á un hombre ! ¡Yo puedo ser causa de que esté condenado á penas irrevocables , á dolores eternos ! ¿y me atreveré con las manos bañadas todavía de su fresca sangre , con el pecho rasgado por tantas furias á recibir al Dios de la paz y del amor?

Estaba entre estas violentas agitaciones quando llegó la hora, y con ella mi santo Conductor. Cubierto de lágrimas le expuse el estado lamentable de mi alma, y le pedí con ansia difiriese el tiempo de mi Comunion: que me diese tiempo para hacer penitencia rigurosa, y lavar ántes con mi propia sangre tantos delitos, y sobre todo la sangre de que me sentia cubierto. El Padre escuchó con paciencia la larga expresion de mi pena. Se enterneció conmigo, y vi correr lágrimas compasivas de sus modestos ojos. Y despues de haber procurado sosegarme, hizo que nos sentásemos, y me habló de esta manera:

Vuestro dolor es justo, señor. Vos habeis empleado muy mal vuestra vida: vos habeis ofendido mucho á Dios. Todo debe afligiros; y no extraño que la muerte de un hombre os cause remordimientos tan voraces. Quitar la vida á un hombre es uno de los mayores delitos. Dios que es el que solo puede darla á todos, es él solo tambien quien la puede quitar. Y el hombre que se atreve á quitar la vida á otro, insulta su soberanía, ultraja su Magestad, y se hace reo de todas las consecuencias. Vuestros temores son bien fundados. Dios señala el tiempo á su justicia, y segun las luces de la fe todo debe temerse de tan fatales circunstancias.

Á la verdad, es mal estado para perder la vida haberla pasado en tanto desórden sin haber tenido tiempo para apelar á la penitencia, y es un delito nuevo el haberla perdido violando en el mismo lance todas las Leyes Divinas y humanas. Entónces á una vida horrorosa acompaña una muerte escandalosa: todo es horrible en suceso tan

trágico: todo es temible; pero Dios es un thesoro de bondad tan escondido como inagotable, y tiene recursos de misericordia, que no penetran los hombres. Á nuestra fe y nuestro respeto no ha dejado otro arbitrio que el de humillarnos, arrepentirnos y sometemos, adorar los arcanos de su sabiduría impenetrable, y llenos de la idea de su infinita misericordia esperar contra la misma esperanza.

Esto no quita que nuestro dolor no deba ser vivo, nuestras lágrimas continuas, y nuestra penitencia incesante. Pero quando el mal ha sucedido: quando ya es imposible al hombre remediarlo: quando no hay medio de que no sea lo que ha sido; ¿qué puede hacer el hombre miserable á quien Dios se dignó de abrir los ojos y demostrarle sus errores, sino llorarlos implorando su clemencia? El pecador se vé lleno de terror, cubierto de iniquidades, digno de todos los castigos; pero si su propio conocimiento lo atemoriza, ¿cómo no lo alentará la esperanza, quando levanta los ojos, y vé en el Dios poderoso que ha ofendido, un amoroso Padre que lo aguarda, y que no espera mas que un suspiro síncero de su corazon, un verdadero arrepentimiento para perdonarlo todo? Quando le ofrece en los méritos de su Redentor un thesoro superabundante, no solo para desquitar sus delitos, sino todos los del universo; ¿qué puede hacer, digo, sino echarse á los pies de esta misericordia que lo espera, abrazarse con la Cruz, que es el canal por donde le comunica su perdon, y el instrumento que en falta de sus méritos le hace propios los de su Dios? En fin ¿qué podrá hacer sino recurrir á los

medios que la bondad divina le proporciona en los Sacramentos de la Iglesia?

Vos lo habeis hecho, señor: vos me habeis contado con dolor, y como á Ministro del Dios que habeis ofendido, ese y los demas de vuestros delitos. Yo en su nombre os he perdonado ese y todos los demas, y espero que su inmensa piedad ha ratificado en el Cielo mi absolucion. En esta parte hemos cumplido con uno de los medios que nos propone. Nos queda otro, y es el de la Eucaristía. Vos os teneis por indigno, teneis razon. Y este Sacramento no es para los dignos, porque no hay hombre que lo sea: no es para los que son indignos, y no piensan en dejarlo de ser, porque lo profanan y se hacen mas indignos; pero es para los que han sido indignos, y ya quieren dejarlo de ser.

Así es, señor; si este Sacramento es para los justos, porque Dios se complace en venir al seno que adorna con su gracia, y en añadir fuerza al fuerte, tambien es para el débil, que despues de haber perdido á su Dios lo viene á buscar arrepentido. Tambien lo es para sostener al que todavía mal seguro entra ya en el camino del Cielo. Ea, señor, alentaos. Reconoced con humildad, que todavía no podeis juzgar de las cosas de Dios. Vos podeis y debeis pensar en su presencia, que no sois digno de bien tan soberano; ¿pero no lo fuerais ménos, si con este motivo tuvierais el orgullo de querer gobernaros por vuestro propio juicio? ¿No sabeis que la obediencia vale mas que el sacrificio? ¿Y quién es el que os dice que os prepareis para venir á la Mesa divina? El hombre que Dios os ha destinado para que os reconcilie

con él; el amigo á quien habeis confiado vuestros delitos mas secretos conoce ya toda vuestra iniquidad; el que os ha escuchado como Ministro de Jesu Christo, y que os lo dice en su nombre. ¿Qué podeis pues hacer sino obedecerle?

Sabed, señor, que Jesu Christo no vino á la tierra por los justos sino por los pecadores. Sabed que él mismo los convida á estos [a]: *Venid á mí,* decia, *todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviaré.* ¿Á quién llama, señor? No es á los que están libres y vuelan con las alas de la gracia, no es á los que andan con facilidad este camino; porque no tienen peso que los abrume. Es á los que están cargados de pecados, á los que están fatigados con sus iniquidades. Parece que á proporcion de que su carga es grande, les da derecho para acercarse mas á él, quando ya lo buscan arrepentidos. Así pues os considerais uno de los mayores pecadores, tambien debeis considerar que sois uno de los que llama.

¿Y por qué haréis á la gracia el agravio de creer que no haya podido lavar vuestras culpas, y que no sea capaz de sosteneros? Sin duda que para accion tan santa es menester probarse, como dice el Apóstol. Pero esta prueba no es tan difícil, y solo se pueden engañar los que quieren. ¿Qué se pide del pecador? Que esté sínceramente convertido: que deteste sus errores pasados: que esté seriamente resuelto á no cometerlos otra vez, y á tomar todos los medios de conseguirlo: que esté bien confesado; y que venga con

a *Matth.* XI. 28.

un deseo síncero y ardiente de unirse con Jesu Christo, que ha bajado del Cielo para unirse con él.

Vé aquí todo lo que se pide. Yo no dudo que estos sentimientos reynan en vuestro corazon: esto basta. La Santa Eucaristía hará lo demas, y léjos de que nuestra pasada indignidad, ó el temor de nuesta flaqueza nos alegen, debemos buscar en ella el remedio de estos mismos males. Con tal que nuestro corazon lo desée, ella sabe repararlo todo; ella perfecciona nuestras intenciones, y nos da la fuerza de egecutarlas. El mismo Jesu Christo nos ha dicho, que el que se alimenta de su cuerpo, vive por él [a]: *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Es pues la Comunion misma la que os hará practicar todas las virtudes, la que os enseñará á separaros cada vez mas de las ilusiones del mundo; á despreciar todo lo que debe acabarse; á arrancar de vuestro corazon todo lo que no es digno del Dios que habita en él, y á poner en lugar de los vicios que destruyen, las virtudes que vivifican. La frecuencia de la santa Mesa os dará un gusto nuevo de la oracion, del retiro y de todos los egercicios de la vida Christiana. Con el uso de este manjar divino adquiriréis fuerzas para resistir á los peligros, huir de las ocasiones, y defenderos contra vuestra flaqueza propia. En fin el uso mismo de este pan Celestial os pondrá en estado de acercaros al Altar mas dignamente. Una Comunion debe serviros de preparacion para otra.

a Ioann. VI. 58.

Alejarse de ellas es el mayor peligro, porque con eso crece progresivamente la tibieza, se enfurecen las pasiones, Jesu Christo se ausenta, y el hombre se endurece en el pecado.

No se puede pedir de un pecador, que ha estado largo tiempo ciego, y á quien ha movido la piedad de Dios, que de repente tenga toda la perfeccion que exîge tan alto mysterio. Tampoco se ha de imaginar, que la sagrada Eucaristía deba desde luego establecernos en un estado inmutable de Justicia. Esto no se concede en la tierra. Es el privilegio del Cielo, donde Dios se manifiesta en toda su hermosura al alma bienaventurada, la penetra de los ardientes fuegos de su amor, y la reduce á la dichosa impotencia de ofenderle.

Nadie ignora que en la tierra la vida del hombre es una tentacion continua: que se han visto tristes egemplos: que tal vez hasta los justos han contristado la Iglesia con funestas caidas: y que el que está en pie debe estar siempre con cuidado para no caer. Así solo se le pide, que su disposicion actual sea buena, y que implore con confianza el socorro del Cielo para mejorarla mas de cada dia: que despues de haber tomado el remedio no se le vean los mismos males que ántes: que si no está perfectamente curado, esté á lo ménos como un convaleciente, que se va sucesivamente fortificando: que manifieste que ya corre en sus venas la sangre del Salvador: que procura parecérsele en algo; y que tiene ya sentimientos dignos de tanta elevacion.

El que come mi carne y bebe mi sangre, decia

Jesu Christo [a], *se queda en mí, y yo me quedo en él.* No dice, se une conmigo, sino *se queda en mí.* Tampoco dice, me uno con él, sino *me quedo en él.* Esto es, establezco, formo en su corazon una mansion fija, sólida y durable. Hago con él una alianza firme y constante. En efecto, señor, una santa y humilde Comunion llena al alma de tantas gracias. Jesu Christo se une con ella tan íntimamente y de una manera tan inefable, que se siente inflamada con vivas fuerzas y mayor valor. Su fe se aumenta tan sensiblemente, que anda mucho tiempo como el Propheta con la fuerza y el socorro de esta vianda santa. Y es difícil que el que comulgó con sinceridad y buena fe pueda pasar rápidamente del mas poderoso remedio de la Religion á flaquezas indignas de una alma Christiana.

Creed, señor, que un terror demasiado puede ser una tentacion. Vos sois indigno, todos lo somos. No hay mortal digno de llegar al Altar de Jesu Christo, si él mismo no lo hace. Pero él quiere que lleguemos: él nos convida. Él ha abierto un hospital magnífico para curar á todos los enfermos, y el remedio es su propia Sangre. Remedio infalible quando se recibe con fe y amor. Seria faltarle no venir. Solo un enemigo de sí mismo puede no aprovecharse de don tan grande. El mas llagado, el que está mas corrompido debe apresurarse mas. Este Sacramento es un thesoro para los pobres, y una medicina para los enfermos. Sin duda que es el pan de los Justos, pero no deja de ser tambien de los penitentes; y si es la vianda sóli-

a *Ioann. VI.* 57.

da del robusto, es tambien la leche de los que empiezan. Está preparado para todos, y principalmente para los enfermos; porque los que están sanos no necesitan de Médico, sino los que no lo están.

Todo consiste en nuestra preparacion. De esta depende el fruto que se nos aplica; porque la gracia de este Sacramento será proporcionada á la fe y al amor del que lo recibe. Él en sí mismo es infinito é inagotable; porque contiene á Jesu Christo entero, que es el principio verdadero de todas las gracias; y cada accion suya es infinita y capaz de borrar todos los pecados del mundo. El Espíritu Santo es el que aplica á los fieles estos méritos, y los aplica á cada uno á proporcion del ardor y eficacia con que los pide. Es un océano sin fin, del que cada qual saca toda el agua que puede caber en su vasija. El agua no puede faltar, pero ninguno puede sacar mas de la que puede contener su vaso, y al que lo lleva muy grande por el ansia y ardor con que la solicita, se le dice lo que decia David [a]: *Abre la boca y te la llenaré toda.*

¿Y qué es menester para prepararse bien? Una fe muy viva de la presencia de Jesu Christo, que viene como Dios y Hombre á morar en nuestro corazon. Una devocion ardiente y afectuosa acompañada de aquel respeto y reverencia que se debe á Dios. Es pues necesario desterrar entónces de nuestra alma toda imaginacion extrangera, todo pensamiento de negocios, para que con libertad y amor se aplique al grande obgeto de que se ocupa. No basta haber sacudido todos los pecados por la

a *Psalm.* LXXX. 11.

confesion ; es menester sacudir tambien toda otra idea , que pueda distraer de la tierna devocion y amor á Jesu Christo.

Quando Moyses subió al monte de Sinaí para hablar á Dios , subió solo ; y se le mandó que no hubiera en todo el monte ni hombres ni animales, para que la soledad fuera perfecta , y no pudiera ver otra cosa. Así el que viene á recibir á su Dios, ha de venir con un corazon tan solitario , tan recogido y tan absorto en lo que va á hacer , que en aquel momento no vea otra cosa que á su Dios. Moyses tambien se quitó el calzado para pisar con respeto aquella tierra que honraba el Señor con su presencia , porque para ir á Dios es menester despojarse de los obgetos terrestres y mortales que nos distraen y nos embarazan.

Tanta pureza parece difícil en un pobre pecador , y en efecto es imposible á la naturaleza corrompida ; pero todo lo puede con la divina gracia. Es verdad que esta muerte espiritual , este tan general desapropio no es dado á todos , y es privilegio particular de la Esposa , esto es , de las almas dichosas , que lo han obtenido con mucho afan y largos trabajos ; pero esperando conseguirlo algun dia , debemos desde luego hacer lo que podamos; y nuestro buen Dios se contentará con la parte que le demos. Ello es cierto , que si el hombre hace todo lo que cabe en sus esfuerzos para venir al Altar con una devocion síncera y actual , con la reverencia interior , y con la gratitud que debe á don tan alto , tiene mucha razon de esperar en la misericordia divina.

Despues , señor , hablarémos de los medios con

que podemos esperar de Dios estas disposiciones; pero ántes me parece necesario esforzaros á desterrar de vuestra alma esos terrores exâgerados, que rezelo sean un artificio de nuestro comun enemigo. Me parece que en estas circunstancias el mayor sacrificio que debe hacer vuestra humildad, es renunciar á su propio juicio. Tened presente que San Pedro se resistia á que su Maestro le lavase los pies con el mismo pretexto de humildad; y que Jesus lo amenazó diciéndole, que si no se dejaba lavar los pies, no tendria con él parte alguna. Haced como San Pedro, y decidle, que no solo os lave los pies, sino las manos y cabeza.

Ya este divino Salvador os roció con su Sangre en el sagrado tribunal. Ya os ha lavado. Ahora os convida. Ahora quiere venir á vos, y depositarse en vuestro seno. Trae consigo la misma sangre que acaba de lavarlo todo, y aquella carne que á todo da vida. Abridle pues las puertas de vuestro corazon. La confianza en su bondad sea mayor, que el temor de vuestra bageza y la memoria de vuestros delitos. Yo espero que esta humilde obediencia, unida al conocimiento de vuestra indignidad, hará que lo seais ménos; y pues habíamos escogido el Domingo, como el dia en que debíamos cumplir esta grande accion, no habiendo nuevo motivo que nos detenga, no debe tampoco haber razon para apartarnos de resolucion tan santa. No perdamos el poco tiempo que nos queda en contestaciones inútiles, y aprovechémosle todo en prepararnos á egecutarla lo mejor que nos sea posible.

Yo no pude resistir á las razones y á la autoridad de mi santo Director, y le respondí, que

no replicaba mas, sino que me sometia á dejarme gobernar enteramente por su prudencia.

El Padre me pareció satisfecho ; pero apénas empezaba á renovar su discurso, y explicarme los medios que debíamos practicar para prepararme, quando oimos tocar á la puerta de mi estancia. Esta novedad nos sorprehendió mucho, y nos debia sorprehender. Era la primera vez que se nos interrumpia en nuestras frecuentes conferencias. Parece que Dios me habia retirado á aquella santa Casa, como para que habitase en la region de los muertos, y que ninguna idea del mundo pudiese turbar las de religion y penitencia de que enriquecia mi alma.

Ni el Padre ni yo podíamos imaginar quién era el que podia venir á interrumpir nuestra acostumbrada soledad ; pero viendo que el golpe se repetia, se levantó, y abriendo la puerta vió que era el Portero de la Casa, quien le dijo, que una persona de fuera habia preguntado por mí, y me queria hablar. El Padre y yo quedamos confundidos, oyendo que un hombre extraño me buscaba, y al mismo tiempo se nos despertáron muchas ideas de terror. ¿Quién podia saber que yo estaba allí? ¿Y qué podia querer de mí? No podia ser mas que un Ministro de Justicia, que habria sabido que yo era el matador del Extrangero. ¿Se habrá descubierto que yo estaba escondido en esta Casa; y si vendrá á prenderme? El Padre hallaba muy verosímil este discurso, y no sabíamos qué partido tomar.

Miéntras duraba esta confusion, yo me asomé á la sola ventana de mi quarto, y vi un hombre

que se paseaba en el patio. ¡Quál fué mi sorpresa quando reconocí que aquel hombre era Simon! Llamé apresurado al Portero para que le vicse, y le preguntase si era aquel hombre el que me buscaba; me respondió que sí. Entónces volviéndome al Padre le dige: que me parecia no habia nada que temer: que aquel hombre era un Criado antiguo de mi casa, nacido en ella, y criado conmigo: que de todo tiempo habíamos sido amigos: que era un hombre fiel, y de todos los mortales aquel en quien yo podia tener mas confianza: que no era posible, que él fuese capaz de prestarse á nada que fuese contra mí. Ántes bien presumia, que su zelosa amistad, inquieta de mi ausencia, me habria buscado con ardor, y que no habria parado hasta desenterrarme en aquel retiro; y si no habia otro que él, no habia riesgo alguno en que me vicse. El Padre preguntó al Portero si estaba solo, ó habia venido acompañado de alguno; y habiendo sabido que no habia otro, salió él mismo para conducirlo y traerle á mi quarto.

Desde que Simon entró y me vió, prorumpió en un diluvio de lágrimas, se echó á mis pies, y abrazaba mis rodillas con las mas vivas demostraciones de amor. Yo me eché á sus brazos para levantarlo, pero me fué imposible, y fué menester mucho tiempo para que se pudiera sosegar. El Padre deseaba que hablase para saber de él la causa de su venida; y si habia algo que temer. Pero Simon sofocado por los sollozos no podia hablar. En fin despues de bastante tiempo se pudo conseguir que se levantase.

El Padre le preguntó, ¿cómo habia podido saber, que yo estaba allí? Simon le respondió, que despues del dia de mi ausencia no habia hecho otra cosa, que correr por todos los alrededores informándose de mí en quantas casas, Conventos y Lugares encontraba. Que por desgracia no le habia venido al pensamiento venir á este Convento hasta aquella mañana: pero que habiendo venido, y preguntado al Portero si yo estaba allí, este respondió: Que hacia dias que estaba aquí un hombre desconocido. Que su corazon palpitó con esta respuesta, y le habia pedido le viniese á avisar, porque era muy importante que le hablase; y que el Portero vino, y que al fin el destino lo queria consolar de su mucha afliccion.

Todo esto fué dicho con tanto llanto, y de una manera tan interrumpida, que aunque el Padre y yo teníamos un deseo muy vivo de saber circunstancias que nos interesaban mucho, conocimos que era indispensable dejarlo sosegar todavía para que nos lo pudiera contar todo con puntualidad. Quando lo creimos en este estado, le pedí una relacion exâcta de todo, y él dirigiéndose á mí me dijo así:

Ya os acordais, señor, de aquella mañana infeliz en que salisteis de casa sin decir nada. Esta desaparicion nos sorprehendió á todos. Nos preguntábamos unos á otros dónde estabais, sin que ninguno pudiera darnos razon. Yo fuí á preguntar al Portero. Este me dijo que poco despues de haber rayado el dia le mandasteis abrir la puerta, y que salisteis solo: que él habia extrañado esta diligencia inopinada; pero que lo que le sor-

prehendió mas fué veros salir de capa y con una espada : que movido de su curiosidad habia llegado hasta el umbral para observar hácia dónde ibais, y que os vió doblar la esquina de la calle por el lado que conduce al campo.

Al instante sin detenerme en reflexîones me puse á seguiros por el camino que me habia indicado el Portero. Corrí con la mayor velocidad: llegué á la puerta de la Ciudad, miré al rededor de mí sin saber adónde dirigirme; pero habiéndome adelantado algunos pasos, no quedé poco sorprehendido, quando vi un Campesino que se esforzaba á hacer montar á caballo á otro hombre, que pareció levantaba de la tierra. Acerquéme como para ayudarlos, y observándolo con atencion, me pareció que el caido se parecia á un Extrangero que habia llegado poco ántes, y que por el fausto y opulencia con que vivia era muy conocido. Lo que me espantó fué verlo herido y bañado en su sangre.

Al instante comprehendí, que habrias tenido alguna disputa, y que estaba herido de vuestra mano. Esta sospecha pasó á ser evidencia, porque preguntando al Paisano, qué era aquello, me respondió : »Que viniendo á la Ciudad muy temprano á causa de ciertos negocios que tenia, y quando ya estaba cerca, habia encontrado un hombre »de capa, que le dijo: Amigo, apresúrate, porque á pocos pasos encontrarás un hombre que está herido y necesita de socorro; camina presto, »y procura socorrerlo. Quise preguntarle mas; pero »él no se detuvo, y se fué con mucha celeridad. Yo »vine, y he encontrado á este Caballero, que me

»ha dicho que está herido sin saber de quien, y »me ha pedido lo lleve á su posada. Ayudadme á »montarlo sobre mi caballo, y lo llevarémos don»de nos diga.

No pude dudar que el hombre que le habia hablado erais vos. Me consolé mucho oyendo que el herido decia, que lo estaba sin saber de quien; porque esto me hizo ver, que por su honradez no queria descubrir el agresor. Pero consideré, que si lo llevaba á su posada era natural se publicase este suceso; y como el Monarca que nos gobierna hace observar con tanta exâctitud las rigurosas leyes contra los desafíos, temí alguna mala resulta contra vos.

Me acordé que en el Lugar vecino vivia un Labrador honrado, que yo conocia, y que me estaba agradecido por haberle servido en obgetos importantes. Estaba persuadido de que haria por mí lo que le pidiese, y que sabria guardarme el secreto. En pocas palabras expliqué todo esto al herido, y le propuse conducirlo allí, no solo como medio de ocultar la aventura, y librarlo de los riesgos que pudiera acarrearle su publicidad, sino como un lugar en que encontraria todos los socorros del arte y de la amistad para recobrar la salud.

El herido que no me conocia no pudo sospechar otro principio de mi zelo, que el de un movimiento natural de humanidad, y temeroso de las pesquisas de la Justicia que yo le exâgeraba, y en que me apoyó el Campesino, se determinó á ponerse en mis manos y dejarse conducir. Yo como sabia que la casa á que íbamos estaba á la

entrada, esperé tambien que podríamos llegar á ella sin que nadie del Lugar nos viese, y por dicha nuestra fué así. Al instante pues lo montamos á caballo, y la suerte nos favoreció tanto, que sin ser vistos de nadie lo egecutamos.

Dígele al dueño de la casa lo que me pareció conveniente, y este se ofreció á quanto yo queria. Hicimos venir al Cirujano del Lugar á quien conté la historia, segun me pareció mas propia para que nos sirviese, sin que pudiese abusar. Exâminó la herida, dijo que le parecia grande y profunda; pero que no podia hacer juicio cabal hasta que pasasen veinte y quatro horas. Le puso un vendage, y se encargó de la cura. Mi amigo y su buena muger me ofreciéron toda su asistencia y cuidados en alivio del enfermo, que halló allí todos los socorros que podia necesitar.

Viendo que ya no hacia yo falta me propuse ir á buscaros, pedí al dueño de la casa me prestase un buen caballo que tenia, y con él me dispuse á seguiros por el camino que se me habia indicado. Corrí todo el dia preguntando á quantos encontraba. Ninguno supo darme razon. Viendo que todas mis diligencias eran inútiles, y que la noche se acercaba, resolví volver á la Ciudad con la esperanza de que hubieseis vuelto, ó de que á lo ménos hallaria noticia vuestra. Pero quál fué mi desconsuelo, quando entrando en ella supe que ni vos habiais parecido, ni que nadie tenia la menor noticia.

Pasé la noche con mucha inquietud resuelto á buscaros de nuevo al siguiente dia, aunque no sabia adonde dirigir mis pasos. Mi primera visita fué

á la casa donde estaba el herido. Quise asistir á su cura, y ver lo que me diria el Cirujano, llegó este, y habiendo quitado el vendage, me dijo: Que la herida era grande; pero que por fortuna no habia lastimado ninguna parte principal: que por entónces no le parecia peligrosa; pero que era menester todavía ver sus efectos para poder asegurarse. Esta esperanza me consoló mucho. Yo hubiera querido hablar con el enfermo, y ver si podia sacar alguna indicacion para buscaros con algun acierto; pero el Cirujano nos habia encomendado tanto el silencio, diciéndonos que nada podia perjudicarle tanto como el hablar, que no me atreví á preguntarle nada.

Lleno pues de confusion no sabia qué hacer. Me ocurrió, que vos podiais haber ido á ocultaros en casa de algun amigo para adquirir desde ella, á cubierto de todo peligro, noticias del herido, y gobernaros segun las ocurrencias. Pero no podia adivinar ni congeturar quál seria. En esta duda general me pareció que debia correrlas todas, y desde entónces me puse en camino para ellas sin dejar ninguna de las que me vinieron á la memoria. Mas de tres semanas pasé en esta ocupacion. Dedicaba todo el dia á buscaros, y quando mi solicitud no me llevaba muy léjos, volvia de noche á vuestra casa con la esperanza de hallar en ella alguna noticia. Mis visitas al herido eran tan frecuentes, como la variedad de mis excursiones lo permitia, y siempre tenia el consuelo de saber que iba mejor hasta que :::

Yo estaba fuera de mí, Theodoro, y no pudiéndome contener le interrumpí diciéndole: ¿No ha

muerto? No, señor, me dijo; ya está enteramente bueno; y hoy dicen haber salido para volverse á su Pais. ¿Cómo te explicaré la sensacion que me produjo esta noticia? Un hombre á quien se quita de repente un enorme peso que le estaba comprimiendo todo su cuerpo, y angustiándole la respiracion, no se siente mas súbitamente aliviado que yo con esta noticia.

Mil ideas me pasáron rápidamente por la imaginacion, todas de luz y de consuelo. Admirabá la misericordia que hacia Dios con aquel hombre, á quien le daba todavía tiempo de enmienda y conversion: la que hacia conmigo, no permitiendo que mi delito fuese consumado; calmando la inquietud que me devoraba, y haciéndome entrever, que podia ya sin tanto reato acercarme al throno de su bondad. La multitud de estas ideas favorables inundó mi corazon de consuelos, me hizo levantar los ojos al amoroso Padre celestial que me los daba, y anegado en mi llanto me puse de rodillas á darle gracias. Mi buen Director me acompañó en esta accion, y me dijo: Sí, yo reconozco á nuestro buen Dios, al Dios de las misericordias.

Simon, que me conocia de mucho tiempo, y que si me hallaba en aquel Convento no habia podido imaginar, que estaba en él sino por esconderme del rigor de la Justicia, quedó espantado de mi accion, me miraba con ojos atónitos y fijos, que me decian, que apénas podian creer lo que veian. Yo me humillé conociendo quanto merecia esta extrañeza, y levantándome le dige: Sí, Simon: Dios me ha mirado con piedad, no solo me ha traido aquí para ocultarme á la Justicia de los hom-

bres, sino para librarme de sus venganzas eternas. Simon quedó confuso sin decirme nada. El Padre le rogó que continuase su historia, y él siguió así:

Es inútil, señor, que os fatigue con la relacion de mis prolijas solicitudes. Baste deciros, que desde el momento de vuestra ausencia hasta hoy no he hecho otra cosa que buscaros, y que he ocupado todo este tiempo entre mis continuos viages, el cuidado del herido, y el de volver repetidas veces á vuestra casa esperando siempre que habriais vuelto, ó que hallaria en ella noticias vuestras: que el herido hallándose al cabo de algunos dias fuera de todo riesgo, quiso volverse á su posada, y que yo le acompañé: que jamas supo quien yo era, ni me conoció con otro título, que de un hombre caritativo, que lo habia encontrado por acaso, y que lo habia socorrido por humanidad: que me estaba muy agradecido, y me lo manifestaba á cada paso.

Debo añadiros, que á pesar de la confianza que tenia en mí, y aunque yo le puse muchas veces en conversacion del lance, jamas me nombró la persona que lo habia herido, diciéndome siempre, que no lo conocia. Lo que me daba idea de que era hombre de honor, que no queria comprometeros, y lo que tambien me hace esperar que no lo habrá dicho á nadie. Esto y el buen estado de su salud os libran de todo riesgo y peligro; porque por una grande dicha este suceso ha quedado sepultado en un profundo secreto. Nadie lo ha sabido; y ya no encontraréis en la Ciudad al Extrangero: este me ha dicho hace cinco ó seis dias que habia recibido

cartas de su pais, que le obligaban á volver á él; y le vi dando disposiciones para su viage, que habia fijado para hoy. Así no dudo que esta mañana habrá partido.

Me falta decir, que vuestros hijos y todos vuestros criados están buenos; pero que todos están tristes con vuestra ausencia, y muy inquietos de la obscuridad en que viven con la ignorancia de vuestra suerte, y no dudo que se consolarán quando os vean volver con salud. Yo os diré tambien, que aunque os he buscado por tantas partes, nunca habia venido por este pais hasta hoy, que desesperado de no hallaros ni en las casas de vuestros amigos, ni en ninguno de los Lugares donde me parecia verosímil, sentí un impulso de coger una vereda poco practicada, que me ha conducido á este desierto.

Habiendo visto este Convento llegué á la puerta, y pregunté al Portero, mas por decirle algo que por la esperanza de encontraros, si estaba en él un Caballero que yo buscaba. Él me respondió con sencillez, que ya hacia dias estaba allí un sugeto que no conocia; y yo sin detenerme le pedí que queria verle, diciéndome á mí mismo, que si era otro, presto me desengañaria. Pero mi suerte ha sido mas feliz, pues me ha conducido á vuestros pies.

Yo dí gracias á Simon por su zelo, y por haberme buscado con tan solícito afan. Despues de algunos discursos de esta especie le dige: Yo no quiero todavía volver á mi casa; porque deseo pasar en esta algunos dias mas. Tampoco es mi intencion volver por ahora á la Ciudad. Deseo pasar algun

tiempo ántes en mi casa de campo con mis hijos y familia. Pero como ha largo tiempo que nadie habita esta casa, considero que no estará en estado para vivir en ella. Lo que te encargo es, que de aquí vayas en derechura allá, que veas lo que sea menester para ponerla corriente, aunque con mucha simplicidad; y dés disposiciones para que se conduzcan los muebles.

Quando esto esté hecho harás pasar á ella mis hijos y criados, y luego que estén allí vendrás y me conducirás á mí tambien. Pero te encargo, que aunque puedas asegurar á todos que estoy bueno, y que presto me verán, no has de decir á ninguno dónde me has encontrado. Simon me prometió egecutar prontamente lo que yo le mandaba, añadiéndome que esto no podia ser largo, porque en sus viages habia visto muchas veces la casa en que me proponia habitar, y estaba en buen estado; y solo faltaban algunos muebles que era fácil enviar brevemente.

Despues de haber arreglado este punto me informó de otras cosas, y principalmente de los muchos amigos que componian nuestra depravada sociedad. Me dijo que le parecia, que con la muerte de Manuel, con mi ausencia y la del Extrangero se habia desconcertado la concurrencia de aquella compañía. Que sus continuos viages no le habian permitido enterarse bien de esto; pero que habia oido, que todos estaban tristes, y cada uno andaba por su lado. De ti, Theodoro, me dijo en particular que no te habia visto; pero que sabia que estabas de quartel, y que con este motivo no salias de Palacio.

Sea que la presencia del Padre le impusiese res-

peto, ó que viese en mi semblante, que yo era ya otro, me habló de todo con tanta circunspeccion y reserva, que no se le escapó una palabra que descubriese nuestras perversas costumbres, y pudiese ofender la modestia de mi Director. Este temor me inquietaba mucho, y procuraba dárselo á entender con los ojos. Pero sea que él lo entendiese, ó que su buen talento se lo hiciese presumir, me preservó de este disgusto. Quando me pareció tiempo le dige, que se volviera para practicar desde luego lo que le habia encargado. Simon me prometió de nuevo, que no tardaria en volver, y avisarme que todo estaba hecho. El Padre lo condujo hasta la puerta, y viniendo despues me dijo así:

Admirad, señor, conmigo, y ayudadme á dar gracias al Dios de las misericordias por tantas como nos manifiesta. La historia de vuestra vida, y las circunstancias que la acompañan en este momento, son para mí una prueba visible de su bondad paterna y de su amorosa providencia. No ha muchos dias que estabais sumergido en un océano de vicios, y cubierto de tan espesas tinieblas, que no os dejaban conocer ni vuestro Dios ni la verdadera Religion. Corriais precipitado al abysmo eterno sin advertirlo. Una noche sola ha mudado vuestra suerte; parece que Dios ha querido multiplicar en ella los prodigios para alumbraros, y sacaros como por fuerza de estado tan funesto.

¡Qué noche, señor! Noche llena de horrores: llena de acasos espantosos, pero todos dirigidos por el amor de un padre para salvar á su hijo. Un hombre injusto y temerario os desafía. Las falsas y erradas opiniones del mundo os persuaden á acep-

tarlo. La noticia de la muerte súbita del amigo, compañero de vuestros desórdenes, y que iba á preparar otros nuevos, os sorprehende y añade el terror á la inquietud. El Cielo os habla con una voz tempestuosa. Los relámpagos os amedrentan. Las nubes irritadas escogen vuestra casa para derramar en ella las llamas de sus fuegos. Á pesar de tantas inquietudes un errado punto de honor os lleva al duelo, y teneis la desgracia de derribar herido en tierra á un hombre que creiais haber muerto.

Todos estos accidentes trágicos no hubieran bastado para alumbrar todavía á vuestro ciego corazon. Pero este Dios de misericordia que no los habia dirigido sino para volveros á su seno, os inspiró en vuestra fuga despavorida, elegir un camino que dirigia á esta Casa. En ella ha movido vuestro corazon, os ha alumbrado con las luces de la fe, os ha hecho conocer su Religion y los errores de vuestra vida, os ha dado tiempo de confesaros, y os ha hecho el inestimable bien de perdonaros y restituiros á su gracia.

No contento este Padre divino con haber salvado á su hijo perdido, y con verlo restituido al paternal abrigo, quiere tambien como el del hijo Pródigo celebrar una fiesta, y que se os ponga una rica vestidura. Quiere llevaros á su Altar, donde ya perdonado recibais su propio Cuerpo y su divina Sangre en señal de reconciliacion, y para enriqueceros con nuevos y mas altos dones. Vos con razon os sentis indigno de tan sublime bien, y entre los motivos que os lo persuaden, el que mas punzaba vuestro corazon era pensar que erais homicida de un hombre, haber sido causa de su eterna conde-

nacion, y ver en vuestras manos todavía fresca la sangre que derramasteis. ¿Cómo, deciais vos mismo, inmundo todavía con la sangre de un hombre, me atreveré á sentarme en la mesa del Dios de la paz?

Pero este Dios de paz quiere darla á vuestro corazon, para que podais llegar á su mesa con mas confianza. Para esto dispone que un criado que os busca se descamine, que no le entre en el pensamiento venir á esta Casa, sin embargo de estar tan cerca de la Ciudad, todo el tiempo que destinasteis para hacer una buena Confesion, y en que hubiera podido turbaros con su presencia. Os deja imaginar este delito, para que lo lloreis con los otros; y quando despues de haberlos lavado os preparais á recibir el Pan del Cielo, quando os espanta vuestra iniquidad, y quando os horroriza la idea de estar cubierto de sangre humana, y haber quizas apresurado la eterna desgracia de aquel infeliz, dispone que este criado venga y os informe de que no ha muerto, sino que está vivo y sano: que por consiguiente Dios le ha dado tiempo para convertirse, y que vos mismo podeis contribuir por vuestros ruegos. ¡Quántas maravillas debeis ver en estas disposiciones divinas! ¡Quántos prodigios de amor, de misericordia y providencia así para él como para vos mismo!

Vé aquí, señor, el modo con que nos trata este amoroso Padre. Y miéntras no llega el término que ha señalado á su justicia, no se ocupa sino en llamar al pecador, en convidarlo, y en facilitarle todos los caminos. Yo no dudo que este haya sido un aviso tambien para el Extrangero, y que su bondad paternal no se extienda hasta él,

Pero vos, señor, ¿quántas gracias le debeis por este rasgo de misericordia tan visible? Parece que no solo os quiere llamar á su mesa con su generosidad universal, sino que para vos añade las finezas de su amor, y que ha permitido que os venga esta noticia para que os consoleis, para que se calmen vuestras inquietudes, y que os presenteis con un corazon penetrado de mas viva gratitud con la nueva de este tan grande como reciente beneficio. Y quando nuestro Dios nos trata con tanto amor, ¿cómo podrémos no arder en las llamas del nuestro?

Vuestra alma debe considerarse en este instante como una Esposa infiel, que con la mas odiosa ingratitud ha hecho muchas y las mas infames traiciones al mejor y mas digno de los Esposos. Quantos motivos son imaginables habian concurrido tanto para obligarla á corresponderle con el cariño mas ardiente, como para hacer detestable y vil la mas ligera falta de su fe. Ella habia nacido en la esfera mas baja: era hija de iniquidad: no tenia el menor mérito, y nada en que pudiera fundar la mas leve esperanza de ascender á tan alta fortuna. Y con todo el Esposo, que es el Rey del mundo, el Señor mas amable y hermoso de la tierra, por su pura bondad la escoge, la desposa solemnemente en el Bautismo, la llena de riquezas, y le promete otras muchas mayores en lo venidero, pues serán infinitas y eternas.

No le pide otra cosa por recompensa de tantos bienes y de tantas esperanzas, sino que lo ame y que le guarde fe. Pero la infame Esposa insensible á tanto amor, ingrata á tantos beneficios, desdeña todo el bien que recibe, y desprecia to-

do el que se le ofrece. Desde que se vé en libertad se abandona á los errores de su ciega pasion, y á los falsos halagos de su corrompida voluntad. Por gozar instantes rápidos de placeres falaces, desconoce al Esposo, renuncia á su mano, á la dignidad de su título, á las esperanzas de su gloria; y adúltera se corrompe, se envilece y prostituye á los obgetos mas indignos, cubriendo á su Esposo de oprobrios con bagezas tan repetidas como tenaces.

El Esposo pudiera castigar tanto delito; pudiera dejarla en su antigua miseria, y aun añadir nuevas penas á tanto desacato. Pero es tierno y la ama. Á pesar de tantas iniquidades se afana, la quiere ganar para que vuelva en sí y volverlá á su gracia. En lugar de darle los castigos que merece, la convida él mismo con su perdon: la llama, la excita y la ruega. Le promete que olvidará todas sus injurias, que la tratará como sino las hubiera cometido, y que le volverá otra vez su lecho, su throno y su amor. No le pide para hacerle estas finezas, sino que se arrepienta, y le jure de nuevo guardar la fe mejor en lo sucesivo. La Esposa cada vez mas ciega, mas obstinada, mas injusta, le oye, mas no le atiende: desprecia su perdon, no quiere nada de lo que la ofrece. Quanto mas él la busca, mas ella se esquiva; y en vez de aceptar tanta indulgencia, loca y desatentada vuelve á ofenderle con nuevos y mayores insultos.

Pero ni aun esto basta para irritar á tan paciente como amante Esposo. Á pesar de estas nuevas indignidades que debian hacerla despreciable

á sus ojos, vuelve con constante y amorosa porfía á convidarla de nuevo; y parece que la abominable Esposa, abusando de tan inexplicable bondad, multiplica sus agravios á proporcion de sus instancias. Este extraño combate suele durar largo tiempo, y no es posible decir qué es lo que mas se debe admirar, si la insensata terquedad de la Esposa, ó la increible bondad del Esposo. Tanta paciencia no cabe no solo en la virtud del hombre, pero ni en su imaginacion. El Esposo la tiene, porque es eterno, porque ama mucho á su Esposa, pues que la redimió con su sangre, y porque no se resuelve á castigar sino quando está llena la medida, y se vé como forzada su justicia, pues él solo sabe quánto es horrible el tormento que se le prepara.

Pero si en el intervalo de la lucha, si en medio de las tinieblas que ciegan á la Esposa, si á pesar de los vicios de su corazon, ella se detiene un instante; si escuchando la voz con que el Esposo la reprehende, se para á oirlo; si se siente movida, y se deja persuadir; á la primera voz de su arrepentimiento, á la mas leve lágrima de sus ojos, al indicio mas ligero de que quiere volver, el Esposo con nuevos impulsos la excita á que confiada se arroge entre sus brazos. Le dice, que á pesar de sus excesos y de los oprobrios de que lo ha cubierto, está pronto á perdonarla, á olvidarlos y restituirla á su primer estado. ¡Qué amor! ¡Qué dignacion! Y para que recobre tanto, no exîge de ella sino que confiese arrepentida sus delitos, y le prometa vivir bien en adelante. Si la Esposa se echa á sus pies, al instante la absuelve, la

perdona, la restituye á su amistad, la vuelve á poner en su throno, en su dignidad; y no solo le vuelve á dar todos los bienes que habia perdido, sino que le ayuda á conservarlos con su gracia.

Pero aun hay mas, porque no contento con haberla enriquecido de nuevo con tan grandes dones; como si interesase en ello su gloria, quiere que todos sepan la feliz aventura, y para que sea mas solemne la reconciliacion por la que anhelaba, despues de haberla perdonado en el secreto de la confianza, quiere que parezca en público, y vaya á sentarse en el sagrado banquete, que ha preparado á las fieles esposas que ha escogido, y en que sirven los Ángeles del Cielo. Quiere que estas almas felices que le aman y que él ama, la reciban en su augusta y bienaventurada sociedad. Que comuniquen y que partan con ella el pan celestial, con que las regala. Que la nueva Esposa coma la misma carne, beba la misma sangre del divino Cordero, y que tambien reciba el alimento que da vida. Allí le da el ósculo casto con su santa boca, la marca con el sello de la inmortalidad, la recibe en el número de sus esposas queridas, y le promete alimentarla siempre con este pan de amor, para sostenerla en los trabajos del camino hasta que la conduzca á las delicias inefables, donde lo vea en la celeste claridad.

Vé aquí, señor, vuestra historia; y podeis añadir, que este Dios amante que os tiene ya tan cerca de su mesa, y que os veia llegar con temor, ha querido sosegaros con tan buena noticia.

¡Bendita sea su misericordia! ¿Qué podemos pues hacer sino darle gracias, y aprovecharnos de tan rico don? Preparémonos pues con nuevas lágrimas de amor. Renovemos nuestro dolor de haberlo desconocido tanto tiempo, y ocupemos todo el tiempo que queda hasta este memorable dia de inmortalidad en hacernos ménos indignos de tan sumo bien.

Yo respondí al Padre, que estaba tan penetrado del conocimiento de mis iniquidades como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo: que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un rasgo visible de su divina providencia: que mi corazon lo habia conocido y dádole gracias: que esta señal de su bondad alentaba mi confianza, aunque no me quitaba la idea de mi indignidad, pues de mi parte el delito fué consumado: me hallaba mas tranquilo y mejor dispuesto para recibir con humildad el Santo Sacramento: que yo lo estaba ya por obediencia, y que ahora me dejaria gobernar con mas razon por su caridad y zelo.

El Padre se fué ofreciéndome volver al otro dia; y yo te contaré en seguida de esta carta lo que me pasó en él. Á Dios, amigo.

CARTA XXVIII.

El Philósopho á Theodoro.

Jamas te podré explicar, Theodoro mio, la inefable dulzura que sintió mi consolado corazon con la noticia de Simon. Yo habia imaginado con tanta viveza la muerte de aquel Extrangero, que su recobro me pareció una resurreccion verdadera. Luego que quedé solo, y pude abandonarme á mis propias reflexîones, me hallé diferente de mí mismo. Nadaba en un placer interior, en una satisfaccion tan íntima, que no me cabia el gozo en el pecho. Entónces entendí por primera vez, que los placeres del alma son de un órden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia, ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas, que todas las que producen los halagos del mundo.

Theodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia calmó mi corazon. ¡Dios! me decia yo, si un pecador miserable cubierto de iniquidades, si un infeliz que apénas empieza á llorar y pedir perdon, porque se ha dignado el Señor abrirle los ojos, siente tanto consuelo, de que un delito ya consumado por su parte no haya tenido todas las fatales consecuencias que temia; ¿quál será el del alma dichosa, que conserva intacta su inocencia, y quál el del hombre virtuoso, que despues de haber combatido con-

tra sí mismo, sale victorioso de la tentacion?

Esta señal tan manifiesta de la bondad Divina al tiempo que excitaba mi gratitud, alentaba de nuevo mi confianza. Repasaba con horror la dilatada historia de mis excesos: consideraba el colmo de iniquidad á que habia llegado; el profundo abysmo en que me habia sumergido; el modo y las raras circunstancias con que Dios me habia sacado; el cómo me habia traido á esta Casa, y dádome en ella un santo y zeloso Director, que me habia convencido de mis errores, mostrándome la brillante antorcha de la Religion; cómo me habia enseñado la Divina Ley y conducídome á la Iglesia. Que ya tenia la dicha de estar en ella, de haber pedido á Dios, y obtenido quizá el perdon de mis pecados; que ya estaba cerca el dia de solemnizar esta reconciliacion Divina, y recibir en el mas indigno de los pechos al Dios de amor que se dignaba purificarlo.

Todo esto junto me hacia estremecer, me sacaba las lágrimas de los ojos, y me hacia prorumpir en gemidos. Yo invocaba, yo clamaba á este Dios. Ya lo bendecia, y pedia con fervor á todas las criaturas del Cielo y la tierra, que entonasen conmigo hymnos de alabanza, de adoracion y gratitud con que glorificarle. Ya le ofrecia un dolor vivo, un arrepentimiento eficaz, una obediencia sin límites, un culto reverente, y una severa penitencia.

Quando mi imaginacion, calmada un poco, daba alguna tregua á la viveza de mis sensaciones, no se ocupaba mas que en proyectos de reforma de vida. Queria huir para siempre de este mundo impostor que así me habia seducido; de esos ignorantes

incrédulos que me habian engañado ; de esos hombres viciosos que me habian corrompido. Me determinaba á pasar una vida inocente y christiana en la soledad de mi Lugar , y en la casa de campo que poseo cercana á la Iglesia , en que descansan los huesos de mis abuelos y de mi esposa ; conducir allí mis hijos y familia ; educar á los primeros , y enseñar la Religion y las virtudes á todos , rescatando con egemplos de christiandad mis innumerables escándalos y desenfrenos.

Estas ideas me ocupáron de tal suerte , que pasé en ellas la mayor parte de la noche. Dormí poco ; pero no era el insomnio inquieto y desabrido del que busca para calmar su fatiga la insensibilidad del sueño ; era desvelo sereno y reflexîvo del que no quiere que la torpeza de sus sentidos lo prive de las sensaciones de que goza. Allí volvian á renacer todas las ideas de consuelo y de paz , que me hicieron tan feliz la noche que siguió al dia venturoso de mi reconciliacion , y allí volví á ver quánto mas deliciosos eran estos nuevos é ignorados placeres.

Quando llegó el Padre , me preguntó si se habian sosegado mis inquietudes. Yo le conté cómo habia pasado la noche , y la disposicion en que me hallaba. Todo es obra , me dijo , de nuestro buen Dios ; acerquémonos pues con confianza al throno de su misericordia. Dos dias grandes podeis contar en vuestra vida. El primero , quando en el Bautismo la Iglesia os recibió en su seno , y os comunicó los dones del Espíritu Divino con que Dios os adoptó por su hijo ; y el otro será el Domingo , quando ya reparada esta pérdida y reconciliado con vuestro

Padre os haga comer del pan que ha dejado á la Iglesia para repartirlo entre sus hijos.

Hasta aquí esta Santa Madre no ha podido trataros sino como penitente, ha llorado con vos vuestros errores, os ha tenido á sus pies, ha intercedido por vos, y ha usado de su potestad para absolveros; pero el Domingo os espera en su Mesa, os pondréis á su lado, os sentaréis con ella, y ya os verá como un hijo que estrecha entre sus brazos, y le da el ósculo de la caridad fraternal. Hasta ahora no ha podido mas que implorar por vos; pero el Domingo el hymno del ruego se va á mudar en cántico de gracias. Vos entonaréis con ella las alabanzas del Dios que os perdona. Ella será el testigo, el instrumento, el amigo que os conduzca al thálamo del Esposo que os espera para enlazarse con vuestra alma.

Ya con la absolucion os habia recibido en el número de sus Esposas; pero ahora quiere que se prepare una fiesta, un banquete solemne en que servirán lon Ángeles, y que adornarán con su presencia los Bienaventurados, como testigos que ayudan á cantar la gloria del Esposo; no como convidados, pues ya no necesitan de la sagrada vianda que allí se sirve, y que en la figura del Cordero cubre todo el esplendor de la Magestad Divina. Despojados de la mortalidad, y elevados á mas alto grado ya no hay velos para ellos; ya vén cara á cara al amante Esposo; ya gozan de toda su luz; ya nadan venturosamente en su amoroso seno, y se alimentan de su propia gloria.

Podrán asistir otras de sus Esposas, que siempre solícitas y hambrientas de este Pan celestial lo bus-

can con frecuencia. Habrá muchas que por la antigüedad de su amor, ó por la mas ferviente actividad de sus llamas traygan consigo derechos mas augustos, y pueden ser mas bien vistas por el Esposo. Pero no caben en esta santa solemnidad ni zelos ni envidias. Las mas dignas serán las que mejor os reciban, las que os abracen con mayor aficion, las que tributen mas gracias al Esposo de su nueva conquista, y las que mas le rueguen que os eleve á mayor dignidad. Los escándalos de vuestra vida léjos de entibiarlas serán nuevo estímulo para amaros mas; porque les servirá de motivo para compadeceros, para admirar el poder de la gracia y las misericordias de su Señor.

Preparémonos pues para este grande dia, para esta solemne fiesta; fiesta de inmortalidad en que empezaréis á ser habitante del Cielo; en que vais á presentaros á los ojos del inmenso Bienhechor que se digna de recibir vuestra alma por Esposa en presencia de su numerosa Corte. ¿Qué esfuerzos, qué diligencias no debe hacer una alma para adornarse de todo lo que la puede hacer hermosa para ganar el corazon de un Esposo tan alto? ¿Y quánto mayores deben ser las del alma, que ha tenido la desgracia de ofenderle largo tiempo?

¿Quién podrá presentarse á este celestial convite sin ponerse las mejores galas, sus mas ricos adornos? ¿Cómo irá una Esposa sin la ropa nupcial? Poneos la vuestra, y si sois pobre, si no la teneis, pedidla al Esposo. Él es magnífico, tiene thesoros inmensos, y es tan liberal, que siempre da mas que se le pide. Pero para pedírsela es me-

nester saber lo que se le pide ; en qué consiste esta vestidura de su boda ; quáles son las joyas que él estima , y que pueden haceros mas agradable á sus ojos. No son otras que las disposiciones con que el corazon se presenta á la sagrada Mesa , y de estas vamos á hablar.

La primera es entrar íntimamente persuadido de que toda buena disposicion viene del Cielo. Hablando en rigor ninguna basta para recibir á Dios dignamente. ¿Qué mortal y débil criatura puede merecer la gracia de recibir á su Criador? Todos los esfuerzos de las mas altas inteligencias no fueran capaces de prepararla bien á accion tan elevada , si el Espíritu Divino no la inflamara con su fuego. ¿Quién se atreviera á acercarse , si el mismo Dios no lo ordenara?

Pero este Dios de bondad ha instituido este Sacramento no solo para provecho de los hombres , sino tambien para ostentar su gloria , su amor y misericordia. Debemos pues prepararnos lo mejor que podamos , confesando que no le recibirémos como se debe, si él mismo no nos socorre. Debemos recurrir á su piedad con un corazon tan convencido de nuestra propia miseria , como confiado en su poderosa gracia. Debemos pedirle con deseos ardientes , que se digne de purificar nuestro corazon , adornando la estancia en que quiere hospedarse.

El Soberano que debe alojarse en una humilde Aldea , sabiendo que los pobres Paysanos que la habitan no pueden disponerle una estancia digna de su Magestad , envia su recámara que la prepare. Y quando el Rey de los Reyes , el Señor de los Señores por una bondad tan excesiva , co-

mo tan propia de su misericordia, quiere venir á habitar en el seno de un pobre pecador arrepentido, que se presenta con su miseria y sus deseos, envia al Espíritu Santo para que derrame en su alma sus divinos dones, y la enriquezca para que sea de algun modo digna de Huésped tan augusto.

Pero para esto es menester que haga de su parte el pecador todo lo que pueda; y lo primero y mas indispensable es, que procure estar limpio de todas las manchas que ha podido contraer. Es menester por lo ménos que se haya purificado de toda culpa mortal, y esto es lo que se llama la pureza de la conciencia. Sin esto toda Comunion seria profanacion. Esta es la prueba que nos pide el Apóstol declarando, que el que indignamente come el Pan y bebe el Cáliz del Señor, se hace reo de la profanacion de su cuerpo y sangre. Así todo pecado mortal que no ha sido confesado, de que no se está arrepentido, ó de que no se tenga voluntad de expiarlo con la penitencia, es un obstáculo tan invencible, que la Comunion se transforma en sacrilegio.

Á Dios gracias, señor, vos habeis hecho una confesion entera y completa, y si hago memoria de este requisito, es solo para que agradezcais á Dios el haberos dado tiempo y gracia para ello. Si la pureza de la conciencia es necesaria para comulgar dignamente, tambien lo es la pureza de intencion: esto es, hacer este acto, que es el mayor de la Religion por el fin único que se debe. Quanto sea mas puro el fin que el Christiano se proponga, tanto mas fruto sacará de es-

te Sacramento. Dios lo ha instituido como monumento que ha dejado en su Iglesia, para que renovemos la memoria de su muerte y resurreccion. Este debe ser pues nuestro obgeto principal; pero como al mismo tiempo lo ha instituido para su gloria, y es tambien el canal por donde nos comunica muchas gracias, tambien podemos dirigir nuestra intencion para glorificarlo, y para obtener los demas efectos de su misericordia.

El mas puro, el mas elevado fin que puede proponerse una alma, es comulgar por amor de su Dios, para atraer con frecuencia á su corazon á este obgeto único de todos sus afectos; para poseerlo y consolarse con él, inflamándose de nuevo en las mas encendidas llamas de su amor; para darle gracias por el incomparable beneficio de la redencion; para ofrecer al Eterno Padre este su amado y unigénito Hijo, que habiéndose ofrecido en el Calvario como víctima para expiar en la Cruz todas las culpas de los hombres, viene ahora como hostia saludable á expiar particularmente las nuestras. Si en el Cielo es el Pontífice sagrado que ruega en general por todos los hombres: si es el Mediador Divino que intercede por los pecadores; en el Altar es el Pontífice y Mediador particular del que le reciba con fe, con amor y dolor.

Como este Divino Redentor viene en calidad de víctima para expiar con los méritos, que adquirió en la Cruz, los pecados del que le recibe, este debe presentarse tambien como víctima por sus propios pecados; unirse de intencion con la víctima que tiene en su seno; ofrecerla y ofrecerse

él mismo á Dios; pedirle que en atencion á la Hostia Divina que le presenta se sirva de perdonarlos, resignándose á la muerte y demas penas que la divina justicia le destine por la via de su providencia, prometiendo castigarse él mismo con una penitencia severa, y hacer buenas obras que puedan reparar su injusticia; pedir al mismo Dios por los méritos de su Hijo gracia para cumplir estos buenos deseos, con el fin de que pueda presentarle méritos propios sobre que recayga la aplicacion de los de Jesu Christo; y finalmente el don de la perseverancia que lo conduzca á morir en su gracia.

Estas deben ser las intenciones generales del Christiano, que recibe la sagrada Cena con corazon bien dispuesto. Estas las consideraciones en que debe ocuparse su espíritu; pero hay otros muchos motivos particulares que pueden agregarse, y que no harán mas que añadir pureza á su intencion. El que conoce y teme su flaqueza, puede recurrir á este divino remedio para que lo fortalezca. El que se siente perseguido de una tentacion, para que lo libre de ella y de todos sus enemigos. El que desea una gracia particular, se dirige á un Hijo tan amado, á quien su Padre no rehusa nada. El que arde en gratitud porque Dios le ha sacado del abysmo de su iniquidad, y traido á su Religion y su Iglesia, ó por qualquier otro beneficio, no puede expresarla mejor que presentándole esta Hostia saludable, digno obgeto de su amor.

El que quiera glorificar á Dios en sus Santos ó en alguno de ellos, no lo hará mas dignamente, que ofreciéndole en memoria suya este sacrificio de

alabanza. El que movido del zelo de la caridad desea la conversion de alguno, ó el consuelo de sus trabajos, ó el logro de un deseo Christiano, ó en fin el alivio de las almas de sus amigos, parientes y demas que satisfacen á la justicia de Dios con las penas del Purgatorio, ¿qué puede hacer mejor que añadir en su Comunion este motivo? Pues nada puede abogar con tanta eficacia por los afligidos, nada puede interceder tan poderosamente con el Padre en favor de los vivos y de los muertos, como la Sangre preciosa que su Hijo derramó por todos.

Estos motivos son puros, son dignos de este Sacramento de amor; y el buen Christiano ha de proponérselos todos. Para conseguir tan excelentes frutos son necesarias estas disposiciones de que vamos hablando. Ninguna es mas eficaz que una entera confianza en Jesu Christo, una persuasion íntima de que este Divino Redentor es poderoso para obteneros todas estas gracias, y que desea concederlas.

El Evangelio está lleno de egemplos que lo manifiestan. Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesus [a]: »Si hubieras estado aquí, mi her»mano no hubiera muerto; pero sé que Dios os con»cederá todo lo que le pidiéreis." Jesus le responde: »Yo soy la resurreccion y la vida. ¿Lo creeis?" Ella vuelve á responder: »Sí, Señor. Siempre he »creido que sois el Christo Hijo de Dios vivo." Esta confesion dió principio al milagro de la resurreccion de Lázaro. Jesu Christo quiso que esta

a *Ioann. xi. 3.*

piadosa Israelita tuviese una confianza heroyca, y una fe viva de que Jesus era poderoso para librar á su hermano de la muerte y de la corrupcion.

El enemigo de nuestras almas, que sabe quán eficaz es esta fe y confianza en nuestro Salvador, se sirve de muchas ilusiones para debilitarla en nuestros corazones: nos representa con viveza una vida entera cercada de delitos; nos dice en secreto lo que las hermanas de Lázaro decian á Jesus, aunque en sentido diferente; esto es; que era menester haber empezado ántes; que no se llega tan presto quando se viene de tan léjos, y que llagas tan infectas y antiguas no se curan fácilmente. Con estas y otras ideas de esta especie trabaja por enflaquecer nuestra confianza, y pretende que despues de haber irritado la justicia de Dios con nuestros delitos, ultragemos de nuevo su misericordia con una criminal desconfianza.

Sin duda que una alma que ha estado largo tiempo muerta, siente mas dificultad en su renovacion interior, y en elevarse desde lo mas profundo de la tierra hasta esta vida celestial; y es conveniente que el pecador mismo conozca quán terrible es haber vivido tan sin temor de Dios. Pero quando sínceramente arrepentido ha lavado sus llagas en las aguas de la Penitencia, su multitud y enormidad no deben turbar su confianza; sus muchas y grandes miserias deben sí aumentar su compuncion, pero no producir su desaliento.

El primer instinto de su corazon debe ser adorar á Jesu Christo como á su resurreccion y vida; y tener una persuasion íntima, de que sus miserias son menores que la misericordia y los méritos de su Redentor;

una confianza segura, de que la Sangre del Cordero es mas poderosa para purificarlo, que lo fuéron los pecados para corromperlo. Por lo mismo que no halla en su indignidad nada que lo excuse; por lo mismo que no puede aguardar de su flaqueza ningun recurso para mejorarse, debe esperar mas de la bondad de aquel que sabe edificar la obra de la gracia sobre la nada de nuestra miseria. Quanto mas conoce su bageza propia, tanto mas glorifica el poder y misericordia de su Dios; y reconoce que un bien tan alto baja del Cielo, y que nunca se lo puede atribuir á sí mismo.

En efecto, señor, jamas Dios ha negado nada á quien le pide bien, y quando le pide por el Hijo que ama. Esta oferta es general y sin reserva alguna: *Pedid y recibiréis.* Jesu Christo dijo á sus Discípulos, y en ellos á nosotros: Todo lo que pidiéreis en mi nombre os será concedido. Él ha convidado á todos los que están cargados de pecados á recurrir á su bondad, y ha prometido aliviarlos. Vos teneis el horror de vuestros delitos pasados; pero pues ha movido vuestro corazon, pues os ha traido á su Iglesia, y os ha conducido desde la absolucion á su Altar, debeis pensar que quiere coronar en vos la obra de su misericordia; y ese mismo terror religioso que os amedrenta, es otro indicio de que os llama.

¿Quién sabe si Jesu Christo ha permitido que llegaseis á estado tan deplorable, para que el prodigio de vuestra conversion sea un egemplo y un estímulo para la de vuestros amigos? ¿Quién sabe si la providencia ha dispuesto, que vuestros excesos sean tan públicos, para que otros muchos pecado-

res que los saben no desesperen de su remedio, y se animen con el espectáculo de vuestra penitencia? ¿Quién sabe si vuestros delitos y escándalos servirán aun tal vez á los designios de la misericordia Divina en favor de otros muchos? ¿Y si la enfermedad de vuestra alma, que parecia ya desesperada, léjos de terminar en vuestra muerte, será ocasion de manifestar la gloria del Señor, pudiéndose decir de vos lo que Jesu Christo dijo de Lázaro: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios?

Quando la gracia convierte á un pecador oculto, todo el fruto de su conversion es para él solo; pero quando escoge á un pecador público y escandaloso, sobre todo si por su distincion y clase ha producido egemplos contagiosos, y es un Lázaro, que muerto despues de largo tiempo está ya corrompido; los designios de Dios son mas extendidos, y su bondad con la mudanza de un corazon prepara la de otros muchos. Con un escogido suele formar millares, y los delitos de un pecador pueden ser en los altos juicios de Dios la semilla de mil justos. Vos os sentis desalentado reconociendo la gravedad de vuestras culpas, y quizá esta misma gravedad es la que debe animar vuestra confianza, porque ella misma os hace ver quanto debeis á la eleccion Divina, que os ha escogido para monumento público que acredite la extension de sus misericordias aun con los mas desordenados delincuentes.

Creed solamente, decia Jesus á las hermanas de Lázaro, y veréis la gloria de Dios. Y yo os digo tambien: Creed á este Dios de amor con fe y reverencia; y quizá veréis que vuestros parien-

tes, vuestros amigos y los cómplices de vuestras iniquidades se hacen los compañeros de vuestra penitencia. Quizá veréis, que las almas mas estragadas suspiran con vuestro egemplo por otra mejor vida, y que las gentes que vivian con mayor abandono dan gloria á Dios, acordándose de vuestros errores, y admirando en vos el poder de la gracia.

Reflexîonad pues, señor, que vuestras mismas miserias pueden ser motivos nuevos de valor y confianza. Bendecid la sabiduría inescrutable del Eterno, que sabe sacar hasta de nuestras iniquidades y pasiones nuevos realces á su gloria. Todo coopera al bien de sus escogidos, y si tal vez permite grandes miserias, es para manifestar grandes misericordias. Dios quiere siempre la salvacion de sus criaturas; nada desea mas que perdonarlas, recibirlas en su seno, y llenarlas de bienes. Y quando imploramos su misericordia no es su justicia lo que debemos temer, pues nos espera con bondad; no es tampoco nuestra pasada indignidad, pues nuestro dolor la expia; solo debemos rezelar de nosotros mismos; esto es, de que nuestra voluntad no sea síncera; que nuestra determinacion de mudar de vida no sea del todo eficaz; que nuestra flaqueza nos impida tomar todas las medidas, todas las precauciones necesarias por mas ásperas, por mas severas que sean, para alejarnos de las ocasiones peligrosas, y de ofenderle de nuevo.

Con razon desconfiaria de la obra de la gracia, y de recibir como debe á su Dios el que no se determine á alejarse de todos los lugares, situaciones y escollos en que tantas veces naufragó su inocencia. El que no está resuelto á quitar todos los mu-

ros, estorbos y embarazos que lo separáron de su amor. Las pasiones no se debilitan sino por la ausencia de los obgetos que las inflaman. ¿Cómo podrá mudarse un corazon, que vive entre peligros que á todas horas le rodean? ¿Cómo puede ser casto el que continúa viviendo en medio de las amistades, familiaridades y placeres que le han corrompido tantas veces? ¿Cómo hará reflexîones serias sobre la eternidad, ni pondrá un intervalo entre la vida y la muerte el que no lo quiere poner entre la muerte y los obgetos que le alejan de su enmienda? ¿Cómo es posible que pueda adquirir el gusto de una vida christiana y penitente el que no se separa de las agitaciones, pasatiempos y futilidades mundanas?

Es locura imaginar que un corazon pueda hacerse á nuevas inclinaciones y costumbres en medio de todo lo que fomenta y fortifica las antiguas: que la lámpara de la fe y de la gracia se encienda entre las tempestades y los uracanes. Esta lámpara tan delicada, que aun en el secreto reposo del santuario se apaga muchas veces por falta de alimento; esta lámpara á quien ni la tranquilidad del retiro puede asegurar su permanencia, ¿cómo podrá lisongearse de mantenerla siempre encendida en el borrascoso mar de los peligros?

Pero vos, señor, estais determinado á alejaros de todas las ocasiones de riesgo; estais resuelto á tomar todas las precauciones de prudencia, para fortificaros contra vuestra misma flaqueza; quereis salvaros á todo precio, y por mas que os cueste. Vos adquiris pues el derecho de pedir á Dios que perfeccione su obra. Desde que os se-

parais de todos los obgetos que fomentaban vuestras pasiones injustas, le podeis decir: Ya eres tú, mi Dios, el que puede acabar la obra de tu piedad; yo segun me parece, he hecho de mi parte lo que podia. Ya te he sacrificado todos mis afectos viciosos, y los obgetos que los podian resucitar; ya me he alejado de todos los escollos en que mi débil corazon pudiera experimentar nuevo naufragio; ya he mudado quanto en mi vida y mi conducta dependia de mí.

Tú solo eres el que puede mudar mi débil corazon, y fortificarlo con tu gracia; tú solo puedes romper los lazos invisibles, y superar los obstáculos interiores, y triumphar de toda mi envegecida corrupcion. Ya está quitada la losa fatal que me impedia escuchar tu voz; ahora te toca ordenarme como á Lázaro salir de esta tumba funesta, de este abysmo de miserias y de horror. Ordénamelo, Señor, con esa voz activa y poderosa, que resucita á los muertos, y los llena de vida. Ya vuestro Ministro me ha desatado las cadenas con que estaba mi alma aprisionada; pero vos solo podeis hacer que yo conserve esta libertad que me ha dado; vos solo podeis hacer que este convaleciente se restituya á una salud entera, y que la nueva vida que comienza sea el principio de la vida eterna.

Ved aquí, señor, como la confianza en la bondad Divina, quando está apoyada en sérias y prácticas resoluciones, puede alentar al mayor pecador, para que se presente á la divina Mesa. Y si lleva consigo todas las demas circunstancias que exîge un don tan inefable, puede esperar los frutos

soberanos, que produce este Pan celestial en las almas bien dispuestas. ¿Pero quién, por poco que considere la grandeza de esta accion, no se llenará de estupor y asombro religioso? ¿Quién es el que viene? El Dios inmenso, infinito, omnipotente, Criador del Cielo y de la tierra: el Ser de los seres, que exîste necesariamente por la naturaleza de su propio Ser, que exîste solo por sí mismo, y ha dado el ser á quanto exîste, á quanto los ojos vén, á quanto el entendimiento sabe: el Ser inmutable y permanente á cuyos pies se suceden y se renuevan todas sus criaturas que se reproducen: el Dios inalterable y eterno, que vé pasar las generaciones que se desaparecen, los imperios que se destruyen, y los monumentos que se desmoronan.

El Dios amable, principio y modelo de todas las hermosuras, fuente primordial de todas las gracias, causa original de todos los castos amores. El Dios amante, que nos ha dado la exîstencia, y con ella todos los bienes que nos comunica, y todas las esperanzas eternas que nos promete; que nos ama tanto, que nos ha dado tambien á su Hijo amado para rescatarnos de nuestra esclavitud, para sostenernos contra nuestra flaqueza, y ayudarnos á conseguir los bienes últimos y perdurables.

El Verbo Divino, la Sabiduría increada, que engendrado, ántes de que hubiese siglos, en el seno de su Eterno Padre, vino en tiempo al de una Vírgen pura, y uniéndose con la carne y sangre que de ella preparó el Espíritu Santo, y con la perfectísima alma que fué criada para él solo, sin

dejar de ser Dios se hizo Hombre; nació, murió, resucitó y subió á los Cielos, en donde Rey de la Gloria y revestido de toda potestad está á la diestra de su Padre, y es allí la dicha de los Ángeles, y el placer inmortal de los Bienaventurados, y ahora viene á esconderse y visitar el corazon humilde que lo llama é implora.

El Dios amante, que no contento con haber vivido y conversado con los hombres, no contento con haberles traido la luz del Evangelio, y haberles enseñado el camino de la Gloria en donde los espera, ha querido dejarles este monumento de su amor, esta memoria de su sacrificio, este socorro con que los consuela en su destierro. El Dios en fin que parece está impaciente porque está separado de sus escogidos, á quien su ingenioso amor sugirió la invencion divina de esconderse en el Sacramento Eucarístico para comunicar con ellos secretamente miéntras llega el dia de la claridad, en que cumplidos sus inmutables decretos se les mostrará en toda la extension de su gloria, inundando sus corazones en eternos torrentes de delicias.

¿Y á quién viene este Dios tan magnífico como inmenso? Á sus débiles y deleznables criaturas, á hombres que sacó de la nada y que formó de barro; á hechuras suyas que no tienen de sí mismas sino corrupcion y bageza; que si tienen algo, todo lo deben á su gracia ó á su misericordia. Y si la criatura mas perfecta, la que le ha servido con mas fidelidad y mas constancia, es indigna de bien tan soberano; ¿qué será el mísero mortal que ha tenido la desgracia de ofen-

derle, que lo ha desconocido, que ha adorado Dioses extraños, y que ha preferido viles criaturas á su Dios verdadero? ¿Y por qué? Por entregarse á placeres frívolos y groseros, quebrantando sus leyes, despreciando su sangre, y renunciando á su amistad.

¿Á qué viene? Á perdonarle, á restituirle los bienes que ha perdido, á sacarlo de las sombras y de la region de los muertos en que se habia sepultado, á darle nueva vida, nuevas esperanzas, y ponerlo otra vez en el camino que conduce á la mansion celestial. ¿Cómo viene? Un dia vendrá con toda la pompa de su Magestad: una nube brillante será el carro que lo conduzca: los Ángeles ministros de su voluntad le acompañarán para ser egecutores de su invariable justicia: el Cielo temblará, la tierra se estremecerá, los muertos llenos de terror saldrán despavoridos de sus sepulcros al son de la espantosa trompeta, y vendrán á escuchar la inexôrable sentencia que pronunciará este supremo Juez.

Pero ahora no viene de este modo; viene como Padre, como amigo; viene en el throno de su misericordia á confortar á los que le aman, á consolar á los afligidos, y á sostener á los débiles. Viene con las alas del divino amor á satisfacer su inmensa é inagotable beneficencia, á cumplir su palabra de permanecer con los que comen su carne, de aliviar á los que se sienten fatigados y le piden socorro; de introducirse en su corazon y comunicarles los dones de su Espíritu, de hacerse uno con ellos, y ofrecerse con ellos de nuevo á su Eterno Padre, para que confirme esta union y la haga eterna.

¿Quién podrá considerar tanta Magestad y tanta dignacion sin sentirse penetrado de amor y respeto? El hombre débil está á vista de su Dios que desciende hasta él; un velo sagrado le cubre, pero la fe le dice: Que aquello que parece pan es Jesu Christo, el mismo que ha criado el mundo, que lo conserva y lo gobierna: aquel en cuya presencia las columnas del Cielo se estremecen: aquel á quien toda la naturaleza se postra: aquel en fin en cuya comparacion todo el universo es ménos que la nada. ¡Qué respeto le deben inspirar estas ideas! ¡Pero qué amor, qué consuelo debe sentir quando piensa que esta grandeza infinita se digna de venir para desposarse con su alma, y unirse con ella con la union mas íntima y estrecha!

¿Cómo no se humillará ante Magestad tan alta? ¿Cómo arrepentido de sus errores no volará á los brazos de tan buen Padre? ¿Cómo con las lágrimas en los ojos y el dolor en el pecho no le dirá como el Hijo Pródigo: Padre, pequé contra el Cielo y contra vos? Si el Publicano no se atrevia á acercarse al Altar, ni á levantar los ojos al Cielo, sino avergonzado desde un rincon se contentaba con herirse el pecho; vos con la misma compuncion, pero con mayor confianza, id al Altar, decid tambien: Mirad con piedad á este pobre pecador. Así con el profundo respeto que debeis á Magestad tan alta, uniréis el tierno amor y la confianza que merece por su bondad inefable.

Sí, señor: confianza y amor; porque este Dios de Magestad y justicia, que mira al pecado con odio implacable, con cólera inflexîble; mira al pecador

ya arrepentido con lástima, y lo espera misericordioso. Siendo tan puro y santo no puede dejar de aborrecer la iniquidad; pero siendo nuestro Criador y nuestro Padre nos ama á pesar de nuestra ingratitud, nos llama, nos excita, nos espera; y miéntras no llega el plazo que ha señalado á su castigo; miéntras duran los dias de propiciacion y de esperanza, que son todos los que nos concede de vida, nos aguarda siempre con los brazos abiertos para recibirnos en su seno.

Bien nos ha mostrado este amor, esta compasion, este vivo interes con que mira á los pecadores. Y si no considerad, ¿por qué bajó del Cielo á la tierra? ¿Por qué se revistió de nuestra desdichada carne? ¿Por qué emprendió tan penosos trabajos? Sin duda para convertirlos y ganarlos; y para conseguirlo se dignó comer con ellos, y llegó á decir, que su alimento y sus delicias era ganarlos para el Cielo. Si ayunó, si veló, si repitió tantos y tan laboriosos viages, si sufrió tantas fatigas y persecuciones, fué ciertamente por salvarlos. Si empleaba los dias en el ministerio de su predicacion, y la noche en pedir á su Padre que los socorriera, era solo por el amor que les tenia. Las entrañas de su misericordia estaban siempre abiertas para recibirlos; y observad en la historia de su santa vida, que jamas rechazó á ninguno de quantos imploráron su piedad.

Este deseo de salvarlos y de remediar todas sus miserias era tan vivo en su piadoso corazon, que para rescatarlos y libertarlos de los males eternos, ha consentido en que le crucificasen entre dos malhechores, y ha querido derramar hasta la última

gota de su sangre. ¿Quién pudiera discurrir mayor fineza? ¿Quién no dirá que esta es la última prueba de amor? Y con todo nuestro Salvador tan ingenioso como amante ha querido extender el suyo mas allá de su vida.

Para no separarse de los hombres, para dejarles despues de su muerte un remedio seguro, instituyó este Divino Sacramento, en que se reproduce de continuo con toda su virtud y eficacia. El hombre une su carne con la suya, y goza de todos los bienes que produce su presencia; y el mismo amor que le obligó á morir por los pecadores le ha inspirado la institucion de esta Sagrada Eucaristía. Si por amor vino á la tierra y se entregó á la bárbara iniquidad de sus enemigos, por amor se comunica á los hombres, y muchas veces á pecadores tan culpados como los que le quitáron la vida.

¿Pero quántos thesoros, quántas gracias encierra esta institucion tan digna de su poder y de su sabiduría como de su beneficencia? Si es un testigo íntimo de la funesta muerte que se acarrean los que lo profanan, recibiéndole sin fe ni caridad; es vida y salud para los que lo reciben con humildad y confianza. No pide otra cosa para producir estos efectos admirables, sino la viveza del deseo, y la rectitud de la intencion.

Con esta viva disposicion que trayga el hombre, es este divino Pan un bálsamo de vida que lo renueva. Por grande que sea su flaqueza, por mas inveterados que sean sus males, por mas cumplidas que sean sus enfermedades, todo lo cura, todo lo restablece. Es todo para todos. Es el remedio de los justos y de los pecadores: vianda sólida

que da robustez á los santos: medicina útil que sana á los enfermos: vida de los vivos y resurreccion de los muertos; pues como dice San Agustin: No solo sostiene á los que viven, sino que vuelve á dar la vida á los muertos. Y ved aquí por qué desde que el hombre no se conoce gravado de culpas mortales, desde que las ha procurado lavar con aguas de la penitencia puede y debe participar de este inefable Mysterio.

Es un grande error y muy perjudicial alejarse, y tal vez alejar á otros de este Divino Sacramento con el pretexto de la propia indignidad, quando esta no tiene otro fundamento que las humanas fragilidades y flaquezas. Esto es no conocer la naturaleza y calidad de este Pan Celestial. Sin duda que el hombre no puede disponerse bastantemente, y por mas que se disponga nunca será digno de recibir tan alto don; pero tampoco debe olvidar que Dios no solo lo ha instituido para servir de alimento á los Santos, sino de medicina á los enfermos; no solo para consolar y fortificar á los justos, sino para alentar y reparar la salud de los penitentes. Los mas débiles lo necesitan mas, y deben privarse ménos que los fuertes. Las almas santas y vigorosas pudieran perseverar sin este auxîlio mas largo tiempo, que las que por su flaqueza corren mas peligro, y no pueden por sí sostenerse.

El mismo Salvador hablaba de estas personas quando figurando este mysterio decia: Si las dejo mas tiempo sin comer se desmayarán, porque algunos han venido de muy léjos; dándonos á entender, que así como aquellos hicieron mas largo viage para oirle, estaban mas expuestos á desmayarse

que los que le hicieron ménos. Así en esta vida los mas flacos, que tienen mas que andar para llegar á la perfeccion, están expuestos á mayores peligros. Y pues este Pan Celestial nos ha sido dado por el Cielo para sostener nuestra flaqueza, no es temeridad sino santa y prudente precaucion recurrir á la bondad de un remedio, que se nos concede con tanta liberalidad.

El Venerable Padre Granada dice, que una de las mayores faltas que cometen los hombres, y de que se les tomará cuenta rigurosa en el último dia, será la que hacen contra la Sangre de Jesu Christo, no queriendo aprovecharse de los admirables remedios que por ella tienen los Fieles, y sobre todo en la Eucaristía; y hace sobre esto una comparacion, que me parece excelente. Si un Rey, dice, hubiera fabricado á mucha costa un Hospital magnífico para recibir en él toda clase de enfermos; si lo hubiera proveido de quanto es necesario para aliviar todos sus males; y si despues de haber acabado esta obra tan útil como suntuosa, empleando crecidos gastos y muchos afanes, no se presentara ninguno para ser curado, este Rey estaria enojado, y descontento de haber trabajado tanto por gentes tan indignas de atencion, que ni siquiera tienen cuidado de su propia salud.

No es pues dudoso que el Rey del Cielo concebirá la misma indignacion, si vé que despues de habernos proporcionado un remedio que le cuesta tan caro, como es su propia Sangre, nosotros no lo apreciamos bastante para querer aprovecharnos; ántes por el contrario hacemos quanto está de nuestra parte para que sus designios sean inútiles, y sus trabajos in-

fructuosos. Este desprecio, esta negligencia es un pecado horrible y semejante al que nuestro Señor explica en la parábola del festin, quando los convidados se excusáron de venir á su convite [a]. Es muy de temer que se extienda á ellos aquella espantosa sentencia: En verdad os digo, que ninguno de estos hombres, que he convidado, tendrá jamas parte en este festin.

En efecto, señor, ¿quién puede tener razon legítima para excusarse, y no aprovecharse de don tan solemne? El que ha sido muy grande pecador debe saber, que desde que se determina á entrar en los caminos de Dios, y se arrepiente con sinceridad de su vida pasada, ya deja de serlo; pues como dice muy bien San Gerónymo: Los delitos pasados desde que nos afligen y dejamos de amarlos, ya no nos condenan con propiedad. La causa de nuestra perdicion no es haber cometido pecados, sino no arrepentirnos, no llorarlos, no expiarlos. No hay culpa irreparable, no hay delito irremisible; el que se vea mas caido en tierra, el que esté mas abrumado de delitos no necesita de otra cosa que de arrepentirse, y solo con que se aflija y tienda la mano puede estar seguro de que Jesu Christo lo levantará.

Sin duda que no es digno de acercarse á este tan sublime Mysterio; ¿pero qué mortal lo es ni podrá nunca serlo? En hora buena que conozca su indignidad; pero reconozca tambien y admire la afabilidad y dulzura de su Dios, que ha instituido este Divino Sacramento para comunicarse por él has-

a *Luc.* XIV. 13. 16.

ta con los imperfectos y débiles. Su bondad es tanta, que no pide necesariamente largos méritos ni grandes virtudes, y se contenta con la pureza, y con buenas intenciones y deseos. Su gracia es tan eficaz, que ella perfecciona y da al hombre lo que le falta, de modo que el débil se halla robusto, y lo que empezó por humilad, llega á ser confianza. Así léjos de ofenderle el que le busca conociendo su indignidad, le ofendiera si con este pretexto dejara de aprovecharse del único remedio que se la puede quitar. Y ved aquí los motivos que deben excitar en su corazon los deseos y el valor de acercarse á tan inefable Sacramento.

Seria, señor, una gran tentacion, aunque cubierta con la máscara de respeto y de religion, no atreverse á participar de este Pan Celestial hasta sentirse digno de recibirlo; porque entónces no se recibiria nunca. Nuestra vida entera no pudiera ser una preparacion suficiente para ponernos en estado de merecer el mas alto de los favores Divinos en la tierra. Nadie puede llegar á tanta perfeccion. Pero Dios que conoce nuestra miseria y el barro de que nos hizo, no exîge tanto, y solo pide que hagamos seriamente lo que depende de nosotros para disponernos con su ayuda á tan grande y terrible Mysterio.

En estos dias pues en que nos vemos ya tan cerca del Altar, nuestro ardor y nuestra vigilancia deben aumentarse. Debemos tener los ojos mas abiertos sobre nosotros mismos; debemos considerar con mas atencion todas nuestras acciones y palabras con gran cuidado de no hacer ni pensar nada que pueda ser ménos conforme á la Santidad de Dios que

vamos á recibir. Toda conversacion inútil, todo discurso alegre y advertido, aunque indiferente en sí mismo, no serian una disposicion conveniente. El alma no debe estar llena sino de su obgeto; la lengua debe estar contenida, la boca inocente y pura; ¿y cómo permitirá que se le escape una palabra vana ó peligrosa, quando sabe que es la puerta por la que la Hostia de propiciacion entrará en su pecho?

Si la boca debe estar tan limpia, ¿quánto mas lo debe estar el corazon? No hablo de los pensamientos malos é impuros, entre los que ciertamente no pudiera subsistir Jesu Christo; entiendo aun de todas las ideas vanas, ó de las imaginaciones inquietas, que es menester tambien desterrar del ánimo. No debe haber en él nada, no digo que pueda ofender á nuestro Dios, sino que nos pueda distraer un instante de su amor y de la contemplacion de su fineza. David dice, que el Señor debe habitar en un lugar de paz; así deben alejarse todos los pensamientos que pueden disipar el espíritu ó turbarlo. El lecho que le prepara la Esposa de los Cantares está lleno de flores, y no conviene introducir espinas de pensamientos inquietos ó ideas vanas. Y si la necesidad obliga á tratar de asuntos humanos, que sea con tanta reserva y moderacion, que el corazon no se turbe, ni se alegen del alma el reposo y la paz.

Es menester pues emplear todo el tiempo que nos queda hasta el Domingo en egercicios espirituales; es menester que lo ocupemos en levantar nuestro corazon á Dios, en meditar su grandeza y nuestra bageza, y la inefable dignacion con que viene

á establecerse en un corazon vil que no lo merece. Estos serán los olores agradables con que debemos perfumar la habitacion, que se prepara á recibir el Húesped Celestial, y que quando llegue el Divino Esposo salgamos á su encuentro con el casto pudor del respeto y las ardientes llamas del amor.

Que vuestra fervorosa oracion se eleve hasta el inescrutable solio de la adorable y augusta Trinidad, dirigiéndoos cada dia de los que faltan á una de las Personas Divinas, para que os den la gracia y pureza que merece tan sagrada accion. Recurrid particularmente á la muy Santa Madre de Jesus, á esta Vírgen purísima, que tan dignamente llevó en su seno nueve meses á este Salvador, á quien dió el ser humano, y que va á depositarse en vuestro corazon, suplicándola que por aquel encendido amor, por aquella fervorosa devocion con que lo concibió en sus entrañas, y con que lo recibió entre sus brazos, os alcance la gracia de recibirlo con amor en vuestro pecho.

Procurad representaros la ternura y el ardor con que comulgaba esta soberana Reyna, quando despues de la Ascension á la Gloria recibia el Cuerpo de su Hijo adorado. La fe viva, las lágrimas de amor, y los consuelos inefables que experimentaba su puro corazon, quando recibia en él bajo las especies Sacramentales la carne, formada de su propia carne, miéntras le llegaba el tiempo de gozarle en toda su hermosura. ¡Ah! Si pudiéramos concebir algo de la fe y del amor de esta la mas perfecta de sus obras, la mas amante y la mas amada de sus criaturas; nuestro tibio corazon se encenderia en el ardiente volcan del suyo, y

la menor de sus centellas bastaria para abrasarnos en su santo fuego.

Pero pues es Madre de misericordia y Madre de pecadores, pedidle que os asista en una ocasion tan importante, en que vuestra alma pobre y desvalida va á desposarse de nuevo con su Hijo, que es Esposo tierno y misericordioso de las almas. Vos debeis consideraros en aquel estado en que estaria una muger infeliz, que ciega ó insensata hubiera tenido la desgracia de ofender con loco desacato al mas digno y mas amante de los Esposos; pero este á pesar de sus infamias con noble corazon la vuelve á dar lugar en su Casa y su lecho. ¿Quál debiera ser su confusion, si le quedaba algun pudor, quando por un lado considerase sus desórdenes, y por otro la bondad que á pesar de sus excesos, léjos de arrojarla como merecia, se dignaba de recibirla? ¡Pero qué diferencia de un esposo mortal al Celestial Esposo! ¿Quién puede comprehender esta desproporcion infinita? El Rey de los Reyes, el Señor de los Señores, á quien habeis ultrajado de tantos modos y tantas veces, despues que os habeis prostituido á su enemigo, y preferido á su amor el de las viles criaturas, os perdona, se reconcilia con vos, y os recibe de nuevo en su Casa, en su Mesa y entre sus brazos, y os declara otra vez su Esposa querida, y solemniza con una fiesta la renovacion de vuestro desposorio.

Invocad pues á su piadosa Madre, para que os sirva de Madrina en tan augusta solemnidad. Ella es rica y puede daros con su intercesion una magnífica vestidura con que os presenteis dignamente á tan excelso

thálamo. Es la Madre del amor hermoso, del temor filial, del conocimiento y de la santa esperanza. Ved aquí las preseas con que puede adornaros, y que son las mas propias para este dia feliz. Pedid á su Esposo Joseph, que fué tambien el Padre putativo de vuestro amante Esposo, y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la Madre y del Hijo, que os sirva de Padrino. Invocad á vuestro Ángel de Guarda, á quien Dios ha concedido el cuidado de vuestra vida, y pedidle que os ayude en el acto mas importante de ella. Á los Santos de vuestro nombre, que son los protectores naturales que Dios os ha destinado para vuestra custodia. Ocurrid á los de vuestra devocion, para que os asistan en lance de tanto interes, y que sean los amigos de la Esposa.

Llamad á todos los Bienaventurados que le gozan, á todos los Ángeles que le sirven, y que le acompañarán reverentes quando se digne descender á vuestro pecho. Pedidles que os enseñen á respetarlo como ellos lo respetan, y á encenderos en amor como ellos se abrasan; y estad seguro que si los llamais con síncero fervor, todos vendrán á asistiros y ofrecer al Señor vuestros deseos. Estos felices Inmortales, arrebatados en el amor de este Dios de que gozan, están tambien penetrados del mismo Espíritu, y no emplean su exîstencia bienaventurada sino en alabar incesantemente á su Divino Bienhechor, y en pedirle misericordia para los Mortales que imploran su auxîlio, y se convierten de corazon.

¡Quál debe pues ser vuestra confianza, quando considereis que os vais á presentar á un Dios:

de bondad, que se digna de venir á vos, y que vais acompañado de tan excelsos Padrinos, de tan altos protectores, y de tan buenos amigos, y que todos interceden para que el Espíritu Santo os aplique con esta Carne divina y vivificante, que vais á recibir, todos los méritos de Jesu Christo, y todos los frutos de su redencion!

Considerad tambien que ya estais en el seno de la Iglesia, y que esta Madre piadosa, aunque dividida en sus miembros, y derramada por toda la tierra, está siempre unida de intencion: que esta es la Familia santa compuesta principalmente de los escogidos, y de los amados de Dios, que lo adoran en espíritu y en verdad, aunque entre sombras, esperando el dia de la luz: que ahora mismo está con gemidos amorosos pidiendo por vos quando ruega por la conversion de los pecadores, y por la perseverancia de los justos. ¡Quántos motivos pues para animar nuestra desconfianza por mas vil y abominable que haya sido nuestra conducta!

Apartad pues desde ahora: apartad de vos toda idea de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, ó si pensais en ella, sea solo para despertar mas vuestra gratitud, y admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuele hasta su altura con las alas del amor y de la confianza. Que vuestro corazon se enlace desde ahora para siempre con la Cruz de nuestro Salvador: que vuestro entendimiento no se ocupe sino en la memoria de su Pasion y de su Divino Sacrificio, considerando el infinito amor con que se abandonó por vos á tan inauditos tormentos como sufrió, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecian; y en fin esta inmensa caridad con-

que á pesar de vuestros extravíos viene á unirse con vuestra alma en la mas dulce y amorosa union. Jesu Christo ha instituido este Sacramento en memoria de su muerte, y esta es la idea mas digna, el pensamiento mas tierno en que puede ocuparse el que va á recibirlo, si quiere ser fiel á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único obgeto escuchad, y no escucheis otra cosa, que esta voz del Evangelio que Dios os comunica por mis labios: Ved aquí el Esposo que viene, salidle al encuentro. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oido despierte y produzca en vuestro corazon todos los sentimientos de ternura y amor que se le deben. Sí, señor; no lo dudeis; es vuestro Esposo, y el Esposo mas amante el que va á venir. No hay Sacramento èn que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro Esposo como en el de la Eucaristía, porque su efecto es unirse íntimamente con el que lo recibe, hacer una misma cosa de los dos, y producir verdaderamente una alianza espiritual.

Para salir como es menester á recibirle, considerad como él mismo viene: viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. Él mismo nos dijo, quando instituyó este Sacramento: que habia deseado con ardor celebrar con nosotros esta Pasqua: esta Pasqua en que se come el verdadero Cordero. Él mismo es el Cordero. Esta Pasqua en que para darse á vos se prepara al Sacrificio mas terrible. Si él deseaba por venir á nosotros padecer tanto mal, ¿quánto debemos desear que venga á nuestras almas nuéstro Salvador, que es el manantial de todo bien? ¿Y con qué respeto, devocion y alegría lo debemos esperar?

Así lo recibió el anciano Simeon quando lo tomó de los brazos de su Madre, y quando protestó que no habia deseado la vida sino para ver á su Salvador. Así lo esperaban los antiguos Patriarcas suspirando por el dichoso dia en que se cumplirian las Divinas promesas. Así lo recibió la Madre del Bautista quando vió en su casa á la Madre de su Señor, y le dijo: ¿De dónde me viene tanta dicha, que la Madre de mi Señor entre en mi casa? Si así pensaban tan altos Personages, ¿qué harémos nosotros, indignos y pobres pecadores, quando vemos que el Dios del Universo y toda la gloria de los Cielos desciende hasta nosotros? ¿Con qué ardor y sinceridad debe decir nuestro corazon: Ó Padre, ó buen Pastor, mi Dios y mi Señor, no te has contentado con criarme á tu imágen y haberme rescatado con el precio de tu Sangre, sino que por un prodigio incomprehensible de amor te dignas de venir hasta mí para habitar en mi alma, para transformarme en vos, para uniros conmigo con lazos de amor, con vínculos de eterna caridad?

¿De dónde me viene tanto bien? No es por mis méritos, pues no he hecho mas que ofenderte; no por honraros, pues soy un pobre que hiciste de barro, y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta que tú deseas mas venir á mí, que yo, que soy el que lo debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de vuestro socorro, y porque sin vos no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo debiera buscaros para tener en vos al que puede dármelo todo. Pero vuestro amor excede tanto aun mi propio interes, que

vos venis á dármelo todo, aunque yo no lo desée ni lo busque tanto como debiera. Vos habeis dicho, que vuestras mas dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¡Qué bondad! No es tan natural al Sol alumbrar ni al fuego encender, como á ti el amarnos y hacernos bien.

Ved aquí las únicas ideas y pensamientos saludables que deben ocuparos hasta el feliz momento que os prepara el Cielo. Vuestro corazon debe inundarse en un mar de alegría, y bogar con los veloces remos de la dulce esperanza; pero como la Santidad de este Esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte él gusta de ver en el amor de sus Esposas un casto pudor, es menester que vuestra devocion y alegría vayan acompañadas de una profunda reverencia, considerando por un lado la magestad del que viene, y por otro la bageza del que aguarda. Estos sentimientos reunidos os podrán hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sirve al Señor con temor, y alégrate en su presencia con temblor.

Acordaos de las terribles amenazas que publicó Moyses por órden de Dios al pueblo en el momento de promulgar su ley; tened presente como mandó: Que nadie se atreviera á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre ni bruto ni rebaño, so pena de ser apedreados. Reflexîonad que aunque permitió á Aaron, que él mismo habia nombrado soberano Sacrificador, que subiese al monte, le mandó no obstante que adorase desde léjos; sin que otro que Moyses tuviese el privilegio de acercarse: y discurrid que si tanto respeto era necesario quando Dios publicaba su ley por medio

de un Ministro, ¿quál debemos tener quando el mismo Señor viene en persona? Escondeos pues en vuestra propia bageza, humillaos hasta el polvo de la tierra, quando veis que el Señor de tanta Magestad desciende para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el Padre y se fué. Me seria imposible, Theodoro, referirte por menor todo lo que me dijo en los dias que siguiéron hasta aquel dichoso Domingo, porque ya no fuéron discursos seguidos como los precedentes. Eran tiernos afectos y movimientos de su corazon: no tenian mas que un obgeto, que era el de mi próxîma no merecida felicidad; pero tan varios, y presentados con aspectos tan diferentes, que es imposible que yo los pueda recordar, tanto mas quanto aquellos dias pasaba mas tiempo conmigo, y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel como habia hecho hasta entónces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que ya no eran raciocinios del espíritu, sino desahogos tiernos de un corazon inflamado. Y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos dias me dijo aquel Ángel del Cielo. Era un rio impetuoso de sentimientos y afectos encendidos. Era un volcan ardiente de que salian continuamente erupciones inflamadas. Se veia que su corazon era una hoguera que ardia en el amor Divino, y que las llamas le salian por boca y ojos. ¡Pero qué vigor en sus discursos! ¡Qué viveza en sus imágenes! ¡Qué coloridos en sus locuciones! ¡Qué sensibilidad en sus palabras! Su espíritu me parecia superior al de un hombre, y que poseia ya los dotes de las

inteligencias celestes ; y todo esto acompañado de un zelo , de una caridad, de una compuncion , que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Hubiera sido menester que yo fuera un monstruo , una piedra insensible para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no ; Dios me hacia la gracia de sentir sus efectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mias , su dignidad me imponia respeto , sus afectos me penetraban , y bendecia á Dios por haberme dado un Director tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasamos todos aquellos dias en una repeticion incesante y siempre variada de afectos , exclamaciones y jaculatorias ; y al despedirse de mí la noche del Sábado me dijo : id , señor , á acostaros entre los brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazon no hay mas distancia, que el intervalo de esta noche. Reposad con la dulce espectativa de que la Aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez despertais , vuestra primera idea sea decir : ¿Es verdad que yo voy á recibir á mi Dios ? Ántes de entregaros al sueño llamad á vuestros Padrinos y Patronos , y haced lo que la Esposa de los Cantares, que miéntras ella dormia , su corazon velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande dia. Á Dios por hoy , Theodoro mio.

CARTA XXIX.

El Philósopho á Theodoro.

Llegó por fin, Theodoro, este dia tan deseado, este dia destinado por el Cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad con la idea de que presto se cumpliria tan amable esperanza, y habia procurado practicar quantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno Conductor. Este vino mas temprano que lo que acostumbraba. Le vi entrar en mi aposento con un ayre modesto y recogido; pero me pareció que traia un aspecto mas dulce y sereno. Sus ojos brillaban con una alegría visible, y parecia querer decirme: Vé aquí el momento de vuestra dicha, y el término de nuestras penas. Yo me preparaba á seguirle; pero él sentándose y haciéndome sentar, me dijo: Deseo aun hablaros ántes de que os acerqueis al Altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo estamos convidados, y vamos á presentarnos á la Mesa del Señor. Vé aquí pues el momento en que debe excitarse de nuevo nuestro corazon á los mas vivos afectos de amor. Sin duda que reconocemos nuestra indignidad; pero pues el Dios de misericordia se ha dignado escogernos, pues nos ha dado el tiempo y los medios, pues nos está esperando, ¿cómo dejarémos de aprovecharnos de tan sumo don? ¿Y cómo, si

consideramos los muchos bienes que nos vendrán con él, no tendrémos un deseo ardiente, una hambre santa de comer este Pan celestial? Este deseo, esta hambre son la mejor disposicion que podemos llevar para recibirlo dignamente y sacar mas fruto.

El corazon humano grosero, en que solo producen efecto los obgetos sensibles, se enciende difícilmente en afectos tan vivos con las ideas espirituales que la fe presenta, y que solo puede percibir el alma. Pero la misma fe ayudada de la gracia lo puede inflamar, quando se detiene á considerar los efectos de este Sacramento, y las asombrosas mutaciones que suele producir en los que lo reciben con la preparacion que se debe. Por eso ántes de que nos lleguemos á la santa mesa, me ha parecido haceros algunas reflexîones, tomadas tambien del Venerable Padre Granada, y que podrán excitarnos mucho en esta ocasion.

Sabed, dice, que como Dios por su bondad opuso al primer hombre, que fué la causa de todos nuestros males, un segundo Hombre que es Jesu Christo, fuente y principio de todos nuestros bienes; así opuso al fruto funesto del árbol vedado que nos ha perdido, otro fruto celestial que es el divino Sacramento, fruto del Cielo que sirve de remedio á todos esos daños. Y como por la obediencia del segundo Hombre nos hemos libertado de todas las desgracias que nos acarreó la desobediencia del primero; así todos los males que nos produjo aquel alimento funesto, se sanan con este Pan divino.

Este Sacramento pues es un antídoto saludable, que inventó la caridad divina para curar á todos

los hombres del pestilencial veneno, con que la antigua serpiente los habia infestado. Y para comprehender bien quántos bienes nos comunica esta vianda celeste, basta considerar los innumerables y terribles males que nos causó aquella mortífera vianda; teniendo presente, que Dios instituyendo este augusto mysterio mudó la maldicion en bendicion. Pues que hablando del primer fruto dijo: En el instante que comieres morirás; y del segundo ha dicho: El que comiere este Pan vivirá eternamente.

¿Y cómo no esperará hallar en este convite la eterna vida el que reflexîone, que él come la misma carne de Jesu Christo unida al Verbo Divino? San Juan Damasceno dice: Que como el Verbo de Dios eterno es el principio y la fuente original de toda vida, pues ha dado á todos el ser; desde que se unió con la carne humana hizo su propia carne vivificante, de modo que esta carne unida al Verbo, comunica la vida á todo lo que toca. Así no siendo otra cosa el Sacramento, que la carne de Jesu Christo unida á su divinidad, posée toda su virtud, grandeza y poder.

Reflexîonad pues, señor, lo que debe pasar en vuestra alma, quando este divino Redentor entre en ella. Considerad los efectos que debe producir esta carne celestial animada con el alma de Jesu Christo, y consagrada con la inefable union de su divinidad. Es Dios Hombre el que viene á vuestro corazon con todos los méritos de su santa humanidad, y con toda la plenitud de su divinidad. ¿Y á qué viene? Á tocar con su carne la vuestra, y comunicarle su propia vida, á llenaros de su presencia, á alentaros con su misericordia,

á lavaros con su sangre, á derramar sobre vos la uncion de su gracia, á vivificaros con su muerte, á iluminaros con su luz, á encenderos con su amor, á acariciaros con su dulzura, á desposarse con vuestra alma y unirse con ella, á haceros participante de su espíritu y de quantos méritos adquirió en la Cruz, ofreciendo esta misma carne con que nos regala.

Por eso con este divino Sacramento vos concebis de nuevo mayor odio á los pecados pasados; quedais fortificado para lo venidero, vuestras pasiones se debilitan, vuestras tentaciones se disminuyen, vuestra devocion se inflama, vuestra fe recibe nuevas luces, vuestra caridad nuevos ardores, vuestra esperanza crece, vuestra flaqueza se transforma, vuestras fuerzas se reparan, vuestra conciencia se serena; vais á ser participante de los méritos preciosos de Jesu Christo, y á recibir una prenda de la vida eterna.

Sabed tambien que este es el Pan que da valor á los pusilánimes, que sustenta á los caminantes, que levanta á los caidos, que anima á los cobardes, que da armas á los valientes, que alegra á los tristes, que consuela á los afligidos, que instruye á los ignorantes, que enciende á los tibios, que despierta á los perezosos, que sana á los enfermos, y que es el único remedio en todas las dolencias, y el mas seguro recurso en las necesidades. ¿Quién pues que reflexîone sobre los maravillosos efectos que produce este inefable Sacramento, y sobre el amor y liberalidad con que nos lo reparte nuestro adorable Redentor; quién, digo, será el que no desée tan inmensas rique-

zas? ¿Quién será el que no tenga hambre de alimento tan soberano?

Y vuelvo á deciros, que la consideracion de vuestra indignidad no debe acobardaros ni entibiar el ardor de vuestra alegría; porque aunque este Sacramento sea tan augusto y santo, debeis tener presente, que es el thesoro que se ha descubierto para socorrer á los pobres, que es la medicina que se ha ordenado á los enfermos, que es el remedio destinado á los necesitados, y un gran festin que se prepara á los hambrientos.

Inferid de aquí con quánta confianza, con qué hambre, consuelo y deseos debeis venir á recibir al Señor, que va á llenaros de favores. Acordaos del ardor con que lo deseaban los Patriarcas, y cómo penetraban el Cielo con sus gritos, pidiéndole que viniese este Mesías tan deseado de las Naciones. El que vais á depositar en vuestro seno es el mismo que vino al mundo, y viene á hacer en vos lo que hizo en el mundo. Él le trajo la vida de la gracia, y viene á dar á vuestra alma la misma vida.

Pero para usar de una comparacion mas familiar figuraos, quál será el impaciente ardor de una muger, que pobre y cargada de hijos aguarda la llegada de su marido, que vuelve de las Indias con inmensas riquezas, y que espera gozar en su compañía de honor, de reposo y de toda especie de consuelos. Juzgad si vuestro deseo no debe ser mas vivo, pues esperais recibir al casto y dulce Esposo de vuestra alma, que no viene de las Indias, sino del Cielo con todas sus riquezas para llenaros de dones inmortales. Esta consideracion

debe animar vuestro fervor. Vamos pues, señor: El Espíritu Santo nos dirija; nuestros Padrinos y Protectores nos acompañen; y el mismo Dios que vamos á buscar se sirva de inspirarnos su amor.

El Padre se levantó, y yo le seguí á la acostumbrada Capilla. Yo iba, Theodoro, como enagenado, mis sentidos y todas las facultades de mi alma estaban en una suspension absoluta. Apénas podia percibir mi propia exîstencia. Las ideas atropelladas que cruzaban por mi imaginacion, me embargaban de tal modo, que no podia distinguir ni perfeccionar alguna. La vista del Padre ya revestido en el Altar, me despertó del letargo, y conocí que ya era tiempo de prepararme á momento tan decisivo. Hacia esfuerzos para recordar todo lo que el Padre me habia dicho, y todo lo que mi razon me decia; pero tantas especies juntas me confundian, y las unas ofuscaban á las otras.

Á pesar de mi turbacion interior, de este desórden y confusion de mis ideas, yo entreveia en el fondo de mi alma un sentimiento íntimo, que nacia de mi corazon. Mi razon no podia formar discursos, no podia separar las especies; pero mi alma las sentia, y me parecia que en este silencio ó embargo de mi entendimiento no estaba muerta la sensacion de mi corazon. Me rayaba una luz, aunque lejana, penetrante, y veia con ella mi propia indignidad, y la misericordia de la inescrutable Magestad que se dignaba descender hasta mí. Entre los sentimientos de horror é indignacion que concebia contra mis errores insensatos y mis pasio-

nes odiosas, brujuleaba un rayo dulce de plácida esperanza. Sentia un consuelo placentero con la idea de que todo aquel mal iba á ser reparado.

El ruido de la campanilla en el momento de la elevacion me volvió á despertar. Con el golpe de aquel toque me dió un vuelco el corazon. Yo me dige atropelladamente: Vé aquí mi Dios. Mi Dios que viene á visitarme. Me sentí anonadado y confundido delante de la suprema Magestad del Cielo, y me postré hasta lo mas profundo de la tierra, considerando mis iniquidades, y los largos errores de mi vida. Postrado y aterrado hubiera querido huir de mí, y agravado de mi inveterada corrupcion no me atrevia á fijar mis ojos en el Dios de la pureza y sinceridad. No dudaba que estaba allí presente, que me veia, y que habia venido por mí. No podia acordarme de nada de lo que habia aprendido y habia pensado para este lance; todo se trastornaba en mi memoria. La razon no me gobernaba, y solo me dirigia un sentimiento tan vivo como poco ilustrado, sentimiento en que me parecia haber humildad, pero que estaba acompañada de terror.

Otro toque de la campanilla me avisa de que ya llega el momento preciso. Levanto los ojos, y veo al Sacerdote que vuelto á mí, y con la Hostia en la mano pronunciaba ya las palabras sagradas con que la Iglesia implora la misericordia Divina, para que nos perdone los pecados ::: Quando vi al Sacerdote que dirigiéndose á mí con la Hostia en la mano me dijo: *He aquí el Cordero de Dios*, *he aquí el que quita los pecados del mundo*: una nueva turbacion se apoderó de mi alma. No podré darte ra-

zon de lo que pasaba entónces por mí mismo: tan fuera de mí estaba. Solo sé, que sin saber cómo, y casi maquinalmente abrí la boca mas inmunda; que el Ministro puso en ella el Pan del Cielo; y que el Dios de bondad entró en el mas perverso de los corazones:::

Muchos momentos pasáron ántes de que yo pudiera reconocerme y salir de aquella especie de estupor, con que estaban como en suspension todas mis facultades. Poco á poco el tumulto de mis ideas se fué sosegando, y yo empecé á distinguirlas con mas claridad. Pero ¿quién podrá individualizar su inexplicable multitud? La primera que se me presentó con gran viveza fué una rápida comparacion de mi estado presente con aquel en que me hallaba pocos dias ántes. No podia concebir cómo en tan poco tiempo habia podido consumar la omnipotente bondad de Dios una tan grande operacion: ¡Cómo el que un mes ántes era un prodigio de incredulidad y disolucion, podia verse ahora al pie de los Altares, y con su Dios en el pecho!

Admiraba esta providencia soberana, que con medios dispuestos por su sabiduría me habia traido á esta Casa, en donde con una liberalidad tan gratuita como poco merecida me habia dado el thesoro de la fe, me habia conducido á la penitencia, y perfeccionado su obra, dándome con el perdon y su gracia el mas inefable de sus dones, que es su Cuerpo precioso, y su divina Sangre. Esta transformacion tan completa y consumada en tan pocos dias me transportaba de gozo, me llenaba de admiracion, y me hacia arder en afectos fervorosos de adoracion y de gratitud.

Ya pude entónces recoger y enquadernar en mi mente todas las especies religiosas de que me habia instruido mi Director. Levanté mi corazon á Dios de quien me venia tanto bien, y le ofrecí con su Hijo amado, que estaba ya en mi seno, un sacrificio de alabanza. Le presenté la Hostia divina que acababa de dar la vida á mi alma, y le supliqué por ella, que no solo perdonara mis pecados, sino que me llenara de virtudes. En fin procuré egecutar todos los actos que me habian enseñado, y que me inspiraba mi corazon reconocido.

Pero en medio de este egercicio volvia siempre los ojos hácia mí; y con un consuelo inexplicable, con una alegría de un género nuevo, y que experimentaba por primera vez, me decia á mí mismo: ¡Qué! ¡Mi Dios está conmigo! ¡Ya soy Christiano! ¡Ya soy del Pueblo santo! ¡Ya soy del linage de los escogidos! ¡Ya soy hijo de la Iglesia, miembro vivo de Jesu Christo! ¡Ya no soy obgeto odioso á los ojos de Dios! ¡Ya no contristo á los Bienaventurados! ¡Ya los Santos de la tierra me miran como su hermano! ¡Ya estoy rescatado! ¡Ya tengo en mí el principio de la vida, y puedo esperar que un dia seré compañero suyo, y de los felices que gozarán del esplendor divino por toda la eternidad!

Estas y otras ideas de la misma naturaleza me transportaban. Yo hubiera querido hacer al universo testigo de mi felicidad para que se aprovechara. Yo hubiera querido hacer, que todos conocieran á este Dios de misericordia, que les podia hacer los mismos bienes; y sobre todo desengañar á los Philósophos insensatos, para que saliesen del abys-

mo de miseria de que yo acababa de salir.

Te aseguro, Theodoro, que hasta entónces no habia conocido lo que era un gozo tan puro y la verdadera alegría del corazon. ¡Con qué ojos tan diferentes veia ya todas las cosas de la tierra, que tanto me habian alucinado! ¡Qué frívolos me parecian los honores! ¡Qué despreciables las riquezas! ¡Qué odiosos y pérfidos esos groseros placeres de que vivia ántes tan ansioso! Si la imaginacion me los presentaba, mi corazon los repelia con horror; porque al mismo tiempo que sentia su futil y alevosa dulzura, penetraba su malicia y los efectos funestos que producen.

Pero quando levantaba mi vista al Cielo y contemplaba la Magestad de su Seberano, la presencia del Dios de la hermosura, la compañía de sus felices Escogidos, la no interrumpida serie de aquellos placeres puros y siempre renacientes, de aquellas delicias que no acaban, y del perfecto contento del alma inmortal, que los debe gozar eternamente, toda la tierra me parecia estiércol. Lloraba mis antiguos errores, y compadecia á los que yacian todavía en los errores y las sombras de la muerte.

No sé quánto tiempo duró este extático embeleso de mi alma; pero infiero que seria muy largo, así por la multitud de ideas que recorrí, como porque fué preciso que el Padre me levantase del brazo, y digese: Ya es tiempo, señor, que nos vamos. En efecto me puse en pie; pero me sentí tan inundado de consuelo, tan arrebatado del gozo, que sin considerar que estaba en la Capilla indeliberadamente le eché los brazos al cuello, diciéndole: Hombre de Dios, á quien debo

mil veces mas que á mi Padre, admirad conmigo las misericordias del Señor, ayudadme á darle gracias, y pedidle que sostenga mi flaqueza.

El Padre recibió esta efusion sensible de mi corazon con su dulce y modesta caridad. Me estrechó entre sus brazos, juntó sus santas megillas con las mias, y me respondió con una expresion enternecida: *Bendito sea el inmenso, omnipotente, Santo Dios de Israel, sumo y eterno, que piadoso ha visitado á su pueblo, y lo ha librado de duro cautiverio.* Y despues de haberme dicho otras muchas cosas de edificacion me dijo: Vamos á vuestro quarto.

Yo le seguí; pero, Theodoro, ¡qué diferente de mí mismo! No era aquel mortal grosero, que cargado con el peso de sus delitos, y uncido en el yugo de sus pasiones se arrastraba pesadamente sobre la tierra, en que tenia únicamente puestas sus esperanzas. Era un espíritu ligero, que descargado de todo peso inútil pretende volar al Cielo con las alas de la esperanza y del amor. En efecto, amigo, no exâgero nada. El hombre que sale de un calabozo obscuro, de una cueva inaccesible, donde ha pasado largo tiempo atado con pesadas cadenas que lo oprimen y agobian, quando puesto en libertad vé la luz, y empieza á gozar de la suavidad del zéfiro y de la claridad del dia, no se siente mas ligero ni mas consolado que yo me sentia entónces. Todo era nuevo para mí. El Cielo me parecia mas plácido, la luz mas apacible, y toda la naturaleza mas hermosa. Y si el primer esfuerzo de un tan indigno pecador produce en su alma una transformacion tan prodigiosa,

¿quál debe ser la felicidad del Santo, que despues de mucho tiempo tiene su corazon en el Cielo, y vive con su Dios?

Llegamos á mi estancia. El Padre me dijo: Dios se ha servido de darnos luz y tiempo para dar fin á esta obra de su misericordia. Bendito sea. La primera ocupacion de vuestra vida sea, señor, darle cada dia gracias por tan incomparable beneficio, y que vuestro único cuidado sea pedirle el don especial de la perseverancia, y trabajar por no perder sus frutos. Pero no es esto de lo que quiero hablaros ahora: es razon dar un intervalo á vuestras tareas. Para que el zelo se mantenga, es prudencia no fatigar el espíritu. Despues hablarémos de los medios convenientes para conservar el precioso thesoro de la gracia.

Ahora solo queria deciros, que despues del tiempo que pasais en esta Casa, todos los que la habitan y nuestro Superior hubieran venido á ofreceros su respeto; pero yo he sido la causa de que no lo hayan hecho. Yo no he querido que en estos dias de salud, en momentos de propiciacion tan favorables, en que os disponíais á cooperar con las influencias celestiales, nada interrumpiese tan importantes y sérias ocupaciones, ni causase la menor distraccion á vuestro espíritu. Pero ahora que por la gracia del Señor habeis dado fin á vuestros egercicios, si lo permitis, nuestro Superior y algunos de nuestros Padres mas ancianos se disputarán la honra de ofreceros sus servicios, y acompañar algunos ratos vuestra soledad.

Ha mucho tiempo, Padre, le respondí, que

deseo saber qué Casa es esta, adonde el Cielo me ha conducido, en que se me trata con tanto desinteres y caridad, y donde he encontrado el Hombre que me ha destinado el Cielo, para sacarme del abysmo de miserias en que estaba sumergido. Muchas veces os he querido hablar de ello, expresaros mi reconocimiento, y pediros me insinuaseis los medios de manifestarlo á quien debia. Vuestro ardiente zelo siempre ocupado en salvar mi alma, y en instruirme de quanto veiais que ignoraba, no me ha dado lugar para que lo pudiera hacer. Por otra parte estaba persuadido á que puesto por Dios en vuestras manos debia obedeceros ciegamente, sin desviar con mi curiosidad ó mi solicitud los impulsos con que la bondad divina me encaminaba por vuestra direccion. Creia que nada era mas del caso, que dejarme conducir y manejar por vuestra prudencia; y pues os dignais vos mismo de hablarme, no debo deciros sino que estoy dispuesto á quanto me ordeneis.

Nosotros somos, señor, me dijo el Padre, Sacerdotes, que venidos de diferentes paises nos hemos juntado en este retiro, para evitar los peligros del mundo y vivir con la simplicidad Evangélica. No vienen á esta Casa sino los hombres desengañados que quieren dar á Dios, y á Dios únicamente todos los momentos de su exîstencia. No nos obligamos á mantenernos en ella por tiempo determinado. Estamos solo porque queremos, y pudiéramos dejarla en qualquiera hora. Nuestra obligacion única es de seguir, miéntras estamos en ella, con fervor y fidelidad la regla con que se vive, edificarnos con los egemplos de los muchos

Santos que la habitan, y procurar no contristarlos con los nuestros.

Á pesar de esta libertad, y á pesar tambien de que la regla tiene por obgeto abrazar la perfeccion del Evangelio en toda su extension, se vén pocos que la hayan abandonado. Dios nos sostiene con su gracia; y vos, señor, quedaréis edificado al ver en ella los Ancianos y los Modernos obedecer con el mismo ardor y la mas fervorosa solicitud los mas penosos de nuestros estatutos; y veréis que el tañido de una campana regla todos nuestros movimientos, y admiraréis como á pesar de la edad y de las enfermedades todos muestran con su agilidad la prontitud de su obediencia.

Nuestro instituto, señor, es salir cada año una ó dos veces, segun nos manda nuestro Superior, de dos en dos á correr los Pueblos comarcanos, y repartirles el pan de la palabra de Dios. Esto es lo que llamamos hacer Misiones, y vamos quando los Magistrados del Pueblo nos llaman, ó quando algun motivo nos persuade ser oportuno. Dos de nosotros publicamos la Mision en el Pueblo mas ó ménos dias segun su Poblacion. Predicamos todas las tardes: uno de nosotros los instruye en la Doctrina christiana, y el otro les predica las verdades eternas para despertarlos del comun olvido, y convertirlos á su Dios. Las mañanas las pasamos en el Confesonario, y el Señor que bendice nuestros trabajos da muchas veces el consuelo de ver útiles efectos de nuestro ministerio, ya instruyendo á muchos en las verdades necesarias para salvarse, ya volviendo á muchas ovejas descarriadas al rebaño de su Pas-

tor. En efecto no podemos dejar de admirar en las verdaderas conversiones que vemos, la bondad del Señor sobre sus escogidos, y los poderosos esfuerzos de su gracia.

Quando el tiempo de las Misiones se concluye, ó quando acabamos de correr los Pueblos á que fuímos destinados, volvemos á esta Casa á observar la comun disciplina, y aplicarnos con el mayor esfuerzo á aprender lo necesario para salir de nuevo. Nuestro Superior arregla los tiempos y los destinos, teniendo cuidado de alternarlos, y por este medio miéntras la mitad de la Comunidad está en las Villas y Lugares instruyendo ó exhortando á los Pueblos, la otra mitad está en la Casa aplicada á los egercicios Religiosos, á la observancia de nuestros estatutos, y á nuestra propia instruccion para repetir nuestras Misiones con mas fruto.

Todos estamos subordinados á la direccion de un Superior á quien profesamos obediencia, y que elegimos nosotros mismos cada tres años. Él solo está encargado y cuida de todos los negocios de la Casa. Todo está encomendado á su prudencia para que los demas, desembarazados de toda aplicacion extraña, puedan entregarse sin distraccion á los egercicios Religiosos. El Superior es el único que puede exîmirse en consideracion á sus afanes. Pero nunca se exîme, y por lo ordinario es el que nos estimula con su egemplo y exâctitud.

El espíritu que dirige nuestra vida interior es el de estar siempre ocupados, siempre juntos, siempre en presencia los unos de los otros, haciendo nuestros egercicios en comun para sostener recíprocamente nuestro fervor. Para daros una idea del mo-

do con que vivimos, os diré por menor las ocupaciones de un dia, y en la explicacion de uno os enteraréis de todos, porque nuestros dias se parecen unos á otros. Y cada dia y cada noche vén repetir las mismas ocupaciones.

Á las quatro de la mañana el toque de la campana nos llama al Coro. Allí empezamos el dia por una hora de oracion: cada qual medita en secreto, eleva su corazon á Dios segun su espíritu lo conduce, y le pide su socorro. Despues nuestras voces se juntan para cantar las alabanzas de Dios, entonando con respeto y pausa una parte del Oficio Divino, y los Hymnos sagrados de la Iglesia. Esta santa Psalmodía nos dura dos horas, y quando se acaba vamos á la Iglesia, y allí decimos la Misa ayudándonos alternativamente unos á otros. Quando hemos acabado nuestros Sacrificios, lo que suele ser á las ocho, nos juntamos todos en la Bibliotheca, y allí conferimos sobre todos los puntos de moral, que se exâminan sucesivamente, y cuya instruccion nos es necesaria para el uso del Confesonario; porque allí no se trata sino de lo que puede dirigirnos en la resolucion y doctrina que debemos dar á los penitentes. Esta ocupacion dura hasta las diez, y volvemos al Coro donde decimos otra parte del Oficio del dia, que dura hasta las once.

La campana nos avisa entónces que es hora de comer, y vamos todos juntos al Refectorio, de donde nos encaminamos despues á una Capilla particular, en que damos á Dios gracias por la magnífica liberalidad con que nos concede los frutos de la tierra, para sostener nuestra exîstencia. Despues de esto es permitido á cada uno retirarse á su apo-

sento, donde puede tomar reposo si lo necesita, ó llenar aquel tiempo con lecturas piadosas ó devociones particulares de su gusto. Á las dos vuelve la campana á sonar, y nos avisa que debemos ir al Coro á entonar la tercera y última parte del Oficio del dia. Y quando se acaba rezamos de rodillas el Rosario para dar este tributo de alabanza á la Madre de nuestro Dios, que tambien lo es nuestra, y por cuya intercesion esperamos nuestra eterna felicidad.

De aquí vamos otra vez á la Bibliotheca para tener la conferencia de la tarde, que se reduce á exâminar otros puntos de moral, y todo lo que puede sernos útil en el destino de las Misiones. Este egercicio dura hasta las siete que volvemos al Coro para tener otra hora de oracion. Se nos leen algunos puntos de las verdades eternas, y despues cada uno se aplica en particular á su meditacion. Solamente los Viérnes ocupamos esta hora en hacer la *Via Crucis*, que es un egercicio devoto de la Pasion y muerte de nuestro Redentor, y los Mártes uno de nuestros Padres nos hace una plática espiritual para excitarnos al amor de la virtud. Á las ocho vamos á cenar, y despues volvemos á la misma Capilla donde damos gracias al Señor, y decimos juntos el Oficio de la Vírgen para implorar su proteccion.

Todo esto se concluye á poco mas de las nueve, y es la hora en que cada uno debe en silencio retirarse á su estancia para tomar el reposo necesario. Esta ley del silencio es muy rigurosa entre nosotros, pues aunque como habeis visto la mayor parte del dia estamos juntos, no nos es

permitido hablar, á ménos que la necesidad ó la caridad no lo exîjan. El rigor de esta ley nos es muy útil, porque evita la relajacion que pudiera introducirse, y tambien la distraccion.

Pero como tambien pide la caridad, que hermanos que viven siempre juntos, y que por tantos títulos deben amarse, puedan conferir entre sí, y comunicarse sus pensamientos, y excitarse mútuamente á sostenerse en la carrera que siguen, y en el amor del Dios que adoran, un dia en la semana se nos permite el desahogo de una conversacion honesta y fraternal. Los Domingos por la tarde, quando salimos de la Iglesia despues de acabar las Vísperas y el Rosario, en lugar de ir á la Bibliotheca podemos bajar juntos á tomar el ayre, y nos es lícito hablar y conferir juntos hasta que llega la hora de la oracion.

Vé aquí, señor, la rueda de nuestros egercicios, en que el fin de un dia nos prepara á observar igualmente el mismo méthodo en el siguiente. Ya veis por esta descripcion, que en una vida tan ocupada no hay lugar para la ociosidad, y no es tan fácil la tentacion. Ya podeis ver tambien, que no hay ninguna austeridad extraordinaria. Esta se reserva al espíritu de cada uno. Sin embargo la flaqueza humana es tanta, que esta repeticion continua de actos siempre los mismos pudiera hacerse fastidiosa, y repugnar á la naturaleza, si no la socorriera la piedad divina.

Gracias á su bondad nosotros sufrimos poco en este género de vida, todos estamos contentos con ella. Viejos y jóvenes la siguen no solo con fervor y agilidad, sino con alegría y satisfaccion.

Separados del mundo y de sus agitaciones, desembarazados de todo afan que nos inquiete, de todo cuidado que nos fatigue, viviendo á expensas de la providencia, sin temor de los hombres, y confiados en Dios procuramos no perder el tiempo que se nos ha dado para merecer, y aguardamos el momento en que nos llame á la puerta y nos conduzca á la Patria Celestial.

En efecto, señor, aquí todos edifican con sus egemplos. Pero entre todos tenemos muchos grandes y sobresalientes espejos de virtud y de mortificacion, tenemos varones eminentes en sabiduría, y tambien lo son en virtudes; hombres cuya exîstencia es una oracion continua. Que siempre en presencia de su Dios parece que ya no viven en la tierra, sino en el Cielo. Que superiores al mundo no los conserva el Señor, sino para que detengan sus venganzas contra tantos pecadores que lo insultan, y tantos imperfectos que lo deshonran.

Yo quisiera, señor, que los vierais. Su aspecto solo inspira veneracion y amor á la virtud. Son monumentos vivos del Evangelio, y espejos en que resplandece toda la hermosura de su doctrina. Solo con verlos conoceréis, que hay felicidad fuera del mundo, ó para expresarme mejor, que es menester estar fuera del mundo para hallar la verdadera felicidad.

Quarenta ó cincuenta años de esta vida pobre, penitente y obscura les han dado esta dulzura de carácter, esta serenidad de alma, que manifiesta su apacible y tranquilo semblante. Se os harán sensibles las ventajas de la virtud, quando veais

la amenidad de sus discursos y la paz que reyna en su corazon. Estos venerables varones respiran el buen olor de Jesu Christo, y son unas copias animadas de tan divino modelo. Su presencia sola persuade mas que todos los discursos; porque presentando una imágen visible de santidad, muestran al mismo tiempo quán amable es la virtud.

¡Ah! Si las gentes del mundo pudieran dejar un instante las locas ilusiones que los alucinan, para ver con una mirada atenta la paz y la caridad con que viven los que se consagran con sinceridad al servicio de Dios: si pudieran observar la alegría con que corren sus dias tranquilos, y la dulce esperanza con que aguardan sosegados la muerte; ¡ó y qué presto abandonarian las tempestuosas pasiones con que se agitan, y vendrian á buscar la dicha en la calma de la buena conciencia!

Permitidme pues, señor, que vaya á prevenir á nuestro Superior y á algunos de nuestros Padres, para que vengan á presentaros sus respetos, y que al mismo tiempo os desahogueis un instante de los largos y penosos trabajos, que habeis emprendido, con la amenidad de su dulce conversacion: estoy seguro que con los sentimientos que os ha inspirado la gracia, no pueden dejar de seros agradables y de confirmaros en vuestros intentos de aspirar á la virtud. Yo respondí al Padre: Que estaba dispuesto á hacer lo que me mandase; pero que me parecia mas á propósito, que fuese yo mismo á dar al Padre Superior gracias de haberme permitido estar en su Casa tanto tiempo, y haberme dado lo necesario con tanta bon-

dad. ¿Pues quereis venir vos mismo? Vamos, señor, me dijo el Padre, levantándose, y yo le seguí.

Llevóme á un aposento en que vi un Anciano venerable que salió á recibirnos con la mayor urbanidad. Á pesar de sus canas, indicios de su vegez, estaba todavía lleno de agilidad. La tez de su semblante lisa y reluciente, y la alegre viveza de sus ojos mostraban su salud, fruto de la inocencia de su vida. Jamas habia yo visto vegez tan hermosa ni recibimiento tan gracioso. Pocos dias ántes lo hubiera visto como un viejo insensato, como un hombre iluso, y mi corazon lleno de desprecio apénas hubiera detenido la vista en su simplicidad. Pero ¡qué ojos tan diferentes tienen los que empiezan á observar con el Espíritu de Dios! ¡Quántas cosas vén, que no pueden ver los que están preocupados con el espíritu del mundo! Yo me sentí penetrado de un respeto y veneracion, que jamas hombre alguno me habia inspirado, y los mayores Soberanos de la tierra no me hubieran hecho mas profunda sensacion.

El Padre me presentó al Superior. Yo procuré explicarle mi gratitud. Él me respondió con términos tan amables y corteses, que redobláron mi reconocimiento. No era su atencion urbana aquella afectada cortesía con que se explica el mundo, y que no es otra cosa que el arte frívolo de hacer frases, y decir palabras que lo prometen todo y nada significan. Eran expresiones verdaderas y enérgicas. Eran discursos que la sinceridad imprimía en sus labios y que ratificaba el corazon. Eran afectos puros y sencillos, hijos de la caridad frater-

na, y que su orígen se deriva del Cielo.

Yo me hallaba indigno de tan franca cordialidad. Despues de haber pasado algun tiempo en varios discursos, en que no pude ver la menor curiosidad de su parte, y que circuláron únicamente sobre los obgetos de su propia Casa, oimos la campana, y el Superior me dijo: Señor, nos llaman á comer. Yo no he asistido á la última hora del Coro, porque habia convenido con el Padre de que lo esperaria para iros á ver: vos os habeis dignado prevenirme. Si os dignarais tambien de venir á comer con nosotros, dariais mucho gusto á toda la Comunidad.

Esta proposicion me sorprehendió: yo no la esperaba, y me quedé un instante perplejo. No dejaba de conocer quántas ventajas y placeres me proporcionaba este convite; pero luchaba contra mi gusto un secreto sentimiento de mi indignidad. Á pesar de esto me resolví, y despues de pocos momentos de suspension, le respondí, que me reputaba por muy feliz de que así me favoreciese. Salimos pues y fuímos juntos á una grande sala en que estaban las mesas preparadas. Los muchos Padres, que esperaban al Superior para que diera la bendicion, me viéron sin sorpresa, y como acostumbrados á ver Extrangeros; pero todos me saludáron con un ayre de benevolencia amistosa. El Superior me hizo sentar á su lado, y se nos sirvió una sobria y suficiente comida.

Miéntras todos comian, un Lector leia un libro que referia los hechos ilustres de los Santos. Pero yo no podia comer atónito de verme en lugar tan poco merecido. Quando yo consideraba, que por

la primera vez de mi vida me veia entre hombres de esta clase, entre Santos que queridos de Dios eran obgeto de su complacencia, entre Ángeles en fin que se procuraban en la tierra la gloria que les esperaba en el Cielo, sentia una especie de horror contra mí mismo; pero percibia un consuelo en las gracias que Dios me habia hecho, y en la resolucion de imitarlos.

Acabada la mesa fuí con ellos á la Capilla á dar gracias, y despues el Superior y mi Director me condugeron á la puerta de mi estancia, diciéndome que descansase. Pero yo supliqué al Superior, que pues se habia servido de iniciarme en su santa Comunidad, me permitiese el asistir á todos sus egercicios. El Superior me representó, que podian ser penosos para quien no estaba acostumbrado; pero habiendo insistido, me lo concedió, añadiéndome que por acaso era aquel dia el de la recreacion, y que podria despues de Vísperas ir á pasear á la huerta con los Padres. Mi Director me prometió venir quando fuera hora para conducirme al Coro, y me quedé solo. No te diré las reflexîones que entónces hice, porque me llama la consideracion de otras cosas.

Vino el Padre á la hora, y quando llegamos al Coro ya lo encontramos lleno de Padres, que se preparaban á cantar Vísperas y Completas. Pero ¡cómo te pintaré, Theodoro, la impresion que me hizo este espectáculo tan nuevo para mí! ¡No! Yo no tenia idea de un culto tan respetuoso y tan augusto, de una reverencia tan verdadera y tan profunda. Parecia que aquellos varones penetrados de la presencia del Dios, de quien iban á cantar

las alabanzas, olvidados de la tierra elevaban al Cielo sus corazones. ¡Qué compuncion, Theodoro! ¡Qué afectos en sus voces! ¡Qué humildad en sus adoraciones!

Yo estaba como encantado. Me arrebataba el tono pausado y magestuoso con que cantaban los Hymnos y los Psalmos. Me enternecia la uncion reverente con que los expresaban. El asombro, la ternura me sacaban lágrimas de los ojos. Yo me decia: ¿Cómo no penetrarán hasta el Cielo ruegos tan puros, súplicas tan fervorosas? ¡Ah! Sin duda que estos son los que detienen el brazo de Dios contra los impios. Esto es alabar á Dios dignamente. ¡Desdichado el que no conoce esta senda de la gloria divina! Acabado el Oficio se pusieron todos de rodillas y rezáron el Rosario de María. Yo noté alguna diferencia en la expresion de sus sentimientos: me pareció que hablaban á esta piadosa Madre con una confianza mas tierna y con la dulce cordialidad de hijos.

Luego que se concluyó el Coro, todos los Padres saliéron, y llegándose á mí el Superior y mi Director me digeron: Hoy es dia de huerta, todos van á ella á desahogarse y egercitar la caridad y benevolencia recíproca; pues no lo pueden hacer entre semana. Yo fuí con mis guias, y quando llegamos á la huerta los vimos reunidos en diferentes grupos ó corros, que se paseaban y conversaban entre sí. Pero desde que nos viéron se acercáron á nosotros, y nos saludáron con mucha urbanidad y cortesía. No se notaba en su porte exterior ninguna de aquellas afectaciones, con que el mundo suele ostentar afectos de que carece. Era una benevo-

lencia tranquila, pero síncera; una cordialidad simple, pero franca. Se llegáron á mí con la misma confianza que si me hubieran tratado ántes. Parece no veian en mí otra cosa que un hermano, un hombre como ellos, una criatura de Dios á la que debian amor y buena voluntad.

Yo pasé algun tiempo en su compañía, ya paseándome con unos, ya sentándome con otros; y oyéndolos á todos, no advertí en ninguno la menor indiscrecion ni curiosidad, que me pudiese humillar. Sus discursos eran tan inocentes como sencillos. La mayor parte tenia por obgeto las cosas naturales que se presentaban, y yo observé, que aun quando hablaban de la tierra elevaban su espíritu al Cielo; pues si admiraban ó descubrian la naturaleza, era para levantar su corazon y sus pensamientos hasta su Autor. Todas sus reflexîones iban á parar á la causa universal de todo bien; y por este medio hasta sus diversiones y recreos eran una incesante alabanza de nuestro Dios.

Yo estaba tan edificado como confundido de verme en tan santa compañía. Me acordaba de la sociedad en que habia vivido hasta allí, de la que tendrian actualmente mis amigos, y de la que yo tuviera sin un prodigio de la bondad divina. Estas ideas me producian una satisfaccion interior, que jamas las diversiones profanas han podido inspirarme. ¡Ay, Theodoro! ¡Cómo me acordaba de ti! ¡Cómo hubiera querido tenerte en mi compañía! ¡Cómo deseaba que sintieras mis nuevos placeres, y que tambien te desengañaras de tus errores! En estas y semejantes ideas se me pasaba el tiempo con la velocidad del relámpago. La

campana avisó que era ya la hora de oracion, y volví con los Padres al Coro.

Allí se nos leyó el punto de meditacion, y hago memoria de que fué la muerte. Quando se apagó la luz y quedamos en tinieblas, yo quise sugetar mi espíritu á repasar las ideas que deben excitarnos á la preparacion de tan terrible lance; pero no podia. No estaba acostumbrado á recoger mis pensamientos. Por otra parte estaba tan lleno de los nuevos obgetos que me ocupaban, que mi imaginacion los divisaba y corria por ellos. Yo mismo era un espectáculo para mí tan nuevo, como increible. Quando volvia los ojos á considerarme y me veia de rodillas, á obscuras y rodeado de tantas almas santas, que habian consagrado á Dios una vida inocente, ó expiaban ligeras faltas con el rigor de tan larga y severa penitencia, apénas podia creerlo; y veia en esta tan rápida como prodigiosa transformacion de mi exîstencia toda la fuerza del poder divino, y la extension de sus misericordias.

Algunos gemidos que se escapaban á aquellos inflamados corazones, y que eran lo único que interrumpia la perpetuidad de su silencio, me traspasaban el corazon. Me parecia que la Magestad del Eterno estaba sobre las bóvedas: que venia al ruego de los Santos que lo invocaban: llenaba con su presencia toda la amplitud de su Templo: que invisible escudriñador de los corazones penetraba el secreto de los nuestros: que complacido con la inocencia de tantos justos veria con horror la larga serie de mis depravaciones. Esta idea me horrorizaba, y el grito secreto de

mi corazon le decia : Dios de misericordia , si en estas almas santas vés candor , pureza y virtudes, ya por tu bondad vés en la mia dolor , arrepentimiento y deseos.

¡Qué hubiera yo dado por hacer á todo el mundo , y sobre todo á ti y á mis demas engañados amigos , testigos de esta muda y religiosa escena , en que el peor de sus iguales , convertido á su Dios , y puesto en su presencia , imploraba ya su piedad por sí y por ellos ! Sí , Theodoro, á pesar del conocimiento de mi indignidad yo me atreví á dirigir mi corazon á este Dios , bajo cuya mano me humillaba , y yo le pedí que usase contigo y los demas compañeros de la misma bondad que conmigo. Yo me atreví á decirle : Tú has escogido al peor de todos para hacerlo vaso de tu misericordia : extiéndela , Señor , á tantos infelices. ¡Ah, Theodoro ! Si el ruego de un indigno puede llegar hasta su throno , habrá llegado el mio.

Un instante me pareció aquella hora. Jamas he sentido ménos la sucesion del tiempo. Yo creia que empezaba , quando la campana avisó que era hora de cenar. Volvimos otra vez todos á la sala en que se comia , y donde se nos sirvió una ligera refaccion. De allí volvimos á la Capilla donde se dan las gracias , y donde se dijo una parte del Oficio de María. ¡Pobre de mí ! ¡Pobre ignorante ! Yo no pude decirlo , porque no sabia nada. Pero me uní de corazon con los labios , que repetian las alabanzas de la grande Madre. Yo le prometí aprenderlo , y le pedí su proteccion. Este es el último de los egercicios del dia ; luego que se acabó , dos Padres me lleváron

á mi quarto, me diéron las buenas noches y se retiráron.

Quedé solo, Theodoro; pero me parece que Dios quedó conmigo. Yo me sentia algo fatigado de los movimientos de aquel dia. Me senté en una silla, y sin saber cómo, los pensamientos que me cruzaban por el alma volviéron á ocuparme de tal modo, que pasé mucho tiempo en una especie de suspension, que no sé si la llame éxtasis ó embeleso. Ella era sin duda oracion, pues no me cansaba de dar gracias á Dios de mi nuevo estado. Este otro mundo tan diferente y tan desconocido que veia; esta especie de gentes de un órden tan nuevo como superior, que yo habia despreciado tanto, y que ahora eran el obgeto de mi envidia y de mi veneracion; el inmenso intervalo que observaba de mí mismo en la diferencia de tan pocos dias; todo esto me llenaba de admiracion y gratitud.

Sentia que mi corazon era otro; que mis ideas eran diferentes; que mis opiniones se habian mudado enteramente. Sobre todo mis ojos me parecian otros; pues veia los obgetos de otra manera muy contraria. Lo que ántes me parecia hermoso y agradable, me parecia ahora pérfido y odioso. El mundo, sus halagos y pompas que tanto me habian encantado, me parecian ahora ilusiones mentirosas, prestigios engañosos. La virtud que me habia parecido tan necia, me parecia la única ciencia verdadera. Su austeridad se me habia transformado en dulzura, y su dureza en consuelo.

¿Cómo, me decia yo, ha podido mi juicio trastornarse de esta suerte? Era, Theodoro, porque ya empezaba á juzgar no por las falsas máxîmas

del mundo, sino por las del Cielo; porque ya no me detenia en su engañoso esplendor, sino penetraba su interior verdad. Ya tenia una regla, que me debia conducir, y era el Evangelio. Ya no estimaba las cosas sino como Dios las estima; y no podia dejar de exclamar: ¡Pobre de mí! Yo era un insensato. Yo vivia descaminado de la senda de la verdad; pero me consolaba pensando, que lo decia aun en tiempo.

Así pasé un gran rato; pero estos pensamientos mas me servian de consuelo que de pena. Ya mi arrepentimiento no era amargo, ni mis remordimientos devoradores, mi tristeza se consolaba con esperanzas, y mi conciencia aunque afligida no me atormentaba. Salí de esta suspension para ponerme en el lecho. Yo habia pedido al Padre, hiciese que el despertador de la Comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus egercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir; y así acabé este dia el mejor de mi vida: el único dia completo para mí, y en que he procurado vivir como Christiano. ¡Ah! Dios haga, que los que me quedan que pasar sobre la tierra, se le parezcan, y que acabe bien una vida, que hasta ahora ha sido tan mala. Á Dios, amigo.

CARTA XXX.

El Philósopho á Theodoro.

Yo dormia, Theodoro, con blando y apacible sueño, quando el despertador de Comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fué, que estaba entre los brazos de un Dios, que con su inmensidad lo abraza todo, y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso; pero aunque con celeridad, quando llegué ya estaba toda la Comunidad en oracion, y esto sucedia siempre que iba al Coro; pues por mas priesa que me daba, siempre se adelantaban los Padres. ¡Tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el dia precedente; la mia fué algo mas sosegada, ya pude tranquilizar mas mi imaginacion; las ideas se me representaban con órden, y cada momento veia con mas claridad el abysmo de que me habia sacado la providencia.

Despues de la oracion se digeron los Maytines y Láudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia unia mi corazon con la pausada y magestuosa uncion con que recitaban los Psalmos; despues muchos de los Padres bajáron á la Iglesia á decir Misa; mi Director me previno, que ya no la diria en la Capilla, y que desde el Coro la podia oir en la Iglesia. Así lo hice; y quando acabó de dar gracias, volvió y me dijo: Ahora van los Pa-

dres á tener su conferencia de Moral, egercicio muy útil para los Confesores; me parece que nosotros podrémos emplear mejor el tiempo, y si quereis irémos á vuestro quarto y nos ocuparémos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al Coro. Yo le respondí, que estaba pronto á seguirle, y nos fuimos.

Pero apénas nos sentamos quando el Portero de la Casa entró con Simon. El Padre quiso retirarse diciendo, que lo hacia para que hablásemos con libertad; pero le representé, que yo no tenia ningun secreto para él, y así se quedó. Simon me dijo, que ya todo estaba segun se lo habia prevenido; que mis hijos y criados se habian trasladado á la Casa de campo; que esta estaba ya proveida de todos los muebles y demas cosas necesarias para habitarla; que así era dueño de ir quando quisiera; que mis hijos y demas familia se consoláron mucho con la noticia que les dió de haberme hallado, y con la esperanza que me verian prontamente; que le habian manifestado mucho interes y curiosidad de saber el motivo de tan larga y tan obscura ausencia; pero que él con arreglo á mis órdenes no les dijo nada, dándoles esperanzas que presto lo sabrian, y encargándoles al mismo tiempo no lo digesen á nadie, porque así convenia.

Que por esta razon no habia visto á ninguno de mis amigos, ocupándose solo en el obgeto de su comision; que sin embargo habia sabido, que el Extrangero se fué á su Pais, y que tú te mantenias bueno, haciendo tu servicio en Palacio, que estabas ya para concluir. Agradecí á Simon su zelo y su diligencia; sobre todo la exâctitud con que ha-

bia guardado mi secreto ; y le añadí : yo hubiera deseado que no hubieras sido tan diligente ; me hallo bien aquí , y no quisiera dejar esta Casa tan presto.

El Padre me respondió , que Simon volvia oportunamente , pues ya cumplido el fin de mi detencion , debia pensar en mis obligaciones particulares; quales eran el cuidado de mi casa y familia. Yo le repliqué , que así era ; pero que algunos dias mas que yo pasase en tan santa compañía no podian causar mucho perjuicio á mi casa , y me serian muy útiles para cumplir despues mejor con mis obligaciones ; pues el dia anterior en que fuí testigo y compañero de aquellos angelicales varones , me edifiqué sobre manera , excitando en mi corazon vivos deseos de imitarlos , y que algunos dias mas me serian muy útiles para fortificarme en estas disposiciones.

El Padre me dijo , que yo era dueño de hacer lo que quisiera , y convenimos en que permaneceria hasta el otro Domingo , con lo que sentí un consuelo inexplicable , pues podia habitar una semana mas en esta Casa de Dios. Volví á llamar á Simon , y habiéndole explicado mi resolucion , le mandé se volviese á mi Casa de campo , para asegurar á mis hijos , que aquel dia me verian , y le encargué que él mismo volviese para conducirme.

Esta conversacion duró hasta que la campana volvió á sonar : di órden á Simon de que se fuera , y yo volví otra vez al Coro con el Padre. Aquí debo advertirte , Theodoro , para evitar repeticiones , que pasé esta feliz semana la mas dichosa y la mas dulce de mi vida , acompañando

á esta bendita Comunidad en todos sus egercicios diarios sin mas diferencia, que quando los Padres iban á la Bibliotheca á sus conferencias de Moral, mi Director venia conmigo á mi estancia, donde su santo zelo se ocupaba en sostenerme en mis buenas resoluciones, y en darme reglas para la vida Christiana que me proponia hacer. Aunque estas conversaciones fuéron varias, yo voy á reunir aquí parte de lo que me dijo, ó á lo ménos lo que hizo mas impresion en mi memoria; porque debo añadirte, que como tenia ocupado todo el dia, no me quedaba tiempo para escribir.

La tarde de aquel dia me dijo el Padre: Dios, señor, os ha hecho una gracia muy grande, muy rara, y debeis reconocer que poco merecida: pero es necesario guardarla con el mayor esmero. La gracia de Dios es el único, el soberano de los dones; pero la llevamos en un vaso frágil, y no hay afan ni cuidado que baste para no aventurarlo. Vos conoceis su importancia; vos me pareceis determinado á conservarlo á toda costa; sabeis que este bien que se os ha dado tan gratuitamente, os impone grandes obligaciones; no perdais pues de vista los medios necesarios para sostener el santo y augusto carácter en que la bondad de Dios os ha restablecido.

Para esto os basta seguir con fidelidad lo que nos dicta tan claramente el Evangelio. Todas las instrucciones que los Confesores dan, no os harán adelantar un paso en el camino de la virtud, si perdeis este gusto de Dios, este amor santo del recogimiento, y esta delicadeza de conciencia, que nos hacen aprovechar con ardor quantas ocasiones

se nos presentan de meditar los años eternos, y renovar nuestro corazon en el seno de nuestro Dios. Solo este atractivo divino, esta inclinacion filial, que siente nuestra alma para quanto nos recuerda la presencia de nuestro Libertador y nuestro Padre, nos pueden asegurar la estabilidad de nuestra virtud, y sellar la firmeza de nuestra adopcion para la gloria de Dios.

¿Sabeis, señor, por qué tantos hombres débiles, despues de haber dado algunos pasos vigorosos en el camino de la virtud, desmayan y vuelven á precipitarse en el abysmo? ¿Y sabeis quál es la causa de su desgracia, que suele conducirlos á la eterna? No es la determinacion súbita y expresa de su voluntad, que se ha mudado de repente: es la relajacion insensible y progresiva del cuidado y atencion, que ponian en recogerse á adorar y orar, como se tiene de ordinario al principio, quando se siente la dicha de haber recobrado la virtud. Vivid pues, señor, con la atencion mas vigilante; y si alguna vez sentis, que renace en vuestra alma la necesidad de esparciros y correr tras de diversiones frívolas, volved sobre vos mismo, deteneos, y consideraos como un hombre, cuya imprudencia lo ha vuelto á poner en el borde del precipicio, de que habia salido con tanta alegría.

No digo por esto que sea un crímen distraerse, ó divertirse en las inocentes ocupaciones de la vida; pero digo que es muy mala disposicion, y corre mucho peligro el corazon, á quien este movimiento y diversidad de placeres se hacen necesarios. Empieza á descaecer aquel, que quando los

concede á la flaqueza humana, ó á la decencia y necesidad de su estado, no tiene la esperanza de encontrar placeres mas sólidos y puros en el silencio de la vida doméstica, ó en la soledad de su corazon. Porque entónces toda la fuerza interior se destruye en degradaciones insensibles: el alma vuelve á anudarse otra vez con todos los hilos con que se hallaba como atada á los obgetos sensibles: el corazon se seca: el espíritu vuelve á perderse en sus fútiles pensamientos.

Aquella inmensa Magestad, que con tanta actividad dirige todas nuestras acciones, va retirando una parte de su influencia y fuerza, á medida que las ilusiones vanas se apoderan nuevamente de nuestra alma. En breve las sérias y austéras verdades de la fe se alejan, se esconden y se desaparecen. Si alguna vez se nos presentan es á gran distancia, y como si fueran extrangeras; y entónces los sentidos libres del freno que los contenia, no necesitan ya mas que su propio impulso para desviarse, para hacernos perder en un instante el fruto de nuestros largos gemidos, y sumergirnos de nuevo en una miseria mas deplorable y desesperada que la primera.

Y así no hay cosa mas cierta, que el recogimiento interior, ó sea el cuidado del propio corazon, es la primera basa de las virtudes, el mas importante esfuerzo del Christiano, y la única prueba segura de la verdad y solidez de nuestra conversion. Siempre me ha causado extrañeza ver, que hombres llenos de luces y de religion hablen de la vida interior como de un grado de perfeccion que no obliga á todos. Me parece que esto es trastornar el

edificio de la fe, y decir que es el último punto de altura, á que puede llegar, lo que es su cimiento necesario.

Por eso dijo Jesu Christo [a]: Que el Reyno de Dios está dentro de nosotros mismos; y por eso la calma de los sentidos, y el recogimiento de una alma que vive dentro de sí, son esencialmente los preceptos elementares de la vida Evangélica, y la substancia de las obligaciones del Christiano. Jesu Christo nos arma contra todo lo que nos saca de nosotros mismos, para que buscando el Reyno de los Cielos por medio de las virtudes, logremos la mas alta y mas gloriosa empresa, que jamas ha podido proponerse á los hombres; y en esto no hace otra cosa, que prescribirnos la precaucion que cada hombre toma naturalmente en los negocios mas ordinarios de la vida.

Es tan cierto, señor, que este cuidado de huir del tumulto, y concentrarse en su interior es el primero y el mas natural movimiento del corazon, quando se convierte á su Dios, que vos mismo podeis ser testigo de esta verdad. ¿No es cierto que desde el momento en que vuestro corazon se hizo el throno en la gloria Divina, vos os habeis sumergido en él como en el único asilo que podia presentaros sólidos consuelos? ¿No es verdad que habeis sentido, que una luz extraordinaria brillaba en medio de vuestra alma, y que os habeis encerrado con ella, sin que fuera menester que nadie os advirtiese de lo que debiais adorar? ¿Y que vos mismos fuisteis á buscarlo dentro de vos mismo,

a Luc. XVII. 21.

donde ántes no lo podiais hallar? Yo confesé al Padre la exâctitud de su observacion, y continuó:

Es imposible, señor, que por mas síncera que haya sido la conversion; por mas eficaz que sea la disposicion del alma, pueda sostenerse largo tiempo en la pureza de la vida, si no se ayuda con los remedios Christianos, sobre todo con la oracion y vigilancia. Muchos convertidos piensan que les basta mudar de costumbres, y se contentan con la resolucion de no volver á pecar. Sin duda que esta es la primera disposicion. Pero no reflexîonan, que para no volver á pecar no basta la simple resolucion, y que es menester reforzar la propia flaqueza con los medios que la Religion nos enseña. El que no los practique tendrá contra sí todos los enemigos conjurados: el mundo con todos sus errores é ilusiones: el demonio con todas sus sugestiones y sus artes: la carne con todos sus atractivos y placeres: y su propio corazon con toda su corrupcion y su flaqueza. Para vencer tantos y tan poderosos enemigos es menester todo nuestro esfuerzo ayudado de la Divina gracia; pero esta gracia no se da de ordinario sino al que por su parte tambien se esfuerza, se desvela y la pide.

Se puede asegurar, que por mas resuelto que esté á mejorar su vida el convertido, si no se emplea en la oracion, la vigilancia, la buena lectura, los buenos egemplos y los Sacramentos, no tardará mucho tiempo en volver á peores y mas funestas relajaciones. Si vos pues no quereis recaer en tan fatal desgracia, usad continuamente de todos estos devotos egercicios. Dos grandes obgetos deben ocu-

par vuestra atencion. El primero lo que debeis á Dios, y este lo cumpliréis con los actos de vuestra religion y la obediencia de su Ley. El segundo lo que debeis al próximo, y esto se egecuta cumpliendo con las obligaciones del estado y con las obras de misericordia.

Pero para observar uno y otro es indispensable reglar en quanto se pueda toda la extension del tiempo, dando á cada dia con regla y méthodo lo que cabe en él con proporcion á nuestras obligaciones respectivas. Debeis pues reglar el vuestro dando á Dios todo lo que podais sin embarazo de lo que vuestro estado exîge, y siempre mirando á Dios en todas vuestras acciones, aun en vuestras recreaciones inocentes. El tiempo así empleado nos conduce á la eternidad, libra de tentaciones, afirma en la virtud, y nos facilita los socorros del Cielo.

Empezad pues por ofrecer á Dios las primicias del dia, y emplead la primera hora en adorarlo y meditar su santa Ley. No busqueis ni me pregunteis jamas el méthodo que se debe observar en este egercicio tan glorioso como consolador. No os sugeteis jamas á formas que no harian mas que cautivaros y turbaros en una accion propia del corazon y de los afectos. No hay reglas para amar, y todo debe ser amor. Todo es bueno, grande, heroyco y Divino quando procede de una alma que no busca mas que á su Dios, y que solo arde en deseos de unirse con él íntimamente.

El que ama, adora, invoca, agradece, crée, espera, se arrepiente y hace quanto debe hacer. El avaro está inmóvil en su thesoro. No habla, pero lo mira y goza. Dios es el vuestro, señor; y

si vuestro corazon se halla bien quando se lo dice, repetídselo millares de veces, dejad que se abandone al atractivo de tan hermoso y puro sentimiento. Quando no le digerais otra cosa, y que pasarais toda vuestra vida en penetraros de este único pensamiento, no la pudierais ocupar en mas perfecto y sublime egercicio. Id á Dios en derechura, y buscad su bondad amorosa como el niño busca la presencia del padre que ama y de quien necesita. El niño no se inquieta por saber cómo se presentará al autor de sus dias, no estudia lo que dirá á su padre, su ternura le basta, su amor le inspira el modo de explicar lo que siente y de pedir lo que desea.

Esta oracion de la mañana no debe ser mas que el principio de la de todo el dia, porque todo el dia debe ser una oracion continua. No olvideis jamas, que en qualquier parte que esteis, Dios os está viendo. Acostumbraos á no perder de vista esta imágen. La idea habitual de la presencia de Dios es el mayor estímulo del Christiano para elevarlo á las mas sublimes virtudes, y el mas poderoso correctivo para fortalecerlo contra las tentaciones. Que todo lo que hagais hasta el comer y dormir sea por Dios, porque Dios lo ha ordenado así, y porque son los medios que nos ha dado para recobrar nuestras fuerzas, y volver al egercicio de nuestras obligaciones.

Que de tiempo en tiempo, y en medio de qualquier ocupacion vuestro corazon se levante á Dios que lo mira: que lo adore y le pida su socorro. Para que la oracion sea eficaz no es menester que sea larga, sino fervorosa. Decid como el Prophe-

ta [a]: „Mis ojos estarán siempre delante del Señor, „porque él solo puede librarme de los riesgos en „que estoy." Este es el modelo de la buena oracion quando el alma dirige constantemente al Señor la atencion de su espíritu y los afectos de su corazon, y quando se presenta á su Dios como un infeliz rodeado de peligros, cercado de enemigos, y pone toda su confianza en la celestial proteccion.

La oracion de los hombres por lo ordinario es estéril, no porque es corta, sino porque es superficial, porque no es humilde, ó porque no es confiada. Estaba David siempre en presencia de Dios con todo su corazon, como un pobre que pide limosna, como un preso que ruega por su libertad, y con la confianza de que el Señor lo libraria. Si quereis pues que vuestra oracion llegue hasta el Cielo, y no vuelva vacía, sea frecuente, fervorosa, humilde y confiada. Así pidió el Publicano del Evangelio, y al instante quedó justificado. Desconfiad solo de vos mismo, y de los enemigos que os rodean; los mas peligrosos son nuestras pasiones, pedid pues socorro contra ellas.

Esta especie de oracion es tan necesaria al justo como al pecador, porque el primero á pesar de su justicia sufre en sí mismo continuamente terribles tempestades, movimientos de concupiscencia que le combaten, y malas inclinaciones que le afligen. El pecador está en un estado tan deplorable, que cada dia se agravan sus cadenas, se desordenan mas sus pasiones, y su conducta se endurece. ¡Si-

a *Psalm.* XXIV. 15.

tuacion espantosa ! ¡ Dichoso si alguno lo conoce y se humilla !

Buscad al Señor. Esta palabra contiene grandes sentidos, y pocos conocen su extension. Buscad al Señor, decia Isaias [a], ahora que se le puede hallar. Todos deben buscarlo, y mas los pecadores, que por una dispensacion de la gracia han salido de tan fatal estado, y se sienten movidos á renovarse sirviendo á Dios, dándose á la oracion, huyendo del mundo, y entregándose al amor divino. Si no siguen con fervor esta voz interior que los llama, corren mucho peligro; y deben temer, que de la tibieza caerán en el pecado, y del pecado en la reprobacion.

Buscadle pues, y esperadle tambien. Si á pesar de vuestros esfuerzos no sentis la uncion de la gracia, no hay que abatirse ni desesperarse. Paciencia, constancia, humildad, y el Señor vendrá. Es fiel, y no engaña jamas. Es inexplicable la confianza de los Santos en el Señor. Nada desean, nada temen ni esperan del mundo, porque para ellos su Dios es el todo.

Buscadle pues, señor, esperad en su benigna providencia, y penetrado de un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que teneis de unir y encadenar vuestra flaqueza con esta grande fuerza, en quien reside el principio de quanto exîste; buscadle con una vigilancia impenetrable en alejar de vos lo que puede debilitar la impresion de las verdades eternas, y buscadle con una atencion continua á este pensamiento tan po-

a Cap. LV. 6.

co meditado como poco sentido, que el seno de Dios es tan necesario á la vida espiritual de nuestras almas, como el de los rios á quanto vive en ellos.

Despues de lo que debeis á Dios y á la Religion, nada sea para vos tan sagrado, tan precioso y tan querido como lo que debeis á vuestro estado y al lugar que ocupais en la sociedad. El cuidado de su alma no es otra cosa, que cumplir con las obligaciones de su estado; y la exâctitud con que se procura desempeñar los cargos que nos impone nuestra posicion social es tan esencial para la santidad, que Dios arroja de sí las adoraciones y sacrificios que le ofrecemos en los momentos destinados al servicio de nuestros hijos, familia ó compatriotas. Nada de lo que turba el órden puede servir á la virtud, y nadie puede glorificar á Dios con obras, que aunque buenas en sí mismas, se han hecho á costa de un tiempo que se debia á otro.

¡Dichoso, señor, mil veces dichoso el hombre que ama el estado en que vive! ¡De quántas penas, disgustos y fastidios lo libra esta disposicion preciosa! Pero solo la Religion puede darla, porque solo ella da un precio infinito al cabal desempeño de las propias obligaciones; y por consiguiente ella sola puede inspirar, que aunque sean penosas se cumplan con amor y con gusto. El buen Christiano se tiene por feliz quando se oculta en el recinto de los encargos que la divina Providencia le ha señalado; porque sabe que allí solo es donde puede hallar los thesoros verdaderos; porque sabe que aunque se aplique á las mas bajas

y humildes ocupaciones, es mas grande á los ojos de Dios en su obscuridad, que si se ocupara en el brillante afan de gobernar la tierra; porque sabe que está donde Dios quiere que esté; que hace lo que Dios quiere que haga; por consiguiente que está en la mas noble y honrosa situacion en que puede verse una criatura; y porque sabe en fin que en ese rincon obscuro donde Dios le tiene, vive para aquel á quien el poder y la gracia pertenecen en el Cielo y la tierra, y que cada instante de su duracion le gana un bien inmenso en la eternidad de su gloria.

Con esto debeis ver, señor, que los caminos de Dios son regularmente simples y llanos; y que para asegurar su salvacion no es menester recurrir á prácticas difíciles, ni hacerse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La Religion nos encuentra y nos deja en la sociedad, en nuestra familia y nuestro estado. No nos prescribe sino lo que naturalmente debiéramos hacer todos los dias. Lo que únicamente pretende es elevar nuestras ideas, purificar nuestros motivos, y hacernos felices, imprimiendo á nuestras intenciones un carácter de sublimidad, que las haga útiles á nuestro interes eterno. Querer abrirse caminos nuevos y singulares suele ser una especie de fausto y ostentacion, que ofende á la modestia Evangélica, y degrada la verdadera penitencia.

El Discípulo de Jesu Christo teme todo lo que puede distinguirle. Su mayor seguridad consiste en hacer las cosas mas comunes con miras superiores y divinas; desempeñar las obligaciones mas ligeras con un corazon magnánimo y entero, y prac-

ticar en su casa ó en el Santuario del Señor lo que la Religion le prescribe; pero de manera que nadie entienda sino lo que basta para el buen egemplo. Entónces todo es verdad y substancia en sus acciones, todo es espíritu y vida en su interior; y sin separarse del modo regular de vivir de los otros hombres, le distingue Dios con un carácter, que lo eleva sobre las Dominaciones y los Thronos.

Considerad, señor, la Muger fuerte, de quien el Espíritu Santo hace tanto elogio en los sagrados Libros. ¿Dónde la encontrarémos? dice: El que la halle la debe admirar y colmar de alabanzas; todo el oro y las riquezas de la tierra no pueden compararse con el valor de tan raro thesoro. Oyendo tan ponderado elogio se persuadirá alguno, que habla de una criatura extraordinaria, de una persona destinada á asombrar el universo con prodigiosas y singulares acciones; pero no es así, y para que ninguno se engañe, el Espíritu Divino se apresura á explicarnos los títulos de su mérito y grandeza.

Nos la retrata diciendo [a]: Que está encerrada en su casa, y aplicada á todos los negocios domésticos de su administracion interior; que está en todo, que cuida de todo, que hace que todo esté en órden, y que en los intervalos que le dejan la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos, y los afanes de sus criados, trabaja con su industriosa mano la lana y el lino: que miéntras su Esposo egerce en la Ciudad graves funciones, sosteniendo con dignidad un carácter pú-

[a] *Proverb.* XXXI. 10.

blico en el Senado con los Grandes, ella se divierte con un trabajo sosegado pero útil, pues no se desdeña de manejar la rueca en sus manos.

Esta pues es una Muger, que no se distingue en lo exterior de las mas regulares ciudadanas, que sin meter ruido vive en la paz y silencio de su casa, que camina en presencia del Señor con la inocencia y simplicidad de su corazon; y esta es la que en el último de los dias nadará en la alegría, la que por en medio de la innumerable muchedumbre de generaciones se levantará con tierna y noble confianza ante el terrible tribunal, cuyo formidable aparato hará temblar todos los Potentados de la tierra; y ella tomará su lugar en la Ciudad de Dios entre los Héroes de la gracia y de la eternidad.

No, señor; el espíritu y los preceptos de la fe no presentan nada, que pueda desalentar y sorprehender á los que conservan alguna impresion natural de todo lo que es virtud, órden y cordura. Nuestra propia conciencia da testimonio á la verdad, y siente la necesidad y la justicia del moral del Evangelio. Quando meditamos con buena fe no podemos dejar de conocer, que este moral es hecho para el hombre, y el que le puede ser mas ventajoso; y que aun quando tuviera un orígen ménos augusto no pudiéramos buscar regla mejor para nuestra vida y costumbres. Se pudiera decir, que este moral puro no hace otra cosa, que volver á conducir á nuestra razon y corazon á su propio centro, haciendo revivir en nuestras almas las luces y principios que habian nacido con nosotros. Lo único que hay en él de extraordinario y asom-

broso es en nuestro favor, y para el logro de nuestros deseos mas fervientes; pues es la revelacion y promesa de un destino eternamente feliz, que sin ella nunca hubiéramos podido conocer ni esperar.

La Sabiduría eterna no descendió á la tierra para enseñarnos á hacer milagros, ni para que hiciésemos obras portentosas. »La gracia de un Dios »Salvador, dice San Pablo [a], vino á resplandecer en »medio de los hombres, para enseñarles á arrojar »léjos de ellos toda impiedad, y todos los deseos »groseros de las pasiones y sentidos, á vivir en »la tierra con sobriedad y justicia y caridad, espe»rando el cumplimiento de la dichosa esperanza, y »el advenimiento de la gloria del Gran Dios y Sal»vador nuestro Jesu Christo, que se sacrificó por no»sotros á fin de purificarnos de toda mancha, y »consagrarse un Pueblo escogido, que no se apli»cará sino á la práctica de lo que es bueno, jus»to y honesto.» Estas pocas palabras incluyen la mas sana y mas ilustrada Philosophía, que se ha presentado jamas á los hombres, y no tienen otra cosa que sea religiosa y sobrenatural, que añadir una sancion Divina, y prometer una eternidad de gloria á acciones y sentimientos, que residen naturalmente en el corazon de todas las personas honradas, elevándolos á tan alto fin.

Ved aquí pues el compendio de toda la Religion Christiana. Amar á Dios sobre todo y mas que todo: adorar al Criador del Universo por su Divino Verbo; obedecer la Santa Ley que este pro-

a *Ad Tit.* II. II.

mulgó en el Evangelio; creer todo lo que la Iglesia su Esposa, á quien asiste, nos enseña; practicar todos los actos del culto que nos prescribe; hacer profesion pública de este culto; amar por Dios á todos los hombres como hermanos é hijos del mismo Padre; egercer con ellos todas las obras de misericordia; y cumplir con todas las obligaciones del estado en que nos ha puesto sean altas ó bajas, penosas ó agradables. Todo esto es fácil y dulce á las almas sostenidas de la gracia; pero muy áspero y difícil á la naturaleza corrompida. El consuelo del Christiano es, que esta gracia se pide y se obtiene: que Dios la da siempre al que la implora, y este es el egercicio de la oracion. Tambien sabe que Dios no la niega á quien humildemente se la pide, y este es el necesario afan de la vigilancia Christiana: *Velad y orad*, decia Jesu Christo; y en estas palabras está encerrada toda la doctrina de la vida.

Muchos caminos conducen á este término. Uno de los mas trillados y que conduce mas presto, es la meditacion continua de la muerte y de la eternidad que le sucede. No hay asunto de tan grande importancia, pues sabemos que la vida presente acabará presto, que nuestra alma está ahora en nuestro cuerpo en estado de prueba, y que luego llegará el dia en que Dios la juzgará segun sus abras. El tiempo comparado con la eternidad es ménos que un instante. Los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, salud y quanto la imaginacion presenta, son ménos que la nada quando se comparan con la gloria que nos espera. Es imposible que un hombre racional pueda estar contento de sí mismo, quando emplea toda su aplicacion y afan en

obtener bienes tan frívolos, y que duran tan poco. Nosotros quisiéramos ser siempre felices; pero como la muerte es inevitable, debemos mudar nuestras ideas, y buscar una felicidad que no pueda quitársenos.

La muerte es justa quando rompe nuestros designios, pues son desarreglados, y léjos de oponerse á nuestra dicha verdadera, es ella la que nos conduce á la felicidad eterna; su pensamiento solo nos hace despreciar lo que no merece aprecio. Ella es la que levanta el velo, y descubre la perfidia y falsedad de los bienes sensibles. Ella es la que nos hace conocer todo el precio y realidad de los bienes eternos, y nos los acerca tanto, que á su vista los otros se desaparecen. El cuerdo quiere en todo tiempo desengañarse y ver la verdad; pero el insensato y el carnal se complace con la ilusion.

El perezoso quiere dormir, y con tal que sus sueños sean agradables no pide mas. Si la muerte viene á despertarlo se espanta y se confunde. No ha considerado, que el tiempo que ha dormido era el que se le habia dado para adquirir una felicidad eterna. El vicioso prefiere relámpagos de gozo á placeres sin término. Conoce la alternativa de las penas, ó las recompensas eternas; no duda que su alma es inmortal, y quando dudara, la duda sola debia obligarlo á tomar el partido mas seguro; pero su estupidez es tan increible como inexcusable, vive como si no debiera morir; abraza el estado sin pensar en la muerte: entre los motivos que lo determinan, la eternidad no entra en la cuenta. No es posible conciliar esta ceguedad con el insuperable amor que tenemos de nuestro bien.

Es que somos como los niños á quienes los obgetos presentes los arrebatan y determinan sus movimientos. Los obgetos distantes por grandes que sean no les interesan ; las amenazas de léjos no los intimidan ; pero si una espina les pica , si un insecto les muerde , entónces se afligen ; tal es el imperio de los sentidos , y tan débil la razon. Para ver bien los obgetos es necesario , que la razon se fortifique , y que el espíritu se extienda , y esto se consigue por la meditacion. De lo presente pasa á lo futuro , de lo que tiene cerca á lo que vé distante ; con la comparacion que hace de las cosas se excitan el temor y la esperanza. Lo futuro se le hace presente , y no teme sufrir en el momento rudas penas por librarse de otras mucho mayores que le amenazan.

La desgracia es , que toda la extension de su vista circunscripta en la esfera del tiempo no se avanza hasta mas allá de los siglos. Los mas de los hombres trabajan hasta los treinta años para descansar en la vegez ; porque vén viejos pobres, y no quisieran serlo : esta vista les convence que un dia serán viejos ; pero estos mismos se quedan siempre niños quando se trata de los bienes eternos. Su vista no va tan adelante , no se detienen á considerarlos , no piensan que merecen ser preferidos á los que están gozando con placer ; y ved aquí por qué la Eternidad no entra en los motivos de sus deliberaciones. La Eternidad sin embargo es la luz que puede alumbrarnos en la obscura carrera de la vida , y conducirnos á esta felicidad por que tanto suspiramos.

Esta idea de la Eternidad es la que excita

la del temor de Dios, y este es el que puede seguramente afirmar los pasos del hombre por qualquier vereda que camine. Este es el que puede procurarle los verdaderos bienes, la paz del alma en este mundo, y la posesion de Dios en el otro. El que penetra bien el corazon del hombre descubre una grande verdad, y es que solo el temor de Dios puede hacer que él no sea doble, astuto, hypócrita y mentiroso. Sin duda que hay en estos vicios diferentes grados; pero tened por cierto, que el hombre aunque sea de suyo recto y síncero, si no tiene temor de Dios, dirá y mil veces hará muchas cosas contra la verdad.

Quando no hiciera otra cosa que estimarse mucho, y tener grande opinion de su imaginaria virtud, ya se mentirá á sí mismo; pues que ninguno tiene mérito propio, y todo nos viene de Dios. Los Gentiles que han sido mas estimados por su rectitud como Sócrates, Caton, Marco Aurelio, Epitecto y otros, no dejaban de tener algun temor de la divinidad; y con todo el que hubiera podido exâminar por dentro su virtud, hubiera visto muchos defectos de sinceridad. Tan cierto es que la verdad no puede habitar en un pecho, en que no habita el temor de Dios.

Dios os ha dado un nacimiento distinguido y muchos bienes de la tierra; dad gracias á su providencia: pero sabed, que con los bienes os ha dado muchos cargos y muchos peligros. Los profanos pueden mirar como una paradoja, que sea mas útil poseer pocos bienes que muchas riquezas; pero el Christiano sabe, que la medianía, y aun la pobreza misma, quando está unida con la jus-

ticia, vale mas que las grandes riquezas quando se usa mal de ellas. El pobre si es justo junta thesoros para el Cielo, y el mas rico hace mas profundo el abysmo de su perdicion. Los Gentiles conociéron las ventajas de la mediocridad; pero como no tenian idea de la verdadera virtud, su desinteres nacia del orgullo ó de la extravagancia; porque á la verdad para el que no tiene otras esperanzas que las del mundo, la abundancia es mejor que la escasez, pues con ella se procuran todas las comodidades de la vida, pero los ojos de la fe vén de otro modo; y Jesu Christo dijo: Que era muy difícil á los ricos entrar en el Reyno de los Cielos.

Si las riquezas se juntan con los vicios, entónces no solo será difícil sino imposible; porque como dice el Propheta: Los brazos de los impios serán rotos; esto es, todo su poder será destruido. En vez de que Dios sostiene al pobre con su misericordia; el impio, el poderoso y opulento á la hora de la muerte se verá despojado de todo; y el justo abandonando lo poco que tenia en la tierra, irá á poseer inagotables thesoros en el Cielo. Quizá, señor, si se nos diera la eleccion quando nacemos, debiéramos escoger la pobreza. Con ella tendríamos ménos riesgos, ménos pasiones, mas ocasiones de méritos y mas semejanza con nuestro Redentor.

Pero como Dios es quien reparte los bienes, si nos hace nacer con ellos, debemos adorar su providencia, aunque temblemos de nuestro peligro. No olvidemos que no somos propietarios sino ecónomos, que tomando para nosotros solo lo nece-

sario, debemos dar lo restante á los que no tienen; y que solo el buen uso de las riquezas puede transformar en un antídoto el veneno, haciendo que ellas mismas nos sirvan de escala para el Cielo.

Huid, señor, á toda costa y con esfuerzo varonil toda especie de mala compañía. No hay contagio tan rápido y pestilencial; no hay fuego voraz que con tanta violencia lo destruya todo. Este es el principio mas funesto, la mas emponzoñada fuente que corrompe en el mundo las costumbres; y advertid que hay tres especies de malas compañías: la primera la que se tiene personalmente con los malos, quando se les trata y se vive con ellos: la segunda la de los libros perniciosos; el hombre mas austéro y retirado del mundo corre peligro con las malas lecturas; en un instante puede perder quantos principios de fe y buenas costumbres habia adquirido, dejándose seducir de los sophismas de los incrédulos ó libertinos: la tercera es la de sus propios pensamientos, si se les da entrada en un corazon desocupado, que no vela en su custodia.

El enemigo comun aprovecha las ventajas que le presenta una imaginacion fecunda en ilusiones é imágenes impuras. El espíritu se deja arrastrar por esos obgetos seductores, quando la voluntad se abandona á tan falaces guias. Las malas compañías exteriores no son peligrosas, sino porque seducen á la íntima que tenemos en nuestros propios pensamientos. Es menester decir de ellos, de las gentes y de los libros lo que decia David á Dios [a]: »Se–

[a] *Psalm.* XXV. 4. 5.

„ñor, no quiero tener ninguna sociedad con los „vanos é injustos; ni sentarme con los impios y ma„lignos." Sin esta resolucion eficaz y constante serémos orgullosos, vanos y satisfechos de nosotros mismos; injustos con el próximo; malignos en nuestros juicios; y flojos, impios ó indiferentes en lo que interesa al servicio de Dios.

Este, señor, es el artículo mas importante y el punto en que debeis insistir con una determinacion que jamas vacile. Alejad de vos sin demora todo mal pensamiento, todo mal libro; pero mas aun á todo hombre vicioso ó corrompido que no teme á Dios. Si Jesu Christo nos manda sacarnos el ojo, cortarnos la mano ó el pie que nos escandaliza, ¿quánto mas debemos alejar de nosotros todo mal egemplo? Esta obligacion es mas estrecha en un Padre de familia; pues debe á sus hijos buen egemplo y educacion. Nada puede viciarla tanto como los malos egemplos; y el afan de muchos años en la instruccion de un jóven se malogra en un instante con la seduccion de un perverso. Tiene criados, y no solo debe ser espejo suyo con su arreglada conducta, sino cuidando tambien que vivan como Christianos. San Pablo decia: que el que no cuida de sus domésticos es peor que el infiel. Estas son almas que la Divina Providencia ha puesto á su cargo, y de que dará cuenta estrecha. Tiene amigos, y si son viciosos no harán mas que corromperle á él mismo, ó á lo ménos corromper su familia.

El que conoce la flaqueza de la naturaleza degradada, no puede ignorar la fuerza poderosa del mal egemplo. Uno solo puede bastar para derribar

en un instante todo el edificio que en muchos años habia levantado la virtud. Uno solo puede corromper una sociedad de Santos. Uno solo puede destruir todo el fruto de una larga y laboriosa educacion. Uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo Christiana y arreglada. En fin no hay peste tan mortífera, y que comunique su infeccion con tanta rapidez como se propaga el vicio en nuestro débil corazon.

Sed pues inexôrable contra todo lo que pudiera exponeros y exponer á quanto os rodea á tanto daño. Esconded á los ojos de vuestros hijos y familia todo egemplo que pudiera tentarlos. Apartad sus ojos de todo discurso que los pudieran seducir; les debeis buen egemplo, instruccion y enseñanza; pero debeis cuidar tambien y con gran vigilancia, que nadie pueda destruir lo que vos edificais.

Vos debeis suponer, que no habiéndoos procurado en vuestra vida pasada criados Christianos ni amigos virtuosos, estais en nueva obligacion de exâminar su conducta, y de reparar este mal con el mayor esmero. Que vean en vuestras acciones otro modo de obrar, y que vuestros discursos les manifiesten otro modo de pensar. Pero ántes de convertirlos con las palabras, dejad que hablen vuestros egemplos, y que vuestra conducta práctica sea la primera de las exhortaciones. Si esto no basta, procurad persuadirlos con zelo, pero con dulzura y prudencia; y quando esto no bastare, no hay que detenerse, alejadlos de vos y de la parte de sociedad que la providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexîonad, que el que

no teme á Dios, así como no puede ser buen padre ni buen hijo, tampoco puede ser buen amigo ni buen criado. ¿Cómo os guardará fidelidad el que no la guarda á su Dios? Sin el temor de Dios no hay freno que pueda detener á los hombres desde que las pasiones los excitan ó el interes los tienta. ¿Quién puede responderos de un criado quando el amor propio lo seduce á un delito secreto, que espera dejar escondido, si la propia conciencia y la idea de un Dios vengador no lo detiene? ¿Y cómo podeis contar con el amigo? ¿Cómo podeis confiar vuestros secretos y el honor de vuestra casa á un hombre, que quando una pasion le arrebata, no puede hallar en la Religion un freno que le contenga? ¿Cómo podeis esperar, que los intereses de su fortuna y de su corazon no sean preferidos á los vuestros?

Desengañaos, señor; no es posible hallar buenos amigos ni buenos criados, sino entre las personas que temen á Dios y viven arregladas á los principios de la Religion. El mundo presenta muchos hombres que se distinguen en el arte de hacer demostraciones de amistad. Nada es mas persuasivo que su estilo; nada mas seductor que sus caricias. Los imprudentes persuadidos de su propio mérito se dejan engañar; pero nada es mas frívolo ni mas falso; á la mas ligera ocasion de interes propio todas estas protestas se deshacen como humo. Por el contrario, no hay mas síncera amistad que la del Christiano, es hombre de bien, porque el Dios de verdad lo prescribe así. El mundo puede darnos aduladores, compañeros del placer y del desórden; pero la virtud sola da amigos verdaderos.

Por otra parte nada hay que nos inflame mas en el deseo de servir á Dios con fervor, que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos. Son una especie de oracion continuada, un egercicio habitual de adoracion y amor. Nuestro corazon se purifica y abrasa. Nos encendemos en su mismo fuego, y salimos llenos de ardor para renovar nuestra oracion, y presentar á Dios los egercicios de nuestro culto. ¿Cómo podeis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas? ¿Qué sentimientos pueden llevar estos hombres al Templo del Señor? ¿Cómo pueden oir las alabanzas de Dios, penetrarse de la idea de su grandeza, y comunicarla á los demas fieles? ¿Qué figura pueden hacer en las juntas de la Religion? Léjos de enseñar á los Pueblos á celebrar las maravillas de Dios, les dan el egemplo de la inmodestia, de la disipacion, sin contar el fausto que ostentan á los pies de un Dios Crucificado.

Si quereis ser bueno, vivid con los buenos. Si quereis que vuestra familia sea arreglada, no degeis en ella ninguno que la desordene. Si quereis tener criados fieles, escogedlos entre los que temen á Dios. Y si quereis amigos sinceros, elegid á los que aman y respetan la Religion. Es menester ser buen Christiano para ser bueno en qualquier otra línea; solo los que profesan con sinceridad el Christianismo pueden ser fieles, honrados y seguros.

El verdadero Christiano reune dos calidades que parecen opuestas: sabe conciliar los inevitables males de la vida con la paz del corazon, con la alegría

interior y contento del alma. Es rico en la pobreza, y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela quando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios; y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su thesoro, todos sus conocimientos, y todos sus amigos están en el Cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra, á lo ménos pide por ellos. Sus mejores y mas frecuentes alimentos son la oracion y la Sagrada Comunion, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesu Christo, y la estudia sin cesar para imitarlo. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que lo encanta, lo eleva y lo consuela. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios, y en imitar á Jesu Christo; siente no haberlo conocido mas pronto, y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debeis asociaros, si quereis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debeis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos disgustos, y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el Padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. Á Dios, amigo mio.

CARTA XXXI.

El Philósopho á Theodoro.

Acabóse por fin y con dolor mio, amigo Theodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida. Semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba, me afligia con la idea de que me quedaba uno ménos. Yo no hubiera imaginado jamas, que dias pasados en egercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, y se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprehender por experiencia propia, que es la mejor manera de comprehender bien, quán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡Ó quánto yerran, quando se figuran que la virtud es austéra, y que los egercicios de la devocion son penosos á los que los practican! Error deplorable que da tantos sectarios á los vicios. Pero por mi dicha solo la experiencia me ha enseñado, que la vida christiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia y con la esperanza de la vida eterna son mas felices aun en la tierra, que

los que se entregan á las pérfidas dulzuras del placer.

Así lo ha dispuesto Dios ; y la razon alcanza que así es. El hombre siempre ansioso é insaciable de felicidad, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar , desde que ha errado el camino , á cada paso que da se extravía mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho, ó que le ha saciado , es un nuevo estímulo para buscar otro que no le satisface mas ó que no le sacia ménos. La ociosidad , que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazon , la necesidad de buscar sensaciones dulces, para que lo saquen de aquel letargo , y el falaz aspecto de placeres nuevos , que prometen lo que no cumplen , enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos , que la precipitan de vicio en vicio. ¡Dichoso aquel á quien una luz temprana lo ataja ántes que se despeñe , y le descubre el verdadero camino de la felicidad!

Entónces distingue mejor los obgetos , entónces alcanza á ver el término de la dicha , reconoce el camino que conduce á ella , y lo sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad ; el tiempo que le pesaba ántes tanto , que procuraba engañarlo á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos , era la causa verdadera de todo su desórden ; ya léjos de sobrarle, no le basta para las ocupaciones sérias , y lo llena todo con la satisfaccion de saber al fin del dia que lo ha empleado bien.

Los mismos egercicios que parecen tan inso-

portables al profano, son los que contribuyen mas directamente á su felicidad, y á que se le pase el tiempo sin sentir: porque los que se destinan á llenar en compañía de otros y en prácticas de virtud todas las horas de su exîstencia, hallan en ellas mil ventajas, que no pueden tener los que viven entregados á sí mismos; y estas ventajas son tan visibles, que la razon y sana Philosophía debieran reconocerlas aun sin las luces de la Religion.

Los Christianos, que unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza marchan juntos al término que buscan, recíprocamente se refuerzan. Solo con estar ocupados, y tener todos los momentos del dia distribuidos en devotos pero variados egercicios, destierran la ociosidad, y con ella los vagos ó los malos pensamientos, que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del dia les procura un apacible sueño, que los preserva de muchos peligros; porque los aleja de su imaginacion. El mutuo egemplo los fortalece, las continuas instrucciones los sostienen, y la santa emulacion los anima. Por eso las sociedades voluntarias y christianas, léjos de ser un trabajo de que deba afligirse la naturaleza, no son otra cosa que medios prudentes y bien entendidos, que la razon inspirada de Dios ha inventado para ayudar á su flaqueza, para socorrerla, y hacerle mas fáciles los caminos del Cielo.

Nada de esto habia yo comprehendido hasta que vi esta santa Comunidad, y no solo lo comprehendí, sino que lo sentí y experimenté. Aquellos pocos dias se me pasáron como un relámpago. Y no

se me escondia, que si esto sentia yo en mi corazon, sentirian mejor en el suyo este efecto divino aquellos Varones santos, que habian merecido mayor gracia, y que por una larga costumbre estaban mas habituados á sus sagrados egercicios. Pero tampoco era posible dudarlo, y me lo hacian ver con evidencia el zelo ardiente, la dulce alegría y la presurosa puntualidad con que los practicaban. Su egemplo hizo tal impresion en mi alma, que á pesar de mi corrupcion y mis vicios me reconocí lleno de ardor de imitarlos.

Quando los veia correr con tan alegre actividad á todos los establecimientos de su regla, me decia á mí mismo: ¡Dichosos vosotros, que despues de haber pasado tantos años en la inocencia, continuais siempre en buscar á vuestro Dios con tantas ansias! ¡Dichosos vosotros, que dais cada dia tantos pasos hácia la gloria, en que vuestro Dios os espera! ¡Y dichosos tambien, porque con ménos riesgos y penas que los mundanos habeis hallado la senda ménos áspera, y que un dia os encontraréis á las puertas de vuestra feliz eternidad, sin haber sentido el peso de la vida!

Inflamado con estas ideas, se las comuniqué á mi santo Conductor uno de los primeros dias de aquella feliz semana; y le pedí alargase mas el término de mi residencia en su santa Casa. Él me respondió: Me alegro, señor, de veros en tan santa disposicion. Dios nos favorece mucho, quando nos hace conocer las ventajas de la virtud. Para amarla es menester conocer que es amable. Pero unas virtudes son mas propias de unos estados que de otros; y la santidad no es otra cosa, que cum-

plir cada uno con las obligaciones del suyo. Estos Padres, á quienes Dios hizo la gracia de sacarles del mundo, no han dejado en él nada que les obligue á fijar allí su atencion. Libres de todo cargo han venido aquí á buscar á Dios. Se han sugetado á las prácticas que les impone la regla, y su virtud consiste en su observancia.

Pero vos, á quien el Cielo hizo Señor de vasallos, y le dió hijos, criados y amigos, teneis otras obligaciones, y vuestra virtud será cumplir con ellas. Ya os habeis reconciliado con Dios: ya habeis sosegado vuestra conciencia. Esto era lo esencial; así ahora debeis volver á vuestra casa y arreglarla; pensar seriamente en la educacion de vuestros hijos, cuidar de vuestros criados, y entablar una vida christiana; y si teneis proporcion, instruir y persuadir á vuestros amigos las verdades de la Religion, que Dios os ha mostrado, y sobre todo enseñar á todos con vuestro egemplo la práctica del Evangelio.

Ved aquí, señor, las virtudes de vuestro estado y circunstancias. ¿Y quién sabe los designios de la Providencia en vuestra conversion? No es posible errar, quando se sigue el camino que nos indica el Cielo por la situacion en que nos pone; en vez de que la senda que escoge nuestro arbitrio puede ser obra de la ilusion ó del amor propio. Dios no estima estas virtudes momentáneas, que produce un fervor súbito, y que despues suele entibiar el tiempo; y solo ama las que son estables y prudentes, las que la razon aprueba, y que el propio estado exîge.

Lo único que quisiera aconsejaros es, que pues

estais resuelto á pasar esta semana con nosotros, la aprovecheis, para prepararos de nuevo, y recibir otra vez el Domingo, que será último dia de nuestra compañía, los santos Sacramentos. Pero yo quisiera, que esta Comunion fuera pública; que la recibiérais en la Iglesia, para que la vieran todos; para que vuestro corazon diese á Dios este testimonio patente de Religion y culto; y que este fuera el primer paso de la profesion pública de Christiano, de que debeis gloriaros en adelante. Yo me sometí á todo lo que el Padre me dijo, y desde aquel instante volví á recoger mi corazon, para prepararlo al augusto Sacramento, que debia recibir otra vez. En efecto lo recibí el Domingo; y debo añadir, Theodoro, que me parece, que aunque aquella Comunion fué en la Iglesia, y á vista de todos, me fué muy saludable y provechosa por el recogimiento y devocion que experimenté.

Quando despues de concluidos estos santos oficios, el Padre y yo volvimos á mi aposento, encontramos en él á Simon, que en conformidad de mis órdenes me vino á buscar. Su vista excitó en mí un sentimiento de pena, despertándome la idea de que venia á separarme de una compañía y de una vida en que estaba tan bien hallado. Mi sumision á los consejos del Padre me hizo ocultar esta sensacion penosa. Simon me dijo, que no habia novedad en mi familia, y que todos me esperaban con impaciencia y alegría. Yo dige al Padre, que por lo ménos aquel dia era mio, y que pues estaba resuelto á partir en él, siquiera me permitiese pasarlo todo en aquella Casa, y partir al anochecer.

El Padre condescendió, añadiéndome: pues hoy es dia de recreacion, los Padres bajarán esta tarde á la huerta, y tendrán el gusto de veros, y así podréis tambien hablando con ellos edificaros de nuevo con la sinceridad y uncion de sus santos discursos. Simon nos pidió permiso para acompañarnos á todo. Yo lo extrañé, sabiendo que estas ocupaciones no podian ser de su gusto. Pero me pareció, que por un lado la curiosidad, y por otro el temor de no saber qué hacer si se quedaba solo, le hacian determinarse á venir con nosotros, y habiendo manifestado el Padre, que no habia en esto dificultad, le permitió que nos acompañara.

En efecto nos siguió á todo, y quando llegó la hora de ir á la huerta, fuimos todos juntos. Aquellos benditos Padres volviéron á rodearme, dándome nuevas muestras de aquel amor universal, con que aman á Dios en todas sus criaturas, y que tiene tanto carácter de santidad. Yo volví á sentirme enternecido de ver tanta benevolencia y atencion en favor de un indigno, que no merecia besar la tierra que pisaban. Nuestra conversacion fué muy devota y mas animada que la primera vez.

Me parecia que me trataban ya con mas cordialidad y confianza. Comprehendia quánto hubiera podido aprovechar con sus santos discursos, si los hubiera escuchado con mas frecuencia. Sentia que solo su venerable aspecto, al tiempo que me inspiraba veneracion, me infundia deseos y amor á la virtud. Pero al fin llegó el momento preciso. Á pesar de mi dolor, me fué necesario decir á Simon, que hiciera acercar nuestros caballos, y quando volvió á advertirme que estaban prontos, tuve que hacer-

me violencia para arrancarme de tan dulce sociedad.

No pude hacer tanto esfuerzo sin destrozarme el corazon, y anegarme en un diluvio de lágrimas. Todos los respetables Varones mostráron la misma sensibilidad, y me vinieron á acompañar hasta la puerta. Allí se despidiéron, y se dignáron de estrecharme en sus santos brazos; y yo sentí tanta confusion como consuelo de verme enlazado con tantos hombres, que eran sin duda gratos á los ojos de Dios. Yo les pedí sus oraciones. Ellos me las prometiéron, y tuvieron la humildad de pedir las mias. ¡Pero quánto me costó, Theodoro mio, arrancarme de los brazos de mi Director! ¡De aquel Ángel de luz destinado por el Cielo para mi regeneracion! ¡De aquel mas que Padre, á quien debo lo que puedo llamar mi eterna fortuna! Al fin fué indispensable, y tan lleno de amargo disgusto como cubierto de tierno llanto, monté á caballo, y partimos.

¡Pero ay! ¡Qué otras nuevas conmociones me esperaban en mi casa! Los primeros obgetos que se presentáron á mis ojos fuéron mis dos hijos, víctimas hasta entónces de mi desórden y descuido. Yo los amaba; pero con amor grosero. No era mas que aquel ciego sentimiento que la naturaleza inspira aun á los brutos. Hasta entónces no los habia visto sino como renuevos de mí mismo, y como destinados á continuar mi nombre y el esplendor de mi casa. Todas mis ideas no habian tenido otro obgeto, que el de criarlos y hacerlos adelantar en la educacion de Caballeros, para que se presentasen en el mundo con gentileza y gracia. Todas mis atenciones se limitaban á lo que podia contribuir

á su elevacion y fortuna. Estaba muy léjos de pensar en instruirlos en la Religion y en las obligaciones de Christianos.

No pude dejar de enternecerme quando se me arrojáron al cuello dándome el dulce nombre de Padre. Los estreché en mis brazos, y recibí sus dulces caricias, correspondiendo con las mias. Me sentí tan conmovido, que me saltáron por los ojos dos arroyos de lágrimas. Y este llanto no era solo de ternura sino de dolor; porque yo mismo me confundia de mi ceguedad, y me acusaba de mi mucha negligencia; pues habian perdido por mi descuido mucho tiempo, y rezelaba que á pesar de su corta edad mi mala conducta les hubiese producido alguna mala impresion.

Conocia muy bien quán funestos son los malos egemplos, que se graban con las primeras ideas. Pedia perdon á Dios, y le decia en lo íntimo de mi corazon: ¡Ó Señor de misericordia! Yo pongo desde este instante bajo las alas de tu providencia estas dos jóvenes plantas, que me has fiado para que las cultive para ti, para que las crie en tu amor y en la guarda de tu santa Ley. Perdona mi descuido pasado en favor del zelo con que me propongo desempeñar tan digna confianza en lo sucesivo. Dirige al Padre y protege á los hijos.

Volviendo los ojos encontré á su Ayo, que me cumplimentaba; y no pude verle, sin que me diese un vuelco el corazon. Yo habia escogido á este hombre precisamente por lo que hubiera debido alejarlo. Era un Ayo á la moda, hombre de algun talento, muy instruido en toda la erudicion profana; pero tambien muy propio para corromper la

juventud. Philósopho por orgullo, incrédulo por comodidad, ó á lo ménos indiferente en materia de Religion: con esto está dicho, que era de perversas costumbres.

Su aspecto solo me hizo estremecer, considerando las manos en que habia puesto la inocencia de mis hijos, y miéntras él me hacia sus cumplimientos, yo resolvia en mi interior separarlo quanto ántes, buscando medio de despedirlo con decencia. Pero entónces me pareció prudente disimular, y solo le dige, que esperaba aliviarle mucho de su aplicacion; porque conocia que mi primer deber era ocuparme seriamente en la crianza de mis hijos.

Despues vinieron á presentárseme los demas criados. ¡Ay Theodoro! Los mas de ellos habian sido los instrumentos ó los ministros de mi corrupcion, y todos eran testigos de mi desenfreno; pues jamas me contuvo el temor del escándalo. No pude verlos sin una especie de sentimiento penoso. Me llené de rubor, considerando que no podia volver los ojos á nadie, que no conociera toda mi pasada depravacion, y que no me causara un cierto rubor. Solo vi, y descansó mi corazon en un criado anciano llamado Ambrosio, que habia servido á mis padres, hombre de tan buen natural, que á pesar de toda la corrupcion que yo habia introducido en mi familia, habia conservado sus costumbres antiguas, manteniéndose siempre en una vida christiana y arreglada.

Por lo mismo habia sido siempre el obgeto de nuestros desprecios, el blanco de nuestras burlas. Lo teníamos por un insensato, y si yo lo conservaba en mi casa, era por pura humanidad,

por no despedir sin motivo á un criado de mis padres, que les habia servido muy bien, y por su misma utilidad. Pues bien, Theodoro, este Ambrosio tan despreciado y abatido, fué entónces entre todos el único obgeto que vi con satisfaccion: el único que fijó mis atenciones; ¿pero qué digo atenciones? Si ya empezaba á mirarlo con veneracion y respeto: ascendiente irresistible de la virtud, quando se sabe conocerla. Necesité de prudencia para contenerme, y no mostrarle de golpe las caricias que mi corazon me inspiraba.

En fin, Theodoro, todos los obgetos habian mudado de apariencia á mis ojos. Esta casa que yo habia despreciado siempre por su sencillez, me pareció por lo mismo un asylo muy oportuno para mi situacion. Los adornos brillantes, los muebles magníficos, que tanto habian lisongeado mi orgullo, me daban ahora en rostro, y no podia verlos sin enfado. Los ricos vestidos, que habian fomentado mi insensata vanidad, y con los que cubria mi corrupcion, me ocasionáron el mismo efecto. Mi mano los rechazó con horror, y escogí el mas sencillo para mi uso. ¿Quién pudo hacer tanta mudanza en mi alma? ¿Quién sino la gracia del Señor, la luz del desengaño, y la doctrina del Evangelio?

No solo sentí esta mudanza en mis gustos, sino tambien en mis opiniones. Mi transformacion fué general y tan completa, que precisamente lo que ántes apetecia ó estimaba mas, era lo que ahora me gustaba y apreciaba ménos.

Los hombres, que ántes me parecian desagradables ó de poco mérito, porque no tenian este

barniz ó colorido brillante, que el mundo estima tanto, ó porque no naciéron dotados de aquella viveza, perspicacia y gracias que tanto arrastran á la prevaricacion, me parecian ahora los solos que se debian estîmar, quando mejoraban el defecto de estas calidades con la prudencia, moderacion y demas virtudes.

Los hombres consagrados á los egercicios de la Religion, que trabajan seriamente en sacar del mar del mundo y sus peligros su barca al puerto de la salud, me parecian los únicos discretos, los solos sabios, los que merecian únicamente nuestro respeto y nuestra emulacion: y al contrario, los que embriagados con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa, que en riquezas, grandezas y placeres, me parecian insensatos, furiosos, y que ciegos corrian sin saberlo al precipicio.

Lo que mas me asombró de mí fué, que mi falsa Philosophía me habia inspirado una especie de rabia homicida y feroz contra los pobres. Como en sus principios no hay moderacion, y que las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, llevándolas á un extremo en que ya no puede haber razon; yo me habia dejado seducir de un principio, que aunque justo en sí mismo, lo hacia odioso el exceso de su aplicacion. Yo sabia, que nada es tan útil al estado, como el que todos trabagen: que la ociosidad es un mal, y que seria útil extirparla. Yo repetia las máxîmas triviales de los Sophistas, de que no se debe dar limosna; pues si nadie la diera, no la pedirian los holgazanes; y adquirí con estas ideas inhumanas una aversion tan inflexîble, que quando se me

presentaba un pobre, lo veia con indignacion, y lo rechazaba con dureza.

Pero no me hacia cargo, de que miéntras el Gobierno no los recoge, y les procura socorrer, es indispensable socorrerlos; y que si hay muchos pobres fingidos que pudieran trabajar, hay otros verdaderos que no pueden. Que en la duda, mejor es dar al que no lo merece, que dejar de socorrer al que lo necesita, y aunque nada necesite tanto de ilustracion y prudencia como el uso y la aplicacion de la limosna, esta distribucion que debe ser bien entendida, no debe degenerar en rigor. Que Jesu Christo nos ha mandado dar lo superfluo. Que yo no era Juez de la causa pública, y sobre todo, que nadie me daba derecho para tratar á los infelices con dureza tan bárbara.

En verdad, Theodoro, que ahora que lo considero, no comprehendo qué es lo que ha podido tenerme tanto tiempo en una ilusion tan odiosa, dando á mi corazon sentimientos tan inhumanos. ¿Será que el aspecto de la miseria importunaba á mi amor propio, y queria alejarla de mi vista? ¿Será que endurecido con mis vanidades y placeres me habia hecho insensible á los males agenos? ¿Será que no pareciéndome nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una secreta codicia me detenia la mano, y cubria su injusticia con tan viles pretextos? ¿Será en fin que duro é insensible á toda humanidad mi corazon era de acero para los otros hombres? No lo sé, amigo, pero temo, que sea todo esto junto.

Lo que sé es, que desde que la luz del Evangelio brilló en mi alma, de repente y sin ninguna nueva reflexîon se disipáron estas inhumanas ilusiones. Que sentí toda la iniquidad de mi conducta, y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdos que eran mis sentimientos, y lo opuestos que eran á su divina ley, me ha hecho reflexîonar en los sentimientos de compasion, con que los trataba Jesu Christo. Y me horrorizo de mi dureza, quando me acuerdo que el mismo Señor decia: Lo que hiciereis por uno de estos pobres, es como si lo hicierais por mí. Sí, amigo; mi corazon se ha mudado. Ya un pobre para mí es un obgeto de respeto interior. Envidio su pobreza, quando me parece que hace buen uso de ella; y estimo mas sus sufrimientos y miserias, si las lleva con paciencia y resignacion christiana, que todas las riquezas y las pompas del mundo.

Si me parece que por su edad ó su salud no debiera mendigar, lo despediré con moderacion; pero no me permitiré el bárbaro desprecio con que los rechazaba. ¡Ay, amigo! ¡Yo he estado muy engañado, muy pervertido! Este es uno de los artículos de mi corrupcion, que me atormenta mas. Yo he tratado á los miembros de Jesu Christo con tal indignidad, que su memoria es uno de los mas punzantes remordimientos de mi corazon. Pero espero vengarlos en mí, y honrar en ellos á Jesu Christo.

En fin, Theodoro, seria muy largo referirte por menor todos los desengaños que me ha traido esta divina luz. Lo que puedo decirte en ge-

neral es, que ella me ha hecho conocer, que toda mi presuncion era ridícula: que mi ciencia era ignorancia, y que estaba lleno de errores: que las ideas de mi entendimiento eran absurdas, y las pasiones de mi corazon viles y corrompidas: que yo procuraba cohonestarlas con los sophismas de una Philosophía temeraria; pero que sus frívolos pretextos no me alucinaban sino porque lisongeaban la corrupcion de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, tan prevaricadores como yo están todos los que viven en el mundo, quando lo estiman y aman, quando se gobiernan por sus falsas máxîmas, quando adoptan esta Philosophía perniciosa. Todos, Theodoro; y tambien tú mismo. El Cielo te envíe la misma luz que á mí, y tú como yo te asombrarás de haberte dejado seducir de unos errores tan groseros, que no pueden resistir al menor rayo de la sana razon. El primer beneficio de la Religion es disiparlos. ¡Quántos he perdido ya! ¡Quántos me quedarán que perder! Este debe ser ahora el estudio de mi vida. Pero volvamos á la historia.

Al otro dia de mi llegada fuí á la Parroquia, conduciendo á mis hijos. Despues de haber oido con ellos la Misa, pregunté por el Cura, que no habia venido á verme, y me encaminé á su casa. Encontré á un Anciano venerable, que me recibió con atencion y urbanidad; pero que me pareció fria y circunspecta. Su conversacion me dió la idea de que era hombre instruido y sólido, y de que sabia unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfaccion, de que Dios me hubiese deparado un Cura tan respe-

table. Le dige que yo era un nuevo feligres , una oveja nueva , que venia á reconocer su Pastor y ponerse en su aprisco. Él me respondió tibiamente: me dijo , que hacia veinte años que era Cura de aquella Parroquia , y que se hallaba muy bien en ella. Pero aunque procuré hablarle con cordialidad, y abrir muchos asuntos de conversacion , observé siempre , que me respondia con sequedad , que no se prestaba á mis esfuerzos , y que no acababa de abrirse conmigo.

No era extraño , Theodoro : yo pagaba allí las deudas de mi reputacion. Despues supe , y el mismo Cura me lo ha confesado , que sabia la historia de mi mala vida ; que la noticia de mi llegada habia traido la de mis escándalos ; que las personas juiciosas del Lugar se habian afligido de mi venida; y que el buen Cura se habia consternado , temiendo que yo y mi familia acabásemos de corromper un Pueblo , que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto , yo iba adelante en todo lo que podia satisfacer mi curiosidad , ó darme idea para el logro de mis futuros proyectos ; y supe por él , que aquel Lugar era muy grande: que habia en él cerca de tres mil personas de comunion , pero la mayor parte pobres : que habia algunos labradores , pocas ó ningunas artes , y mucha miseria. Que su renta era corta , y que aunque él distribuia todo lo que era posible entre los pobres , como eran estos tantos , no podia socorrerlos á todos , y que esto era lo único que le hacia penosa su situacion , porque todos los dias era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podia remediar.

Yo le respondí : El Cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna , y sé que mi obligacion es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este Lugar , ya me ha indicado los pobres que debo socorrer , y me presenta en nuestro Pastor el órgano , por quien lo debo hacer. Yo deseo , señor Cura , contribuir al alivio de todos en quanto se extiendan mis bienes. Así os pido me hagais saber todas las necesidades que interesan vuestro buen corazon , y estad seguro de que os ayudaré en quanto alcance , y que en nada me daréis mayor gusto.

El buen Cura me escuchó con atencion , y observé que me miraba como con sorpresa. Entónces no me paré á hacer reflexîones , y ocupado con la idea de que era menester darle desde luego alguna cosa , para que socorriese las necesidades mas urgentes , no pensé mas que en sacar mi bolsillo. Por fortuna aquella mañana , vistiéndome , lo llené , y habia en él una cantidad razonable. Se la ofrecí al Cura , diciéndole : Ved aquí este socorro ligero por ahora. Es natural que tengais necesidades que exîjan un remedio pronto. Servios de esto ; otra vez nos verémos mas de espacio , y tomarémos medidas mas eficaces para socorrer la pobreza , ó lo que seria mejor , para desterrarla.

El Cura con mucho modo tomó el bolsillo , y me dijo : El Cielo , señor , os lo pagará , y debo deciros para vuestra satisfaccion , que es su Providencia la que os ha inspirado. Yo estaba en este momento muy afligido , y voy á explicaros la causa : Un Jornalero , hombre de bien y buen Christiano , que con su trabajo mantenia á su muger

y siete hijos, y el mayor de diez años, por un accidente fatal se quebró una pierna habrá ocho dias: fuí á verlo, hice venir á un Cirujano de la Ciudad mas inmediata, fué menester pagarlo, y hacer muchos gastos en los remedios necesarios. El infeliz no tenia nada. No hacia poco en mantener tristemente una familia tan numerosa, y en aquel momento en que no podia trabajar no solo era preciso pagar los gastos de su curacion, sino hacer subsistir á él y á toda su familia. Yo lo he hecho hasta ahora, apurando mis propios medios y los de las personas en quienes hay alguna caridad.

Pero esta mañana una de sus hijas ha venido á avisarme, que su madre ha parido esta noche y que me llama. Yo he quedado traspasado de dolor, considerando que esta pobre muger es la única que podia servir á su marido, que yace en su lecho todavía con las ligaduras, y que ahora léjos de que pueda servirle como ha hecho hasta aquí, necesita ella misma de que la sirvan, fuera de los gastos y cuidados inseparables de su situacion. Apénas tenia valor para presentarme á los ojos de esta familia desgraciada, no teniendo el menor socorro que llevarla, ni saber á quien pedirlo.

No obstante impelido por mi obligacion me disponia á salir para ir á verlos, quando la Providencia os ha hecho venir, y ha movido vuestro corazon á ofrecerme esta tan generosa limosna para los pobres. Yo creo deber referiros estas circunstancias para que alabemos á este Padre universal, que nunca nos olvida, para que os alegreis de haber sido escogido instrumento de tan urgente socor-

ro, y para que tengais el consuelo de saber el buen uso que voy á hacer de vuestra generosidad. Yo levanté el corazon á Dios dándole gracias de su inspiracion, y me propuse para toda mi vida no solo aprovechar estas felices ocasiones, sino buscarlas.

Tambien tuve otra agradable satisfaccion; porque quando el buen Cura nos contaba el estado de aquella triste familia, observé que mis hijos lo escuchaban con interes, y que las lágrimas se les asomáron á los ojos. Tambien vi la complacencia de su corazon, viendo los medios que habia presentado de remediarla: tuve mucho gusto en reconocer en ellos disposiciones tan felices, y me dige á mí mismo: Hijos queridos, si el Cielo os ha hecho el don inestimable de un corazon sensible, yo lo procuraré cultivar. Me ocurrió pedir al Cura nos llevase á la casa de los infelices para hacerlos testigos de aquella miseria; pero me pareció demasiado presto: pues yo acababa de llegar, y este paso podria tener el ayre de afectacion. Me reservé pues para tiempo venidero, en que podria hacerlo con mas oportunidad.

Vuelto á mi casa traté de arreglar las horas y las ocupaciones de todos. Yo debia levantarme muy temprano y el primero de todos, á fin de reservar la primera hora del dia para adorar á Dios y darle gracias de la vida que me conservaba. Mis hijos debian levantarse despues, y darlas conmigo y con su Ayo: todos debiamos ir juntos á la Iglesia á oir Misa, y á la vuelta desayunarnos. El Ayo debia darles leccion en mi presencia para que yo pudiera tomar parte en ella, si me parecia conve-

niente ; y tanto en este tiempo como en el que la repasaban, yo queria estar á su vista, y aprovecharlo en mis propios negocios : y en efecto, querido Theodoro, este es el tiempo de que me he valido y me valgo para escribirte.

Quando mis hijos me parecen fatigados, los envío á correr por el jardin ; y tengo el cuidado de interrumpir sus egercicios, así para que no se fastidien, como para que hagan en él mucho egercicio, que es tan necesario en su edad. Por esto despues de comer salimos al campo á tomar el ayre puro, yo los exhorto á correr y jugar ; con lo que no solo se divierten, sino adquieren fuerzas y fortifican su temperamento. Al ponerse el Sol volvemos á casa á dar la segunda leccion ; y yo continúo mis ocupaciones ordinarias.

Á las siete con corta diferencia se junta toda la familia. Se hace una lectura espiritual en comun, se reza el rosario de la Vírgen, y tambien las oraciones de la noche. Despues de esto se cena. Mis hijos van á acostarse, y yo me quedo para dar las órdenes que me parecen necesarias hasta que llega la hora de recogerme. Vé aquí el órden que quise establecer en mi familia miéntras lo permitan las circunstancias ; y para que se siguiese con fidelidad, tomé las medidas convenientes.

Mandé que mis hijos habitasen en un quarto inmediato, y donde no se podia entrar sino por el mio. Hasta allí el Ayo habia tenido su lecho en el mismo quarto que mis hijos ; pero yo le dige, que pues me hallaba allí debia dispensarle de esta pena ; porque el Cielo y la naturaleza

me habian destinado para custodio de mis hijos. Reglé las horas de las comidas, y las comidas mismas, reduciéndolas á lo suficiente, simple y sano. Desterré todo fausto y ostentacion. En fin dispuse todo lo que creí mas oportuno para el régimen de una vida arreglada y christiana.

Mis criados estaban atónitos, y yo mismo leia en sus ojos la extrañeza y el espanto que les causaba una mudanza de conducta tan entera. No sabian á qué atribuirla, porque todos ignoraban mi retiro y residencia en la santa Casa. Simon me habia guardado el secreto con fidelidad. Pero el que estaba mas sorprehendido, y el que podia disimularlo ménos era el Ayo. Acostumbrádo á mis discursos ligeros, á mis costumbres relajadas, y á ver todas mis pasiones en movimiento, no podia entender cómo tan de repente me escuchaba discursos cuerdos y medidos, me veia acciones justas y compasadas, y en fin pensar sériamente en establecimientos tan contrarios á mis procederes antiguos. Pero ni él ni los demas se atrevian á decirme nada. Obedecian sin réplica lo que yo mandaba; pero no sabian esconder su asombro.

En quanto á mí, yo tampoco me atrevia á mas. Me parecia que un infeliz como yo, que apénas salia de la inmundicia de una vida abominable, y que los perversos egemplos estaban todavía tan recientes, no debia permitirse el título ni los derechos de predicador: que no era lícito tomar el tono y el carácter de Apóstol al que apénas estaba convertido. Creí pues que no debia predicar sino con el egemplo: que no eran mis discursos, sino mi conducta la que debia persuadir,

sin dejar la determinacion de separar de mi familia todos aquellos á quienes un egemplo largo y sostenido no pudiera convertir.

Una de estas tardes salimos á correr una parte de las tierras y propiedades que me dejáron mis padres en las inmediaciones. Y esta fué la primera vez que reflexîoné, que aquellos pobres y honrados labradores, que habia visto hasta allí con tanto desden, son los que nos mantienen á costa de su propio sudor. Que siendo mas útiles, que los ociosos que ellos mismos alimentan con sus afanes, son tambien mas dignos de estimacion por la inocencia de sus costumbres, y porque por lo comun están mas esentos de sus vicios.

Explícame, Theodoro, ¿cómo ó por qué milagro, yo que estaba lleno de ilusiones y errores; yo que me habia pervertido tanto con las falaces máxîmas del mundo; yo que con tan intrépida osadía me habia forjado un systema de moral cómodo, y defendia con tenacidad y presuncion las mas absurdas y temerarias paradojas; cómo, digo, en tan breve tiempo he mudado tanto todas mis opiniones?

Explícame, ¿quién me ha quitado este velo tupido, que me cubria las potencias del alma? ¿Quién ha purificado el ayre infecto, que corrompia mi débil corazon? ¿Quién ha de ser, Theodoro mio, sino la luz del Evangelio? Ella me hace mirar las cosas no como parecen, no como el mundo las estima, sino como son en sí y como las estima Dios. Ella me ha arrancado de las manos la balanza engañosa de que se sirven las pasiones, para pesar los bienes y los males de la

tierra, y me ha dado la balanza del Santuario.

Ahora voy recorriendo y visitando las muchas tierras y posesiones que tengo en este vecindario, y aunque poco entendido en su administracion por el desden con que siempre he visto estos obgetos, me ha parecido que con algun cuidado y atencion pueden mejorarse mucho. Como ya los hombres simples, los de corazon sano, los pobres sobre todo si son aplicados, son para mí obgetos de veneracion; hablo con los Paisanos mis arrendadores, ó con los que dirigen y cultivan mis tierras, con dulzura y cortesía, y no solo les hablo de mis propios negocios, sino de los suyos. Me informo de sus familias, de las personas que las componen, les manifiesto interes y deseo de su prosperidad y disposiciones para contribuir en quanto pueda á su bien estar.

Pero debo decirte para oprobrio y vergüenza de nuestro siglo, que estas gentes sencillas están asombradas de verme hablar con ellas con tanta aficion y humanidad. Á cada instante me repiten que soy un Señor muy bueno; y no es esta una expresion de cortesía ó de humildad, pues veo en sus ojos, que es un sentimiento vivo que nace de la sorpresa y de la novedad: tan comun es el injusto desprecio con que los tratan las personas distinguidas; y tantas las humillaciones que experimentan de la insoportable dureza de los ricos.

Miéntras yo arreglaba mi casa, y quando ya me parecia que el interior iba bien, y que era tiempo de poner en planta otras ideas, observaba con pena, que Simon desde el momento que me

halló en la Casa santa habia mudado conmigo de estilo y de conducta. Ántes estaba acostumbrado á hablarme con aquella familiaridad y licencia á que da lugar, á pesar de la desigualdad de las personas, la igualdad de los excesos. Y aunque era justo se corrigiese entre nosotros la confianza del vicio, yo hubiera querido se mantuviese la de las personas; porque esta me parecia conveniente para los proyectos que yo tenia de su conversion.

Pero á pesar de mis esfuerzos no lo podian conseguir. Simon desde que me descubrió en mi retiro, me veia con cierto ceño y embarazo. Léjos de permitirse la antigua libertad, apénas respondia á lo que le preguntaba. Me obedecia sin replicar, y conservaba siempre un semblante obscuro y taciturno. Creí que el nuevo género de mi vida le desagradaba, y que previendo la tristeza y retiro en que yo me proponia vivir, estaba descontento.

Este pensamiento me afligió mucho, porque estaba determinado, si mi egemplo no lo mudaba, á alejarlo de mí. Sus largos servicios, y el mucho amor que le tenia, no hubieran bastado para dejarlo en mi casa. No era posible tener en mi familia y con mis hijos á un hombre envegecido en el desórden, y que si resistia á la fuerza de mis egemplos, no podia darles mas que malos. Pero me costaba mucha pena no persuadir á un hombre que yo habia corrompido tanto, y verme en la necesidad de separarme de él para siempre.

Una mañana miéntras el Ayo daba su leccion á mis hijos, y que yo me ocupaba en escribirte, Simon se llega á mí, y me dice con voz baja, que

tiene que hablarme. Yo me voy con él á un quarto donde nadie podia oirnos, y empezó entre nosotros el diálago siguiente:

Me parece, señor, me dijo Simon, que ya vuestra casa está arreglada, y que por ahora ya no teneis necesidad de mí. = »Yo tengo siempre necesidad de un amigo que amo. ¿Pero qué es lo que quieres? = »Yo quisiera hacer un viage. = »¿Viage? jamas nos hemos separado. = »¿Jamas nos hemos separado? ¿cómo si no hubierais estado mas de un mes sin que yo supiera dónde? ¿cómo si no hubierais ido al Convento sin mí? = »Aquel fué un accidente impensado, que yo no pude prevenir. ¡Pero qué! ¿te disgusta la novedad de mi vida, y no te puedes acomodar con ella? ¿Y á dónde pretendes ir? = »Al Convento. = »¿Al Convento? ¿y á qué? = »Á salvarme: ¿queréis salvaros solo? ¿No será justo que quando yo he sido el compañero de vuestra mala vida, lo sea tambien de vuestra penitencia? = »¡Qué me dices, Simon querido! ¿Dios te ha tocado tambien el corazon?

Sí, señor, me respondió Simon anegado en llanto, y poniéndose de rodillas me añadió: Yo no os pido otra cosa sino que me deis licencia para pasar allí algunos dias, y que me deis una carta para aquel buen Padre, que haga conmigo lo mismo que ha hecho con vos.

Yo quedé tan agradablemente sorprehendido, y mi corazon sintió tan viva conmocion, que tambien el llanto me salió á los ojos, y sin saber lo que hacia, me puse de rodillas exclamando: ¡Dios de misericordias infinitas, por quántos modos me muestras tu bondad! Fué menester algun tiempo para

que uno y otro pudiésemos sosegar la agitacion de nuestras almas. Quando me sentí algun tanto recobrado, lo hice sentar junto á mí, y le dige: Explícame bien, querido Simon, ¿quáles son tus ideas, tus intenciones, y quándo ó cómo Dios te ha alumbrado con su divina luz? Simon me respondió:

Señor, desde que logré hallaros en aquel Convento despues de tantas y tan varias solicitudes, sentí que el corazon me dió un vuelco. Apénas entré y vi aquellos largos y silenciosos cláustros, al punto me llené de estupor. Me pareció que respiraba un ayre muy diferente del de fuera, y que habia en aquel recinto alguna cosa que me inspiraba respeto y temor. Esta impresion se aumentó mucho, quando entré y os vi en aquella pobre y desnuda Celda, en que me pareció que estabais tranquilo y contento.

Vuestra figura me pareció tambien diferente: yo os encontré con un semblante serio y circunspecto, que no os era familiar, y que me inmutó mucho. La viveza natural de vuestro carácter se me figuró transformada en moderacion y cordura. Vuestras palabras lentas y sosegadas, dichas con peso y circunspeccion me asombráron. En fin yo vi otro del que siempre os habia visto, y no podia comprehender tanta mudanza en tan poco tiempo. Pero quando vi aquel Padre venerable con un aspecto que infundia devocion; quando le oí aquellas dulces palabras que salian de sus labios, me pareció ver y oir un Ángel del Cielo, y me dige á mí mismo: Este es otro mundo del que yo conozco, y parece que aquí son mejores las gentes que por allá.

Desde entónces yo hubiera querido no salir de aquella Casa y acompañaros; pero viendo que me dabais órdenes, me pareció que debia empezar por cumplirlas. Desde aquel instante no se han separado estas ideas de mi corazon. Los viages que hice despues las han fortificado mucho. Sobre todo el último dia en que tuve el tiempo y la ocasion de observar bien aquellos benditos Padres; todo lo que vi tanto en el Coro y demas oficios, como en el jardin, me ha hecho conocer, que los que estamos en el mundo, vamos errados; que los que se abandonan á sus gustos, son locos; y los que viven sin temor de Dios, son ciegos é insensatos.

Sí, señor; aquellas buenas almas lo entienden mejor. Allí son mas felices que nosotros, y despues tendrán la gloria. Yo soy un pobre ignorante; pero todos los dias doy gracias á Dios de que os haya llevado allá, y le pido que me lleve á mí. No me he atrevido hasta ahora á pediros licencia, porque vi que era menester serviros, hasta que pudiérais dejar corriente el establecimiento de esta vuestra casa; y pues ya lo está, permitidme que vaya al Convento, y que os imite en lo bueno como os imité en lo malo.

Sí tú supieras, querido Simon, le respondí yo echándole los brazos al cuello, si tú supieras la enorme losa que me quitas del corazon; los motivos que me ofreces de dar gracias á Dios; y quán dulce es para mí saber, que ya puedo y estoy seguro de vivir siempre contigo en la mas estrecha é inalterable union, pudieras conocer lo feliz que me haces. Mira, Simon, yo habia interpretado mal tu triste severidad conmigo. La habia atribuido á tu

disgusto de verme mudar de sentimientos, y á tu poca disposicion de imitarlos. Esto me afligia mucho, porque me obligaba á la triste necesidad de separarme de ti; pues no es posible que yo dege cerca de mis hijos cosa alguna que no los edifique.

Yo te he juzgado mal, querido Simon; tus sentimientos eran muy diferentes, y Dios me da en ellos el consuelo de que no nos separémos nunca. Sí, Simon mio. Desde ahora te miro como mi mejor amigo. Ántes lo éramos; pero amigos funestos y fatales, que todos los dias nos dábamos uno á otro la peor de las muertes. Ántes nos empujábamos mútuamente al precipicio en el camino de la perdicion; y ahora nos ayudarémos en el de la felicidad.

Ningun motivo humano es capaz de obligarme á detenerte un instante en resolucion tan santa. Yo debo darte sin cesar buenos egemplos, para reparar en parte los grandes males que te he causado; y debo rogarte mucho, que me perdones haber sido el motivo infeliz de que por complacerme hayas faltado tanto á Dios. Espero que me lo perdones, y que pedirás á Dios por mí, como yo le pediré por ti. Simon, parte quando quieras; ántes hoy que mañana. Ese Ángel del Cielo que me ha curado de mi ceguedad, te curará de la tuya. Ponte en sus manos, y vuelve quanto ántes á gozar en nuestros brazos y compañía de la dulce union christiana, que formarémos entre nosotros. Simon me pidió que le diese una carta para el Padre. Yo se la di, y partió al dia siguiente.

Simon me hace mucha falta en mi actual situacion; pues aunque me hallo rodeado de una familia numerosa, estoy solo, á causa de que nin-

guno de los que me cercan puede servir á mis designios ; todos son los compañeros de mi mala vida , y ya pago la pena de los malos , que alejan de sí todos los buenos ; y quando una nueva luz los desengaña , no tienen á quién volver los ojos. Ya puedes considerar , que siendo los que están aquí conmigo los mismos que me servian en mis desórdenes , no pueden ayudarme en cosas útiles ; porque ocupados conmigo solo en vicios y placeres , han hecho lo que yo , que es no aprender nada.

Yo pruebo ahora y les doy tiempo para ver si quieren mejorar de costumbres , y empezar una vida christiana ; pero me parece que algunos todavía están léjos , y temo que me veré obligado á despedirlos. Lo que mas me aflige es conocer mi propia insuficiencia , que no soy capaz por mí de exhortarlos , ni de dirigirlos ; tengo bastante luz para ver toda la extension de mis deudas , y no la tengo para proporcionar las pagas. Dos hijos que criar : una casa que dirigir : muchas tierras que administrar : grandes riquezas que distribuir; todo esto es un peso enorme para mí , que no sé ni me he aplicado á nada. Siento la necesidad de tener á mi lado una persona inteligente y christiana , que quiera asociarse á mis trabajos : ¿ pero dónde la encontraré?

No será en este Lugar , donde no es regular que las haya , aunque todavía no lo conozco bien. Sin duda que las habrá en esa populosa Capital que habitas. Pero yo no las conozco ni puedo conocerlas. Los buenos huyen de los malos , y los malos no los buscan. Despues de haber vivido

en ella muchos años, y consumido thesoros en fiestas, convites y sociedades, me hallo solo, aislado, y sin conocer á quién dirigirme, que esté en estado de buscarme sugetos de virtud y probidad. Tú mismo, Theodoro mio, estuvieras muy embarazado si me dirigiera á ti para este encargo. Sobre todo, si te pidiera que me buscaras un Ayo instruido y virtuoso para mis hijos, que es lo que en el dia necesito mas.

Félix tiene diez años cumplidos, y Paulino se acerca á los nueve. Esta es precisamente la edad en que mas necesitan de un guia atento que los instruya: de un Mentor christiano que les inculque las verdades de la Religion y los principios del moral, que debe dirigir su corazon al amor y á la práctica de las virtudes. Las impresiones que se reciben en esta edad són las mas tenaces, las que mas influyen en el discurso de la vida. Temo haberles hecho perder dos años enteros: esto es el tiempo que ha pasado despues que les falta su virtuosa Madre. Y quiera el Cielo que no les haya dado funestas impresiones este Preceptor Philósopho.

Esta memoria me amarga mucho. Yo no imaginaba, quando ahora dos años vi con tanta indiferencia la muerte de mi buena muger, que presto lloraria su falta, y conoceria muy tarde el bien que habia perdido; tan ciego estaba entónces, que no supe distinguir el resplandor de sus altas virtudes. Ahora es quando la reflexîon me las hace conocer. ¡Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la Religion y de la virtud! ¡Qué dulzura fuera pa-

ra mí pedirle perdon de mis iniquidades, y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor!

Esta santa muger, que sufria con tan heroyca paciencia mis agravios, y disimulaba con tanta discrecion mis injusticias, no pensaba en su modesto retiro mas que en la educacion de sus hijos. Ella era la que los instruia en sus primeros años. Ella les enseñó á leer y escribir, y sobre todo los primeros elementos de la Religion. Parece que no los han olvidado, pues el otro dia exâminándolos por el Catecismo, no han dejado de repetirlos bien, y con una inteligencia superior á sus cortos años. Pero no creo que despues de dos años hayan aprendido nada. Es verosímil que el nuevo Ayo no se haya dignado de pensar en esto, y que si se ha aplicado á instruirlos en algo, no sea mas que en fábulas y en cosas profanas. Digo esto, porque el otro dia estaba muy satisfecho, porque les hizo repetir delante de mí una relacion de Comedia. Yo sufria, pero disimulaba; porque veia inútil toda reconvencion, y que este mal no se puede curar sino con remedios radicales.

Te añadiré, Theodoro, un rasgo de su conducta, que te lo hará conocer mejor. Yo no he mandado positivamente á ninguno, que venga á los egercicios de la noche. Me parece que mi conducta precedente, todavía tan fresca, me quita todo derecho de mandarlo con autoridad. Pero he dicho que podian venir los que quisieran, y aplaudo y acaricio á los que vienen. Con esto han venido los mas. Este Philósopho no ha venido nunca, y tiene el atrevimiento valor de dejarnos solos. Esta falta de pudor, me dió idea de su carác-

ter, y me determiné á separarlo de mis hijos. Ya lo despedí, y así me he quedado solo, y yo no soy capaz de tan difícil encargo.

Ya vés pues, que me es indispensable buscar alguna persona en que pueda fiarme, para que se dedique á la educacion de mis hijos; y ya vés tambien, que no es fácil encontrarla con las calidades que exîge una confianza tan elevada. No hay sacrificio que yo no hiciera en favor de un hombre, en cuya virtud y talentos pudiera reposar; porque conozco toda la importancia. ¿Pero dónde lo encontraré? Los sugetos de esta especie son raros. Y quando pudiera hallarse alguno, ¿cómo puedo esperar, que un hombre de mérito quiera encargarse de la educacion de unos niños, cuyo Padre por su mala reputacion lo ha de rechazar? En este conflicto me ha ocurrido una idea que voy á proponerte, y su logro me haria muy feliz.

Ya te acuerdas de Mariano, aquel pobre pariente mio, á quien á pesar de nuestro parentesco y relaciones nosotros veiamos poco; porque sus costumbres no se parecian á las nuestras, y porque nuestra relajacion no se acomodaba con su virtud. Á pesar de nuestra disonancia en el modo de pensar, siempre me ha tratado con cariño, ó para decirlo con mas propiedad siempre me ha visto con lástima. ¡Quántas veces me solia decir: Todavía no ha llegado el momento de la misericordia; pero llegará! ::: ¡Y quántas me han acordado mis remordimientos el desprecio que hice de sus exhortaciones, como se lo he referido á mi Director, quando le he pintado su virtud! Ya sabes tambien, que en los tiempos de nuestra edu-

cacion él era el que por su conducta y talentos se distinguia mas entre nosotros. Tampoco ignoras, que es hijo tercero ó quarto de un padre poco acomodado; que quedó con pocos bienes de fortuna, y que si vive independiente y contento, es únicamente por la sobriedad de su vida y por la moderacion de su espíritu.

Me parece, Theodoro, que el Cielo no me podia hacer mayor presente. Si fuera posible, que Mariano se resolviera á venir aquí, y á vivir conmigo, y encargarse de la educacion de mis hijos, nada pudiera contribuir mas á mi felicidad. Mis hijos tuvieran un Ángel tutelar, que los encaminara al Cielo: yo un amigo esclarecido, que me ayudara en mis buenos pensamientos, que me sostuviera en la virtud, y me dirigiera con sus buenos consejos. ¿Pero cómo esperar, que un hombre tan justo, tan virtuoso, que me conoce tanto, y que ha sido testigo tan inmediato de mi deplorable conducta, quiera vivir conmigo; pues mejor que nadie sabe, quan digno soy de desprecio? ¿Cómo he de pensar, que se digne de asociarse á una familia, que yo presido, ni criar hijos de tan mal Padre? ¿Cómo podrá perdonarme mis escándalos públicos? ¿No se creeria deshonrado, si habitara en la misma casa que yo?

Con todo, Theodoro, tengo tan alta idea de su humildad y su virtud, que no desespero de que la caridad le obligue á tanto sacrificio; y vé aquí el pensamiento que me ocurre. Hazme el gusto de remitirle todas las cartas que te he escrito, para que las lea sucesivamente: que dé gracias á Dios por mí: que vea que este momento que es-

peraba de la bondad divina , ya ha venido ; y que si quiere , puede ser el instrumento con que el Cielo acabe de cumplir y perfeccionar su obra. Que lea pues todo lo que te he escrito , y que llegando á este punto , halle y lea lo que escribo para él.

Querido y respetado Mariano : Levanta á Dios tu puro corazon , consulta su voluntad y su gloria , y si su bondad te lo inspira , corre al socorro de un amigo que necesita de tu amistad. Ya tengo buenas resoluciones : ven á sostenerlas. Ya amo la virtud y la busco : ven á enseñármela. Ya tengo pensamientos christianos y deseos de hacer todo el bien que pueda : ven á ayudarme.

Sobre todo ven á recibir mis dos hijos , que tomaré entre mis brazos para ponerlos en los tuyos. Recíbelos en nombre de Dios, que te destina para criarlos en su temor , y formarlos para su gloria. Recíbelos en nombre de la amistad que te implora, y que los fia á tu discrecion y vigilancia. Yo te cederé todos los derechos de padre : trae contigo algun criado de tu confianza , que bajo de tus órdenes pueda cuidarlos y servirlos. Yo estoy resuelto á separar de mí todos los que me han servido en el tiempo de mi depravacion , si la mudanza de mis costumbres no basta á mejorar las suyas.

Si conoces personas virtuosas que puedan reemplazarlos , no las pierdas de vista , y tenlas preparadas para quando vengas aquí , para que con conocimiento de las cosas las puedas hacer venir : tú dispondrás de todo ; tú lo arreglarás todo , como tu Religion y conciencia te lo inspiren. Yo te espero como al hombre que Dios me señala para ami-

go, maestro y compañero en sus caminos, y le pido que á tantas misericordias que me ha hecho, añada la de mover tu corazon y determinarlo por su amor á tanto sacrificio.

Que ese Dios de bondad que me da tantas señales de proteccion, te inspire, que con las alas de su Espiritu divino vueles á este retiro, que deseo consagrar al egercicio de todas las virtudes, y haga que yo te vea presto entrar por mis puertas, y que mi corazon pueda arrojarse entre tus brazos. Á Dios, Mariano querido, á Dios, hasta el dichoso momento en que Dios nos una para no volver á separarnos.

Y tú, Theodoro mio, sírveme de intercesor con Mariano. Haz por estar con él, y persuádele, que no resista á mis instancias. Dile que esta es una obra del Cielo. Que venga á socorrer una familia descarriada, que ha conocido sus errores, para que no se vuelva á descaminar: á una familia que desea gobernarse por su direccion y sus egemplos.

Ya te acordarás, que al principio de nuestra correspondencia te dige que no me respondieras, hasta que yo te avisara, porque queria que no me digeras nada, hasta que supieras toda mi historia, y que estuvieras enteramente instruido. Ya lo estás, Theodoro mio. Ya sabes todo mi suceso asombroso. Ya no te hablo de cosas pasadas, sí solo de los momentos presentes. Respóndeme pues, y dígnese el Cielo de mover tu corazon bueno, generoso y noble, pero iluso y engañado como el mio. Por otra parte me importa mucho saber la resolucion de Mariano, para tomar partido.

Lo que tambien me aflige en mi situacion ac-

tual es hallarme léjos de la santa Casa en que he renacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me seria muy dulce poder ir todos los dias: pero será preciso contentarme con ir á pasar un dia cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á ménos de una legua de aquí hay cierta especie de Solitarios, que viven juntos con mucha edificacion. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros, que me pudiera suplir su falta, y llenar los momentos que me degen libres mis ocupaciones. Mañana iré á verlos, pues que su proxîmidad me lo facilita. Á Dios, Theodoro mio.

CARTA XXXII.

El Philósopho á Theodoro.

En mi última te dige, Theodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de Anacoretas ó Solitarios, que vivian con edificacion cerca de este Lugar. Y en efecto al dia siguiente despues de haber comido, salí con mis hijos al paseo: los degé al cargo de un criado, y me encaminé solo al sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo Director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada dia con una impresion mas viva; porque cada dia descubro en ellas nuevas luces, que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la Religion.

En fin quando estuve cerca del Lugar indicado, vi una mediana Aldea. Pregunté á un hombre dónde vivian los santos Solitarios; y me mostró una habitacion, que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso, me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Di algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro divisé una Capilla.

Me llego mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco: tenia en las manos un Crucifijo, cuyos pies acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con la expresion del afecto mas compungido. No

dudé que fuese alguno de los Anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitáron el deseo de verlo mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretegido de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarlo sin distraerlo.

Me pareció pálido, macilento, y que estaba cubierto de lágrimas. Pero quál fué mi asombro, quando mirándolo con mayor atencion, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Manuel, cuya muerte lloraba yo tanto, y cuyo incierto y peligroso destino en la eternidad me tenia en la afliccion mas amarga. ¡Cómo te pintaré, Theodoro, la conmocion que me causó una aparicion tan impensada! Yo me estremecí. El corazon no me cabia en el pecho, y una semejanza tan entera me turbó de tal modo, que no sabia lo que me pasaba.

Queria persuadirme, que aquello no era realidad, y que era un sueño, un delirio de la fantasía, un fantasma de la imaginacion: pero quando para desengañarme volvia á mirarle con mas cuidado, me hacia temblar de nuevo la identidad de su figura. Algunos momentos duró esta perplegidad; y viendo que quanto mas lo exâminaba, mas me parecia él mismo, no fuí ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia exclamé gritando: ¡Santo Dios! ¿no es Manuel? ¿Cómo el que yace en la tumba, puede adorarte entre los vivos? Y diciendo esto, con un movimiento indeliberado salí de la espesura para acercarme y reconocerlo mejor.

El ruido que hice, y el grito de una exclama-

cion pronunciada con tanta fuerza, sacáron al Anacoreta de su profunda meditacion. Alzó la cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algun tiempo con atencion y sorpresa, y levantándose vino hácia mí, diciéndome: No te engañas, amigo; yo soy el infeliz Manuel; ¿por qué vienes á turbar mi amada soledad? Yo esperaba sepultar aquí, ignorado de todos, los restos de una vida cargada de delitos. ¿Qué funesta fatalidad te ha conducido á descubrir un secreto, que debia morir conmigo en este retiro solitario?:::

¿Pero qué es esto? ¿Tú lloras? ¿Yo te veo con un trage tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido? ¡Gran Dios! ¿tus misericordias se han derramado al mismo tiempo sobre dos corazones, que las mismas pasiones habian pervertido? Amigo, explícame presto este mysterio: tú me asombras tanto como yo te asombro. La divina bondad me reservaba este consuelo. Era el único que faltaba á los muchos que derrama sin cesar sobre los dias de mi penitencia.

Quando al fin pude sosegar un poco el tumulto de mis sentidos, y me vi en estado de articular palabras, le pedí que nos sentásemos, porque no me podia sostener, y despues le conté con brevedad todo lo que me habia sucedido desde el momento de nuestra separacion y la falsa noticia de su muerte. Él me escuchaba con una admiracion y alegría, que no te la puedo ponderar. No hay colores ni pinceles para dibujar esta escena. Era menester verla en su original, y tener un corazon para sentirla. Despues que se informó de todos mis

sucesos; despues que derramó muchas lágrimas de consuelo, y que dió á Dios las mas rendidas gracias, empezó á informarme de las causas que habian contribuido á la mudanza de su corazon y á la determinacion de abandonar el mundo.

Tú has creido, amigo, y todos nuestros compañeros han debido creerlo, que yo era un disoluto, impávido y temerario: que mi corazon estaba empedernido: que era insensible á todo remordimiento, y superior á toda inquietud: que yo vivia dando entero contento á mis pasiones, y gozando en nuestra comun depravacion de la calma de una conciencia imperturbable. Así debia persuadirlo á todos la temeridad de mi desenfrenada conducta, y así yo mismo procuraba afectarlo. Pero ya comprehendes, que pues yo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, no la tenia.

En efecto, amigo, á pesar de todos mis esfuerzos jamas pude adquirirla; jamas pude vencer un importuno y secreto terror, que me amargaba todos mis placeres; jamas pude acallar una voz interior, que me amenazaba con una eternidad de tormentos; y ahora conozco, que muchos que ostentan vivir tranquilos en el desórden, á pesar del gusano roedor que los devora, se engañan. Parece incomprehensible esta monstruosa conducta: pero tal es la ferocidad de las pasiones; su violencia y la corrupcion de los egemplos producen y sostienen esta loca é incompatible mezcla de contradicciones.

Yo me mostraba siempre el mas intrépido en todos los delitos, el mas fogoso, el mas resuelto á desafiar la cólera del Cielo; y á pesar de mi afectada seguridad era una continua víctima interior de

todos los terrores. Un trueno, un incidente repentino, la menor apariencia de la muerte me hacian temblar; y destrozado siempre por estas inquietudes no podia gozar en paz de mis perversidades. No obstante las multiplicaba, como si el medio de sosegar mis turbaciones fuera hacer mas exêcrables excesos; ó como si la reputacion de iniquo, que tanto me costaba, pudiera recompensarme de lo que sufria. En fin como otros son hypócritas de la virtud, yo lo era de la depravacion y de la incredulidad.

Tal era mi situacion, querido amigo, quando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversion proyectada para el siguiente dia. Mi historia no será larga. Habiendo ya hecho una gran parte del camino, sin saber cómo, ni por qué, perdí el conocimiento. Sin la menor preparacion, sin el menor accidente, precursor que me advirtiese mi peligro, perdí el uso de los sentidos. Así no puedo dar razon de lo que me sucedió. La única idea de que conservo la memoria es, que al despertar de este fatal letargo me hallé en medio de una sala. Mis primeras percepciones fuéron débiles y confusas. Todo me inspiraba terror, y no podia distinguir nada. Poco á poco se fuéron disipando las nieblas que me ofuscaban, y al fin llegué á discernir los obgetos.

¿Pero cómo me vi? ¡Gran Dios! En un lecho fúnebre: amortajado: con las manos y pies atados: con quatro luces que rodeaban mi féretro, y una cruz sobre el pecho. Este espectáculo me horrorizó. Volví los ojos á todas partes para exâminar si habia alguno, y vi que estaba solo.

Quise gritar y no pude, no tanto por falta de fuerzas, como por estar sobrecogido de terror. Entró poco despues una muger: yo le dige algunas palabras mal articuladas. Ella se espantó de verme vivo; dió pavorosos gritos, y salió huyendo.

Á poco rato vino un hombre vestido con el mismo trage en que me vés. Se llegó á mí con paso lento, como si fuera á mirar si era cierto lo que le refirió la muger, ó como si temiera incomodarme. Viéndome con los ojos abiertos, y oyéndome que le preguntaba, ¿qué era aquello? Me respondió con mucha dulzura: No os inquieteis, señor; sosegaos: Dios os vuelve á la vida, y espero que vais á recobraros. Al instante empieza á quitarme las ligaduras; me despoja de todos los arreos de la muerte, llama á dos Paisanos para que le ayuden; entre los tres me transportan á otra pieza, y me ponen en una cama.

Yo les dejaba hacer, sin comprehender nada. Pero quando al fin vi que todo estaba hecho, le pregunté: ¿Por qué me hallaba en aquel estado? Él me dijo: De todo os daré razon, quando os vea restablecido y en disposicion de oirme. Ahora estais delicado, y qualquiera impresion fuerte os pudiera hacer mal. Conviene pues que reposeis primero, que tomeis algun alimento, para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo que no hableis ni os agiteis. Solo os diré con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os ha sorprehendido un letargo tan profundo, que os hemos creido muerto; y esta es la causa por que os habeis visto en aquel estado. Pero Dios os ha conservado la vida. Espero, que no será nada, y que en poco tiem-

po con algunos remedios y mucho sosiego os veréis recobrado. Así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desenvolviendo mis ideas. La primera fué extrañar el no ver conmigo los dos criados que me acompañaban, y á pesar de sus recomendaciones de silencio no pude dejar de preguntarle por ellos. Él me respondió: El uno, señor, persuadido de que ya habiais muerto, partió del mismo camino para avisar á vuestros amigos. El otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre. Está solitaria, y en medio del campo; pero mi padre ha ido al Lugar mas inmediato para llamar al Cirujano. No hay actualmente en ella mas que mi madre y una criada, que es la que se espantó quando le hablasteis. Ya estais enterado de lo mas preciso, y esto debe bastaros por ahora. Con esto hizo señas á su madre, para que se acercara. Yo la vi, pero volvió á recomendarnos el silencio.

Esta buena muger, y aquel bendito Ermitaño me asistiéron con mucho cuidado, y me diéron todos los socorros que mi situacion necesitaba. Pocas horas despues me sentí muy aliviado, y casi como si nada hubiera tenido. Dueño ya de mí y de mis ideas, les pedí me contasen mas por extenso todo lo que habia pasado por mí, ellos lo hicieron explicándome, que esta era una *Asphixia*, ó muerte aparente. Accidente no raro, pero que ellos esperaban no tendria consecuencias. Me volviéron á decir, que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiendo podido resistir al dolor y á la fatiga, habia caido con una fie-

bre violenta, y que estaba de peligro.

Todas estas noticias me inquietáron mucho. Este accidente tan impensado y súbito de que acababa de salir; la idea de lo que hubiera sido de mí, si la muerte que me habia rodeado tan de cerca, hubiera descargado el último golpe contra mi vida, y el temor de que me volviese á repetir, me turbáron mucho el corazon. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el envegecido desórden de mi conducta, mis delitos, blasphemias y abominaciones. Vi con horror el profundo abysmo en que me encontraba sumergido, y al fin empezó á alumbrarme la luz del desengaño.

Poco despues se apoderan de mi corazon el pavoroso terror, las angustias devorantes, los feroces remordimientos. Hubiera dado quanto tenia por salir de aquel estado de congojas; pero no sabia como. No me olvidé de la misericordia divina; pero el peso y la enormidad de mis delitos me abrumaba. Por otra parte ni veia allí á quien dirigirme, ni sabia por donde empezar. Estas mortales agonías me causaban frios y espesos sudores con que me sentia desfallecer. El temor de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que mas me afligia era, que la suerte me hubiera traido á una casa sola en medio de un yérmo, donde no habia un Sacerdote, que me pudiera socorrer; y esta circunstancia me parecia un castigo de Dios, que no me queria perdonar. Los vuelcos que daba en la cama, los violentos suspiros que me arrancaba la inquietud, y los mal articulados acentos que se me escapaban de los labios, excitáron la atencion del Ermitaño, que

se acercó á mi lecho para ver si necesitaba de algo. Yo le pregunté, qué hora era: me respondió, que media noche: que su anciana y enferma madre se habia ido á acostar; pero que él me velaba, y estaba allí para asistirme en lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido explicarle la causa de mi turbacion; pero una falsa vergüenza me detenia. Por otra parte, ¿qué adelantaba en descubrirme á un hombre, cuyo trage acreditaba su rusticidad, y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situacion? Combatido con esta lucha de temores y desconfianzas, sin ver un rayo de esperanza, ni medio que me pudiera salvar de tanto riesgo, me asaltáron al corazon algunos movimientos de despecho, y no pudiendo resistir á tanto tropel de angustias, caí de nuevo en el mismo accidente. Volví á cerrar los ojos á la luz, y á enagenarme por entero.

Quedé tan fuera de mí como la primera vez; pero supe despues, que este segundo accidente no fué tan largo como el primero, y que volví en mí á las quatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es, que habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pausada lentitud que la vez primera, me hallé otra vez en el lecho, sin estar bien en mi acuerdo, y que el primer objeto que se presentó á mi vista fué el Solitario, que leia en un libro. Dí un suspiro, y él vino presuroso con ayre alegre, y me dijo algunas palabras para consolarme; y me volvió á pedir con encarecimiento que no hablara, porque todo esfuerzo me seria peligroso. Pero mis deseos eran

diferentes; porque entónces ya pude recoger mas pronto mis ideas, y conocí distintamente, que habia estado otra vez en un profundo letargo. Lo que mas me afligia era, considerar que caia en tan deplorable estado, sin la mas ligera indicacion precedente; y que la naturaleza no me daba el menor aviso: que se repetian los accidentes; pues en tan corto intervalo ya me habian acometido dos veces: que era verosímil me viniesen nuevos ataques: que alguno de ellos, y quizá el primero podia ser el último, y hallarme sin pensarlo en los abysmos de la eternidad.

Estas lúgubres ideas volviéron á renovar todas las ansias de mi terror, y sentí que se me erizaban los cabellos. Allí se me representáron como en compendio todos los horrores de mi vida, y se me figuró que no habia remedio para mí. ¡Qué hubiera dado entónces por tener un Sacerdote, que me aconsejase é instruyese! Porque mi mal no daba tiempo, ó podia no darlo á causa de los accidentes que se repetian tan continuos.

Tan amargas reflexîones, que se atropellaban unas á otras, me atormentáron tanto, que no siendo capaz de moderar mis movimientos, empecé á dar voces como un furioso. Mi buen compañero quiso consolarme con sus dulces palabras; pero yo no escuchaba nada, y prorumpia en discursos insensatos, sin saber lo que decia. Es natural, que se me escapase algo de mis remordimientos y temores; pues aquel buen hombre despues de dejarme sosegar, me dijo: Señor, si teneis alguna inquietud de conciencia, yo soy Sacerdote. ¿Vos sois Sacerdote? Le respondí con an-

sia. ¿Pero qué importa, si parece que Dios no quiere perdonarme?

Entónces el buen Ermitaño empezó á decirme con suavidad algunas palabras para excitarme á confianza. Yo las escuchaba con interes; y me dijo tanto, que al fin mi corazon se abrió á la esperanza. Ni el tiempo ni el modo en que nos hallamos, me permiten referirte la larga é interesante conversacion que tuvimos entónces. Baste decirte, que yo temeroso de la repeticion del accidente, y gobernado por aquel hombre de Dios, que despues reconocí ser tan sabio como santo, hice una de aquellas confesiones apresuradas, á que obliga el miedo de la muerte con poco tiempo y disposiciones sospechosas: confesiones, que solo Dios puede saber si son buenas. Y yo le doy muchas gracias de que no ha permitido, que fuese á darle cuenta con la mia.

No obstante que esta confesion no debia dejarme satisfecho, conseguí alguna calma con la esperanza de hacerla mejor, si Dios me daba tiempo. Me sentí algo mas sosegado. El Ermitaño que yo habia visto hasta allí con indiferencia, porque me habia parecido lego é ignorante, ya me inspiraba un gran respeto. Su calidad de Sacerdote, de que no tenia ántes idea, me hacia lo mirase con otros ojos; y su prudencia, zelo y caridad me habian ya ganado el corazon. Por otra parte este hallazgo súbito é impensado, esta dicha de haber encontrado en él contra toda mi esperanza un Ministro de la Religion, excitó en mí la reflexîon de que Dios me lo habia deparado para remedio mio; y este pensamiento me llenó de indecible consuelo.

Yo resolví pues dejarme conducir por él, mirándolo como un Ángel venido del Cielo, que la misericordia divina me habia enviado. Su zelo no se desmayó un instante, y aunque observé que procedia con mucho miramiento por el temor de fatigarme, vi tambien que aprovechaba todos los momentos, y que me hablaba sin cesar, aunque con mucha dulzura, de la bondad de Dios, de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepentido. En fin se valia de todos los medios para desahogar mi corazon, y para avivar mi confianza. Todo su afan era excitarme á contricion, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el Amo de casa trayendo consigo un Cirujano, que me suministró algunos remedios. Su venida me pareció tambien muy oportuna para el infeliz Jacinto: pero ¡ay! no lo pudo salvar: su calentura lo arrastró al sepulcro; y yo tuve el consuelo de saber, que por lo ménos murió en las manos de mi buen Director, que lo confesó y lo auxîlió en sus últimos alientos. ¡Quántos nuevos remordimientos se aviváron en mi alma con la muerte de este criado, que tenia tanta parte en mis iniquidades! ¡Quántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios se dignase darme mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesion!

Dos dias mas se habian pasado en este estado, sin que me volviese á atacar el accidente. Yo me sentia tan recobrado, que me quise vestir, y lo hice sin peligro. El santo Ermitaño me asistia á todo, y me servia hasta de criado. Yo me confundia de ver un hombre á quien veneraba, ocuparse conmigo en tan bajos oficios; pero su humildad no re-

paraba en nada, y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Quando estuve vestido me hizo sentar, y poniéndose de rodillas me dijo: El primer paso despues de recobrar la salud sea, señor, dar gracias al Autor de todo bien por este beneficio, y prometerle de nuevo una entera reforma de vida, y empezar desde ahora á preparar con tiempo y de espacio una buena confesion general, que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada: una confesion, que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra Santa Madre la Iglesia, y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Este discurso, y el ademan fervoroso y caritativo con que me lo dijo, me conmoviéron mucho. Las lágrimas me viniéron á los ojos. Yo pensé tambien ponerme de rodillas; pero me lo embarazó, diciéndome, que Dios no queria mas que el corazon. Con este motivo se levantó él mismo; y yo confirmé todas las promesas que pedia de mí. Despues se sentó á mi lado. ¿Pero cómo es posible te repita todo lo que me dijo este siervo del Señor acerca de lo poco que hay que fiar en una confesion hecha tan de prisa, y únicamente inspirada por el temor de la muerte? ¿Quánto era necesario, que empezase á hacerla de nuevo, aplicándome á egecutarla con todo el ardor de mi alma, y con sentimientos mas dignos del Dios de misericordia, que me daba tiempo, y me llamaba visiblemente á la enmienda de mi vida?

Este santo hombre me hizo deshacer en llanto. Yo le respondí, que pues el Cielo lo habia destina-

do para mi bien, estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos, y que haria quanto me mandase. Él me replicó, que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y traidores, era prudente no malograr un instante; y desde el momento mismo volvímos á renovar las memorias de mi confesion primera, y desde el mismo instante empezamos á desenredar la enmarañada madeja de mi desastrada vida.

Tres dias habiamos dado ya á este egercicio, quando estando ocupados en él, se avisó al Ermitaño, que un Propio lo buscaba con una carta, que leyó en mi presencia. Advertí en su semblante una sensible alteracion, y preguntándole el motivo, me dijo: Es, señor, una novedad, que siento mucho, porque me pone en la precision de hacer un viage, y separarme de vos por algun tiempo. Mi Comunidad me llama; uno de nuestros compañeros está en el artículo de la muerte, y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dige yo asustado, ¿me abandonaréis en estas circunstancias? Es imposible, me respondió, que pueda negarme á oficios, que son entre nosotros de la mas estrecha obligacion. Espero, que de un modo ú de otro presto estaré de vuelta, y volverémos á anudar el hilo, que dejamos suspendido: ¿Pero si entre tanto, le repliqué yo con viveza, me sorprehende otra vez el parasismo? No lo querrá Dios, me volvió á decir: el Señor no empieza sus obras para dejarlas imperfectas.

Yo quedé sumergido en el mas profundo dolor. Él queria, que miéntras se disponia su viage, renovásemos nuestra confianza. Pero yo no estaba en estado. Mi turbacion era extrema, y me sentia des-

fallecer. Él me hizo reflexîonar de nuevo las razones, que le hacian este viage indispensable; y con este motivo me explicó, que su Comunidad se componia de doce Individuos, que voluntariamente se habian unido con la intencion de vivir en comun, y egercitarse en actos de religion y penitencia: que siendo todos Legos, habian buscado un Sacerdote para que viviese con ellos, les digese la Misa, y les administrase los Sacramentos: que á pesar de su indignidad, habian echado los ojos sobre él, y le habian hecho esta proposicion; y que él la habia aceptado con mucha complacencia.

Me añadió, que hacia tres años, que esta Comunidad se habia establecido á doce leguas del Lugar en que estábamos, en una casa, que pertenecia á uno de ellos, y que habia cedido para el uso de todos. Que en ella se habia erigido una Capilla con licencia del Obispo y de los Magistrados: que él habia vivido allí continuamente desde su principio; pero que su madre le habia hecho tantas instancias para que la viniese á ver una vez ántes de morir, que él habia creido no deber negarse á su tierna solicitud, y que con licencia de sus compañeros habia venido con el designio de pasar pocos dias en compañía de sus padres, y con la precaucion de haber dejado á su Superior noticia de su paradero, para que le avisasen si habia necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, concluyó, que yo soy el único Sacerdote de aquella Casa: ¿cómo puedo pues dejar de ir en un momento tan esencial como la muerte de un Compañero? Yo le confesé, que conocia toda la fuerza de su razon; pero que eso

no sosegaba mi inquietud, ni me disipaba el temor. En esto me ocurrió, que yo podia ir con él, y se lo propuse. Pero me respondió, que mi estado de salud no permitia emprender aquel viage: que por otra parte allí no encontraria ni las comodidades á que estaba acostumbrado, ni los remedios que exîgia mi situacion actual. Yo le dige, que en quanto á mi salud, me sentia en disposicion de hacer viage tan corto; y que en quanto á mis comodidades, un pecador como yo debia tenerse por dichoso si participaba de las austeridades de aquella santa Comunidad. El buen Ermitaño quiso replicarme todavía: pero le hablé con tanta resolucion, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dige: Amigo, si no me teneis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros, llevadme con vos, llevadme á ver los egemplos de esos penitentes, que no tienen que llorar tantos pecados como los mios. El buen Sacerdote me dijo: No replico mas. No permita Dios, que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro dia ántes de ponerse el Sol llegamos á esta humilde Casa: Cabaña á los ojos de los hombres, pero espléndido Palacio á los del Cielo. Esta es una habitacion de Santos. Mi corazon ya prevenido por el impulso de la divina gracia, no pudo resistir á la impresion de los graves y austeros egemplos de virtudes y religion que se me presentaban todos los dias en el recinto de este augusto retiro. ¡Qué hombres, amigo! ¡Qué silencio! ¡Qué fervor! ¡Qué felicidad tan pura! La vista de este órden, de esta severa harmonía, tan nueva para mí como digna de veneracion, me elevó el alma.

Conocí que habia otras delicias en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba, quando vivia á gusto de mis sentidos y segun las máxîmas del siglo. Los benditos Ermitaños me recibiéron con aquella dulce y síncera benevolencia que el mundo afecta , y solo es propia de la caridad christiana.

Aquí fué donde acabé mi Confesion general. Aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliacion por medio de su santo Sacerdote. Aquí recibí el Pan del Cielo. El tiempo y la circunstancia en que estamos, porque ya se llega la hora de ir á la Capilla , no me permiten extenderme. Pero si podemos vernos otra vez mas despacio , te contaré cosas admirables , en que verás los prodigios de la Providencia, y la extension de sus misericordias.

Solo te diré , que despues de haber hecho todo lo que debia , me apliqué por consejo de mi Confesor á repasar todos los cargos de mi conciencia , y á poner órden en mis negocios ; pero que hice todo esto en secreto y de manera, que no se supiera que era yo. Mi intencion era morir al mundo , y no desmentir la noticia que habia corrido de mi muerte , para llorar aquí mis errores , y consagrar el resto de mis dias á los gemidos de la penitencia. Mis santos Hermanos se dignáron de admitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos ; y despues de algunos dias procuro imitar aunque muy débilmente sus egemplos.

Puedo añadirte , que jamas he sido tan feliz: que nunca he pasado dias tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz : que no puedo ahora explicarte ni todo lo que debo á Dios , ni la dul-

ce tranquilidad de que gozo. Conténtate ahora con haber sabido la razon por qué me hallas aquí; cómo Dios me ha conservado la vida; y dale gracias de encontrar al antiguo y pérfido Apóstol de la incredulidad, al insensato predicador de iniquidades y delitos, en la Casa del Señor y vestido con el trage de la penitencia. Lo único que me afligia era considerarte todavía sumergido en el error. Así puedes considerar el consuelo que recibo, quando veo, que el mismo suceso que me ha conducido al arrepentimiento y al dolor, ha contribuido para conducirte á la Religion y á la virtud. ¡Qué asombrosa! ¡Qué admirable que es esta tan incomprehensible y escondida combinacion de las ideas del Señor! ¿Quién podia preveer, que en los consejos del Omnipotente estaba señalado el mismo instante para la conversion de dos hombres tan estragados, de dos monstruos que se habian entregado tan desenfrenadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres? Mas ::: pero la campana toca: á Dios, amigo; que aquí no nos hacemos esperar. Manuel se fué, y yo quedé tan sorprehendido como el caminante á cuyos pies cae precipitado un rayo. Necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en que me hallaba sumergido. ¡Ó Dios! decia yo saliendo de esta dichosa huerta, en que acababa de ver y oir cosas tan inesperadas. ¡Ó Dios! ¿Quién que de buena fe exâmine el orígen de una transformacion tan universal y tan completa puede desconocer la fuerza de tu brazo?

¡Pero qué! ¿Dios de bondad, este descubrimiento tan increible como impensado no es un avi-

so tuyo para advertirme, que yo no he cumplido todavía con todo el designio de tu misericordia? ¡Qué, Señor! ¿Debo yo buscarte ménos? ¿No debo siquiera hacer lo mismo que hace el amigo, el compañero á quien he igualado, y quizas excedido en la multitud y enormidad de los vicios? Dios de misericordia :: Yo prometo en presencia del Cielo, único testigo de mi entrevista con Manuel, que pues le imité en los excesos, le imitaré en la enmienda: que seguiré sus huellas, y que vendré á sepultar mi vida y expiar mis delitos en el mismo sepulcro.

¡Qué! Miéntras el compañero de mis desórdenes llora su iniquidad con la austera librea de los Mártyres de la abnegacion; quando lo veo incorporado en la penitente sociedad de los Atletas de la Cruz; quando pasa sus dias en la meditacion de los años eternos, y une los tiernos gemidos de su doliente voz con los sagrados cánticos, que resuenan en el largo silencio de las noches; quando Manuel sobre la dura tierra, y en un lugar consagrado á los suspiros y á las lágrimas pide á Dios sin cesar perdon de los delitos que hemos cometido; quando en fin la imágen de su austeridad y penitencia me seguirá por todas partes, ¿tendré la temeridad de verme sin rubor en una casa cómoda, y vivir en el seno de la abundancia? No, no: pues le acompañé en los delitos, es justo que lo acompañe en las expiaciones.

Dios mio, sosten mi resolucion. Espero que te será agradable; pues que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sino para en-

señarme el camino que debo seguir. Sin duda que la aprobará el santo Director de mi conducta, pues es tan conforme á sus principios, y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa, le escribí lo que me habia sucedido, y el ánimo en que me hallaba. Le dirigí mi carta con un expreso, y este al cabo de tres dias me trajo la respuesta que te voy á copiar. Dice así:

¡Qué admiracion, qué placer me ha causado vuestra carta! ¡Quánto debemos adorar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto, que producen las pasiones y movimientos de la tierra, forma en silencio sus escogidos para sacarlos del abysmo en que su flaqueza los sumerge, y levantarlos hasta su luz inaccesible! ¡Cómo este mundo tan miserable y tan pequeño por la calidad de los intereses que lo agitan, se transforma á los ojos del Sabio, que observa con la luz del Evangelio, en un inmenso y magnífico theatro, en que se reconoce la mano poderosa de la eterna Sabiduría que lo dirige y gobierna: esta mano dulce y próvida, que del fondo del barro mas deleznable saca Seres en que reverbera el esplendor de su divinidad: esta mano sábia, que por caminos inexplicables y profundos los dirige al término excelso de su Reyno: esta mano misericordiosa, que quiere conducirlos para que en el dia triumphante de la ascension de los miembros de Jesu Christo vayan con ellos y tengan asiento en el seno de su reposo, de su alegría y perpetuidad!

¡Quántos motivos de admiracion me produce el suceso que me referis! Vos no buscabais mas que el inocente placer de un paseo silencioso; y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un austero retiro toda la invencible fuerza de su poder: y con un egemplo extraordinario y que os toca tan de cerca, os ha manifestado, que en medio de los males que ocasiona la corrupcion humana, se ocupa en separar de ella á los que quiere glorificar en su mansion divina; y que con una rapidez que asombra á los Espíritus celestes, sabe hacer que los mas perversos de los hombres pasen á la clase mas augusta y venerable de sus Escogidos.

¿Cómo ó por qué Don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser obgeto del amor y las atenciones del Eterno? ¿De dónde le ha venido esta fuerza, que de repente y contra sus propias esperanzas lo ha hecho superior al mundo, á sus sentidos, y á toda esa multitud de vicios y cadenas que lo hacian un monstruo de incredulidad y depravacion? ¿De dónde descendió esta nueva luz, que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad? ¡Dios infinito! ¡Dios bueno! Estas son tus obras siempre grandes y admirables. Solo tu brazo invisible y omnipotente puede egecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un órden tan superior al poder humano, y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestras ideas.

Vos habeis hallado, señor, sin esperarlo una repeticion asombrosa del gran milagro de misericordia, que la bondad divina ha obrado en vues-

tro corazon. Este Dios piadoso os ha proporcionado este encuentro maravilloso, para haceros mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abysmo. Tambien ha querido quitaros la amargura por el temor que Don Manuel hubiese muerto sin haber tenido tiempo para llorar sus escándalos, y purificar sus últimos suspiros. Dadle gracias, señor; pero considerad, que la terrible imágen de una muerte imprevista y precipitada no pierde nada de su verdad ni de su fuerza, por no haberse realizado en aquella circunstancia, que os produjo una impresion tan profunda como saludable. Miéntras el amigo que llorabais muerto, estaba vivo, la desgracia que él no sufria, se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas y tan mal dispuestas á presentarse en el Divino Tribunal.

Tambien me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulacion que os inspira este egemplo; porque anuncia un corazon dispuesto á todo, y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los tabernáculos del Señor son amables, y que en ellos habitan los dichosos. Pero hay reglas de moderacion y de prudencia, que no debemos olvidar ni aun quando buscamos á Dios y la virtud. San Pablo quiere que seamos reservados y discretos hasta en el bien. Todos debemos obedecer á la ley del Evangelio. Pero este nos enseña diferentes caminos para la santidad, y ninguno debe escoger los que pueden alterar las leyes de la naturaleza, quando esta nos ata con vínculos y lazos mas estrechos, y despues de tomar estado, de superior importancia á las mas santas instituciones,

Dios que es el Autor supremo de la Religion, ha sabido unirla con la naturaleza de manera, que siempre aliado con ella, léjos de contradecirla, no hace otro que sublimarla. Así quiere que vayan de concierto; y que el Christiano respete en cada una los designios del Autor de las dos. Entre todas las relaciones que produjo en la Sociedad, á ninguna dió un carácter tan tierno y tan augusto como el título de Padre. Quando bajó á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida, dejó en vuestros brazos dos hijos; y vos les debeis cuidados, instrucciones y egemplos.

Don Manuel no tenia estas obligaciones. Se hallaba libre, y no vivia sino para sí mismo. Así su retiro no podia producir quiebra ni falta en el órden social. Le era pues permitido entregarse todo entero al ardor de su zelo y de su penitencia. Pero Dios os ha dictado vuestras ocupaciones, quando os dió esta preciosa posteridad, que debe crecer y criarse á vuestro lado: si este imperioso impulso no ha detenido algunas almas extraordinarias; si á pesar de los gemidos de la naturaleza se les ha visto volar á los desiertos; si han tenido el valor de romper las barreras que les ponia su propia sangre, estas son excepciones, que solo puede autorizar la profundidad de la inspiracion divina, y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y expiaciones.

Quando viviais sin ley y sin principios, entónces hubiera sido útil á vuestros hijos, que os separaseis de ellos, para esconderles la contagiosa vista de costumbres irreligiosas y desenfrenadas. Pero

ahora que pueden ver en vuestra conducta, lo que los hará muy dichosos si lo imitan; vuestra separacion les seria muy nociva, porque los privaria del mejor preservativo, que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este Siglo. Vos no sois verdaderamente Padre, sino desde que temeis al Señor; y quando ya sois capaz de manifestar su gloria á dos inocentes criaturas, por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡Ay, señor! Pues vuestra tierna esposa fué digna de vuestro respeto, y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos, y la mas dulce de sus esperanzas. No dudeis que murió, pidiendo al Dios que iba á juzgarla, que moviera vuestro corazon, y os hiciera digno del título sagrado de Padre. Haced pues ahora con vuestro zelo paternal, que ella goce en el Cielo del fruto de su oracion postrera, y recompensadla con vuestra aplicacion de las amarguras con que habeis emponzoñado su inocente vida: trabajad con ardor en la educacion y la felicidad de los hijos, que llevó en su vientre, que crió con tan solícitos afanes, y que estrechó tantas veces con su materno corazon.

Quedaos pues, señor, en medio de esos tiernos y sagrados frutos de una union, que vos hubierais debido enlazar mejor, y cuyos agravios estais obligado á reparar. Nada hay tan grande ni tan meritorio en la tierra, como formar hombres religiosos, enseñándoles el conocimiento de Dios y el amor de la virtud. Nada es tan delicioso ni tan dulce como egercer este sublime empleo con aque-

llos cuya felicidad nos interesa, porque amamos en ellos nuestra propia substancia. Imaginad qué gozo debe ser para un corazon iluminado por la fe poder decirse á sí mismo: Este niño tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, va á ser santo de Dios; será llamado hijo del Altísimo, y se verá dentro de poco elevado á la posesion de un imperio, que ninguna revolucion podrá destruir. ¡Ó Religion Divina! ¡Solo tú puedes coronar con tanta magnificencia los afectos de la naturaleza! ¡Solo los que se gobiernan por tu luz pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser Padre!

Me ha parecido, señor, haceros estas reflexîones para confirmaros en la resolucion de pensar muy seriamente en la educacion de vuestros hijos: sobre todo en la educacion Religiosa. Yo quisiera poder indicaros aunque ligeramente el punto de vista, ó el aspecto en que me parece debiérais enseñarles el espíritu y las intenciones del christianismo, y si me lo permitis lo podré hacer otra vez mas despacio. Este asunto es el mas esencial de todos; porque la Religion bien conocida es el mejor preservativo para las costumbres, y el antídoto mas seguro contra la incredulidad.

Hay ciertas gentes por la mayor parte buenas, pero muy tímidas, que quisieran prohibir á los simples todo exámen en materias de Religion. Esto nace de que no la conocen bien. Acaso este systema de fe sencilla y ciega pudiera ser mas seguro si las costumbres y el carácter del Siglo la respetaran, si la dejaran intacta, y no trabajaran por alterar su pureza. Pero quando la corrupcion de los sentidos,

y los errores de los Sophistas multiplicando sus ataques hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se jacta de instruida, fuera culpable indolencia no servirse para defenderla de las armas superiores, que le aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con qué instruirse mejor, y desengañarse de los sophismas que la pervierten. Y como por las ventajas de su nacimiento é instruccion da el tono á lo que la rodea, sus discursos y sus egemplos se propagan hasta las clases inferiores; y ved aquí como se inficiona progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la Religion: reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes é irresistibles razones que la demuestran; y no teman esos genios pusilánimes el que la Religion sea exâminada por todos sus aspectos; pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un exámen apurado y circunspecto. En los tímidos cesaria esta inquietud, si ellos mismos la conocieran mas á fondo.

Pero en fin, señor, esto toca al Gobierno, y no podemos hacerlo nosotros. Me parece que en nuestras primeras conversaciones ya os dige algo sobre quánto contribuye á la incredulidad la insuficiencia de nuestra educacion, y si os lo repito aquí es para haceros conocer la indispensable necesidad en que están los padres de familia de egercer una especie de Magisterio doméstico, y de ser en medio de sus hogares los Ayos y los Apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe, y vive con la esperanza de sus promesas, no puede

ver sus tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de alegría y de consuelo, quando considera el alto destino, que puede preparar á estos obgetos de su amor con la instruccion y la vigilancia.

¡Ó infancia inocente y preciosa! ¿Quién puede verte sin amarte, y quién puede amarte sin deplorar la incomprehensible ceguedad de estos padres crueles, que no procuran darte mas instruccion que la que puede pervertirte, atormentarte y perderte como se pierden ellos?

Esto basta por hoy. No quiero detener mas vuestro correo. Mi designio por ahora es solo responder á vuestra carta, y haceros conocer la necesidad de corresponder á vuestra vocacion, cumpliendo con las oligaciones del estado en que Dios os ha puesto, y que entendais, que vuestros hijos, familia, criados, vasallos y conciudadanos son los obgetos que ha puesto á vuestro cargo el Gran Padre de la Familia humana. En esta he procurado haceros conocer, que esta obligacion es necesaria. En otra os expondré algunas reflexîones, que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga y os guarde muchos años.

¿Qué dices, Theodoro, de esta carta? Yo no esperaba esta resolucion. ¿Pero qué puedo hacer, sino someterme á dictámen tan luminoso y christiano? ¿Qué puedo hacer sino recibirlo como oráculo dictado por la voluntad soberana? Mil veces bendigo cada dia al hombre virtuoso, que del todo se sirve para confirmarme en la fe; y que prometiéndome un plan para que enseñe la Re-

ligion á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Theodoro, ¡qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos: el gobierno de una familia numerosa: su conversion, pues que tanto he contribuido á pervertirla: la distribucion de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte: el buen egemplo que debo á todos para contrarestar mis públicas disoluciones, y restablecer mi perdida reputacion: los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y prudencia. ¡Quántas cosas tan superiores á mis fuerzas, y para que necesito de un amigo sólido, de un guia esclarecido, que no solo me dirija, sino que me sostenga!

Theodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta, y todas las demas que te escriba: invoca su amistad: excita su zelo: apresura su diligencia: no le des quartel; y dile que un amigo que lo necesita, lo aguarda con inquietud: que ya tiende los brazos para recibirlo: que venga á conducirlo al Cielo, despues de haber enseñado el camino á sus hijos y á toda esta familia, que va á adoptarlo por su padre comun y bienhechor universal. Á Dios, Theodoro.

CARTA XXXIII.

El Philósopho á Theodoro.

Querido Theodoro. Ya recibí la nueva carta, que me habia prometido mi zeloso Director, y me apresuro á enviarte una copia. Dice así:

Señor, para explicaros mis ideas sobre los medios de hacer conocer y amar la Religion á vuestros hijos, debo empezar por deciros, que el logro de este digno afan depende de hacerles entender bien el espíritu y el verdadero obgeto de la Fe. Y para esto debeis principalmente ocuparos en la meditacion de los santos Libros; porque solo en esta pura inagotable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestras almas, y nos hace capaces de heroycos y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos, que nos pueden instruir, fijando nuestras ideas de órden, de justicia y de felicidad. Solo en ellas podemos encontrar espectáculos dignos de la grandeza de nuestra imaginacion: obgetos proporcionados á la necesidad y propension que sienten los espíritus nobles y elevados de contemplar, y admirar lo que es grande y magnífico: y afectos dignos de excitar la sensibilidad de un corazon tierno y generoso.

Si conociéramos bien la constitucion humana, veríamos con claridad, que lo que por lo comun aleja á los hombres de los bienes que la Fe pro-

mete, es una enfermedad de su naturaleza mas fuerte que todo el poder de su razon. Y el que supiere persuadir, que la naturaleza misma hallará su interes unido con el de la Religion, ese es el que podrá hacerla amar. Es mas raro de lo que parece, que la razon sola determine la estimacion, las preferencias y la conducta de los hombres. La imaginacion y la voluntad son potencias mas poderosas, y logran por lo comun inspirarnos sus opiniones.

Esta disposicion general que nace de nuestra flaqueza, es mayor en los niños, y es, digámoslo así, su carácter. Sus almas inexpertas solo saben mirar y sentir. Apénas pueden creer, que verdaderamente exîsta, sino lo que vén con sus ojos, ó lo que tocan con sus manos; y nosotros por la mayor parte somos niños toda nuestra vida. Así vemos por experiencia, que no creemos lo que no vemos; ó si impelidos por la autoridad lo creemos, es con frialdad, y de manera que aquellos obgetos no nos producen impresiones fuertes.

Por eso quando nuestra razon convencida no puede resistir á las demostraciones acerca de la Fe, procuramos excitarnos al amor de la Religion, presentándola á nuestra alma por obgetos mas capaces de ser imaginados ó sentidos: y para esto preferimos las imágenes mas análogas ó que son mas parecidas á las que nos interesan y conmueven en el órden de la naturaleza y de la sociedad.

El gran secreto que puede hacernos amar la Religion, es hacernos conocer, que de ella pende todo lo que mas deseamos, lo que buscamos

con mas ansia, y que es el fin último de nuestra felicidad; las verdaderas riquezas, la sólida gloria, la prosperidad soberana, la inmensa fortuna: en fin que todo lo que mas halaga al corazon humano, todo está comprehendido en la grande salud que trajo á la tierra Jesu Christo.

Bien sé, que el establecimiento del Reyno de Dios no es obra de la prudencia de los hombres; pero como ha subrogado en estos el decoroso encargo de preparar los ánimos á los triumphos de su gracia, los hombres deben servirse de todo hasta de nuestras pasiones y flaquezas para conducirnos al conocimiento y amor de la verdad, y para disponernos á recibir aquella gran luz con la que ya no se necesita ni de exhortaciones ni documentos.

Por eso Dios, que queria abrir las puertas de la vida eterna, así á los mas incultos hijos de los hombres, como á los ingenios mas sublimes, se dignó de encerrar toda la Religion en una órden ó serie de sucesos, que son palpables para todos, y que adquieren un ascendiente victorioso en las almas sensibles y rectas. Desde aquel instante solemne en que Dios rompió su eterno silencio, y mandó á la luz, que saliera del caos de la noche, hasta el establecimiento de su Pueblo en la tierra prometida, y el triumpho de su culto en medio de Jerusalem y del mundo, todo es una cadena de hechos y prodigios, que por sí sola debiera excitar á curiosidad, aun quando un aparato tan augusto no tuviera otro fin mas alto, ni nos produgera un interes tan personal.

En la Historia Sagrada se lee, que los hijos de

los Patriarcas y Prophetas no halláron el consuelo de sus tardías esperanzas, ni verdaderos motivos de paciencia y constancia en las vicisitudes alternadas de sus destinos, sino en los continuos recuerdos de las maravillas que hizo Dios para establecer su antiguo Imperio. Sus padres para enseñarles la religion, les mostraban los monumentos de lo que habia hecho Dios por sus mayores; y exponian á sus ojos la larga historia de los hechos milagrosos, que prepararon aquel gran dia en que debia consumarse todo con la Muerte y Resurreccion del divino Mesías.

Así lo hicieron tambien nuestros ascendientes; y nuestros Abuelos estaban mejor instruidos que nosotros, porque en los siglos pasados hubo Escritores que hicieron renacer este méthodo tan natural, tan cierto y seguro para conocer y amar la Religion. En efecto las mejores pruebas de su divinidad se sacan de su historia, y de la magestad de su grande espectáculo. Hasta ahora exîsten como memorias, como reliquias que guarda la curiosidad, monumentos antiguos en que el buril y el pincel grabáron ó dibujáron todos los hechos, guardando el órden chronológico. Por este medio los niños con placer de sus ojos y deleyte de su imaginacion grababan los sucesos en su memoria, y aprendian casi divirtiéndose su Religion.

¿Cómo pues un méthodo de aprender, que fué tan útil á nuestros antepasados, ha podido perderse en nuestros dias? ¿Cómo el arte superior á todos los artes, la enseñanza únicamente necesaria, ha podido descuidarse tanto? ¿Cómo ha podido acaecer, que se haya casi abandonado para la instruc-

cion pública el depósito de las divinas Escrituras, que es el patrimonio de los hijos de Dios, y el thesoro de todos los Christianos? ¿Y cómo no gemimos al ver la ignorancia lamentable de tanto número de fieles, que no saben ni los principios, ni las pruebas, ni los hechos de que se compone la substancia de su Religion? Quando un Israelita religioso queria recogerse para admirar la conducta y las altas ideas de la divina Ley, le bastaba recapacitar la memoria de Noé, de Abraham, Isaac y Jacob. El inflamado David se presentaba á la suprema Magestad con una alma asombrada de considerar la inefable grandeza de sus planes, y fuera de sí de contento entonaba este cántico [a]: "¡Ó Eterno Dios! Nosotros hemos oido, y "nuestros padres nos han contado las magníficas "obras que viéron, y que tu poder egecutó en los "siglos antiguos.

Y hoy que la historia de la Religion se ha completado; hoy que ya casi tocamos el cumplimiento y término de las Prophecías antiguas y de las nuevas; hoy que ya apénas queda revolucion que ver, y que el estado actual del Christianismo se debe conservar inviolable hasta el dia feliz de la triumphanto ascension de la Iglesia á la gloria de Dios; hoy que todos los secretos y designios divinos están ya descubiertos; hoy que todo anuncia el fin y la consumacion total de la empresa sublime: quando el Leon de Judá ya ha vencido: quando los templos de Christo están levantados sobre los profanos monumentos: quando torres innumerables ponen cerca

a *Psalm.* XLIII. I. 2.

del Cielo la señal adorable de la Cruz en que se obró la redencion humana : hoy en fin que todo está revelado y descubierto, los Christianos no tienen mas que ideas imperfectas, noticias confusas y obscuras. ¿Cómo podrán ver á un tiempo toda la magestad del edificio de la fe ? ¿Cómo podrán admirar el modo con que todas sus partes se corresponden, se comunican y se enlazan ? Pues apénas perciben ángulos y superficies : ignoran el principio y el fin de las ideas que nos ha revelado el Eterno : no se les demuestran las relaciones admirables, las conexîones íntimas que atan y eslabonan los sucesos de la antigua economía con los mysterios de la Alianza postrera.

¿Y qué ha resultado del abandono de tan saludable estudio ? Que la inteligencia de las divinas Escrituras casi se ha perdido en la mayor parte de los fieles : que su lectura parece ingrata y fastidiosa al comun de los hombres : que pocos tienen justas ideas del gran designio y verdadero espíritu de la Fe ; y que miramos como extrangero todo lo que ha pasado ántes de nuestros dias : nos hemos olvidado de que Dios nos tenia presentes en la creacion del mundo ; que entónces fuimos obgeto de sus ideas divinas ; que hoy somos la realidad de las figuras y el cumplimiento de las Prophecías : que por nosotros ha habido un Abraham y Patriarcas, un Moyses y Prophetas, una Jerusalem y un Templo, y en fin que todo se ha hecho y se conserva por los Santos.

¿Y de esto qué ha nacido ? El poco aprecio de nuestra vocacion : la instabilidad ó flaqueza de nuestra virtud : el ascendiente casi siempre vence-

dor de nuestras pasiones: la facilidad de sacrificar todos los dias las esperanzas eternas con que nos anima el Evangelio al pérfido placer de la concupiscencia y del orgullo; y en fin, el deplorable progreso de una Philosophía perversa, que se atreve á desacreditar la Religion, aniquilar toda creencia, y desterrar toda virtud.

En el orígen del Christianismo bastaba que un Apóstol explicase á una concurrencia numerosa, como los mysterios de Jesu Christo estaban enlazados con los acontecimientos dispersos en la inmensidad de los tiempos, que precediéron á su Resurreccion, para que millares de hombres se postrasen á los pies de la Cruz, y pidiesen ser incorporados en su alianza. Pero hoy vemos con dolor, que ni los incrédulos se convierten, ni los creyentes perseveran; porque los primeros nunca han visto la luz; y los segundos apénas la han brujuleado. Ni aquellos ni estos han conocido el don de Dios en toda su excelencia y extension. Y solo esto puede explicar, por qué los unos lo reprueban, y los otros lo abandonan.

Despues de su Resurreccion Jesu Christo explicó á sus Discípulos el modo con que se habia cumplido quanto los Prophetas habian anunciado. ¿No es verdad, decian ellos, que quando nos explicaba el sentido de las Escrituras, ardian nuestros corazones con un fuego divino? Lo que el Salvador les manifestó de sus humillaciones y su gloria estaba enlazado con todos los sucesos, todos los oráculos, y con la historia entera de los tiempos figurativos. Y esta conexîon, esta dependencia entre la antigua y la nueva Alianza, es la que forma un mismo cuerpo de Religion, una misma serie

de designios, un concierto harmonioso en que reluce la magnificencia de la obra y la ciencia del Redentor. Esta admirable consonancia de las predicciones con los sucesos era la que producia en los discípulos aquel embeleso, aquel calor celeste que les inflamaba el corazon.

Estéban, dicen los Actos de los Apóstoles [a], lleno de gracia y de fuerza, asombraba á quantos escuchaban sus discursos. No era posible resistir á la abundancia y magestad del espíritu que hablaba por sus labios. *Hermanos mios*, les decia, *estad atentos.* ¿Qué es lo que va á decirles? Les pone á la vista las maravillas del Señor. Les recuerda, que las Prophecías mas recónditas en la obscuridad de los siglos antiguos acaban de cumplirse en la Muerte y Resurreccion de Jesu Christo: que una voz del Cielo separa á Abraham del Pais de la idolatría: que Dios lo acompaña en su fuga: que lo hace amable á los ojos de los extrangeros, y lo llena de bendiciones y riquezas: que hace volar su nombre hasta los confines del mundo, y consuela su vegez con el nacimiento de un hijo milagroso: que esta familia querida del Señor se extiende y multiplica como las arenas del mar tanto, que en breve tiempo ya no era una familia, sino una nacion que merecia las atenciones del Omnipotente.

Les añade, que desde que los descendientes de Abraham se viéron tan multiplicados, Dios les suscitó un Conductor, en cuyas manos puso su authoridad y su poder: que Moyses habla, y los

a *Act. VI. a v.* 8.

milagros van siguiendo sus huellas: que las olas le obedecen: que el mar separa en dos montañas sus ondas espumosas, y que el abysmo levanta al Cielo sus enormes masas: que el Eterno hace que se desplome de las nubes el alimento para un pueblo innumerable: que de los áridos peñascos, únicos pobladores del desierto, nacen torrentes abundantes para refrescar los fatigados pasageros, y regar sus arenas inflamadas.

Que los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob entráron en la tierra prometida: que el solo nombre de Josué hizo temblar sus enemigos: que á su voz los astros se detuvieron; las murallas se desmoronáron; los Imperios y Estados se deshicieron. Y que al fin Israel cantó en paz las misericordias del Dios que lo sacó de Egypto, en el Templo mas magnífico que ha visto el universo. Vé aquí los augustos preparativos de la venida del Mesías, la luminosa Aurora que precedió al gran dia del Evangelio: y estos obgetos, que diéron asunto á David para entonar los mas sublimes cánticos que los hombres oyéron, son los mismos que hacen brillar el semblante de Estéban con tan divino resplandor.

Del mismo méthodo se vale el grande Apóstol para anunciar el Evangelio. ¡Con qué enérgicos pinceles dibuja quanto le ha precedido! En su pluma esta Religion es eterna, y desciende á la tierra de la altura de la inmensidad divina. Adam es su primer Templo. Nos explica, por qué Dios ha criado al mundo: por qué crió unas Inteligencias capaces de adorarlo: cómo á pesar de la degeneracion de la especie humana, la virtud

del Todo poderoso le conservó un Santuario, y la salvó con Noé de las aguas, que sumergiéron la tierra, y con ella todos los vicios y pasiones que la tenian pervertida.

Nos pinta la magestuosa y circunspecta lentitud, con que por entre las revoluciones, choques y ruinas de los Imperios se encaminaba al último de los dias: las prudentes y suaves gradaciones, con que en su pausada marcha se va desembarazando del velo mysterioso que la cubre: cómo todo cede en el universo al que ha resuelto hacerla triumphar de toda dominacion y potestad: cómo todos los Reynos y todos los hombres por sus vacilaciones, empresas, victorias y derrotas, en fin por todos los movimientos con que se agitáron, preparáron sin saberlo las vias á la aparicion de esta grande y radiosa luz que los conducia consigo.

Cómo en fin en nuestros dias, que son ya la plenitud de los tiempos, se manifiesta subsistente y visible en medio de nosotros; por haberse cumplido el gran mysterio predicho y esperado desde el orígen del mundo: el océano de bienes y riquezas, en que hoy hace nadar á sus fieles discípulos: cómo se incorpora con nosotros: cómo eleva nuestra naturaleza: cómo hace adquirir á los hijos de su alianza la inmortalidad y la gloria del Christo Hijo de Dios: cómo de su Cabeza universal, que tambien es Príncipe del siglo futuro, y de todos los que han recibido sus promesas, se forma un mismo cuerpo, una sociedad, una sola familia, que el Dios de la eternidad acogerá en el seno de su esplendor el úl-

timo dia, para que viva con él por los siglos de los siglos.

Estos son, señor, los grandes obgetos, que la Escritura nos propone; el magnífico espectáculo que la Religion nos presenta: y este es el hermoso aspecto con que en todos tiempos la han visto y la vén los espíritus humildes y aplicados, á quienes con el fuego del amor alumbra la antorcha de la Fe. Estas son las luces que muestra Dios á los pequeños, y esconde á los soberbios. Y este es el camino por donde debeis conducir á vuestros hijos. ¡Dichoso vos, si alcanzais á ponerlos en posesion de esta grande sabiduría, si lograis guiarlos por este Plan sublime! Yo os lo indico muy ligeramente; pero vos conoceréis su importancia, y veréis que su egecucion no es difícil.

Seria de desear, que una Nacion tan Religiosa como la Española; que una Nacion en que el Christianismo tiene su primer throno, adoptase en general un méthodo tan simple, tan cómodo y seguro para la educacion christiana de sus hijos. Nunca se pudiera lograr mejor esta idea, que en el tiempo presente, pues en nuestros dias el arte de la Imprenta ha llegado entre nosotros á un grado de perfeccion, que nunca tuvo, y que es hoy la envidia y emulacion de los Extrangeros. El grabado tambien se ha extendido y perfeccionado. ¡Quántos talentos eminentes abundan entre nosotros, que ilustran la Nacion con producciones estimables! Así por la reunion de estas artes han salido de nuestras prensas ediciones soberbias, que son el asombro de las naciones. El Sa-

lustio apénas conoce igual, y el Don Quijote ha admirado á la Europa por su riqueza y perfeccion.

¿En qué pudieran ocuparse mejor estas Imprentas y estos Grabadores, que en imprimir y estampar todos los sucesos de la historia de la Religion desde la creacion del mundo hasta el establecimiento de la Iglesia, y formar una coleccion completa y seguida, guardando el órden chronológico de los tiempos? Cada hecho digno de memoria, y que está enlazado con los que le preceden y le siguen, debia tener su estampa separada, que representase con exâctitud la historia del hecho que refiere: y á fin de conservar la verosimilidad en lo posible, los Pintores debieran dar la misma fisonomía á los principales personages, cuya figura haya de repetirse con frecuencia.

Cada estampa debia tener al pie una sucinta explicacion; pero exâcta, clara y en términos que hasta el pueblo pudiera comprehenderla; de modo que los niños y los grandes, incultos y groseros, que en su capacidad son como los niños, puedan aprenderla sin trabajo. Los que por defecto de edad ó de instruccion tienen pocas ideas, apénas pueden figurarse, que puede exîstir lo que no vén. Los ojos son los únicos órganos que les conducen las ideas; y un quadro, ó una imágen es lo único que en su ánimo puede suplir á la realidad ó presencia de los obgetos.

Esta coleccion pudiera dividirse por épocas, para grabarlas mejor en la memoria, á lo ménos por el antiguo y nuevo Testamento. Yo quisiera que se hiciera una edicion magnífica, y tal como la pueden hacer los hábiles artistas que hoy residen entre

nosotros ; porque este seria un glorioso monumento que haria honor á la Nacion, y que daria nuevo estímulo al progreso de estas Artes : pero como su precio fuera costoso, y yo deseo que esta instruccion sea general, y se extienda á todas las clases del Pueblo, tambien quisiera que se hiciera otra mas barata para aprovechar á todos.

Esta empresa mirada por todos sus lados me parece digna de un Gobierno ilustrado. No solo facilitaria el medio mas cómodo y fácil de aprender la Religion, sino produciria utilidades pecuniarias al Estado. Tengo por cierto que una obra de esta especie hecha con la perfeccion de que son capaces nuestros Artistas, seria buscada por todas las Naciones cultas, que se apresurarian á comprar un obgeto precioso que satisface á todos los gustos.

Pero dejando consideraciones que no son de mi asunto, me basta que se hagan dos ediciones, una que pueda servir á la clase rica, y otra para que de ella se aproveche la pobre ; porque yo quisiera que se distribuyeran egemplares á las Escuelas con encargo á los Maestros de enseñarlos á toda especie de niños. No tengo duda de que este estudio léjos de serles molesto seria el de mayor recreo de su educacion, y de que por este medio se propagaria presto la enseñanza de la historia de la Religion aprendida con órden y exâctitud.

Pero como esta idea no es mas que un pensamiento, y la edad de vuestros hijos exîge un remedio mas pronto, os aconsejo que os sirvais del mismo méthodo por otros medios. En los siglos pasados quando los hombres pensaban que era mas glorioso y seguro seguir la Religion de sus mayo-

res, se eligió el méthodo de enseñarla como ahora os propongo. La Philosophía hizo abandonar este estudio, porque se dedicó á las ciencias profanas; pero estas obras subsisten todavía como monumentos. He visto diferentes ediciones de estas estampas, con sus explicaciones chronológicas. Hago memoria de una en fólio, que se intitula la Biblia de *Mortier*; de otra en quarto que se llama: *Figuras de la Biblia*; otra muy á propósito de *Royaumont*; y las que se están grabando para la Biblia Española; y sobre todas las de Árias Montano.

Quizas habrá otras y mejores. Pero como para la educacion particular de vuestros hijos no hace nada la perfeccion del arte, y basta la exâctitud y el órden de los hechos, os aconsejo que os procureis una de estas obras, y que hagais de ella vuestra ocupacion y su entretenimiento. Me parece que no debeis proponerles esto como un estudio serio, y que merezca vuestra primera atencion, aunque así sea, sino como recreo ó recompensa de los otros. Quiero decir, que vuestro arte debe ser esconderles la importancia que hay en eso; y que pues los niños gustan tanto y se divierten con las estampas, os aprovecheis de esta disposicion, para persuadirles que esta ocupacion no es mas que un descanso de los otros estudios, y una diversion que les dais para desquitarlos de las otras ocupaciones.

Con este ardid haréis que se ocupen en este objeto sin fastidio, que lo aprendan con gusto; y quando tuviereis motivos de mostraros contento de ello, podeis darles algunas de estas estampas para que las pongan en su quarto. Haced de modo, que al fin se las deis todas, y que su habitacion esté

guarnecida de estas imágines puestas por sus manos; pero con el cuidado de que nunca se altere el órden de sus datas, á fin de que se fige en su espíritu con la noticia de los hechos la chronología de los tiempos.

Esto es sin duda bueno para instruir y ocupar la infancia; pero no dispensa de la primera y esencial atencion, que es enseñarles los motivos y fundamentos que hay para creer que estos hechos son verdaderos, y la conexîon y enlace que tienen con los demas de la Religion. Estudio serio y capital, que debeis reservarles para quando con mas edad lo puedan hacer con fruto. Pero este los preparará á recibirlo mejor.

Pasemos ahora al trato de un Christiano con sus iguales. Vos me decis en vuestra carta, que deseais vivir solitario, y que ántes de haber sido llamado al retiro por el egemplo de Don Manuel, estabais ya resuelto á vivir en vuestra casa separado del mundo, y partiendo vuestro tiempo entre Dios y el cuidado de vuestros hijos. Yo no apruebo, señor, las resoluciones prontas, sobre todo quando son demasiado severas. La de romper sin particular motivo todo comercio con los hombres, no es del espíritu de la devocion sólida y amable, ni puede servir mas que de desfigurar á los ojos del mundo su augusto y venerable carácter.

Las roturas violentas son las mas veces hijas del humor, y suele haber en ellas una especie de dureza triste, que da pretexto á la malignidad para desacreditar la virtud, y hacer ridículos los principios de los hombres religiosos. Los espíritus frívolos, que no conocen la Religion en ella misma,

la juzgan por el carácter y las costumbres de los que la profesan. Suponen que la conducta de los discípulos del Evangelio es la práctica de su doctrina. Así quando el mundo vé Christianos tétricos, que toman con extrema inquietud precauciones desconfiadas, atribuyen á la Religion lo que es defecto del genio: imaginan que el Christianismo destruye nuestras calidades sociales: que no es bueno mas que para hacer inútiles; y los que se sienten con algun deseo de volver á la virtud, resisten á sus remordimientos y temores por no parecer incomunicables y rudos.

Al contrario, señor, los buenos Christianos deben ser amables y de la mas dulce sociedad. La mayor gloria de nuestra Religion es, que quando es bien entendida, y se practica segun su espíritu, inspira un gusto de benevolencia general, y produce un humor apacible, un corazon benéfico y tratable, y aun inclinaciones amigables y tiernas. ¿Quántos genios violentos y feroces; quántos naturales difíciles ó salvages se han transformado en hombres amenos y pacíficos, sin mas estímulo que el de la Religion? Santos hay que debiéron el primer movimiento de su retorno á la virtud á la dicha de haber encontrado justos llenos de blandura y de indulgencia.

Jesu Christo no manda á los que reciben su espíritu y su nombre, que se separen por entero del mundo, ni que se escondan de los hombres. Al contrario, les dice, que su luz brille en medio de los profanos, para que admiren el poder de su doctrina, para que viendo como el Evangelio los ha transformado en útiles y buenos, procuren be-

ber en la fuente pura, de donde mana la verdadera dicha de la tierra. Compara su Iglesia con un campo en que crecen mezclados el trigo y la zizaña hasta el dia de la cosecha; y esta mezcla entra de tal manera en el plan de la Sabiduría divina, que tal vez lo que admirarémos mas en el dia de la revelacion de su gloria, será ver como todo ha servido á la formacion, al aumento y á la consumacion del cuerpo eterno de sus escogidos, y que los mas horribles y escandalosos delitos concurriéron al triumpho de la gracia.

Amemos pues, señor, á los hombres, y procuremos serles útiles. Nuestra santa y caritativa Religion, que muda el corazon de los mas pervertidos, y que transforma en humanos y sensibles los naturales mas feroces y mas duros, no puede enfriarnos nunca con nuestros hermanos. Parece que el que los huye, los desprecia, á lo ménos no les puede servir; y jamas será bueno darles una idea tan triste y tan injusta de los efectos que debe inspirar la Religion á los que la aman. Lo que ella nos prohibe, no es el trato ni la sociedad de los que no han sido iluminados por el Cielo, y están todavía sometidos al yugo de las ilusiones y de los errores: solo nos advierte, que no nos conformemos con el espíritu del siglo, y que estemos con cuidado para no corrompernos con el contagio de los malos egemplos.

Quando Dios convierte á un pecador, su intencion tal vez no se limita á su conversion personal: y sus ideas suelen multiplicarse con una extension digna de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia sea una fecunda

almáciga de escogidos ; y que aquel á quien su poderosa voz hace salir de la obscuridad de su sepulcro , sea la luz que destierre otras tinieblas , y el instrumento de muchas resurrecciones. Señor, una alma es una cosa tan grande por la excelencia de su naturaleza , y por su capacidad de conocer y gozar del infinito, que aun en las mas depravadas debemos respetar la posibilidad de su conversion. Debemos venerar en ellas este poder, que un soplo de la gracia puede animar, para manifestar su gloria y la superioridad de la Bondad divina sobre todas las verosimilitudes humanas.

Reflexîonad pues , que la Fe y la Religion no mudan nada á nuestras relaciones y correspondencias honestas con los demas hombres : que la sociedad humana no es ménos obra de Dios que la creacion del universo : que el Evangelio que es su mejor apoyo , no puede ser contrario á su conservacion: que su espíritu es ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de Ciudadanos ; y que por consiguiente nuestra santidad debe como nuestra exîstencia servir á la utilidad de nuestros hermanos. ¿Qué fuera del mundo , si no quedaran en él mas que hombres sin Religion, sin costumbres , sin ley ni principio alguno de verdadera sociabilidad?

¿Sabeis, señor , por qué el vicio conserva todavía algun miramiento , y no se atreve á pasar de ciertos límites? Es porque la virtud le impone la necesidad de la decencia , y que la presencia de los hombres de bien opone una resistencia invisible y sorda á la intemperancia de las pasiones , y al desacato de los excesos. Por mas que la licencia y la incredulidad afecten una independencia desenfre-

nada, reside en los siervos de Dios una secreta fuerza que modera su osadía, que contrabalancea sus escándalos, y que lucha sin cesar contra el esfuerzo iniquo que trabaja por corromperlo todo. Si se destruyera la comunicacion y trato de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y que estos se viesen libres de toda sugecion y miramiento, no quedara en el mundo un principio de seguridad ó consistencia social; y se perderia enteramente el freno de las costumbres públicas, que es el asylo que queda en la declinacion de las virtudes.

Si quereis conocer mejor la fuerza de estas reflexîones, volved los ojos á vuestra antigua vida. ¿No es verdad, que quando estabais solo con Don Manuel, haciais entre los dos una sociedad muy depravada? ¿Que vuestras máxîmas eran horribles, vuestros discursos abominables, y que vuestras acciones, proyectos y delirios se distinguian por un carácter espantoso de abandono total y corrupcion? ¿No es verdad, que entónces hubierais dejado perecer el mundo entero por satisfacer vuestras pasiones: que el uno hubiera sacrificado al otro por su interes personal; y que hubierais trastornado un imperio, si vuestra fuerza igualara á vuestra perversidad, y si esta hubiera podido contentar la viveza de vuestros deseos?

Decidme mas. ¿No es tambien verdad, que si en estas circunstancias hubiera venido á veros un hombre virtuoso, tal como me habeis pintado á Don Mariano, al instante vuestra sociedad hubiera presentado otro aspecto, y que un Extrangero no hubiera visto en ella mas que tres hombres de-

centes, corteses y modestos? ¿No es verdad, que no hubiera podido este observar mas qué moderacion; que hubiera oido otros principios; y que el aspecto exterior fuera tan diferente, que le hubiera sido imposible distinguir al verdadero virtuoso de los que solo imitaban el estilo, y guardaban las apariencias? Así es verdad, señor; y podeis aplicar este egemplo á toda la sociedad. Por él podréis tambien formar una idea de lo que esta debe á la ventaja de conservar en su seno algunos fieles discípulos de la Religion.

Y no me digais, que todo el fruto de este imperceptible y mudo Apostolado, que egercen en el mundo los buenos, que viven confundidos con los malos, se reduce á formar algunos hypócritas, y que estas falsas apariencias no pueden producir bienes verdaderos. Porque ya desde luego es una grande gloria de la Religion, que los que violan sus preceptos, se vean forzados á fingir su carácter; y que les sea preciso esconderse para atropellar en secreto las virtudes y las obligaciones. Los buenos Christianos son los que con su buen egemplo hacen infame y deshonrada la profesion del vicio: y nada debiera alentar tanto á los perversos á abrazar el Evangelio, como la experiencia de que es necesario observar sus leyes aun para vivir estimados.

Rara vez es la depravacion tan extrema, que un hombre virtuoso no la contenga en los límites de la decencia. Lo mas comun es, que reciba la impresion íntima y verdadera que producen la Religion y la virtud; y que se esfuerce á no parecer lo que es, para obrar y hablar co-

mo el justo. Pero este esfuerzo no es desmentido ni por su razon ni por su conciencia. Ántes al contrario quisiera tener la realidad; y si la aparenta es porque conoce las ventajas, y porque se avergüenza de su mala conducta. Todavía hay en su alma una parte sana, que le hace percibir que la semilla de la virtud está en su corazon.

Vos mismo habeis sentido esta disposicion secreta, quando tratabais con Don Mariano. Entónces viviais abandonado á la ciega Philosophía, que procuraba borrar los sentimientos de Dios y de la conciencia; y con todo os acordais distintamente, que en el tono de cordura que el ascendiente de su virtud os forzaba á tomar, habia alguna cosa mas que fingimiento. Quizá estuvierais hoy en las mismas tinieblas, si no hubierais tenido la dicha de tratar con un justo en los dias de vuestros errores, y si no hubierais tenido un amigo entre los amigos de Dios.

Considerad, señor, que conservando las relaciones á que os obligan vuestro estado y vuestra clase, no correis mas peligro del que corria Don Mariano, que trataba con vos en aquel tiempo, en que se os parecia tan poco. Si el espíritu del mundo y las costumbres de hoy no pretendieran como en los siglos pasados mas que relajar la austeridad del Evangelio con opiniones dictadas por la indolencia y la sensualidad, y solo quisieran conciliar el Christianismo con nuestras flaquezas y defectos; su comercio seria mas peligroso, nos seria mas difícil perseverar en la alianza de Jesu Christo. Entónces fuera menester huir y buscar en las montañas ó en las cavernas de la tierra un re-

fugio contra la seduccion de tan pernicioso artificio.

Pero hoy puede decirse, que el mundo á fuerza de depravarse ha dejado de ser peligroso. Hay tanta diferencia de las costumbres de un Christiano á las de los insensatos de este siglo, que la vista de los excesos que nos circundan no puede hacer vacilar nuestro amor y confianza en el Evangelio. Al contrario un espectáculo tan escandaloso debe confirmar nuestra Fe, y estrechar mas los lazos que nos unen con Jesu Christo. Porque no hay Christiano que al salir de las asambleas ó concurrencias en que ha visto y oido los delirios de los hijos de la tierra, no se diga á sí mismo lo que se decia Salomon: ¡Ó inocencia! ¡Ó virtud! Yo volveré á encontrarte en mi estancia solitaria, y allí reposaré en tu amable seno.

Nunca los Israelitas observáron mejor la santa Ley, que en medio de los escándalos y abominaciones de Babylonia. Desde aquella tierra extrangera sus ojos cubiertos de lágrimas se volvian sin cesar hácia Jerusalem, viendo la sacrílega profanacion, con que se derramaba el incienso á Dioses de metal; y recogidos en su afligido corazon, exclamaban: *¡Ó Dios! ¡ó Dios de Israel! tú eres el solo Dios que se debe adorar.* Su trato con los Escribas y Phariseos en medio de Jerusalem les era mas contagioso, que todos los excesos de la idolatría; porque es mas dificil, cuesta mas, y se tiene mas horror en atropellar de repente la Religion y la virtud, que no ceder insensiblemente á la lenta y porfiada tentacion que nos induce á alterar su austeridad, y á acomodarla á nuestros gustos y pereza.

Quando los fieles en el nacimiento de la Iglesia no se viéron cercados mas que de Judíos ciegos y endurecidos, que blasphemaban el nombre de Jesus; ó de Gentiles que desconociendo al verdadero Dios se abandonaban á los excesos de la corrupcion mas brutal; los Apóstoles no necesitaban de prevenir á sus discípulos contra el contagio de tan malos egemplos; y jamas las virtudes del Christianismo se practicáron con tan sublime perfeccion.

La idea de alejarse del mundo y buscar asylos en los desiertos, no nació entre los Christianos por evitar el trato de los incrédulos, ni por esconderse á la vista de las persecuciones. Los primeros Anacoretas no empezáron á temblar sino quando viéron que las costumbres evangélicas iban flojamente declinando en la misma Iglesia de Jesu Christo. Quando el Evangelio que era ya la Religion pública empezaba á desfigurarse con las interpretaciones y temperamentos, que el espíritu del mundo introducia en la severidad de su doctrina; entónces fué quando los Christianos fervorosos se espantáron del peligro que les amenazaba; entónces empezáron á separarse de los hombres, á despojarse de sus bienes, y á esconderse en las grutas para conservar puro el incorruptible depósito de la Doctrina y del Moral de Jesu Christo.

Este fué el orígen de la poblacion de los desiertos, y el de los establecimientos Monásticos. No fué el temor de imitar á los perversos, ni el de ser seducidos por los sophismas de los impios ó por las imágenes de una grosera corrupcion; fué el peligro de perecer al pie mismo de

la Cruz ; fué el temor de resbalarse á los abusos y relajaciones de un Moral, que pretendia rebajar la sublimidad de la divina Ley á la flaqueza de las imperfecciones y miserias humanas. Esto fué principalmente lo que pobló de repente los parages mas agrestes y rústicos : lo que obligó á los hombres á ocupar las cavernas de las fieras. Las máxîmas relajadas de los que viven con nosotros pueden tener mas fuerza para pervertirnos ; pero la evidencia y el exceso de los escándalos son por lo comun un estímulo para la virtud.

Por desgracia, señor, nosotros no vivimos en aquellos tiempos ménos corrompidos, en que á lo ménos la fragilidad del corazon se conciliaba y podia consolarse con el respeto de la ley, y con la esperanza de la enmienda. En medio del naufragio no se perdia de vista el fanal, que dirige al puerto de la Cruz. Pero hoy en varios parages el vicio ha llegado hasta el último extremo, y no ha dejado una señal de Christiandad ni en el estilo ni en las acciones de los que ha logrado corromper. Hoy la osadía de no reconocer ninguna obligacion, el arrojo de destruir todas las verdades, la infamia de renunciar á la virtud, y la disolucion de las costumbres ha producido el horrible monstruo de la incredulidad.

Hoy pues el mundo debe parecer muy espantoso á todo corazon recto, y no hay peligro de que pueda ser su seductor. Los buenos que están forzados á tratarlo, no pueden hallar en él mas que motivos para amar y practicar el Evangelio, y repetir sin cesar en su interior : *Señor, tú eres el solo Dios que se debe adorar* ; para volver con nue-

vo placer, y encontrar mayores embelesos en el recogimiento de sus pacíficos y amados asylos; y conversar transportados de gozo con los amigos de Dios de las bellezas y dulzuras de su Santa Ley: como aquellos descaminados peregrinos, que despues de haber atravesado con terror por entre naciones bárbaras y feroces hallan al fin habitadores humanos y apacibles. ¡Ó Dios! exclamaba David [a]: *Los insensatos me han contado fábulas*; ¡*pero qué diferentes son de tus leyes admirables*!

No digo que debais arrojaros en el tumulto y torbellino de las falsedades mundanas. Solo quiero persuadiros, que eviteis la afectacion de alejaros de vuestra familia: que no rompais rudamente con los amigos que estaban acostumbrados á veros: que os presteis con dulzura y bondad á todo lo que os prescribe la decencia quando no se opone á vuestras obligaciones: que veais con indulgencias y soporteis todo lo que puede soportarse sin ofensa de Dios: que no seais el primero á romper con vuestras antiguas relaciones: que sepais como Jesu Christo, amable modelo de indulgencia, recibir y comer con los pecadores; y tened por cierto, que los que á pesar de vuestra reforma continuarán en ser vuestros amigos, no os servirán de obstáculo para que permanezcais en la vida christiana; y que aquellos á quienes vuestra sociedad no acomode, se retirarán ellos mismos, librándoos de la pena de verlos y oirlos, sin darles motivo para que se quejen de vuestros procederes.

Por otra parte vos sois de una clase en que

a *Psalm.* CXVIII. 85.

todos respetarán la religiosa delicadeza de vuestros principios. Vuestra devocion no se hallará en el caso de devorar el amargo disgusto de oir blasphemar lo que adora. Las personas de vuestro nacimiento, sean las que fueren sus costumbres y opiniones, son de ordinario reservadas, circunspectas y decentes. Su educacion, el hábito de producirse en todas partes con atencion noble y cortesana, los hace capaces de acomodarse en todas circunstancias sin chocar en ninguna. Las irrisiones y las discusiones impias están hoy desterradas de toda sociedad decente. Los Detractores de la Religion no se manifiestan, porque saben que serian mal recibidos principalmente en nuestra Nacion, en que al desprecio comun añadieran el peligro de ser denunciados á los zelosos Conservadores de la Fe.

Fuera de esto el respeto del culto nacional forma una parte de la probidad; y los ménos delicados al fin han conocido, que el empeño de desacreditar la creencia y el moral, solo cabe en la furia de un mal Ciudadano, que pretende perjudicar al bien público. Vos mismo, quando estabais alucinado por el mundo, no hubierais querido lastimar los oidos de los hombres respetables, que se encontraban en las concurrencias; y debeis esperar igual procedimiento de los que han tenido la misma educacion y viven con el propio decoro. Los que son verdaderamente decentes saben conciliar el talento de no escandalizar á los hombres con la desgracia de ser ingratos á su Dios; y es lástima que esta calidad no sea un efecto de la virtud, sino de la crianza.

¿Por qué pues no tomaréis vuestra parte en las

recreaciones inocentes y moderadas de vuestros amigos y parientes? *Alegraos*, decia David [a]: *alegraos en el Señor.* La virtud no es triste, no tiene mal humor, ni es desconfiada; es franca, dulce, benévola, paciente, todo lo sufre, todo lo perdona, se fortifica, se alimenta con todo. Es verdad que un penitente debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dado entrada en su corazon á la iniquidad. Pero este mismo dolor por mas vivo que haya sido, ha de ir acompañado de un sentimiento tierno y afectuoso, que se hermana con la alegría de la virtud.

En efecto no es posible acordarse del antiguo y pasado daño, sin hacer memoria del remedio y de la regeneracion presente. Así pues debe haber un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto, y nos hace tan felices; y este arrepentimiento debe ser la perfeccion de nuestra alegría, como el recuerdo de una gran dificultad superada aumenta el gozo que produce un gran logro; y como la memoria de la miseria pasada añade dulzura al placer de la abundancia actual. Los que han pasado por los insensatos tormentos del amor profano, son mas capaces de entender mejor esta verdad.

Ved aquí una idea compendiosa de los principios con que podeis gobernaros con vuestros iguales. Ahora voy á hablaros de vuestros inferiores, y espero que la suprema Sabiduría á quien imploro, no me abandonará. Yo no tengo mas gusto, quando las ocupaciones diarias de mi estado me dejan algun tiempo, que emplearlo en la edificacion

a *Psalm. xxxi.* 11.

y utilidad de una alma que Dios me ha hecho preciosa, dándole derechos tan santos á todas las solicitudes de mi zelo. Empezaré por los criados que tienen con vos relaciones necesarias y domésticas, y despues hablaré de los pobres.

»Si alguno, dice San Pablo, [a] no cuida de los »que le pertenecen, sobre todo si son sus domés»ticos y habitan en su casa, ya negó la Fe en »su corazon, y es peor que el infiel." ¡Sentencia terrible! pero que no espanta como debia, porque los Amos irreligiosos, que renuncian para sí mismos las esperanzas de la Fe, están muy léjos de pensar en que tambien les prescribe obligaciones para otros, y que Dios los hace responsables de la condenacion de sus criados. Y el hombre justo, que no necesita mas que de su buen corazon para procurar la salvacion de quantos le rodean, cumple con todos los preceptos de este artículo, aun ántes de saber que condena con tanto rigor la negligencia.

No es mi designio ni fuera posible explicar en una carta todo lo que se debe á los criados; pero Dios que os ha hablado con tanta eficacia y claridad sobre su ley divina, os dará sobre un artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas mas luces que pudieran daros las lecciones de todos los Doctores de la tierra. Desde que os hizo conocer la excelencia y grandeza de vuestra naturaleza, debisteis conocer el precio y la dignidad de toda criatura, que tiene el mismo orígen y el mismo destino que vos. Ya debeis conocer, que to-

[a] *1. Ad Timoth. v. 8.*

das estas distinciones que ponen tanta distancia entre los criados y los amos, son pequeñas y como la nada á vista del excelso y eterno carácter, que Dios ha dado á los unos y á los otros; y que la Religion y la virtud aniquilan todos los intervalos con que los hombres viven separados.

Jesu Christo considerando esta unidad de dichas y bienes inmortales con que debia elevar á los Apóstoles, exclamó con amorosa complacencia [a]: ¡Ah! *Ya no os llamaré mis siervos, sino mis amigos.* Este divino Maestro nos dió á entender, que solo este nombre correspondia á la grandeza de los que su gracia santifica, y nos manifestó el amor con que mora en quantos deben vivir y reynar con él en la perpetuidad de su propio esplendor.

La Religion pues confirma y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á los hombres. Pero hay esta diferencia, que aunque la naturaleza nos dice que todos somos hermanos, no consuela á ninguno de la dependencia y miseria, en que la inevitabe imperfeccion de las sociedades tiene sugeta á la mas numerosa porcion de los que la componen. La Religion sola nos consuela á todos, haciendo imperceptibles estas desproporciones, y absorviéndolas todas en la inmensidad de la gloriosa perspectiva, que presenta á los hombres sin distincion.

La naturaleza no sabe confortar al débil; no tiene con qué acallar las quejas de los infelices, ni puede moderar el orgullo de los ricos y los grandes, sino diciéndoles á todos: »Un dia

a *Ioann.* XV. 15.

»vuestros huesos serán confundidos en el mismo »polvo." Pero la Religion hace desestimar á los mas desgraciados, á los esclavos mismos que sufren el peso de sus cadenas toda otra ventaja que la de ser eternos, hace despreciar á los grandes su grandeza misma y todos los títulos que los pudieran seducir; porque dice á todos: »Los que »yacen sepultados y duermen en las entrañas de »la tierra, se despertarán; los justos subirán á »la gloria de Dios, y los malos serán precipita»dos á los eternos suplicios.

Vos, señor, á quien la fe ha dado ya sus ojos, sus sentimientos y su epíritu: vos que ya sabeis, que solo la virtud puede dar al hombre un grado de verdadera superioridad sobre los otros: vos que aprendeis todos los dias en la escuela del Evangelio, que nada de lo que es humano puede ser ménos que vos: que la menor porcion de gracia en el corazon del mas mínimo de vuestros criados le da mas excelencia, que son capaces de dar todos los cetros y coronas: vos digo, ¿cómo pudierais tener por indignas de vuestro zelo y atencion unas criaturas que tienen tanto derecho á la eternidad como vos, y que os igualan en la calidad que únicamente puede haceros grande, que es la capacidad de ser santo, y la esperanza de reynar con Jesu Christo en su Imperio indestructible? ¡Ó hombres! ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y criados, todos podeis ser Reyes. ¿No es pues ridículo, que os detengais en las pueriles y pasageras diferencias, que os distinguen en el rápido camino que haceis para llegar á vuestro throno?

Con esto solo, señor, ya es inútil articularos lo que debeis hacer. No es por falta de conocimiento, que se descuidan las obligaciones privadas y domésticas; es por falta de Religion; es por defecto de atencion á los altos motivos que la fe nos presenta. Y ved aquí el orígen de tantas omisiones tan graves y tan culpables: ved aquí lo que nos endurece tanto el corazon, que no sentimos la menor inquietud. Esto es lo que nos hace ver con fria indiferencia, que lo que depende de nosotros se desarregle y corra á su eterna perdicion. ¿Cómo un hombre, que circunscribe toda su atencion á la vida presente, y que no aprecia su propia inmortalidad, se afanará por cuidar de la salvacion de sus criados?

El que es malo para sí, decia el Salvador, ¿para quién puede ser bueno? Por eso quando se quiere conocer el carácter y los principios de los que ocupan los palacios suntuosos, no es necesario entrar en su interior ni informarse de su conducta. Basta ver esos pórticos soberbios, en que un pueblo de criados ociosos ostenta todos los dias con estupidez su grosero orgullo. Esos zaguanes en que una multitud de domésticos sin ningun principio de Moral, y cuya inutilidad sola es un escándalo público, se atreve acaso á insultar á la modestia del artesano y á la miseria del pobre. Este es el rótulo que indica el espíritu y las costumbres de muchos ricos. No es menester verlos para conocerlos. Basta pasar por las puertas de sus casas.

Vos no me habeis explicado vuestras ideas sobre las mudanzas ó reformas que pensais hacer

en vuestra casa. Pero no importa. Porque desde luego imagino los proyectos que puede tener una alma que la gracia dirige. Estoy cierto que vuestro primer pensamiento será alejar de ella á todos los que no conseguiréis hacer mejores : que volveréis los ojos como un Santo Rey de Judá á los fieles de la tierra para incorporarlos en vuestra familia , y que no confiaréis el servicio de vuestra casa sino á personas de corazon recto y que marchen en el camino de la inocencia.

Tambien estoy persuadido de que no permitiréis que se vuelvan á oir al rededor de vuestra habitacion esos discursos libres, esos clamores indecentes de criados perezosos , que fiados en la indiferencia del Amo para el bien , y revestidos de la librea de su grandeza, pierden el hábito del trabajo , de la modestia y de la sobriedad , preparándose dias infelices, y una vegez llena de oprobrio y de miseria. Sin duda que escogeréis para criados hombres que debais estimar , que podais amar como honrados, y tal vez respetar como justos.

Estoy seguro de que vuestra casa , ántes theatro de una licencia sin freno , y de una disipacion sin medida , se trasformará por vuestro zelo en una Region de paz , de harmonía , de tranquilidad , de buen órden y de caridad arreglada: que no se verán en ella hombres inútiles : que desaparecerán las superfluidades del fausto y los excesos de la vanidad. En fin que no volveréis á caer en la culpa imperdonable de los ricos del siglo , que para sostener el miserable cortejo de su orgullo , quitan los Labradores á los campos,

los Soldados á la Patria, los Artesanos á la sociedad, y contribuyen á los estragos del lujo y de la opulencia.

Espero que la regularéis de modo, que cada criado tenga su empleo, y cada hora su ocupacion: que velaréis para que todo se administre con órden y economía: que no desdeñaréis la primera y mas esencial de las obligaciones, la que es mas digna de un Padre de familia, que es ponerse á la frente de su régimen doméstico, presidir á la conducta de todos sus negocios, verlo todo y verificarlo con sus propios ojos. Esto es lo que el Espíritu divino llama saber gobernar su casa. El amor del órden y la justicia deben dirigir estos afanes, y aquel que los descuida y se descarga sobre otros de cuidados que tanto le interesan, no conoce la sabiduría del Evangelio. Merece lo que sucede de ordinario á los que por pereza ó por orgullo abandonan esta vigilancia; que es ver presto su ruina, perder los medios de conservar su estado, la tranquilidad de su vida y la fortuna de sus hijos.

En fin, señor, yo me represento vuestra casa como los Apóstoles nos pintan las santas familias de los Christianos primitivos. Entónces se llamaban Iglesias ó Congregaciones de escogidos. Los Amos eran buenos, dulces, indulgentes y moderados; porque no consideraban á los que les estaban sometidos, sino como hermanos y compañeros de la vocacion celeste. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles; porque temian ménos la cólera y el desagrado de sus Amos, que los remordimientos de su propia conciencia.

En las horas consagradas á los egercicios diarios de la Religion desaparecian todas las diferencias de fortuna, de estado y edad. Padres, hijos y criados se juntaban en el mismo lugar, dedicado al culto doméstico, y los criados eran siempre advertidos para que concurriesen así á las lecturas devotas como á las santas instrucciones, que los Padres de familia daban en tiempos arreglados á sus tiernos hijos. ¡Ah, señor! Solo un buen corazon es capaz de apreciar y sentir, quánta gloria se encierra en la sublime práctica de una conducta arreglada. ¡Qué feliz es el hombre, que sabe ser tan útil á los que Dios ha confiado á su cuidado y zelo!

Considerad quán hermoso es y quán admirable ver como la Religion aniquila los errores de las pasiones, y como inspira á muchos grandes de la tierra procederes tan contrarios á los del mundo. Ella les hace respetar como dotados de un espíritu inmortal y eterno á los mismos miserables, que el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, á los mismos que parecen ménos que hombres á aquellos Amos orgullosos, que parecen tan sordos á la voz de la naturaleza como á la del Evangelio.

Yo he visto algunas veces con sumo gozo costumbres patriarcales y antiguas en medio de las Ciudades populosas, entre familias recogidas. Tambien las he encontrado en las habitaciones solitarias de personas desengañadas, que se han retirado al sosiego tranquilo de los campos; y os aseguro que nunca se han reposado mis ojos sobre esta imágen apacible sin derramar con abundancia lágrimas de-

liciosas. Jamas he pasado algunos dias en medio de costumbres tan christianas y amables, sin afligirme de que mi vida no pueda ser una eslabonada cadena de momentos dulces; jamas he cesado de admirar estos asylos de paz en que Dios es tan grande, y los hombres tan buenos y felices.

Penetraos pues del espíritu de los tiempos Apostólicos, y nunca os olvideis de que los que os sirven son hombres. Tened presente, que si ellos sirven al Señor, han de ser Reyes, y que un dia juzgarán con Jesu Christo á los Jueces de la tierra y á los Amos del mundo. Que el primero y el mayor de los Soberanos del universo, si no es religioso y justo, será infinitamente inferior al mas obscuro de los siervos de Dios; y que quando sea santo, tampoco será mas que su hermano. Y que ninguna criatura puede tener otra excelencia ni otro precio, que aquel que recibe de sus relaciones con el Hombre Dios por el valor que le comunica su soberana Santidad.

Esta verdad es muy gloriosa á Dios, y debe consolar mucho á los pequeños y los pobres. San Pablo estaba tan persuadido de ella, que se le vió hablar y ocuparse en la suerte de un pobre esclavo con un zelo tan vivo y tan ardiente, como hubiera podido hacer por el destino de los Césares, ó por el interes de todas las Naciones. El hecho que me da motivo á este discurso, merece que os lo refiera.

Onésimo era Esclavo de un Christiano: Onésimo no confesaba á Jesu Christo, ni conocia su doctrina y promesas. Así no es mucho que fuera un servidor infiel: en efecto engañó á su Amo. Conven-

cido de infidelidad huye, y por su dicha cae entre las manos de San Pablo, por entónces cargado de cadenas en las prisiones de Roma. Este grande Apóstol se aplica á enseñarle la Fe de Jesu Christo, y hace un Santo de un infeliz, que estaba cerca de alistarse entre los salteadores. Pero admirad con qué fuerza y ternura lo recomienda á su Amo, y con qué términos solicita el perdon de un esclavo, que ya llora á los pies de Jesu Christo su infidelidad y su desercion.

Yo imploro, le escribe, vuestra bondad, por mi querido hijo Onésimo, por este hijo que he engendrado en el Señor, hallándome en esta prision. Os lo restituyo como un bien que os pertenece; pero ya apto para serviros con utilidad. Recibidlo como mi sangre, y como un obgeto muy precioso á mi corazon. Quizá Dios ha permitido, que se alejase de vos algun tiempo, para que vuelva mas digno de vos, que os quede unido eternamente. Él me ha servido con tierna aficion en la cautividad que sufro por el Evangelio; y lo miraba ménos como siervo, que como hermano querido y respetable. Si me amais, recibidlo como á mí mismo; y cargadme de todas sus faltas. Este es el consuelo mas dulce que me podeis dar en las penas que sufro, y haréis respirar mi corazon, que está oprimido de angustias y de aflicciones.

¿Y quién escribe esto? San Pablo: un hombre divino: el terror de los Magistrados Romanos: el destructor de la idolatría: el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero: la antorcha mas brillante que ha mostrado la verdad del universo: la admiracion de Athénas: el oráculo de los

Césares, y el mas venerable de los Doctores y bienhechores de la tierra. Este hombre, uno de los mayores de los hombres, y del mas alto y elevado carácter se interesa con tanto ardor, y ruega con estilo tan expresivo por un pobre esclavo que se ha huido de la casa de su Amo.

¡Ay, señor! Es muy dulce repetirlo. La Religion christiana es la única Philosophía que sabe reparar las desigualdades, que las instituciones sociales hacen inevitables: y por eso la porcion mas desgraciada y débil de la humanidad tiene muchos motivos para amarla; muchas razones para ser religiosa y adorar un Evangelio, que la restablece con tanta gloria en su dignidad de hombres y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.

Quando la Religion no hiciera otro bien á los hombres; quando no tuviera otro influjo que el de enseñarnos la bondad, dulzura, estimacion y amor, que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y nuestra sangre, esto bastara para confesar, que Jesu Christo y sus Apóstoles, á quienes debemos estos documentos, han sido verdaderos amigos de los infelices, y que tambien lo son de los poderosos; pues los hacen benéficos y humanos. Los Sophistas de nuestro siglo, que sin cesar se quejan del orgullo y de la dureza de los ricos, debian poner todo su estudio en hacer que reciban y adoren la doctrina del Evangelio.

Aquí era el lugar de hablaros de los pobres. Pero esta carta es ya demasiado larga, y temo importunar vuestra atencion, tanto mas quanto es dificil hablar poco de los pobres, porque la mate-

ria es rica. Me parece mejor reservarlo para la primera que os escriba. Pedid á Dios, que me dirija como yo le pido, y que os guarde muchos años.

¿Theodoro, no admiras la fecundidad y el infatigable zelo de este Varon incomparable? No me canso de dar gracias al Cielo, de haberme deparado un Director, que cada dia me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la Religion. ¡Qué léjos estaba yo de conocerlas! ¡Quánta razon tiene él, me digo yo cada instante, para asombrarse de que pueda haber incrédulos ó malos sobre la tierra, despues que el Evangelio ha brillado á la vista de los hombres! Al que llega á ver la Religion con ojos como los suyos, debe parecer imposible la demencia feroz de desconocerla ó profanarla. Yo te remitiré copia de la nueva carta que me promete; porque copiándolas las leo mejor, y las estudio mas. Puedan ellas serte tan útiles, como á mí. Á Dios, Theodoro querido.